

# **TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, TOMO 6**

**Elena G. de White**



# La época del tomo seis

Este tomo contiene los testimonios escritos por Elena G. de White durante su permanencia en Australia. El lector no se percatará de que la autora escribe desde otro continente, a no ser por alguna referencia incidental; debido a que las instrucciones impartidas son de alcance mundial. Es sabido que las revelaciones comunicadas a la Sra. White se referían directamente a asuntos contemporáneos y al desarrollo de la obra en el momento cuando se escribieron. Se comprenderá, entonces, que este tomo contenga temas relacionados con los esfuerzos que se llevaban a cabo en el territorio australiano durante aquel lapso. La publicación de los testimonios de este tomo se efectuó en 1900, poco después del regreso de la autora a los Estados Unidos.

El tomo 6 es diferente de los demás en lo que concierne a su organización temática. Hasta este momento el contenido de Testimonios para la Iglesia se había ido publicando primero en folletos y revistas, a medida que la Sra. White recibía

nuevos consejos para la iglesia. Los artículos se publicaban en orden cronológico y abordaban prácticamente todos los aspectos de la experiencia cristiana y de los diferentes ramos de la obra adventista. Cuando se reimprimió el contenido de estas 33 publicaciones en los tomos 1 al 5, el orden original permaneció inalterado. Numerosos artículos, que eran comunicaciones dirigidas originalmente a individuos, fueron posteriormente publicados para beneficio de la iglesia, tomando en cuenta que los casos expuestos también reflejaban las vivencias de otras personas. Algunos de los artículos se referían a situaciones locales y asuntos concretos. Hay repeticiones de conceptos a causa de la insistencia en ciertas verdades, debido a que la iglesia corría el riesgo de descuidar algunos ramos de la obra, o normas eclesiásticas. Estos testimonios produjeron abundante fruto en las vidas de los adventistas y en el desarrollo de la Iglesia.

Con la publicación del tomo 6, once años después de la impresión del tomo 5, los Testimonios para la Iglesia adquirieron un nuevo

formato. La obra adventista, que ya había alcanzado proporciones mundiales, tenía necesidades y problemas que requerían orientación e instrucciones amplias acerca de algunos asuntos particulares. Esto determinó cierta insistencia sobre algunos aspectos ya presentados con anterioridad e incluso alguna repetición. Por consiguiente, cuando se seleccionaron los artículos que integrarían el tomo 6, no resultó difícil colocarlos en orden temático.

En 1891 la Asociación General le pidió a la Sra. White que viajara a Australia con el fin de ayudar a establecer un nuevo colegio. Desde su llegada comenzó a crear conciencia entre los adventistas acerca de la necesidad de establecer una institución educativa, y colaboró en la elaboración de los planes de trabajo relativos al proyecto. Debido a que se trataba de un nuevo campo misionero, no existía información previa, o experiencias anteriores que pudieran ayudar en la planificación. En estas circunstancias, y con el consejo del Espíritu de Profecía, que proporcionó orientación y seguridad en los procedimientos, se

estableció el Colegio Misionero Australiano en Avondale, región agreste y atrasada. De este centro de preparación, desde el comienzo egresaron jóvenes capacitados mediante la educación práctica para servir en los campos locales y penetrar en las remotas islas del Pacífico Sur.

El Colegio de Avondale, gracias a su ubicación en un ambiente rural, a su amplio y variado programa industrial y a otros factores, estaba destinado a convertirse en un colegio modelo. Puesto que las orientaciones para nuestra obra educativa se presentaron de nuevo, con el fin de guiar y modelar aquella naciente institución--en especial respecto a los numerosos detalles de ubicación, finanzas, plan de estudios, disciplina y administración--, esa importante información se incluyó en el tomo 6 para beneficio de la iglesia en todo el mundo.

Cuando la Sra. White desembarcó en Australia encontró una obra bien establecida, pero todavía en sus comienzos. En el agresivo programa de evangelismo que se estaba llevando a cabo, no sólo

participaban los evangelistas; sino también sus esposas, que a menudo daban estudios bíblicos e incluso ocasionalmente predicaban. Se celebraban asimismo numerosos congresos campestres, y después de concluidos se continuaba instruyendo a los asistentes con el fin de conservar lo que se había cosechando. Hubo abundantes conversiones seguidas de bautismos, organización de nuevas Iglesias y construcción de lugares de culto.

La influencia del Espíritu de Profecía no se puso de manifiesto únicamente en la planificación del trabajo; sino que, además, la Sra. White participó activamente en la predicación, en la obra personal y en la obtención de fondos para construir numerosas capillas. Este tomo contiene consejos relativos a la expansión de nuestra obra.

Durante el lapso que abarca el tomo 6, los adventistas del séptimo día asumieron una mayor dedicación a sus responsabilidades misioneras y aceptaron la idea que el mundo era su campo de acción. La construcción y habilitación en California, en 1890, del barco misionero Pitcairn,

avivó la imaginación de jóvenes y adultos y despertó el interés de la iglesia por un programa misionero que iba a abarcar a todo el planeta. Todos leían con enorme interés los informes de los viajes del Pitcairn mientras realizaba sus labores misioneras por primera vez en las islas del Pacífico Sur.

No transcurrió mucho tiempo antes que los colportores llegaran a la India con nuestras publicaciones. En 1894 los misioneros adventistas en África habían avanzado hasta penetrar en territorios muy remotos, donde establecieron la Misión de Solusi, nuestra primera misión extranjera en un territorio pagano. Muy pronto se enviaron asimismo misioneros a Sudamérica.

Por otra parte, la presencia de la Sra. White en calidad de obrera pionera en Australia durante nueve años, contribuyó a que los adventistas mantuvieran la vista fija en los confines de la tierra. Igualmente favoreció a que pusiera énfasis en la amonestación dada en la primera página de la segunda sección de esta obra, titulada “La obra

evangélica”. Allí se nos dice que: “Nuestra obra consiste en comunicar a todo el mundo “a toda nación, tribu, lengua y pueblo”, las verdades de salvación contenidas en el mensaje del tercer ángel”. En este tomo se mencionan por su nombre diversos campos misioneros, y se hacen llamamientos para solicitar obreros y recursos; a la vez que se presentan consejos y palabras de ánimo aplicables a la obra en diversos países.

Durante el período temporal que abarcan los escritos del tomo 6 se establecieron numerosos colegios e instituciones para la preparación de obreros. En 1891, al comienzo de dicho período, se estableció el Colegio Unión, en Lincoln, Nebraska; y en 1892, el Colegio de Walla Walla, en el Estado de Washington. Se inauguraron otros colegios en Australia, Sudáfrica y Dinamarca. También se establecieron sanatorios en 1896 en Boulder, Colorado; en 1897 en Dinamarca y Sudáfrica; y en South Lancaster, Massachussets, en 1899. Se añadieron dos editoriales a la lista de instituciones, una en Hamburgo, Alemania, en 1895, y la otra en Buenos Aires, Argentina, en 1897. También se



fundaron escuelas de enseñanza primaria en diversos lugares.

A pesar de las advertencias en contra del establecimiento de grandes centros denominacionales y de la centralización; el constante crecimiento de la obra parecía requerir cada vez más personal y mayores instalaciones en la sede del adventismo establecida en Battle Creek, Míchigan. Incluso se iniciaron planes para controlar ciertos ramos de obra desde Battle Creek. Como resultado de dicha tendencia, en lugar de que los administradores de los campos trazaran planes para la obra en cada territorio; se planificaba todo en las oficinas centrales establecidas en Battle Creek. Esta práctica no representaba más que un barniz de eficiencia, debido a que en realidad constituía una amenaza para la eficacia y el liderazgo en la obra de Dios. Estas tendencias se impusieron con rapidez durante la década de 1890, pero el Señor las detuvo en el momento y de la manera que él consideró oportuno.

Durante aquellos años y bajo la influencia de

los consejos del Espíritu de Profecía se iniciaron cambios en la organización y administración de la obra mundial de la Iglesia. A medida que se promovía y desarrollaba rápidamente la causa adventista, gracias a las condiciones favorables que imperaban en Australia; se adoptaron las medidas necesarias para agrupar las asociaciones locales y formar una “unión”; de modo que se establecieron vínculos administrativos entre las asociaciones locales y la Asociación General. Dicha medida permitió que cuando un grupo de obreros enfrentase un problema pudiera trazar los planes necesarios para resolverlo, con lo cual se liberaba a la Asociación General de tener que lidiar con numerosos asuntos de carácter secundario. El resultado fue alentador y permitió que se estableciera un modelo que no tardaría en difundirse por todos los ámbitos de la denominación.

Respecto al evangelismo médico hubo algunos intentos de llevarlo a cabo en Australia durante este mismo período. Por otro lado en Estados Unidos se estaba produciendo un notable crecimiento, ya que

se había establecido un colegio médico que atrajo a un número creciente de jóvenes adventistas que deseaban prepararse como médicos misioneros. Se fundaron asimismo otras instituciones subsidiarias que recibían dirección, financiamiento y personal de la matriz establecida en Battle Creek. Se inició también una importante obra en favor de los adictos y los menesterosos. Sin embargo, todo buen programa por lo general suele verse amenazado por el peligro de que se le otorgue una predominancia exagerada y que provoque un desequilibrio en la obra de Dios. De modo que la obra médica misionera, que venía siendo considerada “el brazo derecho del mensaje”, ahora amenazaba con convertirse en el cuerpo.

Además, aunque se había logrado un importante progreso en la formación de médicos misioneros, y en la obra que realizaba el Sanatorio de Battle Creek; se había ido produciendo al mismo tiempo una creciente indiferencia entre los creyentes respecto de los principios fundamentales de la vida sana. Esta situación nos ayuda a comprender el significado de las repetidas

exhortaciones que aparecen en el presente tomo a practicar normas de vida más elevadas, a mantener un ministerio médico y de evangelismo coordinado, a definir nuestro deber hacia los huérfanos y los ancianos de la Iglesia, y a evitar el desequilibrio en nuestra obra.

A medida que la obra adventista se desarrollaba en diversos aspectos, las publicaciones iban aumentando en cantidad e importancia. Los colportores evangelistas constituían un ejército, en el cual cada colportor individual era parte integral del destacado cuerpo de heraldos que se iba extendiendo por todo el mundo. En no pocos casos los colportores fueron la punta de lanza en los esfuerzos para propagar el mensaje en territorios nuevos y en países remotos. El tomo 6 destaca la dignidad y trascendencia del ministerio de las publicaciones.

En el período de once años que transcurrió entre la aparición de los tomos 5 y 6 de los Testimonios, se publicaron varias obras importantes de Elena G. de White. Patriarcas y

profetas apareció en 1890. El camino a Cristo se puso al alcance del público en 1892, y en ese mismo año se imprimió lo que se conoce como “la edición antigua” de Obreros evangélicos. La educación cristiana, antecesora de La educación, se publicó en 1894. Dos años después se publicaron El discurso maestro de Jesucristo y Cristo nuestro Salvador. En 1898 apareció El Deseado de todas las gentes; y en 1900, Palabras de vida del gran Maestro.

Elena G. de White, en un esfuerzo por aliviar la cuantiosa deuda que pesaba sobre las instituciones adventistas, donó el manuscrito de Palabras de vida del gran Maestro e instó a los miembros de la Iglesia y a los obreros a unirse para venderlo masivamente entre sus vecinos y amigos. Como resultado de esta campaña que implicó la distribución de miles de ejemplares de este libro ingresaron cientos de miles de dólares a la tesorería.

Así fue como se inició una modalidad de trabajo que indujo a que muchos miembros laicos a

ir de casa en casa para apoyar financieramente a la iglesia. Esta práctica preparó el camino para que surgiera algunos años después la campaña de “recolección” que aportaría millones de dólares a la obra.

Durante aquel lapso de doce años la mensajera del Señor escribió cientos de advertencias, consejos y mensajes de ánimo por medio en cartas y artículos que fueron apareciendo en las publicaciones periódicas denominacionales. Aunque muchas de esas comunicaciones se refieren a temas que ya se habían presentado en forma más escueta en los tomos ya impresos de los Testimonios, ahora se iban a presentar reforzados mediante un énfasis adicional, según podemos ver en secciones generales como “Amonestaciones y consejos” e “Invitaciones al servicio”. Entre los artículos más destacables que integran dichas secciones se encuentran: “Observancia del sábado”, “Reavivamiento en la reforma pro salud”, “Nuestra actitud hacia las autoridades civiles”, “Preparación para la crisis final” y “Ayuda para nuestras escuelas”.

La aparición de este tomo 6 de Testimonios para la Iglesia impresionó profundamente a los adventistas del séptimo día por la forma directa como el Señor continuaba guiando y conduciendo a su pueblo.

## **Los Fideicomisarios**

Del Patrimonio White “Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están maduros para la siega”.

## Capítulo 1

# El propósito de Dios para la Iglesia

Dios tiene el propósito de dar a conocer los principios de su reino a través de su pueblo. Para que ellos revelen dichos principios en su vida y en su carácter, desea que se aparten de las costumbres y las prácticas del mundo. Procura atraerlos más a sí mismo a fin de revelarles mejor su voluntad.

Este era su propósito cuando libró a Israel de Egipto. Moisés, frente a la zarza que ardía, recibió de Dios este mensaje para el rey de Egipto: “Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto”. (Éxodo 7:16) Dios sacó a la hueste hebrea de la tierra de servidumbre con mano poderosa y brazo extendido. La liberación que obró a favor de ellos fue maravillosa, al castigar con la destrucción total a sus enemigos que se negaban a escuchar su Palabra.



Dios deseaba apartar a su pueblo del mundo y prepararlo para recibir su Palabra. De Egipto lo condujo al monte Sinaí, donde le reveló su gloria. Allí no había nada que atrajera sus sentidos ni distrajera sus mentes de Dios. Mientras la vasta multitud contemplaba las altas montañas que la dominaban, podía darse cuenta de su propia insignificancia a la vista de Dios. Junto a aquellas rocas, incommovibles excepto por el poder de la voluntad divina, Dios se comunicó con los hombres. Y para que su Palabra permaneciera siempre clara y visible en sus mentes, proclamó con terrible majestad en medio de rayos y truenos, la ley que había dado en el Edén y que era el trasunto de su carácter. Luego las palabras divinas fueron escritas por el propio dedo de Dios sobre tablas de piedra. Así la voluntad del Dios infinito se reveló al pueblo que él había llamado para dar a conocer a toda nación, tribu y lengua los principios de su gobierno en el cielo y en la tierra.

Dios ha llamado a sus hijos en la actualidad para que realicen esa misma obra. Les ha revelado su voluntad, y requiere que ellos le obedezcan. En

los últimos días de la historia de esta tierra, la voz que habló en el Sinaí sigue diciendo a los hombres: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. (Éxodo 20:3) El hombre ha opuesto su voluntad a la de Dios, pero no puede acallar dicha orden. Aunque la mente humana sea incapaz de comprender su obligación hacia el poder superior, no por eso puede evadirla. Pueden abundar las teorías y especulaciones complicadas, los hombres pueden tratar de oponer la ciencia a la revelación para desechar la ley de Dios; pero el Espíritu les presentará con fuerza cada vez más intensa la orden: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”. (Mateo 4:10)

¿Cómo considera el mundo la ley de Dios? Por doquiera la gente se rebela contra los preceptos divinos. En su deseo de evadir la cruz que acompaña a la obediencia, aun las iglesias están poniéndose de parte del gran apóstata al sostener que la ley de Dios ha sido cambiada o abrogada. La gente, en su ceguera, se jacta de haber realizado progresos admirables y adquirido iluminación espiritual; pero los vigilantes celestiales ven que la

tierra está toda llena de corrupción y violencia. A causa del pecado la atmósfera de nuestro mundo ha llegado a ser semejante a la de un hospital de infecciosos.

Se debe realizar una obra de gran importancia en la divulgación de las verdades salvadoras del Evangelio, ya que es el medio ordenado por Dios para detener la marea de corrupción. Es el medio que él emplea para restaurar su imagen moral en los seres humanos. Es su remedio para la desorganización universal. Es el poder que une a la gente. La divulgación de estas verdades es el propósito del mensaje del tercer ángel. El Señor desea que la proclamación de este mensaje sea la obra más destacada y grandiosa que se lleve hoy a cabo.

Satanás insta constantemente a los seres humanos a aceptar sus normas. Así procura contrarrestar la obra de Dios. Trata continuamente de presentar al pueblo escogido de Dios como un pueblo que ha sido engañado. Es el acusador de los hermanos, y emplea en forma persistente su poder

contra los que obran justicia. El Señor desea contestar por medio de su pueblo las acusaciones de Satanás, mostrando a través del mismo el resultado de la obediencia a los principios correctos.

Toda la luz dada en tiempos pasados, y toda la que resplandece actualmente y se extiende hasta el futuro, según se revela en la Palabra de Dios; es para todo aquel que desee recibirla. La gloria de esa luz, que es la misma gloria del carácter de Cristo, debe manifestarse en el cristiano de manera individual, en la familia, en la iglesia, en el ministerio de la Palabra y en toda institución establecida por el pueblo de Dios. Él desea que todas estas cosas sean símbolos de lo que se puede hacer a favor del mundo. Deben ser ejemplos del poder salvador de las verdades del Evangelio. Son instrumentos en el cumplimiento del gran propósito de Dios para la humanidad.

Los hijos de Dios deben ser conductos para la manifestación de la más elevada influencia del universo. En la visión de Zacarías, se nos presentan

dos olivos que están delante de Dios de los cuales fluye el áureo aceite por tubos de oro hacia el depósito del santuario. Este aceite alimenta las lámparas del santuario, para que emitan de manera continua una luz brillante y resplandeciente. Así también mediante los santos ungidos que están en la presencia de Dios se imparte a su pueblo la plenitud de la luz divina, del amor y del poder, para que puedan comunicar a sus semejantes luz, gozo y refrigerio. Deben ser como conductos mediante los cuales los instrumentos divinos comuniquen al mundo la corriente del amor de Dios.

El plan que Dios se propone llevar a cabo hoy mediante su pueblo, es el mismo que deseaba llevar a cabo mediante Israel cuando lo sacó de Egipto. Contemplando la bondad, la misericordia, la justicia y el amor de Dios revelados en la iglesia, el mundo ha de obtener una representación de su carácter. Y cuando la ley de Dios quede así manifestada en su vida, el mundo reconocerá la superioridad de los que aman, temen y sirven a Dios por encima de todos los demás habitantes de la tierra.

Los ojos del Señor observan a cada uno de sus hijos; él tiene planes para cada uno de ellos. Él se propone que quienes practiquen sus santos preceptos constituyan un pueblo distinguido. Al pueblo de Dios de este tiempo, tanto como al antiguo Israel, se le aplican las palabras que Moisés escribió por inspiración del Espíritu: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra”. “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta . Porque, ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que

yo pongo hoy delante de vosotros?”  
(Deuteronomio 7:6; 4:5-8)

Ni siquiera estas palabras alcanzan a expresar la grandeza y la gloria de lo que Dios realizará mediante su pueblo. Es necesario que no tan sólo a este mundo, sino que al universo entero le sean revelados los principios del reino divino. El apóstol Pablo, escribiendo bajo la dirección del Espíritu Santo, dice: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creo todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”. (Efesios 3:8-10)

Hermanos, “hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres.” “¡Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del

día de Dios!” (1 Corintios 4:9; 2 Pedro 3:11, 12) A fin de manifestar el carácter de Dios, a fin de que no nos engañemos a nosotros mismos, a la iglesia ni al mundo con un cristianismo falsificado, debemos llegar a relacionarnos personalmente con Dios. Si tenemos comunión con Dios, seremos sus ministros aunque nunca prediquemos ante una congregación. Colaboramos con Dios al presentar la perfección de su carácter ante la humanidad.



## Capítulo 2

# La obra para este tiempo

Estamos en el umbral de grandes y solemnes acontecimientos. Las profecías se están cumpliendo. Una historia extraordinaria y memorable se está registrando en los libros del cielo. Todo en nuestro mundo está en agitación. Hay guerras y rumores de guerra. Las naciones están airadas y ha llegado el tiempo en que deben ser juzgados los muertos. Los acontecimientos están cambiando para no demorar la llegada del día de Dios, que se vendrá prestamente. Queda, por así decirlo, solamente un poco de tiempo. Pero aunque ya se levanta nación contra nación, y reino contra reino, no existe todavía una conflagración general. Los cuatro vientos serán retenidos hasta que los siervos de Dios sean sellados en sus frentes. Entonces las potencias de la tierra dispondrán sus fuerzas para la última gran batalla.

Satanás está ocupado diligentemente en la preparación de sus planes para el postrer gran

conflicto, cuando todos definirán sus posiciones. Después de haber sido proclamado el Evangelio en el mundo por casi dos mil años, Satanás todavía presenta a los hombres y mujeres el mismo cuadro que le presentó a Cristo. En forma prodigiosa, despliega ante ellos la gloria de los reinos de este mundo y se la promete a todos los que acepten postrarse ante él y adorarlo. Así trata de colocar a los seres humanos bajo su dominio.

Satanás hace denodados esfuerzos para presentarse como Dios, y para destruir a todos los que se oponen a su poder. Hoy el mundo entero se está sometiendo a él. Se acepta su poder como si fuera el poder de Dios. Se está cumpliendo la profecía del Apocalipsis, de que “se maravilló toda la tierra en pos de la bestia”. (Apocalipsis 13:3)

En su ceguera, los seres humanos se jactan de haber alcanzado extraordinarios progresos y asombrosos conocimientos; pero su culpabilidad íntima y depravación son manifiestas para el ojo de la Omnisciencia. Los guardianes celestiales ven la tierra llena de violencia y crimen. Se obtienen

riquezas mediante toda suerte de robos, no sólo a los hombres sino también a Dios. La gente emplea los recursos divinos para satisfacer su egoísmo; usa todo lo que puedan obtener para servir a su codicia. La avaricia y la sensualidad prevalecen, y se valoran positivamente los atributos del primer engañador. Lo han aceptado como dios y están imbuidos de su espíritu.

Pero la nube de la ira justiciera los cubre y encierra los elementos que destruyeron a Sodoma. En las visiones de las cosas venideras, el profeta Juan contempló esta escena. Le fue revelada esta adoración del demonio y le pareció que todo el mundo se encontraba al borde de la perdición. Pero mientras miraba con profundo interés, contempló el pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Todos tenían sobre la frente el sello del Dios vivo, y dijo: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús. Oí una voz que desde cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus

obras con ellos siguen. Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada. Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios”. (Apocalipsis 14:12-19)

Cuando la tempestad de la ira de Dios estalle sobre el mundo, constituirá una terrible revelación para muchos descubrir que su casa ha sido arrasada, porque la habían edificado sobre la arena. Es necesario que los amonestemos antes que sea

demasiado tarde. Debiéramos sentir ahora la responsabilidad de trabajar con intenso fervor en impartir a otros las verdades que Dios ha dado para este tiempo. Nunca nos excederemos en nuestro fervor.

El corazón de Dios está conmovido. Las almas son muy preciosas a su vista. Cristo lloró en agonía por este mundo; fue crucificado por él. Dios entregó a su Hijo unigénito para salvar a los pecadores, y desea que amemos a los demás como él nos amó. Desea ver que quienes tienen el conocimiento de la verdad lo impartan a sus semejantes.

Ahora es cuando tenemos que presentar la última amonestación. La presentación de la verdad en estos momentos va acompañada por un poder especial. Pero, ¿cuánto tiempo durará esto? Tan sólo un poquito. Si alguna vez hubo una crisis es ahora.

Todos están decidiendo hoy su destino eterno. Es necesario despertar a la humanidad para que

comprenda la solemnidad del momento, la proximidad del día cuando terminará el tiempo de gracia para los seres humanos. Deben hacerse esfuerzos definidos para presentar a la gente en forma impactante el mensaje para este tiempo. El tercer ángel ha de avanzar con gran poder. Que nadie ignore esta obra, ni la trate como si tuviera poca importancia.

La luz que hemos recibido acerca del mensaje del tercer ángel es la luz verdadera. La marca de la bestia es exactamente lo que ha sido proclamado. No se comprende todavía todo lo referente a este asunto, ni se comprenderá hasta que se abra el rollo; pero se ha de realizar una obra muy solemne en nuestro mundo. La orden del Señor a sus siervos es: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. (Isaías 58:1)

No debe haber cambio en los rasgos generales de nuestra obra. Ha de permanecer tan clara y distinta como la profecía la ha hecho. No podemos

entrar en ninguna alianza con el mundo suponiendo que al hacerlo podríamos lograr más. Si alguien obstaculiza el camino para impedir el progreso de la obra en los ramos que Dios ha establecido, desagradará a Dios. Es preciso no debilitar ningún aspecto de la verdad que ha hecho al pueblo adventista del séptimo día lo que es. Tenemos los antiguos hitos de la verdad, la experiencia y el deber, y debemos permanecer firmes en la defensa de nuestros principios ante del mundo.

Es esencial que surjan hombres que abran los oráculos vivientes de Dios a todos los pueblos. Hombres de todos los niveles y aptitudes, con sus variados dones, han de cooperar armoniosamente para obtener un resultado común; han de unirse en la obra de presentar la verdad a la gente, cumpliendo cada obrero su propia tarea.

Los tres ángeles de (Apocalipsis 14), que aparecen volando por en medio del cielo, simbolizan la obra de los que proclaman los mensajes del primer, segundo y tercer ángel. Están unidos. Las evidencias de la verdad permanente y

viva de estos grandes mensajes, que tanto significan para la iglesia, y que han despertado tan intensa oposición de parte del mundo religioso, no han perdido vigencia. Satanás trata constantemente de arrojar sombra alrededor de estos mensajes, para que el pueblo de Dios no discerna claramente su significado, su momento y lugar; pero esos mensajes viven y han de ejercer su poder sobre nuestra experiencia religiosa mientras dure el tiempo.

La influencia de estos mensajes se ha estado profundizando y ensanchando, ha puesto en movimiento los resortes de la acción en millares de corazones, ha levantado instituciones de saber, editoriales y sanatorios: todos ellos instrumentos de Dios para cooperar en la gran obra representada por el primero, el segundo y el tercer ángel. Esta obra consiste en advertir a los habitantes del mundo que Cristo viene por segunda vez, con poder y grande gloria.

Hermanos y hermanas, ¡ojalá pudiera decir algo que os despertara y os hiciese ver la importancia



del momento presente, el significado de los acontecimientos actuales! Os señalo los movimientos agresivos que se están produciendo para restringir la libertad religiosa. El monumento recordativo y santificado por Dios ha sido derribado, y en su lugar se destaca ante el mundo un día de reposo falso que no tiene santidad. Mientras las potestades de las tinieblas están agitando los elementos desde abajo, el Señor del cielo envía poder de lo alto para hacer frente a la emergencia, animando a sus agentes vivos para que exalten la ley divina. Ahora, ahora mismo, es el momento cuando debemos trabajar en los países extranjeros. Cuando los Estados Unidos, el país de la libertad religiosa, se una con el papado para forzar la conciencia y obligar a los hombres a honrar el falso día de reposo, los habitantes de todo país del globo serán inducidos a seguir su ejemplo. Nuestros hermanos no llegan a estar ni tan sólo medio despiertos para hacer todo lo que pueden con las facilidades de que disponen, para proclamar el mensaje de amonestación.

El Dios del cielo no enviará al mundo sus

juicios motivados por la desobediencia y la transgresión antes de haber enviado a sus atalayas para que den su amonestación. No se cerrará el tiempo de gracia hasta que el mensaje haya sido proclamado con toda claridad. La ley de Dios será magnificada. Sus requerimientos se presentarán en su verdadero carácter sagrado, para que la gente se vea obligada a decidir en pro o en contra de la verdad. Sin embargo, la obra será abreviada en justicia. El mensaje de la justicia de Cristo resonará de un extremo de la tierra hasta el otro para preparar el camino del Señor. La gloria de Dios es la que termina la obra del tercer ángel.

No hay en nuestro mundo otra obra tan grande, sagrada y gloriosa, ninguna que Dios honre tanto, como la obra de la predicación evangélica. El mensaje presentado en este tiempo es el último mensaje de misericordia para un mundo caído. Los que tienen el privilegio de oír y persisten en negarse a escuchar la amonestación, desechan su última esperanza de salvación. No habrá un segundo tiempo de gracia.

La palabra de verdad: “Escrito está”, es el Evangelio que hemos de predicar. No hay espada flamígera puesta delante de este árbol de vida. Todos los que quieran pueden participar de él. No hay poder capaz de impedir a alguna alma tomar de sus frutos. Todos pueden comer y vivir para siempre.

En los mensajes de Dios al mundo, la iglesia remanente acopiará misterios que los ángeles desearían escudriñar, que los profetas, reyes y justos desearon comprender. Los profetas predijeron estas cosas y anhelaron comprender lo que predecían; pero no se les concedió este privilegio. Anhelaban ver lo que vemos, y oír lo que oímos; pero no les fue concedido. Lo sabrán todo cuando Cristo venga por segunda vez; cuando, rodeado por una multitud que nadie puede contar, explique acerca de la liberación realizada por su gran sacrificio.

Algunos han presentado las verdades del mensaje del tercer ángel como teorías áridas; pero el Cristo viviente es el tema que debe presentarse

en este mensaje. Debe revelarse como el primero y el último, como el Yo Soy, raíz y vástago de David y estrella resplandeciente de la mañana. El carácter de Dios en Cristo debe manifestarse al mundo mediante este mensaje. Debe proclamarse la invitación: “Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro! He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro. Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas” (Isaías 40:9-11)

Con Juan el Bautista debemos ahora guiar a las gentes hacia Jesús, diciendo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29) Ahora, como nunca antes, debe anunciarse la invitación: “Si alguno tiene sed, venga a mi y beba” y “el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”

(Juan 7:37; Apocalipsis 22:17)

Hay una gran obra que realizar y debe hacerse todo esfuerzo posible para revelar a Cristo como el Salvador que perdona; a Cristo como expiación por el pecado; a Cristo como la estrella de la mañana; y el Señor nos dará gracia ante el mundo hasta que se haya terminado la obra.

Mientras los ángeles retienen los cuatro vientos, debemos trabajar con toda nuestra capacidad. Debemos entregar nuestro mensaje sin demora. Debemos dar al universo celestial y a los hombres y mujeres de esta época degenerada, evidencia de que nuestra religión es una fe y un poder de los cuales Cristo es el autor; y que su Palabra es el oráculo divino. Hay personas que están en la balanza. Serán súbditos del reino de Dios o esclavos del despotismo de Satanás. Todos deben tener el privilegio de aceptar la esperanza que el Evangelio les ofrece; pero ¿cómo podrán oír sin que haya quien les predique? La familia humana necesita una renovación moral, una transformación del carácter, a fin de poder subsistir

en la presencia de Dios. Hay almas a punto de perecer a causa de los errores de las teorías prevaletientes que han surgido contrarrestar el mensaje del Evangelio. ¿Quiénes querrán consagrarse ahora plenamente a la obra de ser colaboradores de Dios?

Mientras veis los peligros y la miseria del mundo por obra de Satanás, no agotéis en ociosas lamentaciones las energías que Dios os ha dado, sino antes trabajad para beneficio de vosotros mismos y de los demás. Despertad y preocupaos por los que perecen. Si no son ganados para Cristo, perderán una eternidad de bienaventuranza. Pensad en lo que les es posible ganar. El alma que Dios creó y que Cristo redimió es de gran valor en virtud de las posibilidades que tiene, de las ventajas espirituales que le han sido concedidas, de las capacidades que puede poseer si la Palabra de Dios la vivifica, y de la inmortalidad que puede obtener mediante el Dador de la vida, si es obediente. Un alma es de más valor para el cielo que todo un mundo de propiedades, casas, tierras y dinero. Debiéramos emplear nuestros recursos hasta lo

sumo para la conversión de un alma. Un alma ganada para Cristo reflejará en derredor suyo la luz del cielo, la cual, al penetrar en las tinieblas morales y disiparlas, salvará a otras personas.

Si Cristo dejó las noventa y nueve para buscar y salvar a la oveja perdida, ¿podremos nosotros considerarnos exentos de responsabilidad haciendo menos? ¿Dejar de trabajar como Cristo trabajó, de sacrificarse como él se sacrificó, no es traicionar de hecho nuestro sagrado deber, y una afrenta a Dios?

Haced resonar la alarma a lo largo y ancho de toda la tierra. Decid a la gente que el día del Señor está cerca, y que se apresura grandemente. Que no quede nadie sin ser amonestado. Podríamos estar en el lugar de las pobres almas que yerran. Podríamos haber sido colocados entre los bárbaros. De acuerdo con la verdad que hemos recibido en mayor medida que los demás, tenemos una deuda para compartirla con ellos.

No hay tiempo que perder. El fin está cerca. Los viajes de un lugar a otro para difundir la

verdad pronto se verán rodeados de peligros a diestra y siniestra. Aparecerán toda clase de obstáculos en el camino de los mensajeros del Señor, para que no puedan llevar a cabo lo que les es posible hacer ahora. Debemos mirar bien de frente nuestra obra y avanzar tan rápidamente como sea posible en una guerra agresiva. Por la luz que Dios me ha dado, sé que las potestades de las tinieblas están obrando con intensa energía desde abajo, y con paso furtivo Satanás está avanzando para sorprender a los que duermen, como un lobo que se apodera de su presa. Tenemos amonestaciones que podemos presentar ahora y una obra que podemos hacer; pero será más difícil de realizarla antes de lo que imaginamos. Que Dios nos ayude a mantenernos donde brilla la luz, a trabajar con nuestros ojos fijos en Jesús nuestro caudillo, y a avanzar con paciencia y perseverancia hasta alcanzar la victoria.



## Capítulo 3

# Ampliación de la Obra en el extranjero

Recibí este breve mensaje en horas de la noche para que lo comunique a las iglesias que conocen la verdad: “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti”. (Isaías 60:1)

Las palabras del Señor registradas en (Isaías 54) son para nosotros: “Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas. No temas, pues no serás confundida; y no te avergüences, porque no serás afrentada, sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor;

Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado”. (Isaías 54:2-5)

Las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos también son para nosotros: “¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega”. (Juan 4:35, 36)

El pueblo de Dios tiene por delante una enorme obra que realizar, una obra que debe destacarse continuamente y alcanzar mayor prominencia. Debemos llevar a cabo una obra mucho más extensa en nuestro trabajo misionero. Es preciso que actuemos con mayor determinación que hasta ahora, antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo. El pueblo de Dios no debe cesar en su trabajo hasta que haya abarcado el mundo entero.

La viña es el mundo entero, y hay que trabajar

en todas partes. Hay lugares que ahora son un desierto moral, y que tienen que convertirse en jardines del Señor. Es necesario cultivar los lugares desolados de la tierra para que puedan reverdecer y florecer como la rosa. Hombres inspirados por el Espíritu Santo deben trabajar en nuevos territorios. Hay que establecer nuevas iglesias y grupos. Es necesario que haya representantes de la verdad presente en todas las ciudades y hasta en los lugares más remotos del mundo. La gloria de la verdad de Dios debe resplandecer en toda la tierra. La luz debe iluminar a todo lugar y a toda persona. Quienes recibieron la luz deben hacerla brillar constantemente. Puesto que el sol ha salido en nuestras vidas debemos reflejar su luz sobre el sendero de los que están en oscuridad.

Una crisis se avecina. Imbuidos del poder del Espíritu Santo debemos ahora proclamar las grandes verdades para estos últimos días. No transcurrirá mucho tiempo antes que todos hayan escuchado la amonestación y efectuado su decisión. Entonces vendrá el fin.

La esencia misma de toda fe genuina es hacer lo correcto en el tiempo oportuno. Dios es el Gran Artífice y en su providencia prepara el camino para que su obra concluya. Dios provee oportunidades, abre vías de influencia y canales para realizar la obra. Si su pueblo se mantiene alerta para detectar las indicaciones de su providencia, y está dispuesto a cooperar con él, verá terminada una gran obra. Sus esfuerzos bien dirigidos, producirán cien veces mejores resultados que los que se puede lograrían con idénticos medios y facilidades en otro sector en el que Dios no obra en forma tan manifiesta. Nuestra obra transforma, y Dios se propone que la excelencia en todos los frentes sea una lección práctica para la gente. Es importante, que en nuevas regiones la obra quede tan bien establecida que asegure una representación correcta de la verdad. Este principio debe mantenerse vigente en todos nuestros planes y proyectos misioneros.

Algunos países tienen ventajas que los distinguen como centros de educación e influencia. En las naciones de habla inglesa y en los países protestantes de Europa, es relativamente fácil tener

acceso a la gente y hay muchas ventajas para establecer instituciones y llevar a cabo nuestra obra. En otros lugares como la India y la China, los obreros deben pasar por un prolongado proceso de educación antes de ser capaces de entender a la gente o hacerse entender. A cada paso se encuentran grandes dificultades en la obra. Estos impedimentos no existen en Estados Unidos, Australia, Inglaterra y otros países europeos. En Estados Unidos hay muchas organizaciones que le dan carácter a la obra. A medida que la obra avanza es necesario que a Inglaterra, Australia, Alemania, Escandinavia y otros países dispongan de suficientes medios. El Señor tiene obreros de experiencia en esos países que pueden ser útiles en el establecimiento de instituciones, en la preparación de nuevos obreros y en llevar adelante la obra en sus distintos frentes. Es el propósito de Dios que a estos obreros se les proporcionen los medios necesarios. Las instituciones que se establezcan le darían un sólido carácter a la obra en esos países, y ofrecerían oportunidades para la preparación de obreros para los países menos desarrollados. De esta manera, la eficiencia de

nuestros obreros de experiencia se vería centuplicada.

En Inglaterra hay una gran obra que realizar. La luz que irradia de Londres debería iluminar a regiones lejanas con rayos inequívocos y bien definidos. Dios ha sentido preocupación por Inglaterra, pero esta nación ha sido sumamente descuidada. Inglaterra necesita muchos más obreros y recursos. Londres apenas ha sido tocada. Al presentármeme la situación que impera en esa gran ciudad, mi corazón se conmueve profundamente. Me duele pensar que no se han provisto mayores medios para la obra a través de Europa. Me duele el corazón al pensar acerca de la obra en Suiza, Alemania, Noruega y Suecia. Donde hay uno o dos hombres luchando para llevar adelante los diferentes frentes de la causa, debiera haber cientos trabajando. No menos de cien hombres deberían estar trabajando en Londres solamente. El Señor toma nota del descuido de su obra, y pronto pedirá estricta cuenta.

Si los obreros de Estados Unidos compartieran

sus bendiciones con otros, se vería prosperidad en la obra en Inglaterra. Se solidarizarían con los obreros que luchan con dificultades en esa ciudad, y tendrían el corazón para decir, no solamente en palabras sino en acción: “Vosotros sois hermanos”. (Mateo 23:8) Verían una obra grande hecha en Londres, en todas las ciudades de Inglaterra y en toda Europa.

Dios nos exhorta a proseguir con empeño los trabajos de la cruz en Australia. Se están abriendo nuevos campos. La obra se ha estancado por falta de obreros y recursos financieros, pero no debe detenerse por más tiempo. De todos los países, Australia es el que más se parece a Estados Unidos. Se encuentra allí toda clase de gentes. Y el mensaje de amonestación no se ha presentado ni ha sido rechazado. Hay miles de personas honestas que imploran para que se les envíe luz. Los centinelas del Señor deberán hacer guardia sobre las murallas de Sión y dar la advertencia: “La mañana viene y también la noche”, la noche cuando nadie puede obrar. Mientras los ángeles sostienen los cuatro vientos, el mensaje debe entrar en cada lugar en

Australia, tan pronto como sea posible.

El fortalecimiento de la obra en los países de habla inglesa, pondrá al alcance de nuestros obreros una influencia cien veces mayor que la que han logrado para plantar el estandarte de la verdad en muchos otros países.

Mientras procuramos trabajar en estos campos desatendidos, desde países lejanos llega el clamor: “Ven y ayúdanos”. Estos países no son fáciles de alcanzar y no están tan preparados para la cosecha como lo están los campos más cercanos a nosotros; pero no hay que descuidarlos.

Me ha sido revelada recientemente la pobreza de las naciones de África. Los misioneros enviados desde Estados Unidos a las naciones africanas han sufrido y están sufriendo por carencia de lo necesario para vivir. Los misioneros de Dios que llevan el mensaje de misericordia a las tierras paganas, no están siendo sostenidos en sus trabajos en forma apropiada.



Nuestros hermanos no han discernido que al ayudar al progreso de la obra en el extranjero, están ayudando a la obra en su propio país. Aquello que se da para iniciar la obra en un lugar, resulta en el fortalecimiento de esta en otros. Cuando los obreros son liberados de los impedimentos causados por la escasez, sus esfuerzos pueden expandirse; a medida que la gente sea llevada a la verdad y se establezcan iglesias, las finanzas aumentarán. Muy pronto estas iglesias podrán llevar a cabo no solamente la obra dentro de sus propias fronteras, sino que también impartirán a otros campos. De esa manera se compartirá la carga que pesa sobre las iglesias locales.

El trabajo misionero avanzará aún más en todo aspecto cuando un espíritu más liberal de desprendimiento y altruismo se manifieste hacia la prosperidad de las misiones en el extranjero; porque la prosperidad del trabajo local depende en gran medida, bajo la dirección de Dios, de la influencia que se refleja a través la obra evangélica realizada en países lejanos. Ponemos nuestras almas en contacto con la fuente de todo poder al

trabajar activamente para suplir las necesidades de la causa de Dios.

Aunque la obra en el extranjero no ha avanzado como tanto como era necesario; lo que se ha hecho, sin embargo, es suficiente como para estar agradecidos y una base para cobrar ánimo. En estos campos se han usado muchos menos recursos que en el campo local, y la obra se ha realizado bajo las más duras presiones y sin los medios adecuados. Sin embargo, considerando la ayuda que se ha enviado a dichos campos, el resultado es en verdad sorprendente. Nuestro éxito misionero ha sido proporcional a nuestro esfuerzo de desprendimiento y altruismo. Únicamente el Señor puede valorar el trabajo realizado. A medida que el mensaje del Evangelio se ha proclamado en forma clara y precisa. Nuevos territorios se han alcanzado y se ha realizado un trabajo agresivo. La semilla de la verdad se ha sembrado y la luz ha iluminado muchas mentes y producido una mayor revelación de Dios, y un entendimiento más exacto del carácter que se debe desarrollar. Miles han sido traídos al conocimiento según está revelado en

Jesús. Han sido inspirados por la fe que obra por el amor y purifica el alma.

El valor de estas ventajas sobrepasa nuestra comprensión. ¿Con qué podría medirse la profundidad de la palabra predicada? ¿Qué balanza podría pesar con exactitud la influencia de quienes se convierten a la verdad? Ellos mismos llegan a ser misioneros y trabajan por otros. En numerosos lugares se han construido capillas. La Biblia, la preciosa Biblia, es estudiada con atención. El tabernáculo de Dios está con los hombres y él habita entre ellos.

Regocijémonos porque en estos campos se ha realizado una obra que Dios puede aprobar. En el nombre del Señor, ofrezcamos expresiones de alabanza y agradecimiento por los resultados de la obra en otros países.

Nuestro General, quien no se equivoca, continúa diciendo: “Avanzad. Entrad en nuevos territorios. Levantad bandera en cada lugar. ‘Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y

la gloria de Jehová ha nacido sobre ti’.

Nuestra consigna ha de ser: Adelante, siempre adelante. Los ángeles del Señor irán delante de nosotros para preparar el camino. Nuestra preocupación por las “regiones apartadas” jamás puede deponerse hasta que toda la tierra sea alumbrada con la gloria del Señor.

Es necesario revivir el espíritu misionero en nuestras iglesias. Todos los miembros debieran estudiar la manera de contribuir al progreso de la obra de Dios, tanto en la misión local como en el exterior. Se ha hecho escasamente una milésima parte de la obra que debe realizarse en los campos misioneros. Dios insta a sus obreros a que conquisten nuevos territorios para él. Hay ricos campos de labor que esperan la llegada de obreros fieles. Ángeles ministradores cooperarán con cada miembro de la iglesia que trabaje desinteresadamente por el Maestro.

La iglesia de Cristo en la tierra se organizó con propósitos misioneros, y el Señor desea verla en su

totalidad concibiendo maneras y medios para llevar el mensaje de verdad a los encumbrados y a los humildes, a los ricos y los pobres. No todos son llamados a un ministerio personal en el extranjero, pero todos pueden hacer algo mediante sus oraciones y ofrendas para ayudar la obra misionera.

Un comerciante de los Estados Unidos de América, cristiano sincero, en conversación con un compañero de labor dijo que él mismo trabajaba para Cristo las veinticuatro horas del día. “En todas mis relaciones comerciales --dijo--, trato de representar a mi Maestro. Mientras tengo la oportunidad, procuro ganar a otros para el Señor. Todo el día trabajo para Cristo y en la noche mientras duermo, tengo un hombre que trabaja para el Señor en la China”.

Luego agregó: “Cuando era joven me propuse trabajar como misionero entre los gentiles. Pero, con la muerte de mi padre, tuve que encargarme de sus negocios con el fin de proveer para la familia. Ahora, en vez de ir yo mismo, apoyo financieramente a un misionero. Mi obrero trabaja

en cierto pueblo de una provincia de la China. Así que, mientras duermo, sigo trabajando para Cristo a través de mi representante”.

¿No habrá otros adventistas del séptimo día que estén dispuestos a hacer lo mismo? En vez de mantener a los ministros trabajando para las iglesias que ya conocen la verdad, que los miembros de la iglesia digan a esos obreros: “Id y trabajad por la gente que perece en la oscuridad. Nos encargaremos de los servicios de la iglesia. Mantendremos las reuniones, y sometidos a Cristo, seremos sostenidos espiritualmente. Trabajaremos por las almas que están a nuestro alrededor, oraremos y enviaremos nuestras ofrendas para sostener a los obreros en los campos más necesitados y destituidos”. ¿Por qué no se unen los miembros de una iglesia, o de varias iglesias pequeñas, para sostener un misionero en el extranjero? Si se privan de goces egoístas y de cosas innecesarias y perjudiciales, podrían hacerlo. Hermanos y hermanas, ¿no colaboraréis en esta obra? Haced algo para Cristo, os suplico, y hacedlo ahora. Por medio del trabajo de un maestro que

vuestras ofrendas pueden sostener en el campo, será posible rescatar almas de la ruina para que brillen como estrellas en la corona del Redentor.

“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz,... del que dice a Sión: Tu Dios reina!”

## Capítulo 4

# Los congresos campestres

Los congresos campestres son una de las actividades más importantes de nuestra obra. Es uno de los métodos más efectivos para cautivar la atención de la gente y alcanzar a todas las clases sociales con la invitación del Evangelio. El tiempo en que vivimos es una época de emociones intensas. La ambición y la guerra, el placer y la obtención de dinero absorben la mente de la gente. Satanás ve que le queda poco tiempo, de modo que ha puesto a todos sus agentes a trabajar, a fin de que la gente pueda ser engañada, entrampada, inducida a mantenerse ocupada y embelesada; hasta que concluya el tiempo de gracia y la puerta de la misericordia se cierre para siempre. Es nuestra tarea llevar al mundo entero--a toda nación, tribu, lengua y pueblo--la verdad salvadora del mensaje del tercer ángel. Pero ha sido un problema difícil saber cómo alcanzar a la gente en los lugares superpoblados. No se permite a las iglesias establecerse en ellos. Los salones espaciosos en las



grandes ciudades son costosos, y en la mayoría de los casos, pocos resultarán apropiados. Quienes no nos conocen han hablado mal de nosotros. La gente no comprende nuestra fe, y nos considera unos fanáticos que por ignorancia guardan el sábado en vez del domingo. Mientras realizamos nuestra obra, nos hemos sentido confundidos por no saber cómo superar las barreras de la mundanalidad y el prejuicio, para presentar la preciosa verdad que tanto significado encierra para la gente. El Señor nos ha enseñado que las reuniones religiosas al aire libre son uno de los medios más importantes para la realización de esta obra.

Debemos efectuar planes sabios para dar a la gente la oportunidad de escuchar personalmente el último mensaje de amonestación al mundo. La humanidad tiene que recibir la advertencia de que debe prepararse para el gran día de Dios, que está muy cerca. No tenemos tiempo que perder. Debemos realizar mayores esfuerzos para llegar hasta la gente allí donde se encuentre. La impenitencia del mundo y el desprecio por las leyes del gobierno de Dios ya están llegando a su

límite. Debe proclamarse la advertencia en cada ciudad de nuestro planeta. Todo lo que pueda hacerse debe efectuarse sin dilación.

Los campamentos campestres tienen además otra finalidad: la de promover la vida espiritual entre nuestros miembros. El mundo no conoce a Dios, a pesar de su supuesta sabiduría. No puede captar la belleza, la ternura, la bondad ni la santidad de la verdad divina. Y para que la gente pueda entenderlas, debe existir un canal a través del cual la verdad fluya hacia el mundo. Ese canal es la iglesia. Cristo se nos da a conocer para que nosotros lo revelemos a otros. Su pueblo debe manifestar las riquezas y la gloria de su don inefable.

Dios ha puesto en nuestras manos una obra sumamente sagrada y necesitamos reunirnos para obtener la capacitación necesaria a fin de llevarla a cabo. Necesitamos entender claramente qué parte se nos pide que realicemos para edificar la causa de Dios en la tierra, al vindicar la santa ley de Dios y al realzar al Salvador como “el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29) Necesitamos unirnos para recibir el toque divino que nos permitirá comprender nuestra labor en el hogar. Los padres necesitan entender cómo deben enviar a sus hijos e hijas desde el santuario del hogar, con una preparación y educación tal, que estén capacitados para brillar como luces en el mundo. Debemos comprender la necesidad de una distribución del trabajo y cómo debe llevarse adelante cada tarea. Cada uno debiera entender la parte que le corresponde a fin de que haya armonía entre el plan y el trabajo en la obra combinada de todos.

### **Cómo comunicarse con las multitudes**

Cristo dijo a sus discípulos en el Sermón del monte: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que

está en los cielos” (Mateo 5:14-16) Si nuestros congresos campestres se conducen en forma apropiada, serán en verdad una luz en el mundo. Debieran realizarse en las grandes metrópolis y ciudades donde el mensaje de la verdad no se ha proclamado, y continuar durante dos o tres semanas. Ocasionalmente puede ser aconsejable tener estos congresos en períodos sucesivos en el mismo lugar; pero, como regla, el lugar de las reuniones debe ser diferente de año en año. En vez de tener congresos campestres gigantescos en unos pocos lugares, sería más beneficioso tener reuniones más pequeñas en más lugares. Así la obra se extenderá constantemente a nuevos sectores. Tan pronto como el estandarte de la verdad se levante en una localidad, y los nuevos conversos ya no abriguen dudas ni errores, debemos hacer planes para entrar a nuevos territorios. Nuestros congresos campestres tienen poder, y cuando se realizan en un lugar donde la comunidad puede ser conmovida, tendrán un poder mucho mayor que cuando, por la conveniencia de nuestros miembros, se lleven a cabo donde el interés público haya disminuido a causa de

reuniones anteriores o del rechazo de la verdad.

Ha sido un error al celebrar los congresos en lugares apartados, y al repetirlos en el mismo lugar año tras año. Esto se ha hecho para reducir gastos y esfuerzos, pero los ahorros debieran hacerse en otros aspectos. Especialmente en lugares nuevos, una carencia de medios a menudo hace difícil hacer frente a los gastos generados por un congreso campestre. Es necesario ejercer cuidado en la economía y elaborar planes que no exijan grandes gastos, porque de esa manera puede ahorrarse mucho. Sin embargo, hay que cuidar de no perjudicar la obra por el afán de ahorrar. Este método de presentar la verdad a la gente ha sido establecido por Dios. Cuando se trabaja por las almas y se presenta la verdad a quienes no la conocen, no hay que detenerla por ahorrar dinero.

Nuestros congresos campestres deben conducirse de tal manera que logren el máximo posible de bendiciones. Que la verdad sea presentada y representada apropiadamente por aquellos que creen en ella. Lo que el mundo

necesita es luz, luz del cielo; y todo aquello que manifieste que Cristo es luz.

## **Una lección objetiva**

Cada congreso campestre debe ser una lección práctica de buen gusto, orden y pulcritud. Debe prestarse cuidadosa atención a la economía y evitar la ostentación, pero todo debe estar limpio y ordenado. El buen gusto y el tacto atraen mucho. En todo lo que hacemos debemos poner en evidencia la disciplina de la organización y el orden.

Todo debe mantenerse ordenado de tal manera que impresione tanto a nuestros propios hermanos como al resto de la gente, acerca de la santidad e importancia de la obra de Dios. Los reglamentos observados en el campamento de los israelitas constituyen un ejemplo para nosotros. Fue Cristo quien dio instrucciones especiales a Israel, aunque también eran para nosotros, los que vivimos en los días finales de este mundo. Debemos estudiar cuidadosamente las especificaciones de la Palabra

de Dios, y practicar esas directrices como la voluntad divina. Que todo lo relacionado con el campamento sea puro, sano y limpio. Debe prestarse atención a cada aspecto de los servicios de salubridad; hermanos de sano juicio y discernimiento deben ver que no se permita nada que pueda sembrar la semilla de la enfermedad y la muerte en todo el campamento.

Las carpas deben estar bien atadas a sus postes y siempre que haya posibilidad de lluvia, cada carpa debe acondicionarse con zanjas alrededor. En ningún sentido se debe pasar esto por alto. Enfermedades serias y aún fatales se han contraído por descuidar esta precaución.

Debemos sentir que somos representantes de una verdad de origen celestial. Debemos manifestar las alabanzas de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Debemos recordar siempre que los ángeles de Dios caminan por el recinto y observan el orden y el arreglo de cada carpa. Para las numerosas personas que vienen a los campamentos, todos los detalles son una

evidencia de la fe y los principios que ostentan quienes dirigen las reuniones. Debe ser la mejor evidencia posible. Todo el entorno debe ser ejemplar. Las habitaciones, en su orden y aseo, que ofrecen una idea de la vida hogareña; debieran ser un continuo sermón respecto a los hábitos, costumbres y prácticas de los adventistas del séptimo día.

### **Cómo asegurar la asistencia**

Cuando nos preparábamos para realizar un congreso campestre en una ciudad donde nuestra iglesia era poco conocida, me pareció estar una noche en una comisión convocada para consultar sobre la obra que debía llevarse a cabo antes de la reunión. Se sugirió hacer un esfuerzo gigante e incurrir en fuertes gastos en la distribución de avisos y volantes. Mientras se hacían estos arreglos para llevar a cabo esa idea, Uno que es más sabio en aconsejar dijo: “Instalen las tiendas de campaña, empiecen sus reuniones y luego hagan los anuncios; así se lograrán mejores resultados”.



“La verdad expuesta por un predicador entusiasta ejercerá una influencia mayor que la que tendría el mismo asunto publicado en forma impresa. Sin embargo, la combinación de los dos métodos tendrá todavía más poder. Continuar con los mismos métodos de evangelización año tras año, no es el mejor plan. Cámbiese el orden de las cosas. Cuando se le da el tiempo y la oportunidad, Satanás está listo para congregar sus fuerzas y tratará de destruir cada alma. Debe evitarse levantar cualquier oposición antes que la gente tenga la oportunidad de oír la verdad y de saber a lo que se resisten. Economizad vuestros recursos para realizar una vigorosa labor después de la reunión en lugar de antes. Si se puede conseguir una máquina impresora para imprimir durante las reuniones volantes, anuncios y escritos para distribuirlos, eso producirá una influencia eficaz”.

En algunos de nuestros congresos campestres, grupos de obreros entusiastas se han organizado para ir a la ciudad y a los suburbios para distribuir publicaciones e invitar a la gente para que asista a las reuniones. Por este medio se pudo asegurar la

asistencia regular de cientos de personas durante la segunda parte de las reuniones, quienes, de otra manera no habrían pensado asistir.

Debemos usar cualquier medio justificable para llevar la luz a la gente. Utilícese la prensa y todos los medios publicitarios que permitan llamar la atención a la obra. Esto no debe considerarse de poca importancia. En cada esquina se ven carteles y anuncios que atraen la atención hacia los más diversos asuntos, algunos de ellos de carácter muy objetable. Quienes tienen la luz del mundo, ¿se conformarán con efectuar débiles esfuerzos para atraer la atención de las multitudes a la verdad?

Las personas que se interesan en la verdad deben enfrentarse a argumentos falaces y falsedades de parte de ministros populares, sin saber cómo responder a estas cosas. La verdad presentada por el evangelista, debe publicarse tan concisa como sea posible y hacerse circular extensamente. Según sea práctico, que los discursos importantes presentados en los congresos, sean publicados en los periódicos. De

esa manera, la verdad dirigida a un número limitado de personas podrá llegar a muchas mentes. Y dondequiera que la verdad haya sido falseada, la gente tendrá la oportunidad de saber exactamente qué fue lo que dijo el ministro.

Coloca tu luz sobre un candelabro, para que alumbre a todos los que están en la casa. Si se nos ha dado la verdad, debemos hacerla tan sencilla para otros, que todas las personas sinceras de corazón puedan reconocerla y regocijarse en sus brillantes rayos.

Natanael oró para poder saber con certidumbre si aquel que Juan el Bautista había anunciado como el Mesías, era en verdad el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Mientras exponía su incertidumbre delante de Dios y pedía esclarecimiento, Felipe lo llamó y con tono fervoroso y lleno de gozo, exclamó: “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret”. (Juan 1:45)

Pero Natanael estaba prejuiciado contra el Nazareno. Por la influencia de falsas enseñanzas, surgió la incredulidad en su corazón y preguntó: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” Felipe no trató de combatir su prejuicio e incredulidad. Sólo se limitó a decir: “Ven y ve”. Fue una actitud sabia, porque tan pronto como Natanael vio a Jesús, se convenció de que Felipe estaba en lo correcto. Su incredulidad fue echada a un lado, y una fe firme, fuerte y obediente tomó posesión de su alma. Jesús elogió la fe confiada de Natanael.

Hay muchos en la misma situación que se encontraba Natanael. Están prejuiciados y son incrédulos porque nunca han estado en contacto con las verdades especiales para estos últimos días; o con las personas que las poseen, y se requerirá que asistan a una reunión rebotante del Espíritu de Cristo para eliminar su incredulidad. No importa lo que debemos enfrentar, qué oposición exista, qué esfuerzos para desviar las almas y conducir las lejos de la verdad de origen celestial; debemos proclamar nuestra fe. Así las personas honestas podrán ver y oír y convencerse por ellas mismas.

Nuestra obra consiste en decir como Felipe: “Ven y ve”.

No tenemos ninguna doctrina que haya que ocultar. Quienes fueron instruidos para observar el primer día de la semana como sagrado, consideran que el rasgo distintivo más objetable de nuestra fe es el sábado del cuarto mandamiento. Pero, ¿no declara la Palabra de Dios que el séptimo día es el sábado del Señor nuestro Dios? Es cierto, no resulta fácil realizar el cambio requerido del primero al séptimo día. Esto requiere una cruz. Choca con las prácticas y los preceptos humanos. Personas eruditas han enseñado tradiciones a la gente hasta imbuirla de incredulidad y prejuicios. Sin embargo, debemos decir a esas personas: “Ven y ve”. Dios requiere que proclamemos la verdad y dejemos que el error sea puesto de manifiesto.

### **La asistencia de los miembros de la iglesia**

Es importante que los miembros de nuestras iglesias asistan a nuestros congresos. Los enemigos de la verdad son muchos; y debido a que somos

pocos, debemos presentar un frente tan sólido como sea posible. Necesitamos individualmente los beneficios del congreso, y Dios nos invita a alistarnos en las filas de la verdad.

Algunos dirán: “Cuesta mucho viajar, y sería mejor que ahorráramos el dinero y lo diéramos para el progreso de la obra donde tanto se necesita”. No razonéis así; Dios os invita a ocupar vuestro lugar en las filas de su pueblo. Apoyad la reunión en todo lo que podáis acudiendo con vuestras familias. Haced un esfuerzo especial para asistir a la congregación del pueblo de Dios.

Hermanos y hermanas, es mucho mejor que dejéis sufrir en algo vuestros negocios antes que descuidar la oportunidad de oír el mensaje que Dios tiene para vosotros. No presentéis excusas que os impidan adquirir toda ventaja espiritual posible. Necesitáis todo rayo de luz. Necesitáis prepararos para dar una razón de la esperanza que hay en vosotros, con mansedumbre y temor. No podéis perder tal privilegio.

Antiguamente el Señor ordenó a su pueblo que se reuniera tres veces al año para rendirle culto. Los hijos de Israel acudían a aquellas santas convocaciones, trayendo a la casa de Dios sus diezmos, así como las ofrendas por el pecado y las de gratitud. Se reunían para relatar las misericordias de Dios, para conocer sus obras admirables, tributarle agradecimiento y alabar su nombre. Debían participar en el servicio de sacrificios que señalaba a Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Así habían de preservarse del poder corruptor de la mundanalidad y la idolatría. La fe, el amor y la gratitud debían mantenerse vivos en su corazón, y al congregarse en ese servicio sagrado se vinculaban más estrechamente con Dios y unos con otros.

En los días de Cristo vastas muchedumbres provenientes de todos los países asistían a aquellas fiestas, y si las hubieran observado como Dios quería, con un espíritu de verdadera adoración, la luz de la verdad podría haber sido esparcida por su intermedio a todas las naciones del mundo.

Los que residían lejos del tabernáculo debían emplear más de un mes cada año para asistir a esas santas convocaciones. El Señor vio que aquellas reuniones eran necesarias para la vida espiritual de su pueblo. Necesitaban apartarse de los cuidados mundanales, para comulgar con Dios y contemplar las realidades invisibles.

Si los hijos de Israel necesitaban el beneficio de aquellas santas convocaciones en su tiempo, ¡cuánto más lo necesitamos nosotros en estos últimos días de peligro y conflicto! Si los habitantes del mundo necesitaban entonces la luz que Dios le había confiado a su iglesia, ¡cuánto más la necesitan ahora!

Este es el momento en que cada uno debe acudir en auxilio de Jehová contra los poderosos. Las fuerzas del enemigo se están vigorizando, y se calumnia a nuestro pueblo. Deseamos que la gente llegue a conocer nuestras doctrinas y nuestra obra. Queremos que sepan lo que somos y lo que creemos. Debemos llegar a su corazón. Ocupe el



ejército de Jehová el terreno para representar la obra y causa de Dios. No presentemos excusas. El Señor nos necesita. Él no hace su obra sin la cooperación del agente humano. Id al congreso aun cuando ello os cueste un sacrificio. Id con la voluntad de trabajar. Y haced todo esfuerzo posible por inducir a vuestros amigos a ir, no en vuestro lugar, sino con vosotros, para estar de parte del Señor y obedecer sus mandamientos. Ayudad a aquellos que tienen interés en asistir, proveyéndoles, si es necesario, alimento y alojamiento. Os acompañarán los ángeles enviados para ministrar a los que han de heredar la salvación. Dios hará grandes cosas por su pueblo. Bendecirá todo esfuerzo hecho para honrar a su causa y hacer progresar su obra.

## **La preparación del corazón**

En estas reuniones debemos recordar siempre que hay dos fuerzas que obran. Se está librando una batalla que los ojos humanos no ven. El ejército del Señor está en el terreno, procurando salvar almas. Satanás y su hueste están también

obrando, procurando de toda manera posible engañar y destruir. El Señor nos ordena: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. (Efesios 6:11-12) Día tras día sigue la batalla. Si pudiesen abrirse nuestros ojos para ver cómo obran los agentes buenos y malos, no habría trivialidades, ni vanidad ni bromas. Si cada uno quisiera revestirse con toda la armadura de Dios y pelear virilmente las batallas del Señor, se ganarían victorias que harían temblar el reino de las tinieblas.

Ninguno de nosotros debe asistir a un congreso confiando en los ministros o los obreros bíblicos para que la reunión resulte bendecida. Dios no desea que su pueblo descansa por completo en los pastores. No quiere que se debilite dependiendo de los seres humanos. Los creyentes no deben apoyarse como niños impotentes sobre alguien

como si fuera un puntal. Como mayordomo en la iglesia de Dios, cada miembro de iglesia debe sentir la responsabilidad de tener vida y raíces propias. Cada uno debe sentir que, en cierta medida, el éxito de la reunión depende de él. No digáis: “No soy responsable. No tendré nada que hacer en esta reunión”. Si estos son vuestros sentimientos, dais a Satanás la oportunidad de trabajar por vuestro intermedio. Él llenará vuestra mente de pensamientos, y os dará algo que hacer en sus filas. En vez de “reunir” con Cristo, estaréis “dispersando”.

El éxito de la reunión depende de la presencia y el poder del Espíritu Santo. Todo aquel que ama la causa de la verdad debiera orar por el derramamiento del Espíritu. Y en cuanto esté en nuestro poder, debemos suprimir todo lo que impida que él actúe. El Espíritu Santo no podrá nunca ser derramado mientras los miembros de la iglesia alberguen divergencias y amarguras los unos hacia los otros. La envidia, los celos, las malas sospechas y las maledicencias son de Satanás, y cierran eficazmente el camino para que

el Espíritu Santo no intervenga. No hay nada en este mundo que sea tan precioso para Dios como su iglesia. No hay nada que él proteja con un celo más esmerado. No hay nada que ofenda tanto a Dios como un acto que perjudique la influencia de aquellos que le sirven. Él llamará a cuenta a todos los que ayuden a Satanás en su obra de criticar y desalentar.

Los que se hallan desprovistos de compasión, ternura y amor, no pueden hacer la obra de Cristo. Antes que pueda cumplirse la profecía de que el débil será “como David,” y la casa de David “como ángel de Jehová” (Zacarías 12:8), los hijos de Dios deben poner a un lado todo pensamiento de sospecha con respecto a sus hermanos. Los corazones deben latir al unísono. Debe manifestarse mucho más abundantemente la benevolencia cristiana y el amor fraternal. Repercuten en mis oídos las palabras: “Uníos, uníos.” La verdad solemne y sagrada para este tiempo debe unificar al pueblo de Dios. Debe morir el deseo de preeminencia. Un tema de emulación debe absorber todos los demás: “¿Quién se

asemejará más a Cristo en su carácter? ¿Quién se esconderá más completamente en Jesús?” “En esto es glorificado mi Padre--dice Cristo--, en que llevéis mucho fruto”. (Juan 15:8) Si hubo alguna vez un lugar donde los creyentes debían llevar mucho fruto, es en nuestros congresos. En estas reuniones nuestros actos, nuestras palabras, nuestro espíritu, quedan anotados, y nuestra influencia será tan abarcante como la eternidad.

La transformación del carácter ha de atestiguar al mundo que el amor de Cristo mora en nosotros. El Señor espera que su pueblo demuestre que el poder redentor de la gracia puede obrar en el carácter deficiente, y hacer que se desarrolle simétricamente para que lleve abundante fruto.

Pero a fin de que cumplamos el propósito de Dios, debe hacerse una obra preparatoria. El Señor nos ordena que despojemos nuestro corazón del egoísmo, que es la raíz del enajenamiento. Él anhela derramar sobre nosotros su Espíritu Santo en abundante medida, y nos ordena que limpiemos el camino mediante nuestra negación del yo.

Cuando entreguemos el yo a Dios, nuestros ojos serán abiertos para ver las piedras de tropiezo que nuestra falta de cristianismo ha colocado en el camino ajeno. Dios nos ordena que las elimine<sup>46</sup> mos todas. Dice: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados”. (Santiago 5:16) Entonces podremos tener la seguridad que tuvo David, cuando después de haber confesado su pecado oró: “Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti”. (Salmos 51:12, 13)

Cuando la gracia de Dios reine en el interior, el alma quedará rodeada de una atmósfera de fe y valor, y de un amor como el de Cristo; esa atmósfera vigorizará la vida espiritual de todos los que la inhalen. Entonces podremos ir al congreso, no sólo para recibir, sino para impartir. Todo aquel que participe del amor perdonador de Cristo, todo aquel que haya sido iluminado por el Espíritu de Dios, y se haya convertido a la verdad, sentirá que en virtud de esas preciosas bendiciones, tiene una

deuda hacia toda alma con la cual llegue a tratar. El Señor utilizará a los que son de corazón humilde para alcanzar a las almas a quienes no pueden llegar los ministros ordenados. Serán inducidos a pronunciar palabras que revelarán la gracia salvadora de Cristo.

Y al beneficiar a otros, serán ellos mismos beneficiados. Dios nos da la oportunidad de impartir gracia, a fin de poder llenarnos de nuevo con una mayor medida de ella. La esperanza y la fe se fortalecerán a medida que el agente de Dios utilice los talentos y los medios que Dios le ha proporcionado. Obrará junto a él un instrumento divino.

### **Asuntos administrativos**

Hasta donde sea posible, nuestros congresos campestres debieran dedicarse enteramente a intereses espirituales. No deben ser oportunidades para tratar asuntos administrativos.

En estos congresos se reúnen obreros de todas

partes del campo, y pareciera ser una oportunidad favorable para considerar asuntos de negocios relacionados con los varios aspectos de la obra, y para la capacitación de obreros en diferentes renglones. Todos estos variados intereses son importantes, pero cuando se han llevado a cabo durante los congresos campestres, han dejado escasa oportunidad para considerar la relación práctica de la verdad con el alma. Los pastores se han desviado de su cometido de fortalecer a los hijos de Dios en la santísima fe, y como resultado, el congreso no ha cumplido los objetivos para los cuales fue convocado. Se llevan a cabo numerosas reuniones en las cuales la mayoría de las personas no tiene ningún interés, y si asistieran a ellas, saldrían fastidiadas en lugar de recibir beneficio y refrigerio espiritual. Muchos se sienten frustrados porque sus expectativas de recibir ayuda en las reuniones del congreso campestre no han sido satisfechas. Los que acudieron en busca de orientación y fortaleza regresaron a sus hogares e iglesias no mucho mejor capacitados para atender a sus familias que antes de asistir a las reuniones.



Los asuntos de negocios deben estar a cargo de las personas designadas especialmente para ello. Y hasta donde sea posible, debieran reunirse con los miembros en alguna otra ocasión que no sea un congreso campestre. Las reuniones de capacitación para el colportaje, Escuela Sabática y publicaciones para la obra misionera, debieran llevarse a cabo en la iglesia local o en reuniones especiales para ese fin. Este mismo principio debe aplicarse a las reuniones de enseñanza del arte culinario. Aunque estas actividades son apropiadas en el lugar que les corresponde, no debieran ocupar el tiempo de nuestros congresos campestres.

Los presidentes de las asociaciones y los pastores tienen que dedicarse a atender los intereses espirituales de los hermanos, y por lo tanto, deben ser liberados de las labores ordinarias que acompañan a los congresos. Los ministros debieran estar listos para actuar como maestros y guías en las tareas del campamento cuando la ocasión lo requiera; pero no deben agotarse. Deben sentirse refrigerados, y estar en disposición animosa, porque esto es esencial para el bienestar

de la congregación. Deben poder hablar palabras de aliento y valor, y dejar caer en el terreno de los corazones sinceros, semillas de verdad espiritual que brotarán y darán precioso fruto.

Los ministros deben enseñar a la gente a acudir al Señor y cómo llevar a otros a él. Deben adoptarse métodos, ejecutarse planes, por los cuales se elevarán las normas y se enseñará cómo purificarse de la iniquidad y superarse por la adhesión a los principios puros y santos.

Es necesario que haya tiempo para el escudriñamiento del corazón y el cultivo de la mente. Cuando la mente se espacia exageradamente en asuntos de negocios, se producirá como resultado falta de poder espiritual. La piedad personal, la verdadera fe y la santidad del corazón, deben tenerse presentes, para que los hermanos comprendan su importancia.

Debe manifestarse el poder de Dios en nuestros congresos, o no podremos prevalecer contra el enemigo de las almas. Cristo dice: “Separados mí,

nada podéis hacer”. (Juan 15:5)

A los que se reúnen en los congresos debe inculcárseles la idea de que el propósito de las concentraciones es obtener una experiencia cristiana superior, progresar en el conocimiento de Dios, fortalecerse con vigor espiritual; y a menos que lo comprendamos, las concentraciones serán infructuosas para nosotros.

### **Ayuda ministerial**

Los congresos campestres o las reuniones de evangelismo realizadas cerca de ciudades grandes, deben contar con suficiente ayuda ministerial. La presencia de pastores en todas nuestras concentraciones religiosas debiera ser lo más abundante posible. No es aconsejable someter a uno o dos pastores a una tensión constante. Bajo tal tensión se agotarán física y mentalmente y se incapacitarán para realizar la obra asignada. Los pastores, para poder mantener la fortaleza necesaria para dirigir las reuniones, deben hacer arreglos anticipados para dejar sus campos de labor en

buenas manos, con miembros que, aunque no puedan predicar, sean capaces de llevar adelante la obra de casa en casa. Muchas personas, con la ayuda de Dios, pueden trabajar esforzadamente, y como fruto de su trabajo verán resultados cuya abundancia les sorprenderá.

En nuestras reuniones más concurridas se necesita una variedad de dones. Hay que aportar nuevos talentos. Debe darse oportunidad al Espíritu Santo para que trabaje en la mente de los oyentes. Entonces la verdad se presentará en forma novedosa y con poder.

Cuando se llevan a cabo las importantes actividades relacionadas con las reuniones realizadas cerca de ciudades populosas, es esencial obtener la cooperación de todos los obreros. Deben tener presente la atmósfera de las reuniones, relacionarse con los asistentes a su llegada y cuando se marchan; mostrar extrema cortesía, bondad y tierna compasión por sus almas. Deben estar preparados para hablarles a tiempo y fuera de tiempo, aspirando a ganarlos para Cristo. Qué

bueno sería si los obreros de Cristo pudieran manifestar la mitad de la vigilancia que emplea Satanás, quien se encuentra siempre bien despierto, velando para colocar alguna trampa para destruirlos.

Que cada nuevo día se convierta en el día más importante. Ese día o esa noche podría ser la única oportunidad que alguna persona pueda tener de escuchar el mensaje de amonestación. Recordad siempre eso.

Cuando los ministros permiten que se los aleje de su obra para visitar las iglesias, no solamente agotan sus energías físicas, sino, que además se privan ellos mismos del tiempo que necesitan para estudiar y orar, para guardar silencio delante de Dios y para efectuar un examen de conciencia. Como resultado, quedan descalificados para realizar el trabajo cuando y donde se requiera.

Nada es más necesario en la obra que los resultados prácticos que produce la comunión con Dios. Debiéramos demostrar en nuestra vida diaria

que gozamos de paz y reposo en el Señor. Cuando hay paz en el corazón se reflejará en el rostro. Proporciona a la voz un poder persuasivo. La comunión con Dios impartirá elevación moral al carácter y a todo el comportamiento. La gente comprenderá que nosotros--lo mismo que los primeros discípulos--, hemos estado con Jesús. Esto impartirá a la obra del pastor un poder aún mayor que el que procede de la influencia de su predicación. No debe permitir que se le prive de ese poder. La comunión con Dios por medio de la oración y el estudio de su Palabra no debe descuidarse, pues en eso radica la fuente de su fortaleza. Ningún trabajo para la iglesia debe ser más importante que este.

Nuestra confianza en Dios y en las realidades eternas es muy débil. Si los hombres y las mujeres estuvieran con Dios, él los escondería en la hendidura de la Roca. Protegidos así, pueden ver a Dios, de la misma manera como Moisés lo vio. Con el poder y la luz que Dios otorga, pueden comprender y lograr más de lo que habían considerado posible.

Se necesita más habilidad, tacto y sabiduría para presentar la Palabra y alimentar la grey del Señor que lo que muchos suponen. Una presentación árida y sin vida de la verdad menoscaba el más sagrado mensaje que Dios ha dado a la humanidad.

Los que enseñan la verdad deben vivir en continuo contacto personal y en comunicación consciente y activa con Dios. En ellos deben ser evidentes los principios de la verdad, la justicia y la misericordia. Deben extraer de la Fuente de toda sabiduría poder moral e intelectual. Sus corazones deben ser movidos por los profundos estímulos del Espíritu de Dios.

La fuente de todo poder es ilimitada; y si en vuestra gran necesidad buscáis el Espíritu Santo para que obre en vuestra propia alma, si os refugiáis en Dios, ciertamente no os presentaréis ante la gente con un mensaje árido y desprovisto de poder. Si oráis mucho y contempláis a Jesús, dejaréis de exaltar el yo. Si pacientemente

ejercitáis fe, confiando implícitamente en Dios, reconoceréis la voz de Jesús diciendo: “Escalad nuevas alturas”.

## **Todos deben actuar como obreros**

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. (Efesios 4:11-13)

Este pasaje bíblico contiene un programa de trabajo extenso que puede practicarse en nuestros congresos campestres. Todos estos dones deben ponerse en práctica. Todo obrero fiel trabajará para lograr la perfección de los santos. Todos los que se preparan para trabajar en la causa en cualquier campo del saber, debieran mejorar cada oportunidad para desempeñarse en las



concentraciones religiosas. Dondequiera que se celebren estas reuniones, los jóvenes que se han preparado en la rama médica, deben sentir que es su deber participar. Es necesario instarlos a trabajar no solamente en asuntos médicos, sino también a hablar de la “verdad presente”, dando razón de por qué somos adventistas del séptimo día. Si a estos jóvenes se les da la oportunidad de trabajar con ministros de mayor experiencia, recibirán gran ayuda y bendición.

Hay algo para ocupar a todos. Cada persona que cree en la verdad debe ocupar su puesto y lugar y decir: “Heme aquí, envíame a mí”. (Isaías 6:8) Al participar en los congresos campestres, todos pueden aprender a trabajar con éxito en sus propias iglesias.

Estas concentraciones religiosas bien dirigidas, son una escuela donde pastores, ancianos y diáconos pueden aprender a trabajar para el Maestro con mayor perfección. Debieran ser una escuela donde a los miembros de iglesia, adultos y jóvenes, se les dé la oportunidad de aprender a

cabalidad el método del Señor; un lugar donde los creyentes puedan recibir una educación que los capacitará para ayudar a otros.

Los padres que asisten a los congresos campestres tienen que prestar atención especial a las enseñanzas impartidas para su instrucción; entonces, por precepto y por ejemplo, deben enseñar esas lecciones a sus hijos en la vida del hogar. Luchando de esa manera para salvar a sus hijos de la influencia corruptora del mundo, verán un mejoramiento en sus familias.

La mejor ayuda que los pastores pueden ofrecer a los miembros de nuestras iglesias, no es predicar, sino crear actividades para ellos; asignar a cada cual algo que hacer por los demás. Ayudar a todos a ver que, como recipientes de la gracia de Cristo, están en la obligación de trabajar para él. Que todos sean enseñados a trabajar. Aquellos que se han unido recientemente a la fe, debieran especialmente ser educados para ser obreros juntamente con Dios. Si se les enseña a trabajar, el desalentado no tardará en olvidar su desaliento, el

débil se fortalecerá, el ignorante se hará inteligente, y todos serán idóneos para presentar la verdad según está en Jesús. Encontrarán en él un ayudador infalible que ha prometido salvar a todos los que acuden a él.

## **Oración y consejo**

Quienes trabajan en congresos campestres, deben congregarse a menudo para orar y recibir consejo para desempeñarse inteligentemente. Hay muchos asuntos que requieren atención en estas reuniones. Los pastores debieran dedicar tiempo cada día para reunirse a fin de orar y consultarse mutuamente. Debéis saber que todo necesita avanzar sin tropiezo, “que debéis manteneros de pie--como se me instruyó--marchando hombro a hombro hacia delante, sin desviaros”. Cuando la obra se lleva a cabo en esta forma, hay unidad de propósito y armonía en la actuación. Este será un medio maravilloso de atraer la bendición de Dios sobre el pueblo.

Antes de predicar un sermón, los pastores

deben dedicar tiempo para acudir a Dios en busca de sabiduría y poder. En los comienzos de nuestra iglesia, los pastores se reunían con frecuencia y oraban juntos sin cesar hasta que el Espíritu de Dios contestaba sus oraciones. Luego regresaban con los rostros resplandecientes; y cuando hablaban a la congregación, sus palabras eran poderosas. Impresionaban el corazón de los asistentes porque el mismo Espíritu que los había bendecido, preparaba los corazones para que recibieran su mensaje. Los seres celestiales están realizando mucho más de lo que nos damos cuenta para preparar el camino con el fin de facilitar la conversión de la gente. Debemos trabajar en armonía con los mensajeros celestiales. Necesitamos más de Dios; no debemos suponer que nuestras palabras y sermones bastan para realizar la obra. A menos que alcancemos a la gente a través de Dios, nunca lo lograremos. Debemos depender totalmente de Dios, implorando el cumplimiento de su promesa: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. (Zacarías 4:6)

Cuando los obreros a quienes Dios ha confiado responsabilidades como dirigentes sientan temor y temblor delante de él por causa de la responsabilidad del trabajo, cuando sientan su propia indignidad y busquen al Señor con humildad, cuando se purifiquen de todo lo que a él le desagrada, cuando clamen ante él hasta estar seguros de haber obtenido perdón y paz, entonces Dios se manifestará por medio de ellos. Entonces la obra avanzará con poder.

Compañeros de labor, debemos procurar que Jesús, el inestimable Jesús, more en nuestros corazones con mayor plenitud, si queremos tener éxito al presentarlo a la gente. Tenemos una gran necesidad de la influencia celestial, del Espíritu Santo de Dios para dar poder y eficiencia a nuestra obra. Necesitamos abrir nuestro corazón a Cristo. Tenemos necesidad de una fe más sólida y una devoción más ferviente. Necesitamos morir al yo y abrigar en nuestras mentes y corazones un amor reverente por nuestro Salvador. Cuando busquemos al Señor de todo corazón, lo hallaremos y nuestros corazones arderán con su amor. El yo se volverá

insignificante y Jesús será todo y una totalidad para el alma.

Cristo nos concede el agua de la vida a los que estamos sedientos, para que la bebamos gratuitamente; cuando lo hacemos, tenemos a Cristo dentro de nosotros como una fuente de agua que brota para vida eterna. Entonces nuestras palabras rebosarán de frescura. Entonces estaremos preparados para dar de beber a otros.

Debemos acercarnos a Dios y colaborar con él. Si no lo hacemos se notarán debilidad y desaciertos en todo lo que emprendamos. Si se nos permitiera administrar los intereses de la causa de Dios guiándonos por nuestras intuiciones, no tendríamos ninguna razón para contar con mucho; pero si nuestro yo se ocultara en Cristo, entonces Dios sería el fundamento de toda nuestra obra. Tengamos fe en Dios a cada paso. Mientras nos percatamos de nuestras propias debilidades, no seamos faltos de fe, sino creamos en él.

Si creemos lo que Dios dice, veremos su

salvación. El evangelio que presentamos a las almas que perecen debe ser el mismo que salve nuestras propias almas. Debemos recibir la Palabra de Dios. Debemos comer la Palabra, vivir la Palabra; es la carne y la sangre del Hijo de Dios. Debemos comer su carne y beber su sangre: recibir por fe sus atributos espirituales.

Debemos recibir luz y bendición, para tener algo que impartir. Es el privilegio de cada obrero hablar primero con Dios en un lugar de oración privado, y luego hablar con la gente como portavoces de Dios. Los hombres y las mujeres que comulgan con Dios, en cuyos corazones habita Cristo, convierten en sagrada la misma atmósfera, porque están cooperando con ángeles santos. Tales testigos son los que se necesitan para esta hora. Necesitamos el poder enternecedor de Dios, el poder de atraer a la gente a Cristo.

### **Las necesidades de la iglesia**

Muchos asisten a los congresos campestres llenos de críticas y acusaciones. Estas personas,

mediante la obra del Espíritu Santo, deben ser conducidas a reconocer que su actitud murmuradora es una ofensa a Dios. Deben ser guiados a censurarse ellos mismos porque permitieron que el enemigo controlara sus mentes y su juicio. La actitud acusadora debe ser remplazada por el arrepentimiento; la inseguridad y la melancolía, por la pregunta sincera: “¿Cómo puedo llegar a poseer una fe genuina?”

Cuando el ser humano participe de la naturaleza divina, el amor de Cristo será un principio permanente en el alma; el yo y sus rasgos característicos no serán evidentes. Pero es triste ver que los que debieran ser vasos de honra se complacen en la gratificación de la baja naturaleza y transitan por senderos que la conciencia condena. Muchos que profesan ser seguidores de Cristo caen a un nivel bajo, siempre lamentándose de sus defectos, pero nunca venciendo ni aplastando a Satanás bajo sus pies. La culpa y la recriminación agobian constantemente el alma, y el clamor de tales personas bien puede ser: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?”



(Romanos 7:24) La complacencia en el pecado destruye la dignidad personal y cuando esta desaparece, disminuye el respeto por los demás; entonces pensamos que los demás son tan impíos como nosotros mismos.

Estas cosas deben ser presentadas a la consideración de la feligresía durante nuestras convocatorias anuales, y todos deben ser animados a encontrar en Cristo liberación del poder del pecado. El dice: “Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón,... y seré hallado por vosotros”. (Jeremías 29:13, 14) La norma debe elevarse y la predicación debe ser de carácter sumamente espiritual, para que el pueblo pueda ser guiado a ver la razón de sus debilidades e infelicidad. Muchos son infelices porque son impuros. Solamente la pureza de corazón y la inocencia mental pueden ser bendecidas por Dios. Cuando se acaricia el pecado, puede producir al final tan solo infelicidad. El pecado que puede conducir a los resultados más desagradables, es el orgullo, la falta de la clase de simpatía y amor que manifestó Cristo.

## **La forma de presentar el mensaje**

Por doquiera hay corazones que claman por el Dios viviente. En las iglesias se han pronunciado discursos insatisfactorios para el alma hambrienta. Esos discursos carecen de la manifestación divina que entenece la mente y crea un fervor en el alma. La audiencia no puede decir: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:32) Mucha de la enseñanza ofrecida carece de poder para despertar al transgresor o convencer de pecado. Las personas que vienen a oír la Palabra tienen necesidad de una presentación sencilla y clara de la verdad. Algunos que han saboreado alguna vez la Palabra de Dios han vivido por mucho tiempo en una atmósfera sin Dios, y anhelan la presencia divina.

El primerísimo asunto, y el más importante, es ablandar y subyugar el alma mediante la presentación de nuestro Señor Jesucristo como el Salvador que perdona el pecado. Jamás debiera

predicarse un sermón ni darse instrucción bíblica sobre cualquier tema sin guiar al oyente hacia el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29) Toda verdadera doctrina coloca a Cristo en el centro. Cada precepto recibe fuerza de sus palabras.

Mantened la cruz del Calvario delante de la gente. Mostrad lo que causó la muerte de Cristo: la transgresión de la ley. Que el pecado no sea encubierto ni considerado como asunto de poca importancia. Debe presentarse como culpa contra el Hijo de Dios. Luego se debe guiar a la gente hacia Cristo y decirle que la inmortalidad se obtiene únicamente cuando se lo recibe como su Salvador personal. Despertad a la gente para que vea cuán distante se encuentra de los mandamientos del Señor por haber adoptado reglas mundanales y haberse conformado a principios seculares. Esto ha inducido a transgredir la ley de Dios.

Muchos que militan en el mundo ponen sus afectos en cosas que en sí mismas no son malas;

pero llegan a sentirse satisfechos con ellas, y no buscan el bienestar mayor y más elevado que Cristo desea darles. Ahora bien, no debemos procurar privarles rudamente de lo que consideran de valor para ellos. En cambio, debemos revelarles la belleza y la belleza de la verdad. Inducidlos a contemplar a Cristo en su hermosura; entonces se apartarán de todos sus defectos que los alejan de él. Este es el principio que el Salvador utiliza para tratar con cada ser humano; es el principio que debe implantarse en la iglesia.

Cristo vino al mundo para “vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel”. (Isaías 61:1) “Nacerá el Sol de Justicia, y en sus alas traerá salvación”. (Malaquías 4:2) El mundo está repleto de hombres y mujeres agobiados por el pesar, los sufrimientos y el pecado. Dios envía a sus hijos para que les revelen a Aquel que quitará el peso y les dará reposo. Es la misión de los siervos del Señor ayudar, bendecir y sanar.

El tema favorito de Cristo era el carácter

paternal de Dios y su abundante amor. Este conocimiento de Dios fue su dádiva personal al hombre, y esta misma dádiva la dio a su iglesia para que la comunique al mundo.

Al presentar a la gente las diferentes lecciones y advertencias para este tiempo, debemos recordar que no todas son igualmente apropiadas para las congregaciones que se reúnen en nuestras concentraciones religiosas. El mismo Jesús dijo a sus discípulos, quienes habían estado con él durante tres años: “Aún tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar”. (Juan 16:12) Debemos tratar de presentar la verdad a medida que la gente esté preparada para escucharla y apreciar su valor. El Espíritu de Dios trabaja en las mentes y corazones de la gente, y debemos actuar en armonía con esto.

La gente ya tiene un conocimiento de ciertas verdades. Hay algunas en las cuales están interesados y dispuestos a aprender más. Mostradles la importancia de estas verdades y su relación con otras que no entienden. Así

despertaréis el deseo de recibir más luz. Esto significa: “usa bien la palabra de verdad”. (2 Timoteo 2:15)

Que el mensaje para este tiempo se presente, no en largos y elaborados discursos, sino en exposiciones cortas, al punto. Cuando hayáis abordado un tema una vez, no penséis que podéis pasar inmediatamente a otro, y que los oyentes recordarán todo lo que habéis dicho. Hay peligro en pasar muy deprisa de un punto a otro. Impartid lecciones breves, en lenguaje claro y sencillo, y repetid esto a menudo.

No avancéis de inmediato con otra presentación, más bien permitid que transcurra un tiempo para que la verdad pueda afianzarse en la mente y se dé oportunidad para la meditación y la oración, tanto al ministro como al pueblo. De esa manera habrá crecimiento en el conocimiento religioso y la experiencia.

Mantened la mente concentrada en unos pocos puntos vitales. No introduzcáis ideas irrelevantes

en vuestros discursos. Dios no permitirá que penséis que estáis impresionados por su Espíritu cuando os apartáis de vuestro tema introduciendo asuntos extraños que no tienen relación con vuestro tema. Al apartaros de líneas rectas e introducir aquello que distrae la mente del tema, perdéis vuestra fuerza de expresión y debilitáis todo lo que habéis dicho anteriormente. Dad a vuestros oyentes trigo genuino, completamente aventado.

Tened cuidado de no perder jamás el sentido de la presencia del Vigilante divino. Recordad que no estáis hablando delante de una asamblea humana, sino delante de Uno a quien debéis reconocer siempre. Hablad como si el universo entero estuviera delante de vosotros.

Una noche, antes de una reunión importante, me pareció estar con mis hermanos durante mis horas de sueño, oyendo a Uno que hablaba como quien tiene autoridad. Dijo: “Muchas almas honestamente ignorantes de las verdades que se presentarán, deben de asistir a estas reuniones. Escucharán y se interesarán porque Cristo las atrae;

sus conciencias les dicen que lo que escuchan es verdad, porque tienen la Biblia como su fundamento. Se requiere extremo cuidado al tratar con estas almas.

“Que tales porciones del mensaje se les presenten en una forma que puedan comprender su sentido. Aunque parezca extraño y asombroso, muchos reconocerán con gozo que la Palabra de Dios ha sido iluminada con nueva luz; mientras que si las nuevas verdades se presentaran en una forma tan amplia que dificultara su comprensión, algunos se alejarían para nunca más regresar. Muchos adventistas, en sus esfuerzos por compartir la verdad con otros, pueden expresar mal lo que han oído. Otros desviarán tanto el sentido de las Escrituras que confundirán algunas mentes.

“Los que estudian el método de enseñanza de Cristo, y se educan para seguirlo, atraerán y retendrán multitudes, así como Cristo lo hizo en su tiempo. Satanás estará presente en cada congreso campestre para interponerse entre la humanidad y Dios con su sombra infernal, a fin de interceptar



cada rayo de luz que pueda iluminar el alma. Pero cuando la verdad se presenta al pueblo en su carácter real y práctico, con manifestaciones de amor, hay personas que serán convencidas, porque el santo Espíritu de Dios impresionará sus corazones.

“Armaos con humildad; orad para que los ángeles de Dios puedan acercarse a nuestro lado para impresionar la mente; porque no sois vosotros los que usáis el Espíritu Santo, sino el Espíritu Santo debe usaros a vosotros. Es el Espíritu Santo quien hace impresionante la verdad. Mantened siempre delante del pueblo la verdad práctica”.

No hagáis resaltar aquellos aspectos del mensaje que son una condenación de las costumbres y prácticas de la gente, hasta que tengan oportunidad de saber que somos creyentes en Cristo, que creemos en su divinidad y preexistencia. Permitid que el testimonio del Redentor del mundo sea vivido. Él dice: “Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de

David, la estrella resplandeciente de la mañana”.  
(Apocalipsis 22:16)

En el congreso campestre realizado en Queensland en 1898, recibí instrucciones destinadas a nuestros obreros bíblicos. En visiones nocturnas, observé a ministros y obreros en lo que parecía una reunión donde se impartían lecciones bíblicas. Dijimos: “Hoy tenemos con nosotros al gran Maestro”, y a continuación escuchamos con interés sus palabras. Él dijo: “Hay una gran obra delante de vosotros en este lugar. Debéis presentar la verdad con sencillez. Llevad a la gente a las aguas de vida. Habladles de los asuntos que conciernen mayormente a su bienestar presente y eterno. Evitad que vuestro estudio de la Escritura sea de escaso valor o presentado a la ligera. En todo lo que digáis, recordad que tenéis algo que merece el tiempo que tomáis para expresarlo y el tiempo de los oyentes para oír. Hablad de lo que es esencial, de lo que instruya, lo que llevará luz con cada palabra.

“Aprended a hablar con la gente de manera que

entienda. No presentéis ideas controversiales. Que vuestras instrucciones no sean de un carácter tal que inquieten la mente. No preocupéis a la gente con asuntos que vosotros podéis entender, pero que ellos no comprenden, a menos que estos sean de consecuencias vitales para la salvación de las almas. No presentéis la Escritura de una manera que exalte el yo y estimule la vanagloria en el que abre la Palabra.

La obra para este tiempo es preparar estudiantes y obreros para que puedan presentar temas de una manera clara, sencilla y solemne. En esta obra no debe haber tiempo mal utilizado. No debemos errar el blanco. El tiempo es demasiado breve para ponernos a develar todo lo que hay para ver. Se requerirá la eternidad para que conozcamos la largura, la anchura, la profundidad y la altura de las Escrituras. Hay algunas almas para quienes ciertas verdades son más importantes que otras. Necesitáis perspicacia en vuestra educación en asuntos bíblicos. Leed y estudiad: (Salmos 40:7, 8; Juan 1:14; 1 Timoteo 3:16; Filipenses 2:5-11; Colosenses 1:14-17; Apocalipsis 5:11-14)

Al apóstol Juan se le revelaron en la isla de Patmos las enseñanzas que Dios deseaba que él impartiera al pueblo. Estudiad estas revelaciones. Hay aquí temas que merecen nuestra contemplación, extensas y abarcantes lecciones que todas las huestes angélicas están ahora procurando comunicar. Contemplad la vida y el carácter de Cristo, estudiad su obra intercesora. Allí hay sabiduría, amor, justicia y misericordia infinitas. Allí hay profundidad y altura, largura y anchura, para nuestra consideración. Innumerables escritores se han utilizado para presentar al mundo la vida, el carácter y la obra mediadora de Cristo, y todavía, en cada mente mediante la cual el Espíritu Santo ha trabajado, se han presentado estos temas bajo una luz original y novedosa.

Deseamos inducir a la gente a comprender qué es Cristo para ellos y cuáles son las responsabilidades que se espera que acepten en él. Como sus representantes y testigos, necesitamos llegar personalmente a un pleno entendimiento de las verdades salvadoras adquiridas a través de

un conocimiento experimental.

Enseñad las grandes verdades prácticas que deben ser estampadas sobre el alma. Enseñad el poder redentor de Jesús, “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”. (Colosenses 1:14) Fue en la cruz donde la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la verdad se besaron. Que cada estudiante y obrero estudien esto una y otra vez, hasta que, al levantar al Salvador crucificado entre nosotros, puedan entregar un mensaje nuevo a la gente. Mostrad que la vida de Cristo revela un carácter infinitamente perfecto. Enseñad que, “a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. (Juan 1:12) Repetidlo una y otra vez. Podemos llegar a ser hijos de Dios, miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Haced saber que quienes aceptan a Jesucristo y mantienen su confianza original, firme hasta el fin, serán herederos de Dios. También serán coherederos con Cristo “para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros,

que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”. (1 Pedro 1:4, 5)

## **La advertencia final**

El mensaje del tercer ángel debe darse con poder. El poder de la proclamación del primer y segundo mensajes debe intensificarse en el tercero. En Apocalipsis Juan se expresa del mensajero celestial que se une al tercer ángel, como sigue: “Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible”. (Apocalipsis 18:1, 2) Corremos el peligro de dar el mensaje del tercer ángel de forma tan indefinida que no impresione a la gente. Se introducen tantos otros intereses que el mismo mensaje que debiera proclamarse con poder; llega a ser débil e ineficaz. Se ha incurrido en una

equivocación en nuestros congresos campestres. Se ha presentado el tema del sábado, pero no como la gran prueba para este tiempo. Mientras las iglesias profesan creer en Cristo, están invalidando la ley que Cristo mismo proclamó desde el Sinaí. El Señor nos pide: “Anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. (Isaías 58:1) La trompeta debe emitir un sonido auténtico.

Cuando tenéis una congregación delante de vosotros por solamente dos semanas, no pospongáis la presentación del tema del sábado, hasta que se presente todo lo demás, suponiendo que con eso prepararéis el camino para ello. Elevad las normas, los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Haced esto el tema principal. Luego, mediante vuestros sólidos argumentos, haced de él una fuerza aún mayor. Basaos más en el Apocalipsis. Leed, explicad y poned en práctica sus enseñanzas.

Nuestra lucha es agresiva. Cosas terribles están delante de nosotros; sí, más bien sobre nosotros. Que nuestras oraciones asciendan a Dios para que

los cuatro ángeles puedan retener aún los cuatro vientos, que no soplen para hacer daño y destruir, hasta que la última amonestación se haya dada al mundo. Trabajemos entonces en armonía con nuestras oraciones. Que ninguno disminuya la fuerza de la verdad para este tiempo. Nuestra preocupación debe ser la verdad presente. El mensaje del tercer ángel debe cumplir su obra de separar de las iglesias a un pueblo que se sostendrá sobre la plataforma de la verdad eterna.

Nuestro mensaje es de vida o muerte, y debemos permitir que aparezca tal como es: el gran poder de Dios. Debemos presentarlo en toda la fuerza de su expresión. Entonces el Señor lo hará efectivo. Es nuestro privilegio esperar grandes cosas, aún la demostración del Espíritu de Dios. Este es el poder que convertirá el alma.

Los peligros de los últimos días están sobre nosotros, y en nuestro trabajo debemos advertir a la gente del peligro en que se encuentran. No permitáis que las escenas solemnes que han revelado las profecías sean dejadas sin tocar. Si



nuestro pueblo estuviera sólo medio despierto, si se percatara de la cercanía de los acontecimientos descritos en el Apocalipsis, se efectuaría una reforma en nuestras iglesias, y muchos más creerían el mensaje. No tenemos tiempo que perder; Dios nos llama a preocuparnos por la gente como quienes tendrán que rendir cuenta. Llamad la atención sobre nuevos principios e insistid en la verdad inequívoca. Será como una espada de dos filos; pero no os apresuréis a asumir una actitud controversial. Habrá ocasiones cuando tendremos que mantenernos quietos y ver la salvación de Dios. Permitid que hable Daniel, que hable el Apocalipsis, y decid lo que es verdad. Pero, cualquiera que sea el contenido del tema que se presente, elevad a Jesús como el centro de toda esperanza, “la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana”. (Apocalipsis 22:16)

## **Las reuniones de alabanza**

En los servicios de nuestros congresos campestres debiera haber cantos y música instrumental. Los instrumentos musicales se

usaban en los servicios religiosos en la antigüedad. Los adoradores alababan a Dios con arpas y címbalos, y actualmente la música debe tener su lugar en nuestros servicios. Esto aumentará el interés y debiera llevarse a cabo una reunión de alabanza cada día, un servicio sencillo de gratitud a Dios. Si tuviéramos un verdadero sentido de la bondad, la misericordia y la paciencia de Dios, y si de nuestros labios salieran más alabanzas para honrarlo y glorificarlo, existiría mucho más poder en nuestros congresos campestres. Necesitamos cultivar más fervor del alma. El Señor dice: “El que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios”. (Salmos 50:23)

La obra de Satanás consiste en lograr que se hable de lo que le concierne a él mismo. Se deleita en lograr que los seres humanos hablen de su poder, de la obra que realiza por medio de los hijos de los hombres. Por el descuido de participar en tales conversaciones, la mente llega a entenebrecerse, a amargarse y a ser desagradable. Podemos convertirnos en canales de comunicación

para Satanás, por los cuales fluyan palabras que no lleven calor a ningún corazón. Pero, decidamos que esto no sucederá. Decidamos no ser conductos a través de los cuales Satanás comunicará pensamientos tenebrosos y desagradables. No permitamos que nuestras palabras tengan sabor de muerte para muerte, sino sabor de vida para vida.

En lo que expresamos a la gente y en las oraciones que ofrecemos, Dios desea que demos inequívoca evidencia de que tenemos vida espiritual. No disfrutamos la plenitud de la bendición que el Señor ha preparado para nosotros, porque no pedimos con fe. Si ejerciéramos fe en la Palabra del Dios viviente, tendríamos las más ricas bendiciones. Deshonramos a Dios por nuestra falta de fe; por lo tanto, no podemos impartir vida a otros como sucedería si diéramos un testimonio vivo, alentador. No podemos dar lo que no poseemos.

Si camináramos humildemente con Dios, si trabajáramos en el espíritu de Cristo, ninguno de nosotros llevaría cargas pesadas. Las pondríamos

sobre el gran Portador de preocupaciones. Entonces podríamos esperar triunfar en la presencia de Dios, en la comunión de su amor. Desde el comienzo hasta el fin, cada congreso campestre debe ser un festival de amor, porque la presencia de Dios está con su pueblo.

Todo el cielo está interesado en nuestra salvación. Los ángeles de Dios, miles de millares, y diez mil veces diez mil, son comisionados para ministrar a los que serán herederos de salvación. Nos protegen del mal y rechazan nuestra destrucción. ¿No tenemos motivos de agradecimiento en todo momento, aun cuando haya evidentes dificultades en nuestra senda?

El mismo Señor es nuestro ayudador. “Canta, oh hija de Sión; da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén... Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos”. (Sofonías 3:14, 17) Este es el testimonio que el Señor desea que llevemos al mundo. La alabanza

debe estar siempre en nuestros corazones y labios.

Tal testimonio influirá sobre los demás. Al procurar alejar a los seres humanos de sus esfuerzos por satisfacer sus deseos para obtener felicidad, debemos mostrarles que tenemos algo mejor que lo que ellos anhelan obtener. Cuando Jesús conversaba con la mujer samaritana, no la reprochó por venir a sacar agua del pozo de Jacob, en cambio le ofreció algo de mucho más valor. En comparación con el pozo de Jacob, Jesús presentó la fuente de agua viva. “Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. La mujer le dijo: Señor,

dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla. Jesús le dijo: Vé, llama a tu marido, y ven acá... No tengo marido... Bien has dicho: No tengo marido”. (Juan 4:10-17)

La iglesia necesita una experiencia nueva, viva, de parte de miembros que sostengan comunión habitual con Dios. Testimonios y oraciones áridos, rancios, sin la manifestación de Cristo en ellos, no son de ayuda para el pueblo. Si el que afirma ser hijo de Dios estuviera henchido de fe, luz y vida, ¡qué maravilloso testimonio se daría a los que acuden a escuchar la verdad! ¡Y cuántas almas podrían ganarse para Cristo!

### **Los esfuerzos de reavivamiento**

Se realizan muy pocos esfuerzos de reanimación espiritual en nuestros congresos campestres. Se busca muy poco al Señor. Deben llevarse a cabo servicios de reavivamiento desde el comienzo hasta la conclusión de las reuniones. Deben hacerse los esfuerzos más definidos para animar a la iglesia. Permitid que todos vean que

estáis animados porque tenéis un mensaje celestial maravilloso. Decidles que el Señor viene para juzgar, y que ni reyes ni gobernantes, riquezas o influencia contribuirán a evitar los juicios que pronto vendrán. A la clausura de cada concentración debieran procurarse decisiones. Manteneos firmes con aquellos interesados, hasta que sean confirmados en la fe.

Debemos estar decididamente más activos. Debemos predicar la Palabra en privado y en público; debemos presentar todos los argumentos necesarios y estimular todos los motivos de infinita importancia para conducir a los hombres al Salvador levantado en la cruenta cruz. Dios desea que todos obtengan vida eterna. Observad cómo en toda la Palabra de Dios se manifiesta el espíritu de urgencia, de ruego, para que hombres y mujeres vengan a Cristo, se nieguen a satisfacer los apetitos y pasiones que corrompen el alma. Con todas nuestras fuerzas debemos urgirles a contemplar a Jesús y a aceptar su vida de renunciación y sacrificio. Debemos mostrar que esperamos que ellos traigan gozo al corazón de Cristo al utilizar

cada uno de sus dones para honrar su nombre.

Muchos de los que asisten a un congreso campestre están agobiados por el pecado. No se sienten seguros en sus iglesias. Debe darse oportunidad a los que están perturbados y necesitan reposo espiritual, para que encuentren ayuda. Después de un sermón, debe invitarse a quienes desean seguir a Cristo, para que expresen sus deseos. Llamad a todos los que no están satisfechos a fin de que se preparen para la venida de Cristo, y a todos los que se sienten agobiados y cargados, a acercarse voluntariamente. Que los que son espirituales conversen con estas personas y oren con ellas y por ellas. Emplead mucho tiempo en oración y muy esmerado escudriñamiento de la Palabra. Dejad que todos reciban las realidades de la fe genuina en sus propias almas, al creer que el Espíritu Santo les será impartido, porque tienen verdadera hambre y sed de justicia. Enseñadles cómo rendirse personalmente a Dios, cómo crecer, cómo reclamar las promesas. Dejad que el profundo amor de Dios se exprese en palabras de ánimo, en palabras de intercesión.



Que haya más súplicas ante Dios por la salvación de las almas. Trabajad desinteresada y decididamente con un espíritu ferviente. Estimulad a la gente a entrar a la cena del Cordero. Que haya más súplicas, más fe, más aceptación y más cooperación con Dios.

Existe la más desesperante indiferencia y descuido respecto a la gran salvación. Debe despertarse a los indiferentes, o se perderán. Dios dio a su propio Hijo para salvar al pecador culpable, y se propone contrarrestar con sus agentes las agencias satánicas que se han confabulado para destruir a las almas. El Señor ha hecho provisión para que el Salvador crucificado pueda ser revelado a los pecadores. Aunque están muertos en sus delitos y pecados, hay que despertar su atención mediante la predicación de Cristo y de éste crucificado. Todo el mundo tiene que convencerse de la malignidad del pecado. Los ojos del pecador deben ser iluminados. Que todos los que han sido guiados a Cristo cuenten su historia de amor. Que todos los que hayan experimentado

el poder transformador de Cristo en su propia alma hagan lo que puedan en el nombre del Señor.

El valor infinito del sacrificio requerido para nuestra redención revela el hecho de que el pecado es un mal muy grande. Dios pudo haber borrado esta vil mancha de su creación, haciendo desaparecer al pecador de la faz de la tierra. Pero, “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16) ¿Por qué no todos los que afirman que aman a Dios tratan de iluminar a sus vecinos y asociados, para que no descuiden más esta gran salvación?

Cristo se entregó a sí mismo a una muerte vergonzosa y con horribles sufrimientos, y experimentó increíble tormento, para salvar al perdido. ¡Oh, Cristo puede, Cristo desea, Cristo anhela salvar a todos los que acudan a él! Hablad a la gente que corre peligro y procurad que contemple a Jesús sobre la cruz, agonizando para hacer posible el perdón. Hablad al pecador con vuestro propio corazón rebosando con el tierno y

compasivo amor de Cristo. Manifestad profundo anhelo; pero el que trata de lograr que el alma mire y viva, no debiera manifestar ninguna muestra de impaciencia ni aspereza. Primero consagrad vuestra propia alma a Dios. Al contemplar a nuestro Intercesor en el cielo, que vuestro corazón se enternezca. De esa manera, suavizados y subyugados, podréis hablar a los pecadores arrepentidos como alguien que comprende la verdadera naturaleza del poder del amor redentor. Orad con estas almas y llevadlas por fe al pie de la cruz; elevad sus mentes con las vuestras, y fijad el ojo de la fe en Jesús, el Vencedor del pecado. Inducidlos a apartar su vista de su pobre y pecaminoso yo, para dirigirla hacia el Salvador, y así ganaréis la victoria. Ellos contemplan personalmente al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Ven el Camino, la Verdad y la Vida. El Sol de Justicia esparce sus brillantes rayos que iluminan el corazón. Las fuertes corrientes de amor redentor se vierten en el alma agotada y sedienta, y el pecador es ganado para Cristo Jesús.

Cristo crucificado: habla de él, invócalo,

cántale, porque eso quebrantará y ganará los corazones. Este es el poder y sabiduría de Dios para cosechar las almas para Cristo. Las expresiones formales, arregladas, y la presentación de temas argumentativos logran muy poco. El amor enternecedor de Dios que inunda el corazón de los obreros será reconocido por las personas de quienes se ocupan. Las almas están sedientas de las aguas de vida. No seáis cisternas rotas. Si reveláis el amor de Cristo, podéis guiar a los hambrientos y sedientos a Jesús, y él les dará el pan de vida y el agua de salvación.

## **Los esfuerzos personales**

Los siervos del Señor no sólo deben predicar la Palabra desde el púlpito, sino también deben mantenerse en contacto personal con la gente. Cuando se predica un sermón, se siembra una preciosa semilla; pero, si no se realiza un esfuerzo personal para cultivar el terreno, la semilla no se arraiga. A menos que el corazón sea enternecido y subyugado por el Espíritu de Dios, la mayor parte del sermón se perderá. Observad a las personas que

en la congregación dan muestras de estar interesadas, y habladles después del servicio. Unas pocas palabras en privado harán mucho más que todo el sermón. Indagad cómo les han parecido los temas a los oyentes, y preguntadles si el asunto ha quedado claro en sus mentes. Actuando con bondad y cortesía mostradles que tenéis genuino interés en ellos y preocupación por sus almas. Muchos han sido inducidos a pensar que como pueblo no creemos en la conversión. Cuando les pidamos que vengan a Cristo, sus corazones se enternecerán y el prejuicio se desvanecerá.

## **Estudios bíblicos**

Siempre que sea práctico, cada discurso importante debe ser seguido por un estudio bíblico. En esta ocasión, los puntos que se han presentado pueden ampliarse, pueden formularse preguntas e inculcarse las ideas correctas. Debe emplearse más tiempo para educar a la gente con paciencia, dándoles oportunidad de expresarse. Lo que la gente necesita es instrucción. Línea sobre línea, precepto tras precepto.

Es necesario tener reuniones especiales para las personas que se interesan en las verdades presentadas y necesitan instrucción. Debe invitarse a la gente a estas reuniones; y todos, creyentes y no creyentes, debieran tener oportunidad de hacer preguntas sobre asuntos que no hayan comprendido completamente. Permitid que todos expresen las dudas que puedan tener. En todos los sermones y estudios bíblicos, permitid que la gente vea que todos los temas presentados, las doctrinas y los asuntos de fe tienen el respaldo de un claro “así dice Jehová”.

Este fue el método de enseñanza de Cristo. Cuando hablaba a la gente, le preguntaban sobre el significado de lo que enseñaba. Él estaba preparado en todo momento para explicar el significado de sus palabras a los que buscaban humildemente ser iluminados. Cristo, sin embargo, no estimuló la crítica ni la duda y nosotros tampoco debiéramos hacerlo. Cuando alguien trate de provocar una discusión sobre temas controversiales de doctrina, decidle que la reunión no tiene ese propósito.

Cuando contestéis una pregunta, aseguraos que los oyentes comprendan y acepten que ha sido contestada. No dejéis ninguna pregunta sin contestar, y si la hubiere, pedid que se haga de nuevo. Examinad vuestra manera de trabajar paso a paso y aseguraos de todo lo que habéis alcanzado.

En reuniones de tal naturaleza, aquellos que entienden el mensaje, pueden hacer preguntas que arrojarán luz sobre diversos aspectos de la verdad. Pero algunos podrían no tener juicio para hacer esto. Cuando alguien hace preguntas que sólo contribuyen a confundir la mente y siembran semillas de duda, debe pedírsele a tal persona que se abstenga de hacer esas preguntas. Debemos aprender cuándo hablar y cuándo callar; aprender a sembrar la semilla de la fe, a impartir luz, no tinieblas.

### **Una palabra oportuna**

Los que se mantienen en una actitud de oración podrán hablar en sazón las personas que han sido

conducidas a su círculo de influencia; porque Dios les dará sabiduría mediante la cual podrán servir al Señor Jesús. “Cuando la sabiduría entrare en tu corazón y la ciencia fuere grata a tu alma, la discreción te guardará; te preservará la inteligencia”. (Proverbios 2:10, 11) Abriréis vuestros labios con juicio y vuestra lengua será la ley de benevolencia.

Si quienes pretenden ser cristianos obedecen las palabras de Cristo, las personas con quienes se comunican sabrán que han estado con Jesús y que han aprendido de él. Presentarán a Cristo y su tema será las realidades de la eternidad. Se preocuparán por las almas como quienes habrán de dar cuenta. Esto significa mucho más que lo que algunos suponen. Significa salir a buscar la oveja perdida.

## **La recolección de fondos**

Nadie debe aprovecharse de los congresos campestres, cuando la mayoría de los hermanos pueden ser alcanzados; para presentar asuntos de interés particular o recaudar fondos con diversos



objetivos benevolentes, los cuales se han multiplicado. La obra de Dios en el ministerio de la Palabra, la predicación de la verdad en regiones lejanas, el gran interés de la obra educacional en nuevos territorios, y el establecimiento de sanatorios en conexión con el ministerio evangélico, son los objetivos que debieran presentarse a nuestros feligreses en los congresos campestres.

### **Resultados de la obra en los congresos campestres**

Los congresos campestres deben realizar una obra extraordinaria. El Señor ha honrado en forma especial estas concentraciones que él ha llamado “santas convocaciones”. Miles de personas asisten a estas concentraciones; muchas, motivadas por la curiosidad de oír y ver cosas nuevas. Pero cuando oyen el mensaje de verdad y se relacionan con quienes creen en él, no pocos son impresionados. Los prejuicios, la oposición y la indiferencia se esfuman y ellos escuchan con sincero interés la predicación de la Palabra.

Dios tiene sus representantes en todas las iglesias. A estas personas no se les han presentado las verdades especiales para estos últimos días, que prueban la fe, bajo circunstancias que producen convicción en el corazón y la mente; por lo tanto, al rechazar la luz no interrumpieron su comunicación con Dios. Hay muchos que han caminado fielmente en la luz que ha iluminado su senda. Están hambrientos de saber más acerca de los caminos y las obras de Dios. En todo el mundo hay hombres y mujeres que miran fijamente al cielo. Oraciones, lágrimas e indagaciones ascienden de almas que anhelan recibir luz, gracia y el Espíritu Santo. Muchos están muy cerca del reino, esperando solamente ser invitados a entrar.

Cuando las verdades de la Biblia en su sencillez se enseñen a la gente como lecciones de Cristo, reconocerán la luz y se regocijarán al recibirla. Sus dudas se desvanecerán ante la luz de la verdad como el rocío ante el sol matinal. Sus conceptos de las verdades bíblicas se amplían y la revelación de Dios en Cristo les muestra la

profundidad, la anchura y la altura del ministerio espiritual divino, el cual no habían comprendido porque no puede ser explicado; sino únicamente ejemplificado en un carácter semejante al de Cristo.

Muchos que no son miembros de ninguna iglesia y que causan la impresión de estar completamente desentendidos de los requerimientos de Dios, no son en realidad tan indiferentes como parecen. Aun los más irreligiosos tienen sus momentos de convicción, cuando sienten un anhelo por algo que no tienen. En cada pueblo y ciudad vive mucha gente que no asiste a ningún lugar de culto. Muchos de ellos son atraídos por los congresos campestres. Otros asisten porque se sienten esclavos del pecado, indefensas víctimas de malos hábitos. Muchos de ellos se convencen y se convierten. Cuando por fe se aferran a las promesas de Dios de perdón de sus pecados, se rompe la esclavitud del hábito. Olvidan sus complacencias pecaminosas y llegan a ser personas libres en Cristo Jesús, y se regocijan en la libertad de los hijos de Dios. Esta es la obra que

debe hacerse en todos nuestros congresos campestres. Por este medio, miles serán rescatados para Cristo.

## Capítulo 5

# Después del congreso campestre

Por medio de los congresos campestres celebrados en las ciudades, miles serán inducidos a escuchar la invitación a la fiesta: “Venid, que ya todo está preparado”. (Lucas 14:17) Después de despertar el interés de las personas, no debemos acortar las reuniones, desmontando las tiendas de campaña y causando la impresión de que la concentración religiosa ha terminado. Justamente cuando cientos de personas se han interesado, el mayor bien puede lograrse mediante la fe y el trabajo esmerado. Por lo tanto, estas reuniones deben conducirse en una forma tan efectiva par que se mantenga el interés del público.

Después de una concentración religiosa al aire libre, se trajo a consideración la opción de continuar o no las reuniones. Relaté a los hermanos un sueño que había tenido. Veía un edificio

parcialmente terminado. Los trabajadores estaban recogiendo sus herramientas en preparación para irse, dejándolo sin terminar; pero les supliqué que consideraran el asunto. “El edificio no está terminado--dije-- . Regresad y trabajad hasta que el techo esté puesto”. Vinieron entonces y continuaron el trabajo. Así, los hermanos escucharon mi consejo de permanecer y continuar la obra del congreso campestre. Como resultado, numerosas personas que habían asistido aceptaron la verdad.

No debiera haber tantos fracasos en los costosos esfuerzos realizados en los congresos campestres y otras concentraciones religiosas; no es necesario que haya tan pocas gavillas para llevar al Señor. En los lugares donde la bandera de la verdad presente nunca se había enarbolado, más gente se convertirá ahora como resultado de cierta cantidad de trabajo, lo cual no se había logrado antes. Tengo una orden para todos cuyas manos se están debilitando y perdiendo fuerza: “Empuñad el estandarte con mayor firmeza”. La fe dice: “Adelante”. No debéis desmayar ni desanimaros.

No hay debilidad de fe en quien avanza constantemente.

Después de un congreso campestre, puede ser difícil retener a los oradores principales durante varias semanas para cultivar el interés despertado. Podría ser costoso retener las facilidades del terreno y mantener en pie un número suficiente de tiendas de campaña de familias para mantener la apariencia de una concentración religiosa. Podría ser un gran sacrificio que varias familias permanecieran en el lugar para ayudar a los pastores y obreros bíblicos en sus visitas y los estudios bíblicos con los que vienen a las reuniones. También pueden ayudar visitando a la gente en sus casas, hablando de las bendiciones recibidas en las reuniones e invitándolos a asistir. Sin duda será difícil obtener un número suficiente de obreros para continuar la obra con éxito. Pero los resultados justificarán el esfuerzo. Gracias a esos abnegados y enérgicos esfuerzos algunos de nuestros congresos campestres han contribuido a levantar iglesias sólidas y activas. Y es justamente por medio de esa obra abnegada como el mensaje

del tercer ángel debe presentarse a los habitantes de nuestras ciudades.

Un número considerable de oradores suele asistir a los congresos campestres durante unos pocos días, y justo cuando se ha despertado el interés de los asistentes, casi todos ellos deben ausentarse para actuar en otras reuniones, lo cual deja sólo dos o tres oradores en la concentración para contender con la influencia depresiva del trabajo de desarmar y transportar las tiendas de campaña de las familias. Cuánto mejor sería si las reuniones se continuaran durante más tiempo; si de cada iglesia vinieran personas preparadas para permanecer un mes o más, ayudando en las reuniones y aprendiendo cómo trabajar con entusiasmo. Entonces, cuando regresen a sus hogares podrían llevar a sus iglesias una valiosa experiencia. Cuánto mejor sería si algunos de los mismos oradores que despertaron el interés de la gente durante las reuniones más concurridas, permanecieran para dar seguimiento mediante una prolongada serie bien estructurada de reuniones. Este plan requeriría que se realizaran varias de



ellas simultáneamente, lo cual no permitiría que algunas personas asistieran a todas las reuniones. Pero debemos recordar que la obra debe terminarse “no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. (Zacarías 4:6)

El trabajo no debiera concluir cuando terminan las reuniones en los terrenos del congreso campestre. Se presentaron doctrinas que resultan nuevas y extrañas para los asistentes. Aquellos que se han declarado convencidos por la Palabra y desean aceptar la verdad, tendrán que enfrentarse a la oposición más decidida y sutil. Ministros, amigos y conocidos harán todo esfuerzo posible para arrebatarse la semilla de la verdad sembrada en el corazón. No debemos dejar, por lo tanto, que la semilla sea arrebatada. No debemos permitir que se marchite por falta de riego.

Los cambios tienden a debilitar la influencia de las reuniones. Continúen las reuniones en los terrenos del congreso campestre siempre que eso sea práctico. Pero cuando parezca aconsejable

mudarse, que la tienda de campaña más espaciosa se traslade a algún lugar favorable, y que allí se continúen las reuniones. Debe establecerse una misión. Adquirid un sitio adecuado, que varios obreros se unan para formar una familia misioinera. La misión debe comprender un hombre con su esposa, que sean personas con habilidad y consagración para que su influencia le dé carácter a la obra.

Para continuar atendiendo los intereses después del congreso campestre, se necesitan personas que ayuden en varios frentes. Estas ocasiones debieran ser como escuelas de formación para obreros. Permitid a los jóvenes trabajar con obreros experimentados que orarán con ellos y los instruirán pacientemente. Mujeres consagradas debieran desempeñarse como obreras bíblicas de casa en casa. Algunos de los obreros deberían actuar como colportores que vendan nuestras publicaciones, obien que las regalen juiciosamente a quienes no pueden comprarlas.

Permitid a algunos de los obreros que asistan a

asambleas religiosas en otras iglesias y, si hay oportunidad que participen en ellas. Cuando Jesús tenía doce años, fue a la escuela de los sacerdotes y rabinos en el templo, donde hizo numerosas preguntas. En aquella escuela del templo se impartían estudios bíblicos. Jesús, formuló preguntas como estudiante, sin embargo, esas preguntgas generaron nuevos temas para que los eruditos sacerdotes pensaran. Una obra similar debe hacerse hoy. Jóvenes juiciosos debieran ser instados a asistir a las reuniones de la Asociación de Jóvenes Cristianos (YMCA), no por amor al debate, sino para investigar las Escrituras con ellos y sugerir ideas que podrían resultarles útiles.

Si en estos distintos frentes se hubiera realizado una obra seria y vigorosa después de nuestros congresos campestres, un número mayor de personas se habrían convertido como fruto de la semilla sembrada en las reuniones.

Permitid que los obreros se familiaricen con la gente y que les lean las preciosas palabras de Cristo. Ensalzad entre ellos a Cristo crucificado y

pronto los que escucharon el mensaje de amonestación de los ministros en la tienda de campaña, y se convencieron de sus pecados; serán inducidos a solicitar más información. Esta es la oportunidad para presentar las razones de nuestra fe con humildad y temor; no un temor servil sino cauto, no sea que hablemos imprudentemente. Presentad la verdad en toda su belleza, en sencillez y sinceridad, proveyendo alimento en sazón, y dando a cada uno su porción.

Esta obra os requiere velar por las almas como quienes habrán de rendir cuenta. La ternura de Cristo debe llenar el corazón del obrero. Si tenéis amor por las almas, mostraréis una tierna solicitud por ellas. Ofreceréis oraciones humildes, fervorosas y de corazón por las personas a quienes visitáis. Aquel que dio su propia vida por la vida de la humanidad, cooperará con el obrero desinteresado para impresionar el corazón humano.

## **La obra del evangelista**

La obra del evangelista es enseñar las

Escrituras y orar con las familias, y esta obra debe combinarse con la predicación. Si se omite esto, la predicación será en gran medida un fracaso. A través de esfuerzo personal, acercaos a la gente. Enseñadles que el amor de Dios debe entrar al santuario de la vida hogareña.

No os apropiéis de gloria para vosotros mismos. No trabajéis con un corazón dividido, procurando servir al yo y a Dios a la vez. Ocultad el yo. Permitid que vuestras palabras conduzcan al cansado y trabajado, a llevar sus cargas a Jesús. Trabajad como si estuvierais viendo a Aquel que está a vuestra diestra, listo para ofreceros su eficiencia y fuerza omnipotente en cada emergencia. El Señor es vuestro Consejero, vuestro Guía; el Capitán de vuestra salvación. Él va delante de vosotros, venciendo y conquistando.

### **Por los caminos y los vallados**

La orden de Cristo a su pueblo es: “Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa”. (Lucas 14:23) La

invitación a la fiesta del Evangelio debe presentarse primero en los caminos. Debe ser dada a aquellos que afirman estar en los caminos de la experiencia cristiana, a los miembros de las diferentes iglesias. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. (Apocalipsis 2:7) En estas iglesias hay adoradores falsos y verdaderos. Debe hacerse una obra por aquellos que se han apartado de su primer amor, que han perdido su primer celo e interés en los asuntos espirituales. Debemos llevar la amonestación delante de los profesos cristianos que son transgresores de la ley de Dios. Debe dárseles el mensaje.

El Señor dice: “Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”. (Apocalipsis 3:1-3)

La amonestación para la iglesia de los últimos días también debe ser proclamada a todos los que pretenden ser cristianos. El mensaje de Laodicea, como una espada de dos filos, debe ser llevado a todas las iglesias: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete”. (Apocalipsis 3:15-19) Nuestra labor es proclamar este mensaje. ¿Estamos haciendo todo esfuerzo para que las iglesias sean amonestadas?

Tenemos una obra que hacer en favor de los ministros de las otras iglesias. Dios quiere que se

salven. Ellos, como nosotros, pueden obtener la inmortalidad únicamente por la fe y la obediencia. Debemos trabajar por ellos con fervor para que la obtengan. Dios quiere que tengan una parte en su obra especial para este tiempo. Quiere que estén entre aquellos que han de dar a sus hijos alimento a su tiempo. ¿Por qué no se habrían de integrarse a esta obra?

Nuestros ministros deben procurar acercarse a los ministros de otras denominaciones. Oren por ellos y con ellos, pues Cristo intercede en su favor. Tienen una solemne responsabilidad. Como mensajeros de Cristo, deben manifestar profundo y ferviente interés en estos pastores del rebaño.

La invitación que se ha de dar en las “salidas de los caminos” (Mateo 22:9), debe proclamarse a todos los que tienen una parte activa en la obra mundial, a los maestros y dirigentes del pueblo. Los que llevan pesadas responsabilidades en la vida pública, los médicos y maestros, los abogados y los jueces, los funcionarios públicos y los hombres de negocios, deben oír el mensaje claro y



distinto. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36, 37)

Hablamos y escribimos mucho acerca de los pobres a quienes se descuida. ¿No debiéramos llamar también la atención a los ricos a quienes se descuida? Muchos consideran a esta clase como sin esperanza, y poco hacen para abrir los ojos de aquellos que, enceguecidos y deslumbrados por el poder de Satanás, ya no tienen la eternidad en cuenta. Miles de ricos han bajado a la tumba sin ser amonestados, porque se los juzgó por su apariencia y se los pasó por alto por considerarlos como casos sin esperanza. Pero, por indiferentes que parezcan, se me ha mostrado que muchos miembros de esta clase social experimentan preocupaciones íntimas. Hay miles de ricos que sienten hambre de alimento espiritual. Muchos de los que ocupan cargos oficiales sienten su necesidad de algo que no poseen. Pocos de ellos van a la iglesia; porque no les parece que reciben ningún beneficio. La enseñanza que oyen no

conmueve el alma. ¿No haremos un esfuerzo personal en su favor?

Algunos preguntarán: ¿No podemos alcanzarlos con las publicaciones? Son muchos los no se pueden alcanzar de esta manera. Lo que necesitan es un esfuerzo personal. ¿Habrá de perecer sin advertencia especial? No era así en los tiempos antiguos. Los siervos de Dios eran enviados a decir a los que ocupaban cargos elevados que podían hallar paz y descanso solamente en el Señor Jesucristo.

La Majestad del cielo vino a nuestro mundo para salvar a la humanidad perdida y caída. Sus esfuerzos incluían no solamente a los parias, sino también a los que ocupaban puestos de honor. Él trabajó inteligentemente para obtener acceso a las personas de las clases superiores que no conocían a Dios y no guardaban sus mandamientos.

La misma obra se continuó después de la ascensión de Cristo. Mi corazón se enternece mucho al leer el interés manifestado por el Señor

en Cornelio. Este era un hombre de elevada posición, un oficial del ejército romano, alguien que seguía estrictamente toda la luz que había recibido. El Señor le envió un mensaje especial del cielo a Pedro pidiéndole que lo visitara y compartiera la luz. Pensar en la compasión y el tierno amor de Dios hacia aquellos que andan en busca de luz y oran por ella, debiera proporcionar un gran estímulo a los dirigentes de nuestra obra.

Muchos me han sido presentados como Cornelio; es decir, hombres a quienes Dios desea relacionar con su iglesia. Sus simpatías acompañan al pueblo que observa los mandamientos del Señor. Pero son retenidos firmemente por los vínculos que los atan al mundo. No tienen el valor moral para unirse con los humildes. Debemos hacer esfuerzos especiales por estas almas, pues en vista de sus responsabilidades y tentaciones requieren un trabajo especial.

Por la luz que se me ha dado sé que un claro “Así dice Jehová” debe dirigirse ahora a los hombres que tienen influencia y autoridad en el

mundo. Son administradores a quienes Dios ha confiado cometidos importantes. Si quieren aceptar su invitación, Dios los empleará en su causa.

Hay hombres del mundo que tienen facultades de organización concedidas por Dios; son facultades que se necesitan para llevar adelante la obra para estos últimos días. Se necesitan hombres que puedan asumir la administración de instituciones, hombres que puedan actuar como dirigentes y educadores en nuestras asociaciones. Dios llama a hombres y mujeres que puedan mirar hacia delante y discernir la obra que debe hacerse, que puedan servir como fieles financistas, hombres y mujeres que se mantendrán leales como una roca a los principios en cualquier peligro o crisis que pueda surgir.

La causa de Dios necesita ahora, como en el pasado, el talento que Dios se proponía que tuviera. Pero tanto egoísmo se ha entretejido en nuestras instituciones, que el Señor no ha logrado conectar con la obra a las personas que deberían estar unidas a ella. Dios ha visto que tales hombres y mujeres

no serían reconocidos ni apreciados debidamente.

Dios llama a obreros fervorosos y humildes para que lleven la verdad a las clases privilegiadas. No es por contacto casual, accidental, que personas pudientes, amantes y adoradoras del mundo pueden ser llevadas a Cristo. Hay hombres y mujeres imbuidos con el espíritu misionero que deben hacer esfuerzos personales definidos, y ellos no fracasarán ni se desanimarán.

Debemos celebrar reuniones con el fin de orar, para pedir al Señor que abra el camino para que la verdad penetre en las fortalezas donde Satanás ha puesto su trono; y que disperse la sombra que él ha interpesto en el sendero de los que procura engañar y destruir. Tenemos la seguridad: “La oración eficaz del justo puede mucho”. (Santiago 5:16)

Pedid que se ore por la gente a favor de las cuales trabajáis; presentadlos delante de la iglesia como objetos de sus súplicas. Será justamente lo que los miembros de la iglesia necesitan para tener sus mentes alejadas de sus dificultades

insignificantes; para sentir una gran preocupación, un interés personal, por un alma que está a punto de perecer. Seleccionad otra alma, y otra más, buscando diariamente la dirección de Dios, colocando todo delante de él en fervorosa oración, y trabajando con la sabiduría divina. Al hacer esto, Dios otorgará su Espíritu Santo para convencer de pecado y convertir el alma.

Algunos son especialmente idóneos para trabajar en favor de las clases superiores. Los tales deben buscar diariamente al Señor y dedicar tiempo al estudio para aprender a alcanzar a esas personas; no para conocerlas simplemente, en forma casual, sino para conquistarlas mediante el esfuerzo personal y la fe viva. Deben manifestar un profundo amor por ellas y verdadera preocupación porque tengan un conocimiento de la verdad tal cual se la halla en la Palabra de Dios.

Para alcanzar estas clases, los creyentes mismos deben ser “cartas” vivientes, “conocidas y leídas por todos los hombres”. (2 Corintios 3:2) No representamos en todo lo que podemos, el carácter

elevador y ennoblecedor de la verdad. Estamos en peligro de convertirnos en siervos estrechos de miras y egoístas. Debemos recordar esto con temor y temblor, para que no fracasemos.

Que aquellos que trabajan por las clases más favorecidas se conduzcan con verdadera dignidad, recordando que los ángeles son sus acompañantes. Que guarden la tesorería de la mente y el corazón repletos de “Escrito está”. Colgad en el vestíbulo de la memoria las preciosas palabras de Cristo. Deben ser valoradas muy por encima de la plata o el oro.

No debemos ocultar el hecho de que somos adventistas del séptimo día. La verdad puede avergonzarse de nosotros porque nuestro proceder no esté en armonía con sus principios puros, pero jamás debemos avergonzarnos de la verdad. Cuando tengáis la oportunidad, confesad vuestra fe. Cuando alguien os pregunte, dadle una razón de la esperanza que está en vosotros, con humildad y temor.

Es la constante comprensión del valor incomparable del sacrificio expiatorio de Cristo por nosotros, lo que nos califica para guiar a otros al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Debemos convertirnos en expositores de la eficacia de la sangre de Cristo, mediante la cual nuestros propios pecados han sido perdonados. Sólo así podremos alcanzar a las clases más privilegiadas.

Se presentarán muchos motivos de desánimo en este trabajo. Se harán muchas revelaciones desconcertantes. Cristo ha dicho que es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de los cielos. Pero con Dios todo es posible. Él puede trabajar y trabajará mediante sus agentes humanos en las mentes de las personas adineradas cuyas vidas han sido consagradas a la búsqueda de riquezas.

El universo celestial ha estado esperando por largo tiempo para cooperar con los agentes humanos en esta obra que se ha descuidado. Muchos que han intentado llevar a cabo esta obra, la han abandonado por causa del desánimo,



mientras que si hubieran perseverado, habrían obtenido gran éxito. Aquellos que realizan fielmente esta obra serán bendecidos por Dios. La justicia de Cristo irá delante de ellos, y la gloria del Señor será su retaguardia.

Hay milagros que deben efectuarse en las conversiones genuinas, milagros que no se disciernen ahora. Las personas más encumbradas no están fuera del poder de un Dios que obra maravillas. Si los que colaboran con él son personas que realizan sus deberes con valor y fidelidad, Dios los utilizará para convertir a hombres que ocupan posiciones de responsabilidad, hombres de intelecto e influencia. Por el poder del Espíritu Santo, muchos aceptarán los principios divinos. Al contemplar a Jesús en su hermosura, en su renunciación y su abnegación, el que es rico y está lleno de autosuficiencia, se percibirá a sí mismo por contraste como un infeliz, miserable, pobre, ciego y desnudo; se considerará tan pequeño que preferirá a Cristo, y buscará asiduamente la vida eterna.

Convertido a la verdad, se transformará en un instrumento en la mano de Dios para comunicar la luz. Tendrá una preocupación especial por otras almas de esta desatendida clase. Sentirá que se le ha encomendado una dispensación del Evangelio para aquellos que han hecho de este mundo su todo. Tiempo y dinero serán consagrados a Dios, recursos serán traídos a su tesorería, talento e influencia serán convertidos a la verdad, se añadirá a la Iglesia eficiencia y poder renovados.

Cristo instruye a sus mensajeros para que vayan también en busca de quienes están en los caminos apartados y los vallados: los pobres y humildes de la tierra. Muchos de ellos no saben qué hacer para ser salvos. Muchos están sumergidos en sus delitos y pecados; muchos se encuentran desesperados. Los afligen enfermedades de todo tipo, tanto del cuerpo como del alma. Anhelan encontrar solaz para sus tribulaciones, y Satanás los tienta para que lo busquen en la impureza y los placeres que los conducen a la ruina y a la muerte. Gastan su dinero en lo que no es pan, y trabajan por lo que no satisface. Estas almas no deben ser pasadas por

alto.

Con la obra de promover los mandamientos de Dios y reparar el portillo que ha sido abierto en su ley, debemos mezclar compasión por la humanidad sufriente. Debemos mostrar amor supremo a Dios; necesitamos exaltar su monumento conmemorativo que ha sido pisoteado por pies profanos; y con esta obra debemos manifestar misericordia, benevolencia y la piedad más tierna por el doliente y el pecador.

En cada lugar donde se presenta la verdad, deben hacerse fervorosos esfuerzos desde el comienzo para predicar el Evangelio a los pobres y sanar a los quebrantados de salud. Fielmente realizado, este trabajo agregará a la iglesia muchas almas que habrán de ser salvas.

Los que trabajan de casa en casa encontrarán oportunidades para el ministerio en muchos frentes. Deben orar por los enfermos y hacer todo lo que esté a su alcance para aliviarlos del sufrimiento. Deben trabajar entre los humildes, los pobres y los

oprimidos. Debemos orar por y con los desamparados que no tienen fuerza de voluntad para controlar los apetitos degradados por las pasiones. Deben hacerse fervorosos y perseverantes esfuerzos por la salvación de aquellos en cuyos corazones se ha despertado un interés. Muchos pueden ser alcanzados solamente por acciones de bondad desinteresada. Sus necesidades físicas deben ser aliviadas antes. A medida que observen evidencias de nuestro amor desinteresado, será más fácil creer en el amor de Cristo.

Las enfermeras misioneras son las mejor calificadas para esta obra; pero otras deben unirse a ellas. Estas, aunque no educadas ni entrenadas especialmente en enfermería, pueden aprender de sus compañeras de labor la mejor manera de trabajar.

Abundan la habladuría, el fariseísmo y la vanagloria; pero estos jamás ganarán almas para Cristo. El amor puro, santificado, tal como se manifestó en la vida de Cristo, es como un perfume

sagrado; como el perfume del aceite aromático derramado por María Magdalena, llena toda la habitación con fragancia. La elocuencia, el conocimiento, la verdad y los talentos inusuales, mezclados con amor, son todos dones preciosos. Pero ni la habilidad ni los talentos mejor seleccionados pueden por ellos solos ocupar el lugar del amor.

Este amor debe ser manifestado por los obreros del Señor. El amor por Dios y por quienes Cristo ha muerto, hará una obra que escasamente comprendemos. Quienes no aprecian ni cultivan este amor, no pueden ser misioneros de éxito.

Todos los que aceptan a Cristo deben disponerse a trabajar por quienes están muertos en sus delitos y pecados. Dondequiera se haya proclamado la verdad y despertado y convertido a la gente, los creyentes deben unirse sin demora para practicar la caridad. Doquiera se haya presentado la verdad bíblica, debe establecerse la obra de la piedad práctica. En todos los lugares donde se haya establecido una iglesia, debe hacerse

obra misionera para los desamparados y sufrientes.

## **Preocupémonos de nuestros pobres**

Se nos ordena que “hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe”. (Gálatas 6:10) En nuestra obra de benevolencia debiera ofrecerse ayuda especial a los que, por la presentación de la verdad, estén convencidos y convertidos. Debemos preocuparnos de las personas que tienen el valor de aceptar la verdad, de quienes pierden sus ocupaciones y se les niega trabajo para sostener a sus familias. Se debe hacer provisión para ayudar al pobre digno y proveer empleo para aquellos que aman a Dios y guardan sus mandamientos. No hay que dejarlos desamparados ni que lleguen a la conclusión de que deben trabajar en sábado o morir de hambre. Los que se ponen de parte del Señor deben ver en los adventistas del séptimo día a un pueblo generoso, abnegado y sacrificado, que alegremente y de buen grado presta servicio a sus hermanos en necesidad. El Señor se refiere especialmente a esta clase de gente cuando dice “y a los pobres errantes

albergues en casa”. (Isaías 58:7)

Los dirigentes y los obreros de la iglesia Cuando se eligen los dirigentes para las nuevas iglesias, debe ejercerse gran cuidado. Que sean hombres y mujeres plenamente convertidos. Las personas elegidas deben ser las que están mejor preparadas para enseñar, las que puedan servir tanto con palabras como en acciones. Existe gran necesidad de trabajar en todo frente.

Jamás permitáis que el interés se debilite. Elaborad métodos que produzcan un profundo y vivo interés en las nuevas iglesias. Todos los que están asociados con la iglesia deberían sentir una responsabilidad individual. Todos debieran trabajar al máximo de sus habilidades para fortalecer la iglesia y hacer que las reuniones estén tan llenas de vida, que los que están fuera se sientan atraídos e interesados. Todos debieran sentir que es un pecado dejar que el interés del público disminuya cuando tenemos verdades tan sagradas y solemnes de los oráculos vivos que debemos repetir una y otra vez. Fijad en el ánimo de todos la necesidad

del bautismo del Espíritu Santo, la santificación de los miembros de la iglesia para que sean árboles vivos del plantío del Señor, en crecimiento y con frutos.

Dios llama a obreros abnegados y sacrificados. Quienes dedican el tiempo que Dios les ha dado para ir en busca de la gente, y se esfuerzan por instruirla, cuidándola como quienes tendrán que rendir cuenta, obtendrán abundante experiencia. A medida que comunican las preciosas verdades de la Palabra de Dios a otros, sus propios corazones se abrirán para la recepción de la Palabra. Serán instruidos por el gran Maestro.

Dios ha abierto una fuente para el mundo malvado y sufriente y se escucha la voz de la misericordia divina: “Venid todos los sedientos; venid y bebed”. Podéis tomar el agua de la vida gratuitamente. Que todo el que oye diga, ven; y el que quiera, venga. Que cada alma --hombre o mujer-- haga resonar este mensaje. Entonces el mensaje será llevado a los lugares incultos de la tierra. Se cumplirá entonces lo que está escrito: En



aquel día el Señor abrirá fuentes en los valles, y “abriré en el desierto estanques de aguas”. “Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación”. (Isaías 41:18; 43:19, 20; 12:3)

## Capítulo 6

# **Menos predicación, mas instrucción**

No debiera exigirse que sólo uno o dos obreros se encarguen de predicar y enseñar los temas bíblicos en nuestros congresos campestres. A veces se puede lograr mejor efectividad si se divide la congregación en secciones menores; de esta manera el instructor bíblico puede relacionarse mejor con los asistentes que en grupos más numerosos.

Hay más predicación que la necesaria en nuestros congresos. Esto pone una carga pesada sobre los pastores, y debido a esto, se descuida gran parte de lo que requiere atención. Muchos detalles pequeños que abren la puerta a males serios pasan inadvertidos. Se le quita energía física al ministro y se lo priva del tiempo que necesita para meditar y orar a fin de mantener su propia alma en el amor de Dios. Y cuando se presentan

tantos discursos seguidos, la gente no tiene tiempo para asimilar lo que escucha. Sus mentes se confunden, y los servicios les parecen tediosos y aburridores.

Debe enseñarse más y predicarse menos. Hay quienes desean tener una luz más definida que la que reciben escuchando sermones. Algunos necesitan más tiempo que otros para comprender los puntos presentados. Si se hiciera más sencilla la verdad enseñada, sus ojos se abrirían y se aferrarían a ella, y sería como un clavo fijado en un lugar seguro.

Se me mostró que nuestros congresos campestres deben ser más interesantes y exitosos. Al aproximarnos al tiempo del fin, he visto que en estas concentraciones espirituales habrá menos sermones y más estudio de la Biblia. Habrá pequeños grupos esparcidos por todo el terreno con sus Biblias en mano, y otros dirigiéndolos en estudios conversacionales de la Escritura.

Éste es el método que Cristo enseñó a sus

discípulos. Cuando las grandes multitudes se reunían alrededor de Jesús, él instruía a los discípulos y a la gente. Después del sermón, los discípulos se mezclaban con la gente y le repetían lo que Jesús había dicho. A menudo los oyentes habían aplicado mal las palabras de Cristo, y los discípulos les aclaraban lo que decía la Escritura y lo que Cristo había enseñado que decía.

Si el hombre que siente que ha sido llamado por Dios para ser un ministro se humillara y aprendiera de Cristo, llegaría a ser un verdadero maestro. Lo que necesitamos en nuestros congresos campestres, es un ministerio vivificado por el Espíritu Santo. Debe haber menos predicación de sermones y más tacto para educar a la gente en la religión práctica. Deben ser impresionados por el hecho de que Cristo es salvación a todo aquel que cree. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”. (Juan 3:16) Hay temas extraordinarios sobre los cuales debe basarse el ministerio. Cristo dijo: “El que cree en mí, tiene vida eterna”. (Juan

6:47)

Si los labios del ministro son tocados con el carbón encendido del altar, él ensalzará a Jesús como la única esperanza del pecador. Cuando el corazón del predicador está santificado por la verdad, sus palabras serán realidades vivientes para él y para otros. Aquellos que le han oído, sabrán que ha estado con Dios y se ha acercado a él en ferviente y eficaz oración. El Espíritu Santo ha sido derramado sobre él, su alma ha sentido el vigorizador fuego celestial y podrá comparar los asuntos espirituales con lo espiritual. Se les dará poder para derrumbar las fortalezas de Satanás. Sus presentaciones del amor de Dios quebrantarán corazones y muchos indagarán: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”

## Capítulo 7

# Institutos ministeriales

“Id y predicad el evangelio a todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura”, es la orden del Salvador para sus obreros. Pero, se ha ignorado esta clara instrucción. Aunque la luz se ha dado repetidamente, se continúa llamando hombres desde sus campos de trabajo para que asistan durante muchas semanas a un instituto ministerial. Hubo un tiempo cuando esto era necesario, porque nuestra propia feligresía se opuso a la obra de Dios al rechazar la luz sobre la justificación por la fe en Cristo. Ellos debieron haber recibido e impartido ese mensaje con el corazón, la voz y la palabra impresa, porque esta es su única eficiencia. Debieron haber trabajado bajo la dirección del Espíritu Santo para dar la luz a otros.

La realización de tantos institutos bíblicos entre nuestro propio pueblo, no es sabia. El objetivo es bueno, pero hay una obra más urgente que cumplir: llevar la luz de la verdad a nuevas regiones, donde

no ha penetrado. Los obreros retenidos para trabajar por los que ya tienen un conocimiento de la verdad, se colocan fuera de contacto con los inconversos. Al dedicar tanto tiempo, año tras año, a los institutos ministeriales, nuestros hermanos han descuidado campos que ya están listos para la siega. Personas ciegas espiritualmente, prejuiciadas por aquellos que representan incorrectamente la verdad, han quedado sin amonestar. ¡Oh, el descuido que será registrado contra individuos, organizaciones e iglesias en aquel día, cuando cada cual será juzgado de acuerdo a las obras hechas en el cuerpo! Entonces se verá cuán grande era la medida de responsabilidad por no haber extendido la obra a las regiones lejanas.

La asistencia a tantos institutos no ha producido mayor beneficio a los mismos obreros. Los talentos se desarrollan mejor donde son más necesitados. Los ministros llamados de otros campos para asistir a institutos ministeriales, no están tan bien preparados para la obra como si se asignaran ellos mismos al trabajo consagrado en los campos de estudios, allí donde el estandarte de la verdad debe

flamear bien alto. Si estudiaran la Palabra de Dios con un espíritu dócil, orando y velando en oración, y trabajando además de orar; los ángeles de Dios abrirían sus entendimientos para recibir la verdad en su hermosura.

Según se recibe el conocimiento de la verdad, permitid que esta se imparta a los que están en oscuridad, sin Dios y sin esperanza en el mundo. En dicha labor hay una variedad de percepciones con las cuales trabajar, y Dios bendecirá grandemente a sus siervos cuando acudan a él en busca de sabiduría. El Espíritu Santo vendrá a todos los que imploran la recepción del pan de vida para darlo a sus vecinos.

En vez de tener institutos para capacitar ministros para su trabajo, dadles la responsabilidad de laborar en lugares donde se han celebrado congresos campestres. Después de ser alimentados con el pan de vida por un milagro de la misericordia de Dios, permitidles trabajar para alimentar a otros.



Las cuantiosas sumas requeridas para los institutos ministeriales habrían dado mejores resultados si se hubieran gastado en sostener a los ministros en campos misioneros.

En el ministerio hay hombres de fe y oración que pueden decir: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”. (1 Juan 1:1-3) Estos hombres deben instruir a otros. Dejad que los obreros se instruyan en el trabajo mismo en relación con obreros experimentados.

## Capítulo 8

# Los bautismos

El significado del rito bautismal Los ritos del bautismo y de la Cena del Señor son dos columnas monumentales, una fuera de la iglesia y la otra dentro de ella. Sobre estos ritos, Cristo ha escrito el nombre del verdadero Dios.

Cristo ha hecho del bautismo la señal de entrada en su reino espiritual. Ha hecho de él una condición positiva que todos deben cumplir si desean ser considerados bajo la autoridad del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo. Antes que todo ser humano pueda hallar un hogar en la iglesia, antes de cruzar el umbral del reino espiritual de Dios, debe recibir la impresión del divino nombre: “Jehová, justicia nuestra”. (Jeremías 23:6)

Por el bautismo se renuncia muy solemnemente al mundo. Los que son bautizados en el triple nombre, Padre, Hijo y Espíritu Santo, al comienzo mismo de su vida cristiana, declaran públicamente

que han abandonado el servicio de Satán y que han llegado a ser miembros de la familia real, hijos del Rey Celestial. Han obedecido la orden: “Salid de en medio de ellos, y apartaos ... y no toquéis lo inmundo”. Y para ellos se cumple la promesa: “Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. (2 Corintios 6:17, 18)

## **La preparación para el bautismo**

Los candidatos para el bautismo necesitan una preparación más cabal. Necesitan ser instruidos más fielmente de lo que generalmente se los ha instruido. Los principios de la vida cristiana deben ser presentados claramente a los recién llegados a la verdad. Nadie puede depender de su profesión de fe como prueba que tiene una relación salvadora con Cristo. No hemos de decir solamente: Yo creo, sino practicar la verdad. Conformándonos a la voluntad de Dios en nuestras palabras, nuestro comportamiento y carácter, es como probamos nuestra relación con él. Cuando alguien renuncia al pecado, que es la trasgresión de la ley, su vida será

puesta en conformidad con la ley, en perfecta obediencia. Esta es la obra del Espíritu Santo. La luz de la Palabra estudiada cuidadosamente, la voz de la conciencia, las súplicas del Espíritu; producen en el corazón verdadero amor a Cristo, quien se dio como sacrificio completo para redimir toda la persona: el cuerpo, el alma, y el espíritu. Y el amor se manifiesta por la obediencia. La línea de demarcación será clara entre los que aman a Dios y guardan sus mandamientos, y aquellos que no le aman y desprecian sus preceptos.

Los hombres y mujeres que sean fieles cristianos sentirán un interés intenso por impartir al alma convencida un correcto conocimiento de la justicia en Cristo Jesús. Algunos han permitido que el deseo de satisfacción egoísta lo domine todo en su vida; por estas almas los creyentes fieles deben velar como quienes tienen que dar cuenta. No deben descuidar la instrucción fiel, tierna y amante tan esencial para los jóvenes conversos, a fin de que la obra no sea hecha a medias. La primera experiencia debe ser correcta.

Satanás quiere que nadie contemple la necesidad de una completa entrega a Dios. Cuando el alma no hace esta entrega y no abandona el pecado; los apetitos y pasiones lucharán por el predominio y las tentaciones confundirán la conciencia, de manera que la verdadera conversión no se realiza. Si todos tuvieran un concepto del conflicto que cada alma debe sostener con los agentes satánicos que están tratando de entrapar, seducir y engañar, habría una labor diligente mucho mayor en favor de los que son jóvenes en la fe.

Con frecuencia, esas almas, abandonadas a su propio criterio, son tentadas y no discernen lo malo de la tentación. Se les debe decir que es un privilegio solicitar consejos. Permítaseles que busquen la sociedad de los que pueden ayudarles. Mediante su trato con los que aman y temen a Dios recibirán fuerzas.

Nuestra conversación con estas almas debe ser de un carácter espiritual y animador. El Señor nota los conflictos de todos los seres débiles que dudan

y luchan, y ayudará a todos los que le invocan. Verán el cielo abierto delante de ellos, y los ángeles de Dios que bajan y suben por la escalera resplandeciente por la cual ellos están tratando de subir.

La obra de los padres. Los padres cuyos hijos deben ser bautizados tienen una obra que hacer, tanto en lo que se refiere a examinarse ellos mismos, como en cuanto a dar instrucciones fieles a sus hijos. El bautismo es un rito muy sagrado e importante, y su significado debe comprenderse cabalmente. Significa arrepentirse del pecado e iniciar una nueva vida en Cristo Jesús. No debe haber un indebido apresuramiento para recibir este rito. Calculen el costo tanto los padres como los hijos. Al consentir en que sus hijos sean bautizados, los padres se comprometen solemnemente a ser fieles mayordomos para estos hijos, a guiarlos en la edificación de su carácter. Se comprometen a cuidar con interés especial estos corderos del rebaño, a fin de que no deshonren la fe que profesan.

Debe darse instrucción religiosa a los niños desde sus más tiernos años. Debe dárseles no con espíritu de condenación, sino con un espíritu alegre y feliz. Las madres necesitan estar en guardia constantemente, no sea que la tentación llegue a los niños en forma que no la conozcan. Los padres han de proteger a sus hijos con instrucciones sabias y placenteras. Como los mejores amigos de estos seres inexpertos, deben ayudarles en la obra de vencer, porque para ellos ser victoriosos lo significa todo. Deben considerar que sus amados hijos que están tratando de hacer lo recto son los miembros más jóvenes de la familia del Señor, y deben sentir un intenso interés por ayudarles a andar rectamente en la senda de la obediencia. Con amante interés debe enseñárseles día tras día lo que significa ser hijos de Dios y entregar la voluntad en obediencia a él. Enseñadles que la obediencia a Dios entraña obediencia a los padres. Esta debe ser una obra de cada día y hora. Padres, velad, velad, y orad, y haced de vuestros hijos vuestros compañeros.

Cuando llega el período más feliz de su vida, y

en su corazón aman a Jesús y desean ser bautizados, obrad fielmente con ellos. Antes que reciban el rito, preguntadles si es su propósito principal en la vida trabajar para Dios. A continuación explicadles cómo deben comenzar. Las primeras lecciones significan mucho. Con sencillez enseñadles a prestar su primer servicio a Dios. Presentadles esta obra de la manera que haga más fácil su comprensión. Explicadles lo que significa darse al Señor: hacer exactamente lo que su Palabra indica, bajo el consejo de padres cristianos.

Después de trabajar fielmente, si estáis convencidos de que vuestros hijos comprenden el significado de la conversión y del bautismo, y de que están verdaderamente convertidos, sean bautizados. Pero, repito, ante todo preparaos vosotros mismos a fin de actuar como fieles pastores para guiar sus pies inexpertos por la senda estrecha de la obediencia. Dios debe obrar en los padres para que ellos puedan dar a sus hijos un buen ejemplo de amor, cortesía y humildad cristiana, y así, conseguir que efectúen una entrega



completa del yo a Cristo. Si consentís en el bautismo de vuestros hijos y luego los dejáis hacer lo que ellos quieran, no sintiendo el deber especial de mantener sus pies en la senda recta, vosotros mismos sois responsables si pierden la fe, el valor y el interés en la verdad.

La obra del pastor. Los candidatos adultos deben comprender mejor su deber que los jóvenes; pero el pastor de la iglesia tiene un deber que cumplir hacia estas almas. ¿Siguen ellos malas costumbres y prácticas? Es deber del pastor tener reuniones especiales con ellos. Déles estudios bíblicos, converse y ore con ellos, y muéstreles claramente lo que el Señor requiere de ellos. Léales la enseñanza de la Biblia acerca de la conversión. Muéstreles cuál es el fruto de la conversión, la evidencia de que aman a Dios. Muéstreles que la verdadera conversión es un cambio de corazón, de pensamientos, y propósitos. Han de renunciar a las malas costumbres. Han de desechar los pecados de la malicia, los celos y la desobediencia. Deben sostener una guerra contra toda característica mala. Entonces el que cree puede aceptar

inteligentemente la promesa: “Pedid, y se os dará”.  
(Mateo 7:7)

## **El examen de los candidatos**

La prueba del discipulado no se aplica tan estrictamente como debiera ser aplicada a los que se presentan para el bautismo. Debe saberse si están tomando simplemente el nombre de adventistas del séptimo día, o si se colocan de parte del Señor para salir del mundo y separarse de él y no tocar lo inmundo. Antes del bautismo debe examinarse cabalmente la experiencia de los candidatos. Hágase este examen, no de una manera fría y manteniendo distancias, sino bondadosa y tiernamente, señalando a los nuevos conversos el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Hágase sentir a los candidatos para el bautismo los requerimientos del evangelio.

Los recién convertidos a la fe necesitarán instrucción sobre el asunto de la indumentaria. Óbrese con amor en el trato con los nuevos conversos. ¿Son vanidosos en el atavío? ¿Albergan

orgullo en su corazón? La idolatría del atavío es una enfermedad moral. No debe ser introducida en la nueva vida. En la mayoría de los casos, la sumisión a los requerimientos del Evangelio exigirá un cambio decidido en la manera de vestir.

No debe haber negligencia al respecto. Por amor a Cristo, cuyos testigos somos, debemos tratar de sacar el mejor partido de nuestra experiencia. En el servicio del tabernáculo, Dios explicó todo detalle concerniente a las vestiduras de los que ministraban delante de él. Esto nos enseña que él tiene una preferencia con respecto a la indumentaria de los que le sirven. Fueron muy específicas las instrucciones dadas acerca de las vestiduras de Aarón, porque eran simbólicas. Así la indumentaria de los que siguen a Cristo, debe ser simbólica. En todas las cosas, hemos de ser representantes de él. Nuestra apariencia en todo respecto debe caracterizarse por el aseo, la modestia y la pureza. Pero la Palabra de Dios no aprueba los cambios en el atavío, efectuados solamente para seguir la moda, a fin de conformarse al mundo. Los cristianos no han de

adornar su persona con atavíos costosos o adornos caros.

La instrucción de la Escritura acerca de la indumentaria debe ser considerada cuidadosamente. Necesitamos comprender lo que el Señor del cielo aprecia, aun en lo referente al modo de vestir el cuerpo. Todos los que busquen sinceramente la gracia de Cristo, escucharán las preciosas palabras de instrucción inspiradas por Dios. Aun el modo de ataviarnos expresará la verdad del Evangelio.

Todos los que estudian la vida de Cristo y practican sus enseñanzas, llegarán a ser como él. Su influencia será como la de él. Revelarán corrección de carácter. Mientras andan en la humilde senda de la obediencia, haciendo la voluntad de Dios, ejercen una influencia que se hace sentir en favor del progreso de la causa del Señor y de la sana pureza de su obra. En estas almas cabalmente convertidas, el mundo debe ver un testimonio del poder santificador de la verdad sobre el carácter humano.

El conocimiento de Dios y de Jesucristo, expresado en el carácter, los exalta sobre todo lo que se estime en la tierra o en el cielo. Es la educación más elevada que existe. Es la llave que abre los portales de la ciudad celestial. Dios desea que todos los que se visten de Cristo por el bautismo posean este conocimiento. Y los siervos de Dios tienen el deber de presentar a estas almas el privilegio de su alta vocación en Cristo Jesús.

### **Administración del bautismo**

Cuando sea posible, adminístrese el bautismo en un lago, o en un arroyo de agua corriente. Désele a la ocasión toda la importancia que se le pueda impartir. Los ángeles de Dios están siempre presentes en un servicio tal.

El que administra el rito del bautismo debe tratar de que esta ocasión ejerza una influencia solemne y sagrada sobre todos los espectadores. Cada rito de la iglesia debe ser dirigido de manera que su influencia sea elevadora. Nada debe hacerse

en forma común o despreciable, ni ponerse al nivel de las cosas comunes. Es necesario enseñar a nuestras iglesias a tener mayor respeto y reverencia por el sagrado servicio de Dios. Mientras los predicadores dirigen los servicios relacionados con el culto de Dios, están educando y preparando a la gente. Los pequeños actos que educan, preparan y disciplinan el alma para la eternidad son de vastas consecuencias para elevar y santificar a la Iglesia.

En toda iglesia debe haber batas bautismales para los candidatos. Esto no debe considerarse como un desembolso innecesario. Es una de las cosas requeridas para acatar la orden: “Pero hágase todo decentemente y con orden”. (1 Corintios 14:40)

No es bueno que una iglesia dependa de batas prestadas por otra. Con frecuencia, cuando se necesitan no se los puede encontrar, por no haberlos devuelto alguien que los pidió prestados. Cada iglesia debe proveer al respecto para sus propias necesidades. Debe crearse un fondo con este fin. Si toda la iglesia participa en el gasto, no

resultará una carga pesada.

Las batas bautismales deben ser hechos de una tela apropiada, de algún color oscuro que el agua no dañe, y llevar pesas en la parte inferior. Deben ser vestiduras limpias, de buen corte, y hechas según un modelo aprobado. No debe intentarse adornarlas ni ponerles pliegues. Toda ostentación, sea de adorno o de otra clase, está completamente fuera de lugar. Cuando los candidatos se compenentran de lo que significa el rito, no desearán adornos personales. Nada debe haber, sin embargo, que sea desmañado o feo, pues ofendería a Dios. Todo lo relacionado con este santo rito debe revelar una preparación tan perfecta como sea posible.

## **Después del bautismo**

Los votos que asumimos con el bautismo abarcan mucho. En el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, somos sepultados a la semejanza de la muerte de Cristo, y levantados a semejanza de su resurrección, y hemos de vivir una vida nueva.

Nuestra vida debe quedar ligada con la vida de Cristo. Desde entonces en adelante el creyente debe tener presente que está dedicado a Dios, a Cristo y al Espíritu Santo. Debe subordinar a esta nueva relación todas las consideraciones mundanales. Ha declarado públicamente que ya no vive en orgullo y complacencia propia. Ya no habrá de vivir en forma descuidada e indiferente. Ha hecho un pacto con Dios. Ha muerto al mundo y debe vivir para Dios y dedicarle toda capacidad que él le haya concedido, sin perder jamás de vista el hecho de que lleva la firma de Dios; es un súbdito del reino de Cristo, participante de la naturaleza divina. Debe entregar a Dios todo lo que es y todo lo que tiene, empleando sus dones para gloria de su nombre.

Las obligaciones del pacto espiritual que se expresan en el bautismo son mutuas. Mientras los seres humanos desempeñen su parte con obediencia ferviente, tendrán derecho a orar: “Sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel”. (1 Reyes 18:36) El hecho de que habéis sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del



Espíritu Santo, es una garantía de que si pedís su ayuda, estas potestades os ayudarán en toda emergencia. El Señor oirá y contestará las oraciones de los que le siguen sinceramente, llevan el yugo de Cristo y en su escuela aprenden a ser mansos y humildes.

“Si, pues habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. (Colosenses 3:1-3)

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo;

y sed agradecidos...Y todo lo que hacéis, sea de palabra, o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio él”. (Vers. 12-17)

## Capítulo 9

# La construcción de templos

Cuando se despierta interés en un pueblo o ciudad, hay que continuar cultivándolo. Se debe trabajar cabalmente en dicho lugar, hasta que una humilde casa de adoración sea levantada como señal, un monumento del día sábado de Dios, una luz en medio de la oscuridad moral. Estos monumentos deben levantarse en diversos lugares como testigos de la verdad. En su misericordia, Dios ha hecho provisión para que los mensajeros del Evangelio vayan a toda nación, lengua y pueblo, hasta que el estandarte de la verdad ondee en todo el mundo habitado.

Dondequiera que se levante un grupo de creyentes, debe construirse una iglesia. Que los obreros no abandonen el lugar sin cumplir con esta instrucción.

En muchos lugares donde el mensaje se ha predicado y hay gente que lo ha aceptado, los

nuevos creyentes están en condición limitada y pueden hacer muy poco para asegurar comodidades que darían prestigio a la obra. A menudo, esto hace difícil extenderla. Cuando las personas se interesan en la verdad, los pastores de otras organizaciones les dicen--y estas palabras las repiten los miembros de esas iglesias: “Esta gente no tiene iglesia y ustedes no tienen un lugar de adoración. Ustedes son un grupo pequeño, pobres y sin conocimiento. Muy pronto los pastores se irán y se desvanecerá el interés. Entonces ustedes abandonarán todas esas nuevas ideas que han recibido”.

¿Podríamos suponer que esto no sería una tentación fuerte para los que comprenden las razones de nuestra fe y han sido convencidos por el Espíritu de Dios respecto a la verdad presente? Muchas veces se ha tenido que repetir que de un pequeño comienzo pueden desarrollarse grandes intereses. Si se manifiesta sabiduría, juicio santificado y dirección hábil de parte nuestra, en la formación de los intereses del reino de nuestro Redentor; haremos todo lo que esté a nuestro alcance para convencer a la gente acerca de la

estabilidad de nuestra obra. Se construirán capillas sencillas donde los que aceptan la verdad pueden encontrar un lugar para adorar a Dios de acuerdo con los dictados de su propia conciencia.

Siempre que sea posible, nuestras iglesias deben ser dedicadas cuando ya estén libres de deudas. Cuando se construye una iglesia, que los miembros se levanten y trabajen en la construcción. Bajo la dirección de un ministro guiado por el consejo de sus compañeros en el ministerio, los nuevos conversos deben trabajar directamente, diciendo: “Necesitamos una iglesia y debemos tenerla”. Dios llama a su pueblo para que con alegría y cooperación se esfuerce en su causa. Hágase esto y se oirá pronto la voz de gratitud: “Ved lo que el Señor ha hecho”.

Sin embargo, hay ocasiones en las cuales un grupo de miembros recientes podría no estar de inmediato capacitado para llevar toda la carga de construir una casa de adoración. En estos casos, que los hermanos de otras iglesias les ayuden. A veces puede ser mejor tomar prestado algún dinero

en lugar de no construir. Si alguien tiene dinero, y después de dar lo que puede, otorga un préstamo sin interés o con una tasa baja, será apropiado usar el dinero hasta que la deuda sea cancelada. Pero, repito: Si es posible, los edificios de iglesia deben dedicarse cuando estén libres de deudas.

No debe ser necesario alquilar las bancas para nuestras iglesias. No se debe honrar al pudiente por encima del pobre; que no haya distinción, porque “todos sois hermanos”.

No se debe mostrar pomposidad en ninguno de nuestros edificios, porque esto no adelantará la obra. Nuestras economías deben testificar de nuestros principios. Debemos utilizar métodos de trabajo que no sean transitorios. Todo debe hacerse con solidez, para que dure en el tiempo y la eternidad.

Se me presentó el descuido de algunas iglesias para incurrir en deudas y permanecer endeudadas. En algunos casos se mantiene una deuda sobre la casa de oración del Señor. Se debe pagar interés

continuamente. Estas cosas no debieran ni necesitan ser así. Si existe la sabiduría, tacto y celo manifestados por el Maestro, lo cual Dios requiere, habrá un cambio en estas cosas. Desaparecerán las deudas. Dios pide ofrendas a los que pueden darlas, y aun los miembros más pobres pueden ofrecer algo. La abnegación personal capacitará a todos para hacer algo. Adultos y jóvenes, padres e hijos deben mostrar su fe por sus obras. La necesidad de que cada uno haga su parte debe presentarse en forma directa a los miembros de la iglesia. Que cada uno haga lo mejor que pueda. Cuando haya la disposición de actuar, Dios abrirá el camino. No tiene la intención de que su causa sea estorbada por las deudas. Dios requiere sacrificio personal. Esto no traerá solamente prosperidad financiera sino también espiritual. La abnegación y el sacrificio personal harán maravillas para levantar la espiritualidad de la iglesia.

A Dios le desagrada que nuestras iglesias estén agobiadas por las deudas. “Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos”. (Hageo 2:8) Cuando ese dinero y ese oro se usan con propósitos

egoístas, para gratificar ambiciones, orgullo o deseo por cualquier complacencia egoísta, se deshonorra a Dios. Cuando el pueblo escogido de Dios embellece sus casas e invierte sus recursos en complacencias egoístas, mientras permite que su causa languidezca, no puede ser bendecido.

Cuando coloquéis al Señor en primer lugar, y determinéis que su casa no estará más en deshonorra por causa de las deudas, Dios os bendecirá. Procurad apartar algo cada semana para ese fin, algo además de vuestro diezmo. Preparad una cajita para ese propósito. Explicad a vuestros hijos que ésa es la cajita de la abnegación, en la cual colocáis cada centavo que no se requiere para una necesidad en el momento. Es para la casa del Señor; para saldar la deuda del lugar de adoración, que deshonorra al cielo. Cada miembro de la familia recibirá una bendición al contribuir con esta ofrenda.

Dios lee cada pensamiento y anota cada acción. Todo lo que se hace con propósito sincero para el adelanto de su obra será bendecido por él. Las dos



blancas, la copa de agua fría, dadas con simpatía y amor cumplirán un propósito útil, producirán beneficio ahora y traerán recompensa en el más allá.

El examen probatorio para cada cristiano es: “¿Tengo amor supremo por Cristo en lo más íntimo de mi alma? ¿Amo su tabernáculo? ¿Acaso no honró al Señor si hago de su sagrada institución mi primera consideración? ¿Es mi amor por mi Dios y Redentor suficientemente fuerte para inducirme a negarme a mí mismo? Cuando me sienta tentado a complacerme con diversiones y deleites egoístas, ¿no diré: No, no gastaré nada para mi gratificación personal mientras la casa de Dios está agobiada por las deudas?”

Nuestro Redentor requiere mucho más que lo que le damos. El yo interpone su deseo en primer lugar; pero el Señor requiere todo el corazón, todos los afectos. Él no ocupará otro lugar que no sea el primero. ¿Y no debiera ser Cristo nuestra primera y más elevada consideración? ¿No debiera requerir él esta señal de nuestro respeto y lealtad? Estas cosas

sirven de fundamento a la vida de nuestro propio corazón en el círculo del hogar y en la iglesia. Si los sentimientos, la mente, el poder y la vida se rinden completamente a Dios, si los afectos le son entregados totalmente, le daremos el lugar supremo en todo nuestro servicio. Cuando estamos en armonía con Dios, el pensamiento de su honor y gloria viene antes que todo lo demás. Nadie tiene preferencia delante de él en nuestros donativos y ofrendas. Tenemos un sentido de lo que significa ser socios con Cristo en la sagrada empresa.

La casa donde Dios se reúne con su pueblo será amada y sagrada para cada uno de sus hijos del reino. No dejaréis que las deudas la debiliten. Permitir tal cosa parecería casi una negación de vuestra fe. Estaríais preparados para hacer un gran sacrificio personal si solamente pudierais tener una casa libre de deudas donde Dios pueda reunirse con su pueblo y bendecirlo.

Todas las deudas de las iglesias podrían ser pagadas si los miembros hicieran planes sabios y esmerados y fervorosos esfuerzos para pagarlas. En

cada lugar donde la deuda es saldada, que se lleve a cabo un servicio de agradecimiento, que será una nueva dedicación a Dios de su casa.

Dios pone a prueba la fe de su pueblo para probar su carácter. Quienes están dispuestos a hacer sacrificios por él en tiempos apremiantes, son los que él honrará con una participación en su obra. Los que no están dispuestos a practicar la abnegación personal para promover los propósitos de Dios, serán probados para que los ojos humanos puedan percibir sus acciones en la misma forma como son percibidas por los ojos de Aquel que lee el corazón.

Cuando el Señor vea a su pueblo restringir sus necesidades imaginarias, practicar la abnegación, no con un espíritu triste y apesadumbrado --como en el caso de la mujer de Lot cuando salió de Sodoma--, sino lleno de regocijo por el amor de Cristo, entonces la obra avanzará con poder.

## Capítulo 10

# Reuniones para niños y escuelas de Iglesia

En todos nuestros congresos campestres debería trabajarse por los niños y los jóvenes. Debería celebrarse una reunión bíblica diaria para niños del jardín de infantes, bajo la dirección de maestros calificados. Preséntense a los niños, con lenguaje sencillo, lecciones de la Biblia y de la naturaleza. El empleo de métodos del jardín de infantes y de lecciones prácticas de la naturaleza, contribuirán definitivamente a interesar a los pequeños. En algunas de nuestras concentraciones religiosas se han realizado reuniones para los niños dos veces al día. Después del estudio de la mañana, en días agradables, los maestros y los niños podrían hacer una caminata larga a la orilla de un río, o por el campo cubierto de hierba. En esas ocasiones convendría detenerse unos momentos para hablar brevemente sobre algún aspecto de la naturaleza. Se les pueden enseñar a los niños algunas

parábolas de Cristo. La verdad se afirmará en sus mentes como un clavo metido con firmeza.

En nuestra obra por los niños, el objetivo no debería ser únicamente educar y entretenerlos, sino trabajar por su conversión. Deberíamos pedir la bendición de Dios sobre la semilla sembrada, y la convicción del Espíritu Santo se apoderará aun de los pequeños. Si tenemos fe en Dios, seremos capacitados para guiarlos al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Esta obra es de importancia incalculable para los miembros más jóvenes de la familia del Señor. En estas reuniones, aun los niños que son favorecidos con una instrucción cristiana en el hogar, pueden aprender mucho, lo cual les será de gran ayuda. Si se enseña a los niños con la sencillez de Cristo, recibirán el conocimiento; y al regresar a sus hogares repetirán preciosas lecciones atesoradas en su corazón.

Debería darse oportunidad a los menores para que reciban mejor instrucción en la Palabra de

Dios. Se les debería explicar con claridad las verdades bíblicas. Las personas que poseen un conocimiento Reuniones para niños y escuelas de iglesia 101 cabal de la verdad debieran estudiar las Escrituras con ellos, porque será semilla sembrada en terreno fértil.

A estas reuniones para niños y adolescentes, bien conducidas, asistirán muchos que no son de nuestra fe, y las lecciones aprendidas las repetirán en el hogar. Los padres pueden ser alcanzados a través de sus hijos. En nuestros congresos campestres en Australia, estas reuniones han sido sumamente beneficiosas.

A continuación un breve relato de la obra realizada en una concentración religiosa al aire libre en Australia, referido por alguien que participó en el trabajo:

“Los niños fueron organizados el primer sábado en departamentos y clases, y los maestros empezaron su trabajo. Al comienzo había unos seis niños en el departamento de primarios y alrededor

de quince en el de jardín infantiles. Tan pronto como los niños que vivían en el vecindario supieron de las reuniones que se llevaban a cabo para ellos, empezaron a venir, y cada día había muchos que se sumaban a las clases. El promedio de asistencia fue de ochenta a cien niños y durante los domingos, el número era aún mayor. La mayoría de ellos asistía en forma regular. El mismo espíritu de fervor, atención y orden que distinguía los servicios entre los mayores, prevaleció también en las reuniones para los niños. Tanto en el trabajo de clases como en los ejercicios generales de repaso, el trabajo se organizó de tal manera que los niños participaron tanto en hacer como en prestar atención, y de esta manera, pronto se sintieron como en casa y su deseo de ayudar en parte del trabajo fue una muestra de su interés.

“Cada lección se iniciaba con un ejercicio general, seguido por estudios por clases; y al tiempo de clausura, todos se reunían para un breve repaso y para cantar. En los ejercicios de apertura, después del canto y la oración, el lema y todos los versículos de memoria aprendidos previamente,

eran recitados en conjunto, individualmente o ambos. Se presentaba una lectura o narración por algún niño que había consentido previamente en prepararla. El alfabeto de la Escritura era aprendido y recitado por los niños, cada uno escogía su propia letra y versículo. La selección y memorización de los versículos se hacía en la casa, y esta responsabilidad colocada sobre los niños fue un incentivo adicional para que asistieran el día siguiente y los días sucesivos.

“Las rápidas respuestas en los ejercicios de revisión testificaban del gran interés manifestado en el trabajo por clases, y demostraban que muchas verdades valiosas se habían fijado en las mentes y los corazones de los niños. Cuando los niños regresaban a sus hogares, los padres se sorprendían de oírlos repetir la lección completa. Muchos padres expresaban de diferentes maneras su aprecio por la obra que se había hecho por los hijos y se lamentaban que las reuniones debieran terminar tan pronto.

“Varios maestros de escuelas dominicales



asistieron a las reuniones y declararon que estaban muy complacidos y que se habían beneficiado con el trabajo realizado. Algunas veces los padres venían con sus niños y parecían tan interesados como los niños mismos. Otros, aunque no estaban de acuerdo con nuestra manera de ver las cosas, se tomaron el trabajo de vestir adecuadamente a sus hijos y les permitieron asistir. Algunos padres comentaron que aunque no sabían lo que habíamos hecho con sus hijos, una cosa era evidente: los niños querían venir a las clases y no podían retenerlos en casa. Algunos de los niños venían de lugares retirados, y tenemos razones para creer que mucha de la semilla sembrada cayó en terreno fértil”.

La buena semilla sembrada en estas reuniones no debería dejarse perecer por falta de atención. Muchos padres se alegrarían si las instrucciones impartidas a sus hijos en los congresos campestres continuaran. Con gusto los enviarían a una escuela donde se enseñaran y practicasen los mismos principios. Cuando el interés de padres e hijos se despierta, es una oportunidad dorada para

establecer una escuela para continuar la obra empezada en el congreso campestre.

A medida que aumentan los creyentes y se organizan iglesias, dicha escuela será de gran valor para promover la permanencia y estabilidad de la obra. Los obreros que trabajan en nuevos lugares no deben sentirse libres para dejar sus campos de labor hasta que se hayan provisto las instalaciones y equipos necesarias para las iglesias bajo su cuidado. No solamente debe construirse una sencilla casa de adoración, sino que también deberían hacerse todos los arreglos necesarios para el establecimiento permanente de una escuela de iglesia.

Este asunto se me presentó con gran claridad. Vi grupos de nuevos creyentes formados en muchos lugares, e iglesias que se construían. La gente nueva que había entrado a la fe, ayudaba con buena voluntad con sus manos, y los que tenían recursos económicos contribuían con ellos. En el sótano de una iglesia, sobre el terreno, se me mostró un salón hecho para una escuela donde los

niños se educarían en las verdades de la Palabra de Dios. Se invitó a maestros consagrados a que fueran a esos lugares. La matrícula en esas escuelas no era numerosa, pero era un feliz comienzo.

A medida que la obra se adelantaba, oí las voces de padres y niños que cantaban:

“Si Jehová no edificare la casa, En vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, En vano vela la guardia”.

“Alaba, oh alma mía, a Jehová. Alabaré a Jehová en mi vida; Cantaré salmos a mi Señor

Mientras viva. No confiéis en los príncipes, Ni en hijo de hombre, Porque no hay en él salvación”.

“Alabad a Jehová desde los cielos; Alabadle en las alturas. Alabadle, vosotros todos sus ángeles; Alabadle, vosotros todos sus ejércitos. Alabadle, sol y luna;

Alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas”.

(Salmos 127:1; 146:1-3; 148:1-3)

El establecimiento de iglesias y la construcción de edificios para reuniones y escuelas se llevó a cabo de ciudad en ciudad. En cada lugar los creyentes llevaban a cabo esfuerzos unidos y perseverantes, y el Señor trabajaba para aumentar sus fuerzas. Se estaba estableciendo algo que proclamaría la verdad.

Esta es la obra que debe hacerse en Estados Unidos, Australia, Europa y dondequiera se establezcan grupos basados en la verdad. Los grupos que se organizan requieren un lugar de adoración. Se necesitan escuelas donde se pueda ofrecer instrucción bíblica a los niños. El salón de clase es tan necesario como el edificio de iglesia. El Señor cuenta con personas para que se ocupen en la obra de establecer escuelas de iglesia tan pronto como se hace algo para preparar el camino para ellos.

En lugares donde los creyentes son pocos, que dos o tres iglesias se unan para construir un edificio

escolar sencillo. Que todos participen en los gastos. Es apremiante para los observadores del sábado separar a sus hijos de las asociaciones mundanales y colocarlos bajo los mejores maestros, quienes harán de la Biblia el fundamento de todo estudio.

## Capítulo 11

# La obra de la temperancia

En nuestra obra debe dedicarse más atención a la reforma en favor de la temperancia. Todo deber que exige reforma entraña arrepentimiento, fe y obediencia. Significa elevar el alma a una vida nueva y más noble. De modo que toda verdadera reforma tiene su lugar en la obra del mensaje del tercer ángel. Especialmente la reforma en la temperancia exige nuestra atención y apoyo. En nuestros congresos debemos llamar la atención a esta obra y hacer de ella un asunto de viva importancia. Debemos presentar a la gente los principios de la verdadera temperancia y solicitarles que firmen la promesa de abstinencia. Debe dedicarse atención especial a los que están esclavizados por los hábitos. Debemos conducirlos a la cruz de Cristo.

Nuestros congresos necesitan recibir la visita y la colaboración de los médicos. Ellos deben ser hombres de sabiduría y sano juicio, hombres que

respeten el ministerio de la Palabra, y que no sean víctimas de la incredulidad. Son los guardianes de la salud del pueblo, y deben ser reconocidos y respetados. Deben dar instrucción a la gente acerca de los peligros de la intemperancia. En el futuro este mal deberá combatirse más decididamente que en el pasado. Los ministros y los médicos deben presentar los males de la intemperancia. Ambos grupos deben trabajar en el Evangelio con poder para condenar el pecado y ensalzar la justicia. Los ministros y los médicos que no dirigen advertencias personales a la gente son remisos en su deber. No cumplen la obra que Dios les ha asignado.

En otras iglesias hay cristianos que se destacan en defensa de los principios de la templanza. Debemos procurar acercarnos a estos obreros y preparar el terreno para que nos acompañen. Debemos invitar a hombres grandes y buenos a que apoyen nuestros esfuerzos por salvar lo que se ha perdido.

Si lleváramos adelante la obra de la

temperancia como se inició hace treinta años; si en nuestros congresos presentáramos a la gente los males de la intemperancia en la comida y la bebida, especialmente los males de la bebida; si estas cosas fueran presentadas en relación con las evidencias de la pronta venida de Cristo, la gente se conmovería. Si manifestáramos un celo proporcional a la importancia de las verdades que presentamos, podríamos contribuir a rescatar de la ruina a centenares, sí, a millares de seres humanos.

Únicamente la eternidad habrá de revelar lo que ha alcanzado este ministerio, y cuántas almas enfermas de duda y cansadas de la mundanalidad y la agitación, fueron llevadas al gran Médico que anhela salvar hasta lo sumo a cuantos acuden a él. Cristo es un Salvador resucitado, y hay sanidad bajo sus alas.

Mientras vemos a los hombres ir a los lugares donde se expende el veneno líquido que destruye su razón; mientras vemos peligrar sus almas, ¿qué estamos haciendo para rescatarlos? Nuestra obra en favor de los tentados y caídos alcanzará verdadero



éxito únicamente en la medida en que la gracia de Cristo vuelva a formar el carácter, y el hombre sea puesto en relación viva con el Dios infinito. Tal es el propósito de todo verdadero esfuerzo en favor de la temperancia. Somos invitados a trabajar con energía más que humana, a obrar con el poder que hay en Cristo Jesús. El que condescendió a tomar la naturaleza humana es el mismo que nos mostrará cómo dirigir la batalla. Cristo dejó su obra en nuestras manos y hemos de luchar con Dios, implorando día y noche el poder invisible. Echando mano de Dios por intermedio de Jesucristo es como ganaremos la victoria.

## Capítulo 12

# **Lecciones objetivas para la reforma pro-salud**

Las concurridas reuniones para nuestros miembros ofrecen una excelente oportunidad para ilustrar los principios de la reforma en la salud. Hace algunos años en estas reuniones se habló mucho acerca de la reforma en el ámbito de la salud, y los beneficios obtenidos mediante el uso de una dieta vegetariana; pero al mismo tiempo se servían comidas con carne en las mesas del comedor; además en el almacén se vendían diversos artículos alimenticios de dudoso provecho. La fe sin obras está muerta; y las instrucciones sobre la reforma de la salud, negadas en la práctica, no produjeron una impresión muy profunda. En congresos campestres posteriores, los encargados han educado a los asistentes mediante la práctica así como también por precepto. No se sirvió carne en las mesas del comedor, en cambio había abundancia de frutas, cereales y verduras.

Cuando los visitantes hacían preguntas acerca de la carne, se les contestaba claramente que la carne no es el alimento más saludable.

A medida que nos aproximemos al final del tiempo debemos mejorar cada vez más nuestro concepto acerca de las reformas en la salud y la temperancia cristiana, y presentarlas en forma más positiva y con mayor decisión. Tenemos que procurar continuamente educar a la gente, no sólo mediante nuestras palabras sino también por medio de nuestras prácticas. Las normas y la práctica combinadas producen una influencia eficaz. Durante el congreso campestre debieran presentarse a la gente instrucciones acerca de temas sobre salud. En las reuniones campestres que realizábamos en Australia se presentaban diariamente temas de salud, lo cual despertaba un profundo interés. Había una carpa para uso de los médicos y las enfermeras; se proporcionaba información médica gratuitamente y mucha gente se beneficiaba. Miles de personas asistían a las conferencias, y al final del congreso los asistentes no se conformaban con lo que habían aprendido.

En diversas ciudades donde se efectuaron congresos campestres algunos de los ciudadanos más influyentes solicitaban con urgencia que se estableciera una sucursal local del sanatorio y prometían su colaboración. En numerosas ciudades se ha iniciado la obra con buen éxito. Una institución de salud debidamente administrada proporciona prestigio a la obra que se establece en nuevos lugares. Y no sólo es un beneficio para la gente, sino además los obreros relacionados con ella pueden ayudar a los que trabajan en tareas de evangelismo.

En cada ciudad donde tenemos una iglesia se necesita un lugar para ofrecer tratamientos médicos. Entre los hogares de los miembros de iglesia hay muy pocos que disponen de un cuarto y facilidades para el cuidado adecuado de los enfermos. Por eso se hace necesario proveer un lugar de tratamiento para los problemas comunes de salud. Los edificios pueden ser sencillos y hasta toscos, pero deben estar bien equipados con lo necesario para proporcionar tratamientos simples. Si estos recursos se emplean con habilidad, serán

una bendición no solamente para nuestros miembros, sino también para sus vecinos, y hasta podrían ser el medio de atraer la atención de mucha gente hacia los principios de la salud.

El Señor tiene el propósito de que en todas partes del mundo se establezcan instituciones de salud como ramas de la obra evangélica. Estas instituciones debieran ser agencias de Dios para beneficiar a una clase de personas que de ninguna otra forma se favorecería. No es necesario que sean edificios de gran tamaño, pero debieran estar equipados de tal maneja que permitan realizar un trabajo eficaz.

Podría comenzarse en cada lugar destacado donde se realizan congresos campestres. Comenzad con sencillez y creced a medida que las circunstancias lo exijan. Calculad el costo de cada empresa para tener la seguridad de que podréis terminarla. Solicitad la menor cantidad posible de dinero a la tesorería. Se necesitan hombres de fe y habilidad financiera para que hagan planes económicos. Nuestros dispensarios deben

construirse con un gasto mínimo de recursos. Los edificios necesarios para comenzar la obra suelen poder obtenerse a bajo costo.

## Capítulo 13

# **Las mujeres como obreras evangélicas**

La obra que se ha iniciado en lo relativo a ayudar a nuestras hermanas a sentir su responsabilidad individual delante de Dios, es una obra buena y necesaria. Ha sido descuidada durante largo tiempo. El Señor quiere que siempre insistamos en el valor del alma humana, ante aquellos que no lo comprenden. Cuando esta obra se hace en forma clara, sencilla y definida, podemos esperar que en vez de descuidar los deberes familiares, se los cumplirá con más inteligencia.

Si podemos organizar grupos regulares que reciban instrucciones inteligentes acerca de la parte que sus miembros deben desempeñar como siervos del Maestro, nuestras iglesias tendrán la vitalidad que necesitan desde hace mucho. La excelencia del alma por cuya salvación murió Cristo será

apreciada. Nuestras hermanas llevan generalmente una carga pesada con sus crecientes familias y sus pruebas, algo que nadie valora. Durante mucho tiempo he anhelado que hubiera mujeres que pudiesen prepararse para ayudar a nuestras hermanas a salir de su desaliento y sentir que podían hacer una obra para el Señor. Esto hará penetrar en su propia vida rayos de sol que se reflejarán en la vida de otras personas. Dios bendecirá a todos los que participen en esta gran obra.

Muchas hermanas jóvenes, como también otras de más edad, parecen rehuir la conversación religiosa. No aprecian sus oportunidades. Cierran las ventanas del alma que debieran mirar hacia el cielo, y abren ampliamente las que miran hacia la tierra. Pero cuando vean la excelencia del alma humana, cerrarán las ventanas que dan a la tierra, que dependen de las diversiones mundanales y las relaciones insensatas y pecaminosas, y abrirán las que dan al cielo, para contemplar las cosas espirituales. La Palabra de Dios será su garantía, su esperanza, su paz. Entonces podrán decir:



“Recibiré la luz del Sol de justicia, a fin de que resplandezca sobre otros”.

Las personas que trabajan con más éxito son aquellas que asumen alegremente la obra de servir a Dios en las cosas pequeñas. Cada ser humano debe trabajar con el hilo de su vida, entretejiéndolo con la urdimbre para completar el modelo.

La obra de Cristo consistió mayormente en entrevistas personales. Tenía una fiel consideración por el auditorio de una sola alma. Mediante esta única alma, el conocimiento recibido era comunicado a millares.

Debemos enseñar a las personas jóvenes a ayudar a la juventud; y mientras tratan de hacer esta obra, adquirirán una experiencia que las calificará para trabajar en forma consagrada en una esfera más amplia. Millares de corazones pueden ser alcanzados de esta manera muy sencilla y humilde. Los más intelectuales, aquellos que son considerados y alabados como los hombres y mujeres más talentosos del mundo, quedan con

frecuencia refrigerados por las sencillas palabras que fluyen de un corazón que ama a Dios y que puede hablar de ese amor con tanta naturalidad como los mundanos hablan de las cosas que su mente contempla y recibe como alimento. Con frecuencia las palabras bien preparadas y estudiadas tienen poca influencia. Pero las palabras veraces y sinceras de un hijo o una hija de Dios, dichas con sencillez natural, abrirán la puerta de corazones que habían estado cerrados durante mucho tiempo.

Los gemidos que causa el pesar del mundo se oyen en todo nuestro alrededor. El pecado nos apremia con su sombra, y nuestra mente debe estar lista para toda buena palabra y obra. Sabemos que poseemos la presencia de Jesús. La dulce influencia del Espíritu Santo está enseñando y guiando nuestros pensamientos para inducirlos a hablar palabras que alegren la senda de otros. Si pudiéramos hablar con frecuencia a nuestras hermanas y en vez de decirles: “Id”, pudiéramos guiarlas a realizar lo que nosotros haríamos, y a sentir lo que nosotros sentiríamos, entonces

comenzaríamos a apreciar más y más el valor del alma humana. Debemos aprender, a fin de enseñar. Este pensamiento debe grabarse en la mente de todo miembro de la Iglesia.

Creemos plenamente en la organización de la Iglesia; pero ésta no tiene el propósito de prescribir la manera exacta como debemos trabajar; porque no todas las mentes han de ser alcanzadas por los mismos métodos. No debe permitirse cosa alguna que separe al siervo de Dios de sus semejantes. El creyente individual ha de trabajar para el pecador individual. Cada persona debe mantener ardiendo su propia luz; y si el aceite corriera a estas lámparas por los conductos de oro; si los vasos fueran vaciados del yo, y preparados para recibir el aceite santo, se derramaría luz sobre la senda del pecador con algún propósito. Más luz caerá sobre la senda del extraviado de parte de una lámpara tal, que de toda una procesión de antorchas enarboladas para la ostentación. La consagración personal y la santificación para Dios traen más resultados que el más imponente despliegue. Enseñemos a nuestras hermanas que su pregunta

debe ser cada día: “Señor, ¿qué quieres que haga hoy?” Cada vaso consagrado recibirá cada día el aceite santo para que fluya a otros vasos.

Si la vida que vivimos en este mundo es enteramente para Cristo, será una vida de entrega diaria. Él recibirá nuestro servicio voluntario, y cada alma será su joya. Si podemos hacer comprender a nuestras hermanas el bien que pueden hacer por Cristo, veremos realizarse una gran obra. Si podemos despertar su mente y corazón para que cooperen con el divino Obrero, ganaremos grandes victorias por medio de la obra que ellas realicen. Pero el yo debe ocultarse; Cristo debe aparecer como el que lleva a cabo la obra.

Tiene que haber intercambio entre dar y tomar, en recibir e impartir. Esto nos califica como colaboradores de Dios. Esta es la obra del cristiano. El que pierda su vida la hallará.

La capacidad de recibir el aceite santo de los dos olivos aumenta a medida que el recipiente trasmite este aceite en palabras y acciones que

suplan las necesidades de otras almas. Obra preciosa y satisfactoria es la que consiste en estar recibiendo constantemente e impartiendo.

Necesitamos y debemos tener nuevas provisiones cada día. ¡Y a cuántas almas podremos ayudar si nos comunicamos con ellas! Todo el cielo está esperando los conductos por los cuales pueda ser derramado el aceite santo, para regocijar y bendecir a otros. Yo no temo que haya quienes cometan errores en el trabajo, si tan sólo quieren mantenerse unidos con Cristo. Si él mora en nosotros, trabajaremos en forma continua y sólida, de manera que nuestro trabajo permanecerá. La plenitud divina fluirá por el agente humano consagrado para ser transmitida a otros.

El Señor tiene una obra tanto para las mujeres como para los hombres. Ellas pueden hacer una buena obra para Dios si quieren aprender primero en la escuela del Cristo la preciosa e importantísima lección de la mansedumbre. No sólo deben llevar el nombre de Cristo, sino poseer su Espíritu. Deben andar como él anduvo,

purificando su alma de todo lo que contamina. Entonces podrán beneficiar a otros presentando la excelsa suficiencia de Jesús.

Las mujeres pueden ocupar su puesto en la obra en esta crisis, y el Señor trabajará por su medio. Si las inspira un sentimiento de deber, y trabajan bajo la influencia del Espíritu de Dios, tendrán el dominio propio requerido para este tiempo. El Salvador hará reflejar sobre estas mujeres abnegadas la luz de su rostro. Y esto les dará un poder que excederá al de los hombres. Ellas pueden realizar en las familias una obra que los hombres no pueden hacer, una obra que llega a la vida íntima. Pueden acercarse al corazón de aquellas personas a quienes los hombres no pueden alcanzar. Se necesita su labor.

Una necesidad directa queda suplida por la obra de las mujeres que se han entregado al Señor y están tratando de ayudar a las personas menesterosas y heridas por el pecado. Se ha de realizar una obra de evangelización personal. Las mujeres que se hacen cargo de esta obra llevan el

Evangelio a los hogares de la gente por los caminos y los vallados. Leen y explican la Palabra a las familias, orando con ellas, cuidando a los enfermos y aliviando sus necesidades temporales. Presentan a las familias y a sus miembros individuales la influencia purificadora y transformadora de la verdad. Demuestran que la manera de hallar paz y gozo consiste en seguir a Jesús.

Todas las que trabajan para Dios deben reunir los atributos de Marta y los de María: una disposición a servir y un sincero amor a la verdad. El yo y el egoísmo deben ser eliminados de la vida. Dios pide obreras fervientes, que sean prudentes, cordiales, tiernas y fieles a los buenos principios. Llama a mujeres perseverantes, que aparten su atención del yo y la conveniencia personal, y la concentren en Cristo, hablando palabras de verdad, orando con las personas a las cuales tienen acceso, trabajando por la conversión de las almas.

¡Oh! ¿cuál es nuestra excusa, hermanas mías, para no dedicar tanto tiempo como podamos al estudio de las Escrituras, haciendo de la mente un

almacén de cosas preciosas, a fin de que podamos presentarlas a las personas que no se interesan en la verdad? ¿Se levantarán nuestras hermanas para hacer frente a la emergencia? ¿Trabajarán para el Maestro?



## Capítulo 14

# La enseñanza de la religión en el hogar

Los que llevan el último mensaje de misericordia al mundo deben sentir que es su deber instruir a los padres acerca de la religión en el hogar. El gran movimiento de reforma debe principiar presentando a los padres, las madres y los hijos los principios de la ley de Dios. A medida que se presentan los requerimientos de esta ley, y los hombres y las mujeres se convencen de su deber de acatarla, muéstreseles la responsabilidad de su decisión; no sólo hacia ellos mismos, sino para sus hijos. Muéstreseles que la obediencia a la Palabra de Dios es la única salvaguardia contra los males que están arrastrando al mundo a la destrucción. Los padres dan a sus hijos un ejemplo de obediencia o de trasgresión. Por su ejemplo, o enseñanza, se decidirá en la mayoría de los casos el destino eterno de sus familias. En la vida futura, los hijos serán lo que sus padres los hayan hecho.

Si se pudiera inducir a los padres a rastrear los resultados de su acción, y pudieran ver cómo por su ejemplo y enseñanza perpetúan y acrecientan el poder del pecado o el poder de la justicia, buscarían ciertamente un cambio. Muchos quebrantarían el hechizo de la tradición y la costumbre.

Insistan los predicadores acerca de esto en sus congregaciones. Inculquen en la conciencia de los padres la convicción de los solemnes deberes que han descuidado durante tanto tiempo. Esto quebrantará el espíritu de fariseísmo y resistencia a la verdad como ninguna otra cosa podría hacerlo. La religión en el hogar es nuestra gran esperanza, y hace prometedora la perspectiva de que se convierta toda la familia a la verdad de Dios.

## Capítulo 15

# **Cómo hacer frente a la oposición**

Nuestros ministros y maestros deben exponer el amor de Dios a un mundo pecador, y presentar la verdad con corazones rebosantes de ternura. Traten con la misma ternura de Cristo a todos los que yerran. Si las personas por quienes trabajáis no comprenden la verdad inmediatamente, no las censuréis, no las critiquéis ni las condenéis. Recordad que debéis mostrar a Cristo en su humildad, en su bondad y en su amor. Podemos esperar tener encuentros con la incredulidad y la oposición. La verdad ha tenido siempre que habérselas con estos rasgos negativos. Pero aun cuando tengáis que hacer frente a la oposición más acérrima, no censuréis a vuestros opositores. Podrían pensar que hacen un servicio a Dios, como Pablo lo pensaba: por eso debemos ser pacientes con ellos y tratarlos con humildad y comprensión.

No tengamos la impresión que debemos soportar gravosas pruebas y severos conflictos en nuestro esfuerzo por exponer una verdad impopular. Pensemos en Jesús y en los sufrimientos que debió soportar por nosotros en silencio. Aun cuando nos insulten y acusen falsamente, no nos quejemos por eso ni pronunciemos palabras de reproche ni expresiones displicentes; no penséis en criticar ni manifestéis actitudes de descontento. Actuad rectamente, “manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras”. (1 Pedro 2:12)

“Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables, no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios de hablar engaño;

apártese del mal, y haga el bien, busque la paz y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal. ¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”. (1 Pedro 3:8-15)

Debéis actuar con humildad en vuestra relación con los que viven en el error, porque ¿acaso no estabais vosotros recientemente ciegos en vuestros pecados? Y en vista de la paciencia de Cristo con vosotros, ¿no deberíais manifestar ternura y paciencia con los demás? Dios nos ha enviado numerosas amonestaciones pidiendo que manifestemos abundante bondad hacia los que se nos oponen, para evitar inducir a alguien en

dirección equivocada.

Nuestra vida debe ocultarse con Cristo en Dios. Debemos conocer personalmente a Cristo. Sólo entonces podremos representarlo ante el mundo. Oremos constantemente: “Señor, enséñame a actuar como Jesús actuaría si estuviera en mi lugar”. En cualquier lugar donde estemos debemos hacer brillar nuestra luz para gloria de Dios y las buenas obras. Éste es un interés de máxima importancia en nuestra vida.

El Señor desea que su pueblo emplee otros métodos fuera de la condenación del mal, aunque esa censura esté justificada. Quiere que hagamos algo más que lanzar acusaciones contra nuestros adversarios que tan sólo los alejarían más aún de la verdad. La obra que Jesús vino a hacer en este mundo no fue levantar barreras y encarar constantemente a la gente con el hecho de que estaban equivocados. El que desee iluminar a una persona engañada debe acercarse a ella y tratarla con amor. Debe convertirse en el centro de una santa influencia.

En la defensa de la verdad, aun los oponentes más acérrimos debieran ser tratados con respeto y deferencia. Algunos no aceptarán nuestros esfuerzos y no tomarán en cuenta la invitación evangélica. Otros--aun quienes suponemos que ya han sobrepasado los límites de la misericordia divina--serán ganados para Cristo. El último trabajo en la controversia podría ser la iluminación de los que no han rechazado la luz ni la evidencia, pero que han estado en las tinieblas de la medianoche y que por ignorancia han obrado contra la verdad. Por lo tanto, tratad a cada persona como si fuera honesta. No pronunciéis ninguna palabra ni hagáis ninguna cosa que pueda resultar condenatoria par los incrédulos.

Si alguna persona procurara inducir a los obreros a participar en un debate o controversia acerca de asuntos políticos o de otra naturaleza, no hagáis caso de los esfuerzos persuasivos ni de los desafíos. Ocupaos de adelantar la obra del Señor con firmeza y seguridad. Pero con la humildad de Cristo y en la forma más suave posible, que no se

escuchen expresiones de jactancia ni se produzca manifestación alguna de autosuficiencia. Haced lo necesario para que resulte evidente que Dios nos ha llamado a ocuparnos de legados sagrados; predicad la Palabra, sed diligentes, sinceros y fervientes.

La influencia de nuestra enseñanza sería diez veces mayor si cuidarais vuestra forma de hablar. Las palabras que debieran tener sabor de vida para vida, pueden convertirse en palabras con sabor de muerte para muerte, según el espíritu que las acompañe. Recordad que si por vuestro espíritu, o vuestras palabras cerráis la puerta a siquiera una persona, esa persona os confrontará en el juicio.

Cuando mencionáis los Testimonios, no supongáis que es vuestro deber usarlos para atacar a alguien. Cuando leáis los Testimonios aseguraos de no introducir vuestras propias palabras, porque eso dificultaría a los oyentes para distinguir entre la Palabra del Señor y vuestras propias palabras. Aseguraos de no convertir Palabra del Señor en un arma ofensiva. Anhelamos ver que se producen reformas, y como no vemos que ocurre lo que



deseamos, con frecuencia permitimos que un espíritu maligno derrame gotas de hiel en nuestra copa, con lo cual algunos resultan resentidos. Nuestras palabras insensatas irritan su espíritu lo cual los incita a la rebelión. Cada sermón que predicáis y cada artículo que escribís pueden ser totalmente verdaderos; pero una gota de hiel que contengan envenenará al que oye, o al que lee. Por causa de esa gota de veneno, alguien puede descartar todas vuestras palabras buenas y aceptables. Otro puede alimentarse de ese veneno porque a él le encantan esas palabras ásperas de modo que adopta vuestra manera de hablar; como resultado el mal se multiplica.

Los que presentan los principios eternos de la verdad necesitan que se derrame el aceite de las dos ramas de olivo en sus corazones. Éste fluirá como palabras que reformarán sin exasperar. La verdad debe hablarse con amor; entonces el Señor Jesús suplirá mediante su Espíritu la fuerza y el poder. Esa es su obra.

Colocaos donde fluye la corriente divina, donde

podéis recibir la inspiración celestial, porque podéis tenerla; entonces dirigid hacia Jesús, quien es la fuente de toda fortaleza espiritual, la atención de los que están cansados, de los que viven agobiados, de los pobres, de los que tienen el corazón destrozado y los que están confundidos. Sed los soldados que manifiestan alabanzas a Aquel que os llamó de las tinieblas a la luz admirable. Expresad en forma escrita y hablada que Jesús vive para interceder por nosotros.

## Capítulo 16

# La parábola de la oveja perdida

La parábola de la oveja extraviada debiera ser atesorada como lema en toda familia. El divino Pastor deja las noventa y nueve, y sale al desierto en busca de la perdida. Hay matorrales, pantanos y grietas peligrosas en las rocas, y el Pastor sabe que si la oveja está en alguno de esos lugares, una mano amistosa debe ayudarle a salir. Mientras oye su balido lejano, hace frente a cualquier dificultad para salvar a su oveja perdida. Cuando la descubre, no la abrumba con reproches. Se alegra de encontrarla viva. Con mano firme, aunque suave, aparta las espinas, o la saca del barro; la alza tiernamente sobre sus hombros, y la lleva de vuelta al aprisco. El Redentor puro y sin pecado, lleva al ser pecaminoso e inmundo.

El que expía los pecados lleva la oveja contaminada; pero es tan preciosa su carga que se

regocija, cantando: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”. (Lucas 15:6) Considere cada uno de vosotros que su propia persona ha sido llevada sobre los hombros de Cristo. No albergue nadie un espíritu dominador, de justicia propia y criticón; porque ni una sola oveja habría entrado en el aprisco si el Pastor no hubiera emprendido la penosa búsqueda en el desierto. El hecho de que una oveja se había perdido bastaba para despertar la simpatía del Pastor, y hacerle emprender su búsqueda.

Este mundo diminuto fue escena de la encarnación y el sufrimiento del Hijo de Dios. Cristo no fue a los mundos que no habían caído, sino que vino a este pobre mundo, todo mancillado y arruinado por la maldición. La perspectiva no era favorable, sino muy desalentadora. Sin embargo, “no se cansará, ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia”. (Isaías 42:4) Debemos tener presente el gran gozo manifestado por el Pastor al recobrar la oveja perdida. Llama a sus vecinos, y dice: “Dadme el parabién, porque he hallado

la oveja que se había perdido.” Y por todo el cielo repercute la nota de gozo. El Padre mismo se regocija con cantos por el alma rescatada. ¡Qué santo éxtasis de gozo se expresa en esta parábola! Y es nuestro privilegio participar de este gozo.

¿Estáis vosotros, los que veis este ejemplo, cooperando con el que está tratando de salvar a los perdidos? ¿Sois colaboradores con Cristo? ¿No podéis soportar por su causa sacrificios, padecimientos y pruebas? Hay oportunidad de hacer bien a las almas de los jóvenes y de los que yerran. Si veis a alguno cuyas palabras o actitud demuestran que está separado de Dios, no le culpéis. No es obra vuestra condenarle, sino acercaos a su lado para darle ayuda. Considerad la humildad de Cristo, su mansedumbre y sumisión, y obrad como él obró, con el corazón lleno de ternura santificada. “En aquel tiempo, dice Jehová, yo seré por Dios a todas las familias de Israel, y ellas me serán a mí por pueblo. Así ha dicho Jehová: El pueblo que escapó de la espada halló gracia en el desierto, cuando Israel iba en busca de reposo. Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo,

diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”. (Jeremías 31:1-3)

Para obrar como lo hizo Cristo, debemos crucificar el yo. Es una muerte dolorosa; pero es vida para el alma. “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”. (Isaías 57:15) “El Señor da sabiduría: de su boca viene el conocimiento y el entendimiento”.

## Capítulo 17

# Necesidad de reforma en la educación

“Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de muchas generaciones.” “Y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar”. (Isaías 61:4; 58:12) Estas palabras de la Inspiración señalan a los creyentes en la verdad presente, la obra que debe hacerse ahora en la educación de nuestros niños y jóvenes. Cuando la verdad para estos últimos días llegó al mundo en la proclamación de los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles, se nos mostró que en la educación de nuestros niños debía introducirse un orden diferente de cosas; pero ha llevado mucho tiempo la comprensión de cuáles son los cambios que deben hacerse.

Nuestra obra es reformatoria, y es propósito de

Dios que mediante el trabajo hecho en nuestras instituciones educacionales, se llame la atención de la gente al último gran esfuerzo por salvar a los que perecen. En nuestras escuelas no ha de rebajarse la norma de educación. Ha de levantarse siempre más alta, muy por encima de lo que está ahora; empero la educación dada no ha de limitarse meramente a un conocimiento de los libros de texto. El estudio de los libros de texto solamente, no puede proporcionar a los estudiantes la disciplina que necesitan, ni puede impartirles verdadera sabiduría. El objeto de nuestras escuelas es proveer lugares donde los miembros más jóvenes de la familia del Señor, puedan ser educados de acuerdo con su plan de crecimiento y desarrollo.

Satanás ha empleado los métodos más ingeniosos para entretejer sus planes y principios en los sistemas de educación y lograr así un poderoso dominio de la mente de niños y jóvenes. Contrarrestar sus artificios es la obra del verdadero educador. Tenemos ante Dios la obligación solemne y sagrada de criar a nuestros niños para él y no para el mundo; de enseñarles a no hacer



alianza con el mundo sino a amar y temer a Dios y guardar sus mandamientos. Se les debe inculcar el pensamiento de que están formados a la imagen de su Creador y que Cristo es el modelo al cual deben adaptarse. Debe presentarse la más seria atención a la educación que impartirá un conocimiento de la salvación, y moldeará la vida y el carácter a la semejanza divina. Es el amor de Dios, la pureza del alma entretejida en la vida a guisa de hebras de oro, es lo que tiene verdadero valor. La altura que el ser humano puede alcanzar así no ha sido comprendida plenamente.

Para llevar a efecto la tarea, ha de ponerse un fundamento más amplio. Debe introducirse y adoptarse un nuevo propósito, ayudarse a los alumnos a aplicar los principios de la Biblia en todo lo que hacen. Debe señalarse claramente y eliminarse todo aquello que salga de lo recto, pues es iniquidad que no debe perpetuarse. Es importante que todo maestro ame y cultive sanos principios y doctrinas, por cuanto en ellos está la luz que ha de proyectarse en la senda de todos los alumnos.

## El mensaje del tercer ángel en nuestras escuelas

En el libro de Apocalipsis leemos acerca de una obra especial que Dios quiere que su pueblo haga en estos últimos días. Él nos ha revelado su ley y nos ha mostrado la verdad para este tiempo. Esa verdad se despliega constantemente, y Dios quiere que seamos entendidos en ella para que podamos distinguir entre lo correcto y lo erróneo, entre la justicia y la injusticia.

El mensaje del tercer ángel, la gran verdad probatoria para este tiempo, ha de enseñarse en nuestras instituciones. Es designio de Dios que por intermedio de ellas se dé esta amonestación especial, y rayos brillantes de luz resplandecerán sobre el mundo. El tiempo es corto. Los peligros de los últimos días están muy cerca y debemos velar y orar, estudiar y dar oído a las lecciones presentadas en los libros de Daniel y Apocalipsis.

Cuando Juan fue desterrado a la isla de Patmos, dejando aquellos que él amaba, Cristo sabía dónde

encontrar a su fiel testigo. Juan dijo: “Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta”. El día del Señor es el séptimo día, el sábado de la creación. En el día que Dios santificó y bendijo, Cristo declaró “por su ángel a su siervo Juan”, cosas que deben suceder antes del cierre de la historia de este mundo, y él quiere decir que debemos llegar a ser entendidos respecto a ellas. No es en vano que él declara: “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ellas escritas; porque el tiempo está cerca”. (Apocalipsis 1:9, 10:1-3) Esta es la educación que debe darse pacientemente. Que nuestras lecciones sean apropiadas para los días en que vivimos, y que nuestra instrucción religiosa sea dada de acuerdo con el mensaje que Dios envía.

Tendremos que comparecer ante magistrados

para dar razón de nuestra lealtad a la ley de Dios, para dar a conocer los motivos de nuestra fe; y los jóvenes debieran entender estas cosas. Debieran estar al tanto de las cosas que acontecerán antes del fin de la historia del mundo. Estas cosas tienen que ver con nuestro bienestar eterno, y los maestros y alumnos deben prestarles más atención. Por voz y pluma debe impartirse el conocimiento que será alimento a tiempo, no sólo para los jóvenes, sino también para los de edad adulta.

Estamos viviendo en las escenas finales de estos tiempos peligrosos. El Señor anticipó la incredulidad que ahora prevalece respecto a su venida; y vez tras vez ha advertido en su Palabra que ese evento será inesperado. El gran día vendrá como lazo “sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra”. (Lucas 21:35) Pero hay dos clases de personas. A una de ellas el apóstol le dice estas palabras animadoras: “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón”. (1 Tesalonicenses 5:4) Algunos estarán preparados cuando el esposo llegue, y entrarán con él a la boda. ¡Cuán precioso

es este pensamiento para los que están esperando y velando por su venida! Cristo “amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”. (Efesios 5:25-27) Aquellos a quienes Dios ama gozan de este favor porque poseen un carácter hermoso.

La importante y grandiosa obra de preparar un pueblo que posea el carácter de Cristo y que pueda estar de pie en el día del Señor, ha de llevarse a efecto. Mientras navegamos en la corriente del mundo, no tenemos necesidad de vela ni de remo. En realidad, es al volvernos decididamente contra la corriente cuando empieza nuestro trabajo. Satanás introducirá toda clase de teorías para pervertir la verdad. La obra avanzará con dificultad; pues, desde la caída de Adán el mundo ha tenido por costumbre pecar. Pero Cristo está en el campo de acción. El Espíritu Santo está trabajando. Agentes divinos se unen con los

humanos para rehacer el carácter de acuerdo al modelo perfecto, y al hombre le toca acabar aquello en lo cual Dios ha trabajado. Como pueblo, ¿haremos esta obra que Dios nos ha encomendado? ¿Consideraremos cuidadosamente toda la luz que se ha dado, manteniendo siempre delante de nosotros el objetivo principal de preparar discípulos para el reino de Dios? Si por fe avanzamos paso a paso en el camino correcto, siguiendo al gran Líder, la luz resplandecerá a lo largo de nuestro sendero; y se presentarán circunstancias para quitar del medio las dificultades. La aprobación de Dios dará esperanza, y ángeles ministradores cooperarán con nosotros, trayendo luz, gracia, ánimo y alegría.

Por lo tanto, no se pierda más tiempo en explayarse en las muchas cosas que no son esenciales y que no guardan ninguna relación con las necesidades presentes del pueblo de Dios. No se pierda más tiempo en enaltecer a los hombres que no conocen la verdad, “porque el tiempo está cerca”. (Apocalipsis 1:3) No hay ahora tiempo para llenar la mente con teorías de lo que comúnmente

se llama “educación superior”. El tiempo consagrado a aquello que no tiende a moldear el alma a la semejanza de Cristo, es tiempo perdido para la eternidad. No podemos permitir esto, por cuanto cada momento rebosa de intereses eternos. ¿Hemos de permitir ahora, cuando la gran obra de juzgar a los vivos está por empezar, que ambiciones no santificadas se posesionen del corazón y nos induzcan a descuidar la educación requerida para hacer frente a las exigencias de este tiempo de peligro?

En cada caso habrá que efectuar la gran decisión de si hemos de recibir la marca de la bestia o su imagen, o el sello del Dios vivo. Y ahora que nos encontramos en la frontera del mundo eterno, ¿qué puede ser de valor más inmenso para nosotros que ser hallados leales y fieles al Dios del cielo? ¿Qué hay de mayor estima que su verdad y su ley? ¿Qué educación puede darse a los alumnos en nuestras escuelas que sea tan necesaria como un conocimiento de lo “que dicen las Escrituras”?

Sabemos que hay escuelas que dan oportunidades para instruirse en las ciencias; pero queremos algo más que esto. La ciencia de la verdadera educación es la verdad, la cual ha de quedar grabada tan profundamente en el alma que no pueda ser borrada por el error que abunda por doquiera. El mensaje del tercer ángel es verdad, luz y poder, y presentarlo de manera que produzca las debidas impresiones en el corazón debe ser obra de nuestras escuelas, tanto como de nuestras iglesias, del maestro como del ministro. Los que aceptan puestos de educadores deben estimar cada vez más la voluntad revelada de Dios, tal como la presentan clara y notablemente Daniel y el Apocalipsis.

## **El estudio de la Biblia**

Las urgentes necesidades que se están haciendo sentir en este tiempo exigen una educación constante en el conocimiento de la Palabra de Dios. Esta es la verdad presente. Por todo el mundo debiera haber una reforma en el estudio de la Biblia, pues hoy se necesita como nunca antes. A medida que esta reforma progrese, se realizará una



obra poderosa; pues cuando Dios declaró que su Palabra no volverá a él vacía quiso decir eso precisamente. El conocimiento de Dios y de Jesucristo “a quien envió” es la más elevada educación, y ella llegará a cubrir la tierra con su maravillosa luz, como las aguas colman la mar.

El estudio de la Biblia es especialmente necesario en las escuelas. Los alumnos debieran ser arraigados y fundados en la verdad divina. Se debiera llamar su atención no ya a los asertos humanos, sino a la Palabra de Dios. Por encima de todo otro libro, la Palabra de Dios debe ser nuestro tema de estudio, el gran libro de texto, la base de toda educación; y nuestros niños deben ser educados en las verdades que ella encierra, sin atender a hábitos y costumbres precedentes. Al hacer esto, tanto los maestros como los alumnos encontrarán el tesoro escondido, la educación más elevada.

Los preceptos bíblicos han de regir la vida cotidiana. La cruz de Cristo ha de ser el tema, y nos ha de revelar las lecciones que hemos de aprender

y practicar. Debe introducirse a Cristo en todos los estudios, para que los alumnos absorban el conocimiento de Dios y lo puedan representar en su carácter. Su excelencia ha de ser nuestro tema de estudio en el presente como lo será en la eternidad. La Palabra de Dios, proclamada por Cristo en el Antiguo y en el Nuevo Testamentos, es el pan del cielo; pero mucho de lo que se llama ciencia no es el verdadero maná: es como manjares de invención humana, como alimento adulterado.

En la Palabra de Dios se halla sabiduría indubitable, inagotable; pues ella no se originó en la mente finita, sino en la infinita. Sin embargo, mucho de lo que Dios ha revelado en su Palabra es oscuro para los seres humanos debido a que las joyas de la verdad están sepultadas debajo de los escombros de la sabiduría y la tradición humanas. Para muchos, los tesoros de la Palabra permanecen ocultos debido a que no los han buscado con ardiente perseverancia hasta haber comprendido los preceptos de oro. La Palabra ha de ser escudriñada para que purifique a los que la reciban y los prepare para ser miembros de la familia real, hijos

del Rey del cielo.

El estudio de la Palabra de Dios debiera reemplazar al de los libros que han llevado las mentes al misticismo y lejos de la verdad. Sus vivos principios, entretejidos en nuestra vida, serán nuestra salvaguardia en las pruebas y tentaciones; su instrucción divina es la única vía hacia éxito. En cuanto llegue la prueba a cada alma, habrá apostasías. Algunos resultarán traidores, temerarios, presuntuosos y engreídos, y abandonarán la verdad, haciendo naufragio de la fe. ¿Por qué? Porque no vivieron de “toda palabra que sale de la boca de Dios”. (Mateo 4:4) No cavaron hondo para hacer firme su fundamento. Cuando las palabras del Señor les son transmitidas por medio de los mensajeros escogidos, murmuran y piensan que el camino es demasiado estrecho. En el capítulo seis de Juan, leemos de algunos a quienes se creía discípulos de Cristo pero que, cuando se les presentó la clara verdad, se disgustaron y no anduvieron más con él. De la misma manera, se separarán de Cristo también esos estudiantes superficiales.

A todo el que se ha convertido al Señor se le pide que crezca en eficiencia mediante el uso de sus talentos. Todo pámpano de la viviente Vid que no crece es cortado y desechado como cosa inútil. ¿Cuál debe ser, entonces, el carácter de la educación impartida en nuestras escuelas? ¿Ha de estar de acuerdo con la sabiduría de este mundo, o con la sabiduría que es de lo alto? ¿No despertarán los maestros ante su responsabilidad en este asunto y procurarán que la Palabra de Dios tenga un lugar más destacado en la instrucción que se imparte en nuestras escuelas?

### **La preparación de obreros**

Uno de los grandes propósitos de nuestras iglesias es la preparación de jóvenes para servir en nuestras instituciones y en otras diferentes fases de la obra evangélica. Por doquiera se le ha de explicar la Biblia a la gente. Ha llegado el momento en que, por medio de los mensajeros de Dios, el pergamino de la Escritura se está desenrollando ante el mundo. La verdad encerrada

en los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero ha de ir a toda nación, tribu, lengua y pueblo; iluminar la oscuridad de todo continente y extenderse a las islas del mar. No se ha de permitir que cosa alguna de invención humana retarde esta obra. Para que esto pueda llevarse a cabo hacen falta talentos cultivados y consagrados: hacen falta personas que puedan hacer un trabajo excelente con la mansedumbre de Cristo, que mantengan su yo escondido en él. Los novicios no pueden hacer aceptablemente la obra de revelar el tesoro oculto para enriquecer a las almas en las cosas espirituales. “Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo.” “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”. (2 Timoteo 2:7, 15) Este encargo hecho a Timoteo debe constituir una fuerza educadora en toda familia y escuela.

Se requieren varios esfuerzos de parte de todos los que estén vinculados con nuestras instituciones, no solamente las escuelas, sino también los sanatorios y las casas editoriales, para hacer

idóneos a hombres, mujeres y jóvenes para ser colaboradores de Dios. Se ha de enseñar a los estudiantes a trabajar con inteligencia como trabajó Cristo; a revelar un carácter cristiano noble y elevado ante aquellos con quienes se asocien. Los encargados de preparar a los jóvenes vinculados con cualquier fase de nuestra obra, debieran ser hombres que tengan un claro concepto del valor de las almas. A menos que beban en abundancia del Espíritu Santo, el observador maligno creará circunstancias molestas. El educador debe ser sabio para discernir que mientras la felicidad y la bondad ganarán almas, la aspereza nunca lo logrará. Las palabras y las acciones arbitrarias incitan las peores pasiones del corazón humano. Si los hombres y las mujeres que profesan ser cristianos no han aprendido a dominar su temperamento malo e infantil, ¿cómo podrán esperar que se les honre y respete?

¡Cuánto cuidado debiera tenerse entonces para elegir a instructores apropiados a fin de que no solamente sean fieles en su trabajo sino que manifiesten también el debido temperamento! Si

no son dignos de confianza, deberá exonerárseles. Dios tendrá a toda institución por responsable de cualquier descuido en ver que se estimule la bondad y el amor. Nunca debiera olvidarse que Cristo mismo tiene la dirección de nuestras instituciones.

Debe designarse a los predicadores más talentosos para que enseñen las clases de Biblia en nuestras escuelas. Los escogidos para este trabajo tienen que ser estudiantes cabales de la Biblia, que posean una profunda experiencia cristiana, y su salario debe pagarse del diezmo. Es designio de Dios que todas nuestras instituciones lleguen a ser medios para educar y desarrollar obreros de quienes él no se avergüence. Obreros que puedan ser enviados como misioneros idóneos que trabajen para el Maestro; pero este fin no se ha tomado en cuenta. En muchos respectos nos hallamos muy rezagados en esta obra, y el Señor exige que se manifieste en ella un celo infinitamente mayor que el que hasta aquí se ha manifestado. Nos ha llamado a salir del mundo para que seamos testigos de su verdad; y en todas nuestras filas hombres y

mujeres jóvenes debieran prepararse para ocupar puestos de utilidad e influencia.

Hay una urgente demanda de obreros en el campo misionero. Hacen falta hombres jóvenes para esta obra; Dios los solicita. Su educación es de primordial importancia en nuestros colegios y en ningún caso debiera ello ignorarse o considerarse como cosa secundaria. Es una acción totalmente equivocada que los maestros, al aconsejar otras ocupaciones, desanimen a los jóvenes que pudieran prepararse para realizar una obra aceptable en el ministerio. Los que presentan obstáculos para impedir a los jóvenes que se preparen para este trabajo están contrarrestando los planes de Dios y tendrán que dar cuenta de su proceder. Hay entre nosotros un gran porcentaje de hombres capaces. Si sus aptitudes se pusieran en uso, tendríamos veinte ministros donde ahora tenemos uno.

Los jóvenes que ahora se proponen entrar en el ministerio no debieran dedicar un número de años solamente a instruirse. Los maestros debieran ser capaces de comprender la situación y adaptar la



enseñanza a los anhelos de esta clase, a la cual se le debería conceder ventajas especiales para que haga un estudio breve y compendioso de las fases más necesarias para su obra. Pero no se ha seguido este plan. No se ha prestado suficiente atención a la educación de los jóvenes para el ministerio. No tenemos muchos años para trabajar, y los maestros debieran estar henchidos del Espíritu de Dios y trabajar en armonía con su voluntad revelada, en lugar de ejecutar sus propios planes. Estamos perdiendo mucho cada año, debido a que no damos oídos al consejo del Señor en este respecto.

En nuestras escuelas, los enfermeros misioneros debieran recibir lecciones de parte de médicos bien preparados y aprender como parte de su educación, la manera de luchar con la enfermedad y mostrar el valor de los remedios naturales. Este trabajo es muy necesario. Las ciudades y los pueblos están sumidos en el pecado y la corrupción moral; sin embargo, hay hombres como Lot en cada Sodoma. El veneno del pecado está obrando en el corazón de la sociedad, y Dios pide a los reformadores que se levanten en defensa

de las leyes que él ha establecido para gobernar el organismo físico. Al mismo tiempo deben mantener una alta norma en la disciplina de la mente y la cultura del corazón, para que el gran Médico coopere con la auxiliadora mano humana en llevar a cabo una obra de misericordia necesaria en el alivio del sufrimiento.

Es también el designio del Señor que nuestras escuelas impartan a los jóvenes una preparación que los capacite para enseñar en cualquier división de la Escuela Sabática, o para asumir cualquier cargo en ella. Veríamos un estado de cosas diferente si un número de personas jóvenes consagradas se dedicara a la obra de la Escuela Sabática, tomándose la molestia de educarse y luego instruir a otros en cuanto a los mejores métodos que pudieran emplearse para guiar almas a Cristo. Esta línea de trabajo produce resultados positivos.

### **Maestros misioneros**

Deben educarse maestros para la obra

misionera. Por doquiera existen oportunidades para el misionero, y no será posible proporcionar obreros procedentes de dos o tres países para responder a todos los pedidos de ayuda. Aparte de la educación de aquellos que han de ser enviados como misioneros desde nuestras asociaciones más antiguas, deben educarse personas de diferentes partes del mundo, para trabajar por sus compatriotas y vecinos, y hasta donde sea posible, es mejor y más seguro para ellos obtener su educación en el campo donde tienen que trabajar. Rara vez resulta mejor para el obrero o para el progreso de la obra que vaya a tierras lejanas para educarse. El Señor quiere que se haga toda provisión posible para suplir dichas necesidades, y si las iglesias reconocen sus responsabilidades sabrán cómo proceder en cualquier emergencia.

Para suplir la falta de obreros, Dios desea que en diferentes países se establezcan centros educativos donde los alumnos promisorios puedan estudiar los ramos prácticos del conocimiento y en la verdad bíblica. A medida que estas personas se ocupen en la obra, irán dando carácter a la

predicación de la verdad presente en nuevos campos. Despertarán interés entre los incrédulos y ayudarán a rescatar almas de la esclavitud del pecado. Los mejores maestros debieran enviarse a los diversos países donde se han de establecer escuelas, para realizar la obra educativa.

Es posible que haya demasiadas instituciones concentradas en un solo lugar. Escuelas más pequeñas, dirigidas según el modelo de las escuelas de los profetas, serían una bendición mucho mayor. El dinero que se invirtió en ampliar el Colegio de Battle Creek para acomodar el instituto ministerial, se habría empleado mejor estableciendo escuelas en distritos rurales en Estados Unidos y en el extranjero. No se necesitaban más edificios en Battle Creek, porque ya se habían provisto amplias instalaciones para la educación de tantos alumnos como convenía que se congregaran en un solo lugar.

No era lo mejor que demasiados alumnos asistieran a esta escuela, porque en ella había talento y sabiduría para atender bien solamente a

cierto número. Los institutos ministeriales pudieron haberse alojado en edificios ya construidos, y el dinero usado en agrandar el colegio pudo haberse invertido con mayor ventaja en la construcción de edificios escolares en otras localidades.

Los nuevos edificios en Battle Creek fomentaron la mudanza de familias que deseaban educar a sus hijos en el colegio. Pero habría sido una mayor bendición para todos los involucrados, si los alumnos se hubieran alojado en alguna otra localidad y en números más reducidos. La afluencia de la gente a Battle Creek es tanto la falta de aquellos que están en posiciones de dirección, como de los que se mudaron a ese lugar. Hay mejores campos que Battle Creek para las empresas misioneras, pero aquellos en posiciones de responsabilidad han estado planeando tener allí todo lo que sea de carácter más conveniente; y las más amplias instalaciones le están diciendo a la gente: “Venid a Battle Creek; mudaos aquí con vuestras familias, y educad vuestros hijos aquí”.

Si algunas de nuestras instituciones educativas

fueran fraccionadas en unidades más pequeñas, y se establecieran escuelas en varios lugares, se podría lograr mayor progreso en la cultura física, mental y moral. El Señor no ha dicho que deben haber menos edificios, sino que estos edificios no debieran concentrarse en un solo lugar. Las cuantiosas sumas invertidas en pocas localidades debieran haberse usado para proveer instalaciones a más lugares para acomodar a un mayor número de alumnos.

Ha llegado el tiempo para enarbolar el estandarte de la verdad en muchos lugares, para así despertar mayor interés y ampliar el campo misionero, hasta que se abarque toda la tierra. Ha llegado el tiempo cuando a muchos más debiera presentárseles el mensaje de verdad. Puede hacerse mucho de lo que no se ha hecho en esta dirección. Mientras las iglesias son responsables por mantener sus lámparas aparejadas y encendidas, jóvenes dedicados deben ser educados en sus países de origen para llevar adelante esta obra. Debieran establecerse escuelas, no tan afectadas o pedantes como las del Colegio de Battle Creek y

College View, pero más sencillas y edificios menos ostentosos y con maestros que adopten el mismo plan de las escuelas de los profetas. En vez de concentrar la luz en un solo lugar, donde muchos no aprecian ni mejoran aquello que les ha sido dado, la luz debiera ser llevada a numerosos lugares de la tierra. Si maestros dedicados y temerosos de Dios, de mentes balanceadas e ideas prácticas, fueran a los campos misioneros y trabajaran de manera humilde, impartiendo aquello que han recibido, Dios dotaría de su Santo Espíritu a muchos que están destituidos de su gracia.

### **Principios básicos del éxito**

Maestros y alumnos deberían colaborar en la obra de reforma, cada uno trabajando en la forma más provechosa, para hacer de nuestras escuelas aquello que el Señor puede aprobar. Se necesita unidad de acción para el éxito. Un ejército en combate se confundiría y sería derrotado, si los soldados actuaran conforme a sus impulsos individuales, en vez de moverse al unísono bajo la dirección de un general competente. Los soldados

de Cristo también deben actuar en armonía. Un puñado de almas convertidas, unidas en un gran propósito, bajo una sola dirección, obtendrá victorias en cada combate.

Si hay desunión entre los que pretenden creer en la verdad, el mundo llegará a la conclusión de que esta gente no es de Dios, porque trabajan unos contra otros. Cuando somos uno con Cristo, estaremos unidos entre nosotros mismos. Aquellos que no están enyugados con Cristo, siempre halan hacia el lado equivocado. Poseen un temperamento que corresponde a la naturaleza humana carnal, y a la más mínima excusa, la pasión está ampliamente dispuesta para enfrentarse con la pasión. Esto causa choques; y se oyen voces estridentes en reuniones de juntas, comisiones y asambleas públicas, oponiéndose a los métodos de reforma.

Otra condición para el éxito es la obediencia a cada palabra de Dios. No se ganan victorias a través de ceremonias o exhibiciones, sino por medio de la obediencia sencilla al Generalísimo, Señor Dios del cielo. Aquel que pone su confianza



en este Líder, jamás sabrá lo que es la derrota. La derrota viene del error de confiar en métodos humanos y en invenciones humanas, y por colocar lo divino en segundo lugar. La obediencia fue la lección que el Capitán de las huestes del Señor procuró enseñar a los grandes ejércitos de Israel: obediencia en las cosas en que no podían vislumbrar ningún éxito. Cuando hay obediencia a la voz de nuestro Líder, Cristo dirigirá sus batallas en maneras que sorprenderán a los grandes poderes de la tierra.

Somos soldados de Cristo; y se espera de aquellos que se registran en su ejército que realicen faenas difíciles, faenas que agotarán sus energías en grado sumo. Debemos entender que la vida de un soldado conlleva lucha agresiva, perseverancia y fortaleza. Debemos soportar pruebas por el amor de Cristo. No estamos involucrados en batallas de gestos. Debemos enfrentar adversarios muy poderosos; “porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las

regiones celestes”. (Efesios 6:12) Debemos encontrar nuestra fortaleza en el mismo lugar donde la encontraron los primeros discípulos. “Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos”. “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la Palabra de Dios. Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común”. (Hechos 1:14; 4:31, 32)

## Capítulo 18

# Lo que impide la reforma

La Biblia ha sido introducida hasta cierto punto, en nuestras escuelas y se han hecho algunos esfuerzos en el sentido de la reforma; pero es muy difícil adoptar principios rectos después de haber estado acostumbrados, por tanto tiempo a los métodos populares. Las primeras tentativas para cambiar las viejas costumbres acarrearón pruebas severas para los que deseaban andar en el camino señalado por Dios. Se han cometido errores que ocasionaron resultando grandes pérdidas. Ha habido obstáculos que tendieron a hacernos transitar por senderos comunes y mundanales y a impedirnos que comprendiéramos los principios de la educación verdadera. A los inconversos que miraban las cosas desde las bajas regiones del egoísmo, de la incredulidad y de la indiferencia, los principios y métodos correctos les parecieron erróneos.

Algunos maestros y administradores,

convertidos sólo a medias, son piedras de tropiezo para otros. Ceden en algunas cosas y hacen reformas a medias; pero cuando se produce un mayor conocimiento, rehúsan avanzar, prefiriendo trabajar de acuerdo con sus propias ideas. Al hacer esto están tomando y comiendo de aquel árbol de conocimiento que coloca a lo humano por encima de lo divino. “Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién serváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. A Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra” (Josué 24:14, 15; 1 Reyes 18:21) Habríamos superado por mucho nuestra presente condición espiritual si hubiéramos avanzado a medida que nos llegaba la luz.

Cuando se abogó por nuevos métodos, se suscitaron tantas preguntas y dudas, y fueron tantas las reuniones celebradas para discernir toda dificultad, que los reformadores se vieron estorbados y algunos cesaron de pedir reformas. Parecieron incapaces de detener la corriente de duda y crítica. Fueron pocos, comparativamente, los que recibieron el Evangelio en Atenas, debido a que la gente albergaba orgullo intelectual y sabiduría mundana y reputaba como locura el Evangelio de Cristo. Pero, “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”. “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios”. (1 Corintios 1:25, 23, 24)

Nos toca ahora comenzar de nuevo. Las reformas deben emprenderse de todo corazón, alma y voluntad. Los errores pueden ser muy antiguos, pero los años no hacen del error verdad, ni de la

verdad error. Se han seguido por demasiado tiempo los viejos hábitos y costumbres. El Señor quiere que maestros y alumnos desechen ahora toda idea falsa. No tenemos libertad para enseñar lo que coincida con la norma del mundo o la norma de la iglesia, sencillamente porque así se suele hacer. Las lecciones enseñadas por Cristo han de constituir la norma. Ha de tenerse estrictamente en cuenta lo que el Señor ha dicho con respecto a la enseñanza que se ha de impartir en nuestras escuelas; pues si en algunos respectos no existe una educación de carácter completamente diferente de la que se ha venido dando en algunas de nuestras escuelas, no necesitábamos haber gastado dinero en la compra de terrenos y la construcción de edificios escolares.

Algunos sostendrán que si se da preferencia a la enseñanza religiosa, nuestras escuelas llegarán a ser impopulares y que aquellos que no son de nuestra fe no las patrocinarán. Muy bien; vayan los tales a otras escuelas donde encuentren un sistema de educación que concuerde con sus gustos. Es el propósito de Satanás impedir por medio de estas

consideraciones que se logre el objetivo por el cual nuestras escuelas fueron establecidas. Estorbados por estas artimañas, los dirigentes razonan a la usanza del mundo. Copian sus planes e imitan sus costumbres. Muchos han demostrado su falta de sabiduría de lo alto hasta el extremo de unirse a los enemigos de Dios y de la verdad al proveer entretenimientos mundanos a los alumnos. Al hacer esto atraen sobre ellos mismos la ira de Dios, pues desvían a los jóvenes y hacen la obra de Satanás. Esta obra, con todos sus resultados, la tendrán que arrostrar ante el tribunal de Dios.

Los que siguen semejante conducta dan a entender que no se puede confiar en ellos. Después que el mal ha sido hecho, podrán confesar su error; pero, ¿podrán acaso destruir la influencia que han ejercido? ¿Se dirá el “bien, buen siervo” a los que no cumplieron su cometido? Estos obreros infieles no han edificado sobre la Roca eterna, y su fundamento resultará ser arena movediza. En vista de que el Señor nos manda ser diferentes y singulares, ¿cómo podremos apetecer la popularidad o tratar de imitar las costumbres y

prácticas del mundo? “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”. (Santiago 4:4)

Rebajar las normas para conseguir popularidad y un aumento en número de feligreses y luego hacer de este aumento un motivo de regocijo, pone de manifiesto gran ceguedad. Si la cantidad fuera una prueba del éxito, Satanás podría pretender la preeminencia, porque en este mundo sus seguidores forman la gran mayoría. Es el grado de poder moral que compenetra una escuela lo que constituye una prueba de su prosperidad. Es la virtud, la inteligencia y la piedad de las personas que componen nuestras escuelas, y no su número, lo que debiera ser una fuente de gozo y gratitud. ¿Deberían, acaso, nuestras escuelas convertirse al mundo y seguir sus costumbres y modas? “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que... no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.



(Romanos 12:1, 2)

Muchos harán uso de todos los medios posibles para atenuar la diferencia entre los adventistas del séptimo día y los observadores del primer día de la semana. Me fue presentada una congregación que, a pesar de llevar el nombre de adventistas del séptimo día, aconsejaba que las normas que hacen de nosotros un pueblo singular no se destacaran tanto, pues alegaban que no era el mejor método para garantizar el éxito a nuestras instituciones. Pero éste no es el momento de arriar nuestra bandera o avergonzarnos de nuestra fe. El estandarte distintivo, descrito con las palabras, “aquí está la paciencia de los santos, aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12), debe ondear sobre el mundo hasta el fin del tiempo de gracia. Al paso que han de aumentarse los esfuerzos para avanzar en diversas localidades, no debe encubrirse en modo alguno nuestra fe con el fin de obtener patrocinio. La verdad ha de llegar hasta las almas que están a punto de perecer, y si de alguna manera ello es impedido, Dios queda deshonrado y la

sangre de las almas estará sobre nuestras vestiduras.

Mientras quienes estén vinculados a nuestras instituciones anden humildemente con Dios, los seres celestiales cooperarán con ellos; pero recuerden todos el hecho de que Dios ha dicho: “Yo honraré a los que me honran” (1 Samuel 2:30) Ni por un momento debiera causarse la impresión de que sería beneficioso para él ocultar su fe y sus doctrinas a los incrédulos del mundo, por temor a que no le tendrán en tan alta estima si llegan a conocer sus principios. Cristo demanda de todos sus seguidores una confesión de fe abierta y varonil. Cada cual ha de permanecer en su puesto y ser lo que Dios quiso que sea: un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. El universo entero mira con interés indecible para ver el fin de la gran controversia entre Cristo y Satanás. Todo cristiano ha de ser una luz, no escondida debajo de un almud o de una cama, sino colocada en el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa. No se relegue jamás a un último lugar la verdad de Dios por cobardía o conveniencia

mundana.

Aunque en muchos aspectos nuestras instituciones de enseñanza se han conformado al mundo, aunque paso a paso han avanzado hacia el mundo, son prisioneras de la esperanza. El destino no ha entretejido tanto sus lazos alrededor de lo que están haciendo, como para que necesiten permanecer desamparadas y en incertidumbre. Si escucharan su voz y siguieran sus caminos, Dios las corregiría y las iluminaría, y las traería de nuevo a su recta posición que las distinguen del mundo. Cuando se discierna la ventaja de obrar de acuerdo con principios cristianos, cuando se oculte el yo en Cristo, se logrará mucho más progreso, porque cada obrero sentirá su propia debilidad humana, implorará la sabiduría y la gracia de Dios, y recibirá la ayuda divina prometida para cada emergencia.

Las circunstancias difíciles debieran crear la firme determinación de superarlas. La eliminación de una barrera dará mayor habilidad y valor para continuar avanzando. Avanzad en la dirección

debida y cambiad lo que sea necesario con firmeza e inteligencia. Entonces las circunstancias se convertirán en vuestras ayudadoras y no en estorbos. Comenzad a trabajar. El encino se encuentra en la semilla que es la bellota.

## **A los maestros y administradores**

Suplico a nuestro personal escolar que ejerza juicio acertado y trabaje en un plano más elevado. Nuestras instituciones educacionales deben depurarse de toda impureza. La administración de nuestras instituciones debe basarse en principios cristianos para que triunfen a pesar de los obstáculos que las asedian. Si se dirigen estas instituciones mediante procedimientos mundanales, habrá falta de solidez en la obra y carencia de discernimiento espiritual previsor. La condición del mundo antes de la primera venida de Cristo es una ilustración de la condición que imperará en el mundo antes de su segunda venida. El pueblo judío fue destruido porque rechazó el mensaje de salvación enviado del cielo. ¿Seguirán los miembros de esta generación--a quienes Dios ha

dispensado tanta luz y oportunidades maravillosas-  
-la misma tendencia de los que rechazaron la luz  
para su propia ruina?

Muchos tienen vendas en sus rostros en estos tiempos. Esas vendas son el apego a las costumbres y las prácticas mundanas, las cuales los apartan de la gloria del Señor. Dios desea que mantengamos los ojos fijos en él, para que apartemos la vista de las cosas de este mundo.

A medida que la verdad se introduzca en la vida práctica, la norma deberá elevarse cada vez más hasta que alcance los requerimientos de la Biblia. Esto exigirá oposición a las modas, costumbres, prácticas y principios guadores del mundo. Las influencias mundanales, lo mismo que las olas del mar, rompen contra los seguidores de Cristo para empujarlos lejos de los verdaderos principios de su humildad y gracia. Debemos permanecer tan firmes como una roca en lo que concierne a los principios, lo cual requerirá valor moral; y aquellos cuyas almas no están afianzadas a la Roca eterna serán arrastrados por la corriente

mundanal. Podemos permanecer firmes solamente si nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. La independencia moral es enteramente apropiada cuando se opone al mundo. Cuando nos sometamos enteramente a la voluntad de Dios estaremos en terreno ventajoso, y comprenderemos la necesidad de separarnos definitivamente de las costumbres y las prácticas del mundo.

No debemos elevar nuestras normas un poco solamente sobre las normas del mundo, sino que debemos hacer que la distinción sea decididamente visible. La razón por la cual ejercemos tan escasa influencia sobre nuestros familiares no creyentes, es porque hay muy poca diferencia evidente entre nuestras prácticas y las del mundo.

Muchos maestros ajustan el alcance de sus mentes a un nivel angosto y bajo. No mantienen siempre el plan divino a la vista, sino que fijan los ojos en modelos mundanos. Levantad vuestra vista, “donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”, y trabajad entonces para que vuestros alumnos puedan ser moldeados según su carácter perfecto.

Señalad a los jóvenes la escalera de siete peldaños de Pedro y colocad sus pies, no en el peldaño más alto, sino en el más bajo, y con esmerada solicitud, instadlos a subir hasta el último.

Cristo, quien une la tierra con el cielo, es la escalera. La base está afirmada sobre la tierra en su humanidad; el peldaño más alto llega hasta el trono de Dios en su divinidad. La humanidad de Cristo cubre la humanidad caída, mientras su divinidad se sostiene del trono de Dios. Somos salvados al subir la escalera peldaño tras peldaño, mirando a Cristo, apoyándonos en Cristo, escalando paso a paso hasta la estatura de Cristo, para que él sea hecho sabiduría, justicia, santificación y redención en nosotros. Fe, virtud, conocimiento, temperancia, paciencia, piedad, bondad fraternal y amor son los peldaños de esta escalera. Todas estas virtudes deben manifestarse en el carácter cristiano; “porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás”. (2 Pedro 1:10, 11)

No es asunto fácil obtener el preciado tesoro de la vida eterna. Nadie puede obtenerlo e ir a la

deriva con la corriente del mundo. Debe salir del mundo y mantenerse separado y no tocar lo inmundo. Nadie puede actuar como un mundano sin ser arrastrado por la corriente del mundo. Nadie logrará un progreso ascendente sin esfuerzo perseverante. El que quiere vencer debe mantenerse asido firmemente de Cristo. No debe mirar hacia atrás, sino siempre hacia arriba u obtener un grado de fortaleza moral tras otro. El precio de la seguridad es la vigilancia personal. Satanás está jugando el juego de la vida por vuestra alma. No cedáis hacia su lado un solo centímetro, no sea que obtenga ventaja sobre vosotros.

Si finalmente llegamos al cielo, será por la unión de nuestras almas a Cristo, afirmándonos en él, y separándonos del mundo, de sus extravagancias y encantos. Debe haber cooperación espiritual de nuestra parte con las inteligencias celestiales. Debemos creer, trabajar, orar, velar y esperar. Puesto que fuimos adquiridos por el Hijo de Dios, somos su propiedad y cada uno debiera educarse en la escuela de Cristo. Tanto maestros como alumnos deben trabajar diligentemente para



la eternidad. El fin de todas las cosas está a las puertas. Hay necesidad ahora de hombres armados y equipados para batallar por Dios.

No es a los seres humanos a quienes debemos exaltar, sino a Dios; el único Dios vivo y verdadero. La vida desinteresada, el espíritu generoso y de sacrificio, la simpatía y el amor de quienes están en posiciones de confianza en nuestras instituciones, debieran tener una influencia purificadora y ennoblecedora que inducirían a hacer el bien. Estas palabras de consejo no vendrían entonces de espíritus con suficiencia y jactanciosos; sino sus discretas virtudes serían de mayor valor que el oro. Si nos aferramos de la naturaleza divina, obrando sobre el plan de la adición, añadiendo gracia sobre gracia para perfeccionar un carácter cristiano, Dios obrará sobre el plan de la multiplicación. Él dice en su palabra: “Gracia y paz os sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús”. (2 Pedro 1:2)

“Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su

sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová”. (Jeremías 9:23, 24) “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”. “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia”. (Miqueas 6:8; 7:18) “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo”. “Aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda”. (Isaías 1:16, 17)

Estas son palabras de Dios para nosotros. El pasado está contenido en el libro donde todas las cosas están escritas. No podemos borrar el registro; pero si elegimos aprender esas cosas, el pasado nos enseñará sus lecciones. Cuando adoptamos el

pasado como nuestro instructor, podremos también hacerlo nuestro amigo. Cuando traemos a la mente lo que en el pasado ha sido desagradable, que ello nos enseñe a no repetir el mismo error. Que en el futuro no se registre nada que con el tiempo cause tristeza alguna, llena de remordimiento.

Podemos evitar una mala actuación ahora. Escribimos nuestra historia diariamente. El ayer está más allá de nuestra posibilidad de enmendarlo o controlarlo; hoy es lo único que nos pertenece. Por lo tanto, no entristezcamos hoy el Espíritu de Dios, pues, mañana tal vez no podamos recordar lo que hemos hecho. Hoy será entonces como si fuera el día de mañana.

Procuremos seguir el consejo de Dios en todas las cosas, porque él es infinito en sabiduría. Aunque en el pasado no hicimos lo que debíamos por nuestros niños y jóvenes, arrepintámonos ahora y redimamos el tiempo. El Señor dice: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisierais y

oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho”. (Isaías 1:18-20) El mensaje que dice “Avanzad”, debe oírse aún y repetirse. Los diversos acontecimientos extraños que están sucediendo en el mundo requieren que se trabaje por confrontarlos. El Señor necesita personas espiritualmente inteligentes y de clara visión, que estén ciertamente recibiendo maná fresco del cielo. El Espíritu Santo trabaja en los corazones de tales personas, y Palabra de Dios refleja luz a la mente y revela como nunca antes la verdadera sabiduría.

La educación dada a los jóvenes amolda toda la estructura social. Por todo el mundo la sociedad está en desorden y se necesita una completa transformación. Muchos creen que mejores recursos educacionales, mayor pericia y métodos más recientes pondrán las cosas en su lugar. Profesan creer y aceptar los oráculos vivos, y, no obstante, dan a la Palabra de Dios un puesto inferior en el gran contexto de la educación. Lo que debiera estar primero pasa a ser algo accesorio de

las invenciones humanas.

Es muy fácil dejarse llevar por planes, métodos y costumbres del mundo y no dedicar al tiempo en que vivimos, o a la gran obra que debe hacerse, más reflexión de la que dedicaron en su tiempo los contemporáneos de Noé. Existe el peligro constante de que nuestros educadores sigan el mismo camino que los judíos, amoldándose a costumbres, prácticas y tradiciones que Dios no dio. Con tenacidad y firmeza, algunos se adhieren a viejos hábitos y a una afición por diversos estudios que no son esenciales, como si su salvación dependiera de estas cosas. Al hacer esto se apartan de la obra especial de Dios e imparten a los alumnos una educación deficiente y errónea. Las mentes son desviadas de un sencillo “Así dice Jehová” que entraña intereses eternos, hacia teorías y enseñanzas humanas. La revelación de Dios, verdad eterna e infinita, es explicada según interpretaciones humanas, cuando solamente el poder del Espíritu Santo puede revelar las cosas espirituales. La sabiduría humana es insensatez, pues pasa por alto el conjunto de las providencias

de Dios, que apuntan a la eternidad.

Los reformadores no son destructores. Jamás tratarán de arruinar a los que no estén en armonía con sus planes ni se amolden a ellos. Los reformadores deben avanzar, no retroceder. Deben ser decididos, firmes, resueltos, indómitos; empero la firmeza no debe degenerar en un espíritu autoritario. Dios quiere que todos los que le sirvan sean firmes como una roca, en cuanto a principios se refiere; pero mansos y humildes de corazón, como lo fue Cristo. Entonces, permaneciendo en Cristo, podrán hacer la obra que él haría si estuviese en el lugar de ellos. Un espíritu brusco y condenador no es esencial para ser heroico en las reformas de este tiempo. Todos los métodos egoístas que se practiquen en el servicio de Dios son una abominación delante de él.

Satanás está obrando para invalidar totalmente la oración de Cristo. Se esfuerza constantemente para originar rencor y discordia; porque donde existe unidad hay poder; una unidad que ni todos los poderes infernales pueden romper. Todos los

que ayuden a los enemigos de Dios a causar debilidad, aflicción y desánimo a un miembro del pueblo de Dios, por razón de su manera de ser y su temperamento perverso; están obrando directamente contra la oración de Cristo.

## Capítulo 19

# Carácter y obra de los maestros

La obra que se lleva a cabo en nuestras escuelas no debe parecerse a la que se hace en los colegios y seminarios del mundo. En la grandiosa tarea de la educación, la enseñanza de las ciencias no ha de ser de carácter inferior, pero se ha de considerar de primera importancia aquel conocimiento que habilite a un pueblo para estar firme en el gran día de la preparación de Dios. Nuestras escuelas deben asemejarse más a las escuelas de los profetas. Deben ser escuelas preparatorias donde los alumnos sean puestos bajo la disciplina de Cristo para aprender del gran Maestro. Deben ser escuelas familiares donde cada estudiante reciba ayuda especial de parte de sus maestros, así como los miembros de la familia debieran recibirla en el hogar. Se han de fomentar la ternura, la simpatía, la unidad y el amor. Debe haber maestros abnegados, consagrados y fieles, que constreñidos por el amor



de Dios y llenos de ternura, cuiden de la salud y felicidad de los alumnos, y procuren hacerlos progresar en toda rama importante del saber.

Deben elegirse maestros entendidos para nuestras escuelas, maestros que se sientan responsables ante Dios por grabar en las inteligencias la necesidad de conocer a Cristo como Salvador personal. Desde el grado más alto al más bajo, deben mostrar especial cuidado por la salvación de los alumnos, y mediante su esfuerzo personal procurarán guiar sus pies por senderos rectos. Deben mirar con compasión a aquellos que han sido mal enseñados en la infancia y tratar de remediar defectos, que si se conservan, perjudicarán grandemente el carácter. No puede hacer esta obra quien no haya aprendido primero en la escuela de Cristo la debida manera de enseñar.

Todos los que enseñan en nuestras escuelas deben mantener una estrecha unión con Dios y una perfecta comprensión de su Palabra, a fin de que puedan volcar la sabiduría y el conocimiento

divinos en la obra de educar a los jóvenes para su utilidad en esta vida y para la vida futura e inmortal. Deben ser hombres y mujeres que no solamente reconozcan la verdad, sino que también sean hacedores de la Palabra de Dios. El “Escrito está” debiera manifestarse en sus vidas. Mediante su propio proceder deben enseñar sencillez y hábitos correctos en todas las cosas. Nadie debe unirse a nuestras escuelas como educador si no ha tenido experiencia en obedecer la Palabra del Señor.

Los directores y maestros tienen necesidad de ser bautizados con el Espíritu Santo. La ferviente oración de las almas contritas será acogida ante el trono de Dios y él la contestará a su debido tiempo, si por la fe nos aferramos de su brazo. Ruegue el yo a Cristo y Cristo en Dios, y habrá una manifestación de su poder que enternecerá y subyugará los corazones. Cristo enseñó de una manera completamente diferente de los métodos ordinarios; y nosotros debemos cooperar con él.

La enseñanza significa mucho más de lo que

muchos suponen. Se requiere gran habilidad para hacer comprender la verdad. Por esta razón cada maestro debe procurar que aumente su conocimiento de la verdad espiritual; pero no puede obtener este conocimiento si se aparta de la Palabra de Dios. Si quiere que mejoren diariamente sus facultades y aptitudes, debe estudiar; debe comer y asimilar la Palabra, y trabajar como trabajó Cristo. Cada facultad del alma que se nutre con el pan de vida será vigorizada por el Espíritu de Dios. Esta es la comida que a vida eterna permanece.

Los maestros que aprenden del gran Maestro percibirán la ayuda de Dios como la entendieron Daniel y sus compañeros. Les es necesario ascender hacia el cielo en lugar de permanecer en el llano. La experiencia cristiana debe combinarse con la educación verdadera. “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios mediante Jesucristo”. (1 Pedro 2:5) Los maestros y alumnos deben estudiar esta ilustración y ver si pertenecen a

la clase que, en virtud de la abundante gracia ofrecida, alcanza la experiencia que ha de tener todo hijo de Dios antes de que pueda pasar el grado superior. En toda su enseñanza, los maestros deben impartir luz del trono de Dios, porque la educación es una obra cuyos efectos se verán durante los siglos sin fin de la eternidad.

Los maestros deben inducir a los alumnos a pensar, y a comprender claramente la verdad por sí mismos. No basta que el maestro explique o que el alumno crea; se ha de provocar la investigación e incitar al alumno a enunciar la verdad en su propio lenguaje para demostrar que valora su fuerza y se la aplica. Con esmerado esfuerzo deben grabarse así en la mente las verdades vitales. Podrá ser este un procedimiento lento; pero vale más que atender con demasiada prisa asuntos importantes sin darles la consideración debida. Dios desea que sus instituciones sobrepujen a las del mundo por cuanto le representan. Quienes se hallen verdaderamente unidos con Dios mostrarán al mundo que él es quien dirige el timón.

Nuestros maestros necesitan aprender de continuo. Los reformadores deben reformarse a sí mismos no sólo en sus métodos de trabajo, sino también en su corazón. Necesitan ser transformados por la gracia de Dios. Cuando Nicodemo, un gran Maestro de Israel, vino a Jesús, el Maestro le reveló las condiciones de la vida divina, y le enseñó cuáles eran las bases de la conversión. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? (Juan 3:9, 10) Esta pregunta podría dirigirse a muchos de los que ahora ocupan el puesto de maestros, sin embargo han descuidado la preparación esencial que los habilite para dicha tarea. Si las palabras de Cristo fueran recibidas íntimamente, habría una percepción mucho más elevada y un conocimiento espiritual mucho más profundo de lo que constituye un discípulo, un sincero seguidor de Cristo y un educador a quien él pueda aprobar.

## **Deficiencias de los maestros**

Muchos de nuestros maestros tienen bastante

que desaprender y que aprender, en diversos sentidos. A menos que estén dispuestos a hacer esto, a menos que lleguen a familiarizarse perfectamente con la Palabra de Dios y sus inteligencias se dediquen a estudiar las gloriosas verdades referentes a la vida del gran Maestro, fomentarán precisamente los errores que el Señor está tratando de corregir. Planes y opiniones que no debieran concebirse se grabarán en su mente; y con toda sinceridad llegarán a conclusiones erróneas y peligrosas. De este modo se sembrará una semilla que no es grano verdadero. Muchas costumbres y prácticas comunes en la obra escolar, y que tal vez se tienen por cosas pequeñas, no deben ahora introducirse en nuestras escuelas. Podrá ser difícil para los maestros abandonar ideas y métodos por largo tiempo acariciados; con todo, si quieren, sincera y humildemente, preguntarse a cada paso: ¿Es éste el camino del Señor? Y se entregan a su dirección, él los conducirá a medida que vayan adquiriendo experiencia.

Los maestros de nuestras escuelas tienen necesidad de escudriñar las Escrituras hasta que las

comprendan individualmente; abriendo sus corazones a los preciosos rayos de luz que Dios ha dado, y andando en su luz. Entonces serán enseñados por Dios y trabajarán de modo enteramente diferente, mezclando con sus enseñanzas menos de las teorías y sentimientos de hombres que jamás estuvieron en unión con Dios. Honrarán mucho menos la sabiduría finita, y sentirán en el alma un hambre profunda por aquella sabiduría que procede de Dios.

A la pregunta formulada por Jesús a los doce: “¿Queréis acaso irnos también vosotros?” Pedro contestó: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente” (Juan 6:67-69) Si los maestros entrelazan estas palabras con la labor de sus aulas, el Espíritu Santo estará presente para efectuar su obra sobre las mentes y los corazones.

## **La obra del maestro**

Los maestros deben colaborar con Dios para

promover y efectuar la obra que Cristo, por su propio ejemplo, les ha enseñado a realizar. Deben ser, en verdad, la luz del mundo, porque revelan los agradables atributos revelados en el carácter y la obra de Cristo: atributos que enriquecerán y embellecerán sus propias vidas como discípulos de Cristo.

¡Qué solemne, sagrado, e importante es el esfuerzo para exponer el carácter de Cristo y su Espíritu ante nuestro mundo! Éste es el privilegio de cada director y maestro conectados con él en la obra de educar, entrenar y disciplinar las mentes de los jóvenes. Todos necesitan estar bajo la inspiración, la segura convicción de que están llevando realmente el yugo de Cristo y transportando su carga.

Habrán pruebas en esta obra; el desánimo abrumará a los maestros cuando vean que sus obras no son siempre apreciadas. Satanás ejercerá su poder sobre ellos mediante tentaciones, desánimos, aflicciones por enfermedades físicas; esperando poder hacerlos murmurar contra Dios y



cerrar su entendimiento a su bondad, misericordia y amor. El excelente peso de gloria que será la recompensa del vencedor. Pero Dios dirige estas almas para que adquieran una confianza más perfecta en su Padre celestial. Su ojo está sobre ellos cada momento; y si ellos claman ante él con fe, y si le rinden sus almas en su incertidumbre, el Señor los presentará como oro afinado. El Señor Jesús ha dicho: “No te desampararé, ni te dejaré”. (Hebreos 13:5) Dios permitirá que una serie de circunstancias los induzca a huir en busca de la Fortaleza, y avanzar por fe hacia el trono de Dios en medio de nubes de oscuridad; porque aun aquí, su presencia está velada. Pero Dios está siempre listo para liberar a todos los que confían en él: “Aunque él me matare, en él esperaré”. (Job 13:15)

“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labradores no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación”. (Habacuc 3:17, 18)

## **Un llamado personal**

Suplico a los maestros que trabajan en nuestras instituciones educativas que no permitan que retrocedan el celo y el ardor religioso. Que no se haga ningún movimiento de retroceso, sino que vuestra consigna sea: “Avanzad”. Nuestras escuelas deben elevarse hacia un plano de acción más prominente; hay que tener perspectivas más amplias; hay que manifestar una fe más fuerte y más profunda piedad; Palabra de Dios debe ser raíz y rama de toda sabiduría y realizaciones intelectuales. Cuando el poder transformador de Dios se apodere de ellos, comprenderán que el conocimiento de Dios cubre un campo mucho más amplio que los así llamados “métodos avanzados” de educación. En toda la educación impartida, los educadores deben recordar las palabras de Cristo: “Vosotros sois la luz del mundo”. (Mateo 5:14) Cuando lo recuerden, entonces no experimentarán tantas dificultades en la preparación de misioneros que saldrán a impartir sus conocimientos a otros.

Hemos recibido toda la capacitación necesaria y las facilidades requeridas para cumplir las responsabilidades que recaen sobre nosotros. Debemos estar agradecidos a Dios porque por su misericordia tenemos estas ventajas, y porque poseemos el conocimiento de su gracia, de la verdad presente y el deber. ¿Procuráis, entonces, como maestros, mantener la falsa educación que habéis recibido? ¿Estáis perdiendo las preciosas oportunidades otorgadas para relacionaros con los planes y métodos de Dios? ¿Creéis en Palabra de Dios? ¿Estáis siendo cada día más capaces de entender, de entregaros al Señor y ser usados en su servicio? ¿Sois misioneros dispuestos a realizar la voluntad de Dios? ¿Creéis la Biblia y hacéis lo que dice? ¿Creéis que vivimos en los últimos días de la historia de esta tierra? ¿Y tenéis corazones capaces de sentir? Tenemos una gran obra delante de nosotros; debemos ser portadores de la sagrada luz del mundo que debe iluminar todas las naciones. Somos cristianos, ¿y qué estamos haciendo?

Ocupad vuestras posiciones, maestros, como verdaderos educadores, y con palabras y

expresiones de interés por la salvación de los alumnos, colocad en sus corazones la corriente viva del amor redentor. Consultadlos antes de que sus mentes se preocupen con sus trabajos literarios. Suplicadles que busquen a Cristo y su justicia. Explicadles los cambios que ciertamente ocurrirían si entregaran el corazón a Cristo. Afianzad su atención en él; esto cerrará la puerta a las aspiraciones insensatas que naturalmente surgirán y preparará sus mentes para recibir la verdad divina. Debe enseñarse a la juventud que el tiempo es oro, que es peligroso pensar que pueden divertirse todo lo que quieran sin después recoger una cosecha de ruina y miseria. Debe enseñárseles a ser sobrios y admirar lo bueno en el carácter de los demás. Edúqueselos para que coloquen su voluntad junto a la de Dios y para que finalmente puedan cantar el nuevo cántico y unirse con las armonías celestiales.

Deponed toda manifestación de vanidad, porque no os ayuda en vuestra obra; y aun os ruego que estiméis en su verdadero valor vuestro carácter, pues habéis sido comprados por un precio infinito. Sed cuidadosos, dedicados a la oración,

serios. No sintáis que podéis mezclar lo común con lo sagrado, lo cual se ha hecho con tanta frecuencia en el pasado, que el discernimiento espiritual de los maestros se ha empañado hasta el punto de no poder distinguir entre lo sagrado y lo común. Han tomado fuego extraño y lo han exaltado, alabado y honrado; y el Señor se ha apartado con desagrado. Maestros no sería mejor consagrarse plenamente a Dios? ¿Pondrías en peligro vuestras almas por un servicio dividido?

Tributad el honor debido a Dios por medio de escritos y de la Palabra. Santificad al Señor Dios en vuestros corazones y manteneos siempre listos para dar razón de vuestra esperanza, con humildad y temor, a toda persona que os preguntare. ¿Entenderán esto los maestros de nuestras escuelas? ¿Adoptarán la Palabra de Dios como el libro de texto que los capacitará para ser sabios para la salvación? ¿Impartirán esta excelentísima sabiduría a los alumnos, sugiriendo ideas claras y precisas para que puedan presentarlas a otros? Puede parecer que la enseñanza de Palabra de Dios tiene solamente un efecto ínfimo sobre muchas

mentes y corazones; pero si la obra del maestro ha sido cimentada en Dios, algunas lecciones de verdades divinas permanecerán en la memoria, aun de los más negligentes. El Espíritu Santo rociará la semilla sembrada y a menudo brotará después de muchos días, y producirá fruto para la gloria de Dios.

El gran Maestro que descendió del cielo no ha instruido a nuestros maestros para que estudien a los autores famosos. Él dice: “Venid a mí... Aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas”. (Mateo 11:28, 29) Cristo ha prometido, y al aprender lecciones de él, hallaremos reposo. Todos los tesoros del cielo fueron puestos a su disposición a fin de dar estos dones al que busca en forma diligente y perseverante. Él es hecho “sabiduría, justificación, y santificación, y redención”. (1 Corintios 1:30)

Los maestros deben entender cuáles son las lecciones que deben impartir, o no podrán preparar a los alumnos para ser promovidos a los grados superiores. Deben estudiar las lecciones de Cristo y

el carácter de su enseñanza. Deben darse cuenta de la libertad que ellas ofrecen del formalismo y la tradición; y apreciar la originalidad, la autoridad, la espiritualidad, la ternura, la benevolencia y la accesibilidad de sus enseñanzas. Quienes hacen de la Palabra de Dios su estudio, quienes cavan en busca de los tesoros de verdad, llegarán a imbuirse con el espíritu de Cristo, y contemplándolo, serán transformados a su semejanza. Los que aprecian la Palabra enseñarán como discípulos que han estado a los pies de Jesús y se han acostumbrado a aprender de él. En vez de traer libros que contienen las suposiciones de los autores famosos del mundo, dirán: “No me tentéis a considerar de poco valor al más grande Autor y al más prominente Maestro, por medio de quien tengo vida eterna. Él jamás se equivoca. Es la fuente principal de donde fluye toda sabiduría”. Permitid entonces a cada maestro sembrar la semilla de la verdad en la mente de los alumnos. Cristo es el Maestro por excelencia.

Nuestro guía es la Palabra del Dios eterno. Ella nos ha hecho sabios para la salvación. Ella debe estar siempre en nuestros corazones y labios.

“Escrito está” debe ser nuestra ancla. Los que hacen de la Palabra de Dios su consejera, comprenden las flaquezas del corazón humano y el poder de la gracia de Dios para subyugar cada impulso no santificado e impío. Sus corazones están siempre en oración y tienen el cuidado de ángeles santos. Cuando el enemigo se aproxima como una inundación, el Espíritu de Dios levanta un estandarte contra él, en favor del Maestro. Hay armonía en el corazón; porque la influencia preciosa y poderosa de la verdad gobierna. Hay una revelación de fe que obra por amor y purifica el alma.

Orad para que podáis nacer de nuevo. Si tenéis este nuevo nacimiento os deleitaréis, no en las formas torcidas de vuestros propios deseos, sino en el Señor. Desearéis estar bajo su autoridad. Lucharéis constantemente por alcanzar un estandarte más elevado. Sin embargo, no seáis solamente lectores de la Biblia, sino también esmerados estudiantes para que sepáis qué demanda Dios de vosotros. Necesitáis un conocimiento experimental de cómo cumplir su



voluntad. Cristo es nuestro Maestro.

Que cada maestro en nuestras escuelas y cada administrador en nuestras instituciones estudie lo que es esencial hacer a fin de trabajar en sus filas y llevar con ellos un sentido de perdón, de consuelo y esperanza.

Mensajeros celestiales son enviados para ministrar a los que serán herederos de salvación; y conversarán con los maestros cuando ellos no estén satisfechos con la muy transitada senda de la tradición, cuando no teman apartarse de las sombras del mundo. Los maestros debieran tener cuidado, no sea que cierren las puertas y el Señor no encuentre la manera de entrar en los corazones de los jóvenes.

## Capítulo 20

# Palabras de un maestro divino

En sueños de la noche me hallaba yo entre una gran compañía en la que el tema de la educación agitaba la mente de todos los presentes. Muchos presentaban objeciones en cuanto a cambiar el carácter de la educación que había estado en boga por largo tiempo. Uno que desde mucho tiempo había sido nuestro enseñador hablaba a los congregados. Decía: “El asunto de la educación debiera interesar a toda la organización adventista del séptimo día. Las decisiones concernientes al carácter de nuestra obra escolar no debieran dejarse del todo a los directores y maestros”.

Algunos insistían enérgicamente en que se estudiaran ciertos autores incrédulos y recomendaban los mismos libros condenados por el Señor, libros que por lo tanto, no debieran en manera alguna utilizarse. Después de mucha conversación y acaloradas discusiones, nuestro instructor se adelantó, y tomando algunos libros

por los cuales se había abogado calurosamente, por considerarlos esenciales para una educación superior, dijo: “¿Acaso hallaréis en estos autores sentimientos y principios que permitan colocarlos sin peligro alguno en manos de los alumnos? Las inteligencias humanas quedan con facilidad fascinadas por los engaños de Satanás, y estas obras producen desgano por el estudio de la Palabra de Dios, la cual, si se la recibe y aprecia, asegura la vida eterna. Vosotros sois seres sujetos a hábitos, y debéis recordar que los hábitos correctos son bendiciones, tanto en sus efectos sobre vuestro carácter como en su influencia benéfica sobre los demás. Por otra parte, los malos hábitos, una vez establecidos, ejercen un poder despótico y esclavizan las inteligencias. Si nunca hubierais leído una sola palabra en estos libros, seríais hoy mucho más capaces de comprender el Libro más digno de ser estudiado y que proporciona las únicas ideas correctas sobre educación.

“El hecho de que haya sido costumbre incluir estos autores entre los libros de texto, y de que esta costumbre sea muy antigua, no es ningún

argumento en su favor. El extendido uso no recomienda necesariamente a dichos libros como seguros o esenciales. Han llevado a millares adonde Satanás llevó a Adán y Eva; esto es, al árbol del conocimiento cuyo fruto Dios nos ha prohibido comer. Han inducido a los alumnos a dejar el estudio de las Escrituras por una clase de estudios que no es esencial. A fin de que los alumnos educados de esa manera lleguen alguna vez a ser idóneos para trabajar por las almas, tendrán que desaprender mucho de los conocimientos adquiridos. Encontrarán, empero, que desaprender es un trabajo difícil, por cuanto ideas censurables han echado raíces en sus mentes como la maleza en un jardín, y como resultado, algunos jamás podrán discernir entre lo correcto y lo erróneo. El bien y el mal se han mezclado en su educación. Se han ensalzado, para que las contemplasen, las imágenes de los hombres y las teorías humanas; de manera que cuando intentan enseñar a otros, la poca verdad que pueden repetir está entretejida con opiniones, dichos y hechos humanos. Las palabras de hombres que demuestran no tener un conocimiento práctico de Cristo no

debieran encontrar sitio en nuestras escuelas, pues sólo constituirán obstáculos para la debida educación de la juventud.

“Tenéis la Palabra del Dios vivo y con sólo pedirlo podéis recibir el don del Espíritu Santo para hacer de dicha Palabra un poder para los que creen y obedecen. La obra del Espíritu Santo es guiar a toda verdad. Cuando dependéis de la Palabra del Dios vivo con el corazón, la mente y el alma, el conducto de comunicación queda expedito. El estudio profundo y ferviente de la Palabra bajo la dirección del Espíritu Santo os suministrará maná fresco, y el mismo Espíritu hará eficaz su empleo. El esfuerzo de los jóvenes para disciplinar la mente para alcanzar elevadas y santas aspiraciones será recompensado. Los que hacen esfuerzos perseverantes en este sentido, y aplican la mente a la tarea de comprender la Palabra de Dios, están preparados para ser obreros juntamente con Dios.

“El mundo reconoce como maestros a algunos a quienes Dios no puede aprobar como instructores seguros. Dejan de lado la Biblia y en cambio

recomiendan las producciones de autores ateos como si ellas contuviesen aquel sentir que debiera entrelazarse con el carácter. ¿Qué podéis esperar de una siembra tal? En el estudio de estos libros censurables, tanto la mente de los maestros como la de los alumnos se corrompe, y el enemigo siembra su cizaña. No puede ser de otra manera. Al beber de una fuente impura, se introduce veneno en el organismo. Los jóvenes inexpertos a quienes se hace seguir este orden de estudios reciben impresiones que encauzan sus pensamientos por canales fatales para la piedad. Jóvenes enviados a nuestras escuelas han aprendido de libros tenidos por dignos de confianza, debido a que se usaban y favorecían en las escuelas del mundo. Pero de las escuelas mundanas, imitadas de esta manera, han salido muchos alumnos convertidos en ateos por el estudio de estos mismos libros.

“¿Por qué no habéis ensalzado la Palabra de Dios por encima de toda producción humana? ¿No basta con mantenerse unido al Autor de toda verdad? ¿No estáis satisfechos con sacar agua fresca de las corrientes del Líbano? Dios tiene

fuentes vivas con las cuales refrigerar al alma sedienta, y depósitos de precioso alimento con el cual vigorizar la espiritualidad. Aprended de él y él os habilitará para dar a los que la solicitan una razón de la esperanza que hay en vosotros. ¿Habéis pensado que un conocimiento mejor de lo que el Señor ha dicho tendría efecto deletéreo sobre maestros y alumnos?”

Hubo silencio en la asamblea y la convicción se apoderó de cada corazón. Hombres que se habían creído entendidos y fuertes vieron que eran débiles y carentes del conocimiento de aquel Libro que concierne al eterno destino del alma humana. El mensajero de Dios tomó entonces de las manos de varios maestros los libros que habían estado estudiando, algunos de los cuales, escritos por autores incrédulos, contenían sentimientos ateos, y los puso a un lado diciendo: “Jamás ha habido momento alguno en vuestra vida en que el estudio de estos libros haya contribuido a vuestro bien y progreso actuales o a vuestro bien eterno futuro. ¿Por qué habríais de llenar vuestros anaqueles con libros que apartan de Cristo la inteligencia? ¿Por

qué gastáis dinero en aquello que no es pan? Cristo os ruega: ‘Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón’. (Mateo 11:29) ¿Necesitáis comer del Pan de vida que descendió del cielo. Os es necesario ser estudiantes más diligentes de las Sagradas Escrituras y beber de la Fuente de la vida. Sacad, sacad de Cristo en oración ferviente. Lograd una experiencia diaria con respecto a comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios. Nunca podrán los autores humanos satisfacer vuestra gran necesidad para este tiempo; pero con templando a Cristo, autor y consumidor de vuestra fe, seréis transformados a su semejanza”.

Poniendo la Biblia en manos de ellos, siguió diciendo: “Sabéis poco de este libro. Ignoráis las Escrituras y el poder de Dios y tampoco comprendéis la profunda importancia del mensaje que ha de proclamarse a un mundo que perece. Lo pasado ha demostrado que tanto los maestros como los alumnos saben muy poco de las imponentes verdades que son asuntos vitales para este tiempo. Si el mensaje del tercer ángel fuera proclamado en todos sus aspectos a muchos de los que ocupan el



puesto de maestros, no lo comprenderían. Si tuvieseis el saber que viene de Dios, vuestro ser entero proclamaría la verdad del Dios vivo a un mundo muerto en sus transgresiones y pecados. No obstante, se exaltan libros y periódicos que poco contienen de la verdad presente y los hombres se vuelven demasiado doctos para seguir un ‘así dice Jehová’.

“Cada maestro de nuestras escuelas debe ensalzar al único Dios verdadero; pero muchos de los centinelas están durmiendo. Son como ciegos que guían a otros ciegos. Mas el día del Señor está por sobrecogernos. Como ladrón, viene con paso furtivo y sorprenderá a todos los que no velan. ¿Quiénes, entre los maestros, están despiertos y como fieles dispensadores de la gracia de Dios están dando a la trompeta sonido inconfundible? ¿Quiénes proclaman el mensaje del tercer ángel e invitan al mundo a prepararse para el gran día de Dios? El mensaje que damos tiene el sello del Dios vivo”.

Señalando la Biblia, añadió: “Las Escrituras del

Antiguo Testamento y del Nuevo se han de combinar en la obra de preparar a un pueblo que subsista en el Día del Señor. Aprovechad fervorosamente vuestras oportunidades actuales. Haced de la Palabra del Dios viviente vuestro libro de texto. Si siempre se hubiera hecho esto, ciertos alumnos ahora perdidos para la causa de Dios serían misioneros. Jehová es el único Dios verdadero y ha de ser reverenciado y adorado. Los que respetan las palabras de autores incrédulos e inducen a los alumnos a considerar estos libros como esenciales en su educación, menoscaban su fe en Dios. El tono, el espíritu, la influencia de estos libros son deletéreos para los que dependen de ellos para adquirir conocimiento. Los alumnos han sido hechos el blanco de influencias que los indujeron a apartar los ojos de Cristo, la Luz del mundo, y los malos ángeles se regocijan porque quienes profesan conocer a Dios le niegan en la forma en que se le ha negado en nuestras escuelas. El Sol de Justicia ha estado resplandeciendo sobre la iglesia, para disipar las tinieblas, y para llamar la atención del pueblo de Dios a la preparación esencial para los que quieren resplandecer como

luminares en el mundo. Los que reciban esta luz la comprenderán; los que no la reciban andarán en tinieblas, no sabiendo dónde tropiezan. Nunca esta el alma segura a menos que se halle bajo la dirección divina. Entonces será guiada a toda verdad. La palabra de Cristo caerá con vivo poder sobre los corazones obedientes, y mediante la aplicación de la verdad divina se reproducirá la imagen perfecta de dios y en el cielo se dirá: ‘Vosotros estáis completos en él’”. (Colosenses 2:10)

En ningún caso debe permitirse a los alumnos emprender tantos estudios que no puedan asistir a los cultos.

Nadie sino Aquel que creó al hombre puede efectuar un cambio en el corazón humano. Solamente Dios puede realizar la mejora. Cada maestro deberá darse cuenta que debe ser movido por agencias divinas. Los juicios e ideas humanas del más experimentado personaje se hallan propensos a ser imperfectos y defectuosos, y el frágil instrumento, sujeto a sus propios rasgos de

carácter hereditario, tiene necesidad de someterse diariamente a la santificación del Espíritu Santo, de lo contrario, el yo tomará las riendas y querrá dirigir. En el espíritu manso y humilde del estudiante, todos los planes, ideas y métodos humanos deben ser traídos a Dios para que los corrija y endose; de otra manera la energía incansable de Pablo y la hábil lógica de Apolos no tendrán poder para efectuar la convicción de las almas.

## Capítulo 21

# Los internados

Al asistir a nuestros colegios muchos jóvenes quedan separados de las tiernas y refrenadoras influencias del hogar. Precisamente en la época de la vida en que necesitan observación vigilante son arrebatados a la restricción de la influencia y autoridad paternas y colocados en compañía de un gran número de jóvenes de igual edad y de caracteres y costumbres de vida diversos. Muchos de estos han recibido en su infancia escasa disciplina y son superficiales y frívolos; otros han sido reprimidos hasta el exceso y al alejarse de las manos que tenían tal vez demasiado tirantes las riendas del mando, creyeron que tenían libertad para proceder como quisieran. Desprecian hasta el mismo pensamiento de la restricción. Esas compañías aumentan grandemente los peligros de los jóvenes.

Los internados de nuestras escuelas se han establecido para que nuestros jóvenes no sean

llevados de aquí para allá y expuestos a las influencias perjudiciales que abundan por doquiera, sino que, hasta donde sea posible, se les ofrezca la atmósfera de un hogar para que se protejan de las tentaciones conducentes a la inmoralidad y sean guiados a Jesús. La familia del cielo representa lo que debiera ser la familia de la tierra, y los hogares de nuestras escuelas, donde se reúnen jóvenes que buscan una preparación para el servicio de Dios, debieran aproximarse tanto como fuera posible al modelo divino.

Los maestros que están a cargo de estos hogares llevan graves responsabilidades, pues tienen que hacer las veces de padres y madres, demostrando, lo mismo para uno que para todos los alumnos, un interés semejante al que los padres demuestran por sus hijos.

Los diversos elementos del carácter de los jóvenes con quienes tienen que tratar les imponen muchas cargas pesadas, y necesitan mucho tacto y paciencia para inclinar en la dirección debida las inteligencias que han sido desviadas por la mala

enseñanza. Los maestros necesitan gran capacidad directiva; deben ser fieles a los principios; y, sin embargo, prudentes y benignos, uniendo la disciplina al amor y a la simpatía propia de Cristo. Debieran ser hombres y mujeres de fe, sabiduría y oración. No debieran manifestar una dignidad severa e inflexible, sino mezclarse con los jóvenes e identificarse con ellos en sus gozos y tristezas, como también en la diaria rutina del trabajo. Por lo general, una obediencia alegre y amante será el fruto de tal esfuerzo.

### **Deberes domésticos**

La educación que los jóvenes de uno y otro sexo que asisten a nuestros colegios debieran recibir sobre la vida doméstica, merece especial atención. En la tarea de edificar el carácter, es de gran importancia que se enseñe a los alumnos que asisten a nuestros colegios a hacer el trabajo que se les asigna, y librarse de toda tendencia a la pereza. Han de familiarizarse con los deberes de la vida diaria. Se les debiera enseñar a cumplir bien y esmeradamente sus deberes domésticos, con el

menor ruido y confusión posibles. Todo debiera hacerse decentemente y con orden. La cocina y cualquier otra parte de la casa debe mantenerse barrida y limpia. Los libros deben poder guardarse hasta el momento debido y los estudios no debieran ser más que los que sea posible atender sin descuidar los deberes domésticos. El estudio de los libros no debiera absorber la mente con perjuicio de las obligaciones del hogar, de las cuales depende la comodidad de la familia.

En el cumplimiento de estos deberes debieran vencerse los hábitos de indiferencia, dejadez y desorden; porque, a menos que se corrijan, esos hábitos serán introducidos en toda fase de la vida y esta verá arruinada su utilidad para la verdadera obra misionera. Si no se corrigen con perseverancia y resolución, vencerán al estudiante para el presente y para la eternidad. Se ha de estimular a los jóvenes a formar hábitos correctos de vestir, de modo que su apariencia sea aseada y atractiva; se les ha de enseñar a conservar su ropa limpia y cuidadosamente arreglada. Todas sus costumbres debieran ser de tal carácter que hagan de ellos una



ayuda y un alivio para otros.

Se dieron a los ejércitos de los hijos de Israel instrucciones especiales para que, en sus tiendas y alrededor de ellas, todo estuviese limpio y en orden; no fuese que el ángel de Dios pasase por medio de su campamento y viese sus inmundicias. ¿Era el Señor tan meticuloso que se fijaría en estas cosas? Sí, pues se nos dice que si veía sus inmundicias no podría salir con sus ejércitos a la batalla contra sus enemigos. Asimismo él ve todas nuestras acciones. Aquel Dios que tuvo tanto cuidado de que los hijos de Israel adquiriesen hábitos de limpieza, no sancionará hoy impureza alguna en el hogar.

Dios confió a los padres y maestros la tarea de educar a niños y jóvenes en este sentido, y de cada acto de la vida se les puede enseñar lecciones espirituales. Al inculcarles hábitos de limpieza física, debemos enseñarles que Dios quiere que sean limpios tanto en su mente como en su cuerpo. Al barrer una habitación pueden aprender cómo el Señor purifica la mente. No les bastaría cerrar

puertas y ventanas después de poner en la pieza alguna sustancia purificadora, sino que abrirían las puertas y las ventanas de par en par y con esfuerzo diligente eliminarían todo el polvo. Del mismo modo las ventanas de los impulsos y sentimientos han de abrirse hacia el cielo para expulsar el polvo del egoísmo y de la vanidad mundana. La gracia de Dios debe barrer las cámaras de la mente y todo elemento de la naturaleza ha de ser purificado y vitalizado por el Espíritu de Dios. El desorden y el desaliño en los deberes diarios llevará al olvido de Dios y a manifestar una piedad formal en la profesión de la fe, pero sin que sea genuina. Tenemos que velar y orar; de otro modo estaremos asiéndonos de la sombra y perderemos la sustancia.

Como hebras de oro, una fe viva debe entretenerse con la experiencia cotidiana en el cumplimiento de las pequeñas obligaciones. Entonces los alumnos serán inducidos a comprender los principios puros que según lo ha dispuesto Dios, debieran motivar cada acto de sus vidas. Entonces todo el trabajo diario será de tal índole que promoverá el crecimiento cristiano.

Entonces los principios vitales de la fe, la confianza y el amor hacia Jesús penetrarán hasta en los detalles más ínfimos de la vida diaria. Se contemplará a Jesús y el amor hacia él constituirá el móvil constante que proporcione una fuerza vital a cada obligación asumida. Habrá porfía por la justicia y una esperanza que “no avergüenza”. (Romanos 5:5) Todo lo que se haga se hará para gloria de Dios.

A cada estudiante del internado digo: Sea fiel en las obligaciones domésticas. Sea fiel en el cumplimiento de las pequeñas responsabilidades. Sea en realidad un cristiano lleno de vida en el hogar. Gobiernen los principios cristianos su corazón y fiscalicen su conducta. Preste atención a toda sugerencia dada por el maestro; pero obre de modo que no sea necesario decirle siempre lo que tiene que hacer. Discierna las cosas por sí mismo. Vea usted mismo si en su habitación todas las cosas están limpias y en orden; procure que nada de lo que haya en ella ofenda a Dios, sino que cuando los ángeles santos pasen por su pieza se sientan movidos a detenerse, atraídos por el orden

y la limpieza que hay en ella. Al realizar sus deberes con buena voluntad, con esmero y fidelidad, actuará como un misionero. Testifique por Cristo. Demuestre que la religión de Cristo no lo convierte en un individuo--ni en principios ni en práctica--desaliñado, ordinario, irrespetuoso hacia sus maestros al punto de prestar poca atención a su consejo e instrucción. Si práctica la religión de la Biblia, ella le hará bondadoso, reflexivo, fiel. Le inducirá a no descuidar las cosas pequeñas que deben hacerse. Adopte por lema las palabras de Cristo: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”. (Lucas 16:10)

### **La sociabilidad y la cortesía cristiana**

El pueblo de Dios no cultiva bastante la sociabilidad cristiana. Esta rama de la educación no debe descuidarse ni perderse de vista en nuestras escuelas.

Se debe enseñar a los alumnos que no son átomos independientes, sino que cada uno es una hebra de hilo que ha de unirse con otras para

completar una tela. En ningún departamento puede darse esta instrucción con más eficacia que en el internado escolar. Es allí donde los alumnos están rodeados diariamente de oportunidades que, si las aprovechan, les ayudarán en gran manera a desarrollar los rasgos sociales de su carácter. Pueden aprovechar de tal modo su tiempo y sus oportunidades que logren desarrollar un carácter que los hará felices y útiles. Los que se encierran en sí mismos y no están dispuestos a prestarse para beneficiar a otros mediante amigable compañerismo, pierden muchas bendiciones; porque merced al trato mutuo el entendimiento se pule y refina; por el trato social se normalizan relaciones y amistades que acaban en una unidad de corazón y en una atmósfera de amor agradables a la vista del cielo.

Especialmente aquellos que han gustado el amor de Cristo debieran desarrollar sus facultades sociales; pues de esta manera pueden ganar almas para el Salvador. Cristo no debiera ser ocultado en sus corazones, encerrado como tesoro codiciado, sagrado y dulce, que sólo ha de ser gozado por

ellos; ni tampoco debieran ellos manifestar el amor de Cristo sólo hacia aquellos que les son más simpáticos. Se debe enseñar a los alumnos la manera de demostrar, lo mismo que Cristo, un amable interés y una disposición sociable para aquellos que se hallan en una mayor necesidad, aun cuando los tales no sean sus compañeros preferidos. En todo momento y en todas partes, manifestó Jesús amante interés por la familia humana y esparció en derredor suyo la luz de una piedad alegre. Se debe enseñar a los alumnos a seguir sus pisadas. Se les ha de enseñar a manifestar interés cristiano, simpatía y amor hacia sus compañeros jóvenes y a empeñarse en atraerlos a Jesús; Cristo debiera ser en sus corazones como un manantial de agua que brote para vida eterna, que refresque a todos aquellos con quienes tratan.

Este ministerio voluntario y amante, prestado a otros momentos de necesidad, es el que Dios aprecia. De esta manera, aun mientras asisten a la escuela, los alumnos pueden ser, si son fieles a su profesión, misioneros vivos para Dios. Todo esto llevará tiempo; pero el tiempo así empleado es de

provecho, porque así aprende el alumno a presentar el cristianismo al mundo.

Cristo no rehusó alternar con otros en trato amistoso. Cuando era invitado a un banquete por un fariseo o un publicano, aceptaba la invitación. En tales ocasiones cada palabra que pronunciaba tenía sabor de vida para sus oyentes; porque hacía de la hora de la comida una ocasión para impartir muchas lecciones preciosas adaptadas a sus necesidades. De este modo Cristo enseñó a sus discípulos cómo debían conducirse cuando se hallasen en compañía, tanto de los que no eran religiosos, como de los que lo eran. Por su ejemplo, les enseñó que al asistir a alguna reunión pública, su conversación no tenía por qué ser como la que se solía sostener en tales casos.

Si el Señor Jesús habita en el alma de los alumnos cuando estos se sientan a la mesa, saldrán del cofre de su corazón palabras puras y elevadoras. Si Cristo no habita allí, eso se manifestará en la frivolidad, en las chanzas y en los chistes; habrá una distracción que estorbará el

crecimiento espiritual y causará pesar a los ángeles de Dios. La lengua es un miembro ingobernable; pero no debiera ser así. Se la debe convertir pues el talento del habla es valiosísimo. Cristo está siempre dispuesto a impartir sus riquezas y nosotros debiéramos adquirir las joyas que proceden de él, a fin de que cuando hablemos esas joyas se desprendan de nuestros labios.

El temperamento, las peculiaridades personales, los hábitos mediante los cuales se desarrolla el carácter, todo lo que se practica en el hogar, se revelará de por sí en todas las relaciones de la vida. Las inclinaciones secretas culminarán en pensamientos, palabras y acciones del mismo carácter. Si cada alumno de los que componen la familia escolar, se esforzara por reprimir toda palabra impropia y descortés, y por hablar a todos con respeto; si tuviera presente que se está preparando para ser miembro de la familia celestial; si protegiera su influencia por medio de sagrados centinelas de modo que no apartase a nadie de Cristo; si se esforzara para que cada acto de su vida hiciese públicas las alabanzas de Aquel



que lo ha llamado de las tinieblas a su luz admirable, ¡qué influencia reformadora provendría de cada hogar escolar!

## **Ejercicios religiosos**

De todas las facetas de la educación que se ha de impartir en los internados de nuestros colegios, los ejercicios religiosos son los más importantes. Debe considerárseles con la mayor solemnidad y reverencia, si bien se les ha de añadir, hasta donde sea posible todo aquello que los haga agradables. No se los debe prolongar al extremo de que se vuelvan tediosos, por cuanto la impresión grabada así en la mente de los jóvenes les haría asociar la religión con todo lo que es árido y desprovisto de interés; e induciría a decidirse por el partido del enemigo a muchos que, si fuesen debidamente enseñados llegarían a beneficiar al mundo y a la iglesia.

A menos que sean sabiamente dispuestos y vitalizados, además, por el Espíritu Santo, las reuniones del sábado, el culto de la mañana y de la

tarde, en el hogar y en la capilla; llegarán a ser los ejercicios más formalistas, desagradables, carentes de atractivo, y, para los jóvenes, serán los más incómodos de todos los ejercicios escolares. Las reuniones de testimonios y todos los demás cultos religiosos debieran prepararse y dirigirse de tal modo que no sólo sean provechosos sino tan agradables que resulen positivamente atrayentes. Orar juntos ligará los corazones con Dios por medio de lazos que perdurarán; confesar a Cristo franca y valientemente, mostrando en nuestro carácter su mansedumbre, humildad y amor; contagiará a otros con la belleza de la santidad.

En todas estas ocasiones debiera ensalzarse a Cristo como “señalado entre diez mil”, como Aquel que es “todo él codiciable”. (Cantares 5:10, 16) ¿Debiera presentársele como la Fuente de todo verdadero placer y satisfacción, como el Dador de toda dádiva buena y perfecta, como el Autor de toda bendición, como Aquel en quien están concentradas todas nuestras esperanzas de vida eterna. Aparezcan en todo ejercicio religioso el amor de Dios y el gozo de la experiencia cristiana

en su verdadera belleza. Preséntese al Salvador como el que restaura del efecto toda consecuencia del pecado.

Para lograr este resultado debe evitarse toda mezquindad. Se necesitará devoción sincera, ferviente y cordial. Será esencial que haya en los maestros piedad ardiente y activa. Pero hay un gran poder disponible para nosotros si queremos tenerlo. Hay gracia para nosotros si deseamos conseguirlo. Para obtenerlo, el Espíritu Santo aguarda tan sólo que lo pidamos con una ardiente dedicación proporcional al valor del objeto que perseguimos. Los ángeles del cielo están tomando nota de toda nuestra obra y observando para decidir cómo ministrar a cada uno de modo que todos reflejen la imagen de Cristo en su carácter y que se amolden a la similitud divina. Cuando los encargados de los hogares de nuestras escuelas aprecien los privilegios y las oportunidades que tienen, harán para Dios una obra que el cielo aprobará.

## Capítulo 22

# La reforma industrial

Por el hecho de que surjan dificultades no tenemos que abandonar las industrias establecidas como ramas de la educación. Mientras asisten a la escuela, los jóvenes deben tener la oportunidad de aprender a manejar herramientas. Bajo la dirección de obreros de experiencia, carpinteros aptos para enseñar, pacientes y bondadosos; los mismos alumnos deben levantar edificios en los terrenos de la escuela y hacer las mejoras necesarias. Así aprenderán, mediante lecciones prácticas, a construir de una manera económica. Se debe adiestrar también a los alumnos en los detalles de los diversos trabajos relacionados con la imprenta, tales como la composición, la impresión y la encuadernación; también en la confección de tiendas y otros trabajos útiles. Se deben plantar frutales pequeños y cultivarse flores y verduras, haciendo salir a las jóvenes alumnas al aire libre para realizar estas labores. Así, mientras ejercitan la mente, los huesos y los músculos, estarán

adquiriendo también conocimientos de la vida práctica.

La cultura en todas estas cosas hará a nuestros jóvenes útiles para llevar la verdad a los campos extranjeros. Así no tendrán que depender de las personas entre quienes vivan para cocinar, coser o edificar; tampoco será necesario gastar dinero para trasladar hombres a miles de kilómetros para trabajar en la construcción de escuelas, capillas y viviendas. Los misioneros ejercerán mayor influencia entre la gente si pueden enseñar a los inexpertos a trabajar de acuerdo con los mejores métodos y obtener los mejores resultados. Podrán demostrar así que los misioneros pueden llegar a ser educadores industriales; y esta clase de instrucción será apreciada especialmente donde los recursos son limitados. Se requerirán menos fondos para sostener a tales misioneros; por cuanto, en combinación con sus estudios dieron el mejor empleo a sus facultades físicas en el trabajo práctico. Dondequiera que vayan les resultará ventajoso todo lo que hayan logrado en este sentido. Los alumnos de los departamentos

industriales, ya sea que se ocupen en trabajos domésticos, en el cultivo del suelo o en otras actividades, deben tener tiempo y oportunidad para poder asociar lecciones prácticas y espirituales que han aprendido con sus labores. En todos los deberes prácticos de la vida, deben hacerse comparaciones con las enseñanzas de la naturaleza y de la Biblia.

Los motivos que en algunos lugares nos han inducido a alejarnos de las ciudades y a situar nuestras escuelas en el campo, se adaptan bien a las escuelas que vayamos a establecer en otros lugares. El gastar dinero en construcciones adicionales cuando una escuela está ya muy endeudada, no está de acuerdo con el plan de Dios. Si el dinero que nuestras escuelas más grandes emplearon en edificios costosos se hubiese invertido en la adquisición de terrenos donde los alumnos pudiesen haber recibido una educación apropiada, no habría ahora un número tan grande de alumnos luchando bajo la carga de una pesada deuda, y la obra de dichas instituciones se hallaría en una condición más próspera. Si se hubiese seguido esa

conducta, habría habido algunas quejas de parte de los alumnos y muchas objeciones de parte de los padres; pero los alumnos habrían obtenido una educación adecuada que los habría preparado no solamente para la labor práctica en oficios diversos, sino para un lugar en la viña del Señor en la tierra renovada.

Si todas nuestras escuelas hubieran estimulado el trabajo en los diversos ramos de la agricultura, habrían alcanzado resultados muy diferentes. No habría desalientos tan grandes. Se habrían vencido las influencias opositoras; habrían cambiado las condiciones financieras. En cuanto a los alumnos, el trabajo habría sido equilibrado, y todos participando proporcionalmente, se habría desarrollado una mayor fuerza física y mental. Pero la instrucción que el Señor tuvo a bien dar se acogió tan tibiamente que no se han vencido los obstáculos.

Revela cobardía el avanzar con tanta lentitud e incertidumbre en lo que concierne al trabajo, fase esa que ha de suministrar el mejor tipo de

educación. Mirad la naturaleza. Hay sitio dentro de sus vastos límites para establecer escuelas donde los terrenos puedan ser preparados para la labranza y cultivados. Este trabajo es esencial para la educación que más favorece el progreso espiritual; pues la voz de la naturaleza es la voz de Cristo que nos enseña lecciones innumerables de amor, poder, sumisión y perseverancia. Algunos no aprecian el valor del trabajo agrícola. Estos no debieran estar a cargo de formular planes para nuestras escuelas; pues detendrían el avance de cualquier en las direcciones debidas. En pasado su influencia ha sido un impedimento.

Si se cultiva la tierra, ella proveerá con la bendición de Dios, para nuestras necesidades. No tenemos que desanimarnos en cuanto a las cosas temporales, en virtud de fracasos aparentes ni debiéramos descorazonarnos a causa de las demoras. Debíéramos trabajar la tierra en forma alegre, esperanzada y agradecidamente; estando persuadidos de que la tierra encierra en su seno ricas provisiones para el obrero fiel, provisiones más preciosas que oro o plata. La mezquindad que



se le atribuye a la tierra es falso. Mediante un cultivo adecuado e inteligente, la tierra entregará sus tesoros para provecho de la humanidad. Las montañas y las colinas están cambiando; la tierra se está envejeciendo como ropa de vestir; empero la bendición del Dios que preparó la mesa para su pueblo en el desierto no cesará jamás.

Nos esperan tiempos solemnes, y existe gran necesidad de que las familias salgan de las ciudades y se internen en el campo, a fin de que la verdad pueda llevarse a los vallados así como a los caminos de la tierra. Mucho depende de que se tracen nuestros planes de acuerdo con la Palabra del Señor y se lleven a término con perseverante energía. El éxito depende más de la consagrada actividad y perseverancia que del genio y del estudio de los libros. Todos los talentos y las aptitudes otorgadas a los agentes humanos, si no se usan, son de escaso valor.

Un retorno a los métodos más sencillos será apreciado por los niños y los jóvenes. El trabajo en la huerta y en el campo constituirá una variación

agradable en la cansadora rutina de las lecciones abstractas, a las cuales sus jóvenes inteligencias no debieran jamás ser limitadas. Esta variación será especialmente valiosa para el niño nervioso que encuentra en los libros lecciones agotadoras y difíciles de recordar. Habrá para él salud y dicha en el estudio de la naturaleza y las impresiones obtenidas no desaparecerán de su mente, por cuanto estarán asociadas con objetos que se hallan constantemente ante su vista.

El trabajar la tierra es una de las mejores ocupaciones, algo que pone en actividad a los músculos y da reposo a la mente. El estudio en materia de agricultura debe ser el ABC de la educación en nuestras escuelas. Esta es precisamente la primera tarea que debiera iniciarse. Nuestras escuelas no debieran depender de la adquisición de productos importados en lo que se refiere a cereales, verduras y frutas, que tan esenciales son para la salud. Nuestros jóvenes deber ser instruidos en el desmonte de terrenos y en la labranza de la tierra tanto como en los asuntos literarios. Varios maestros debieran ser elegidos

para vigilar a determinado número de alumnos en su trabajo y trabajar con ellos. De este modo los mismos maestros aprenderán responsabilidades como supervisores. Los alumnos capaces debieran ser enseñados también a llevar responsabilidades y a ser colaboradores de los maestros. Todos debieran efectuar planes juntos para encontrar los mejores métodos de llevar adelante el trabajo.

El tiempo es demasiado corto ahora para lograr lo que pudo haberse hecho en generaciones pasadas. Pero aún en estos últimos días podemos hacer mucho para corregir los males existentes en la educación de la juventud. Y porque el tiempo es corto, debemos ser diligentes y trabajar celosamente para dar a los jóvenes una educación consecuente con su fe. Somos reformadores. Deseamos que nuestros hijos estudien para ser la mejor prerrogativa. A fin de lograr esto, debiera empleárseles en aquello que les ayude a ejercitar los músculos. El trabajo sistemático diario debe constituir una parte de la educación de la juventud aun en esta hora avanzada. Mucho puede lograrse ahora de esta manera. Siguiendo este plan, los

estudiantes obtendrán elasticidad de espíritu y fuerza de pensamiento, y en un momento dado pueden lograr más labor mental que la que obtendrían por solamente el estudio. Así pueden salir de la escuela con una constitución no debilitada, con fuerza y ánimo para perseverar en cualquier posición donde la providencia de Dios los coloque.

El ejercicio que enseña a la mano a ser útil, y disciplina al joven para llevar la parte que le toca de las cargas de la vida, proporciona fuerza física y desarrolla cada facultad. Todos debieran buscar algo que hacer que sea beneficioso para sí mismos y para otros. Dios ordenó el trabajo como una bendición y solamente el obrero diligente encontrará la verdadera gloria y gozo de la vida.

El cerebro y los músculos la mente y el cuerpo deben utilizarse proporcionalmente en forma equilibrada si se quiere conservar la salud y el vigor. Los jóvenes pueden entonces aportar al estudio de la Palabra de Dios una percepción sana y nervios bien equilibrados. Tendrán pensamientos

saludables y podrán retener las cosas preciosas que se encuentran en la Palabra. Se Asimilarán sus verdades y como resultado tendrán fuerza intelectual para discernir lo que es verdad. Luego, según la ocasión lo requiera, podrán dar, con mansedumbre y temor, a todo aquel que lo demande; razón de la esperanza que hay en ellos.

## Capítulo 23

# La finca de la escuela de Avondale

Existen algunas cosas referentes a la disposición y el empleo de las tierras próximas a nuestra escuela e iglesia, que me han sido presentadas y que, por la instrucción que he recibido, debo presentaros. Hasta hace poco no me sentí en libertad para hablar de ellas y aun ahora no me atrevo a revelarlas todo, debido a que nuestro pueblo no está preparado todavía para comprender todo lo que en la providencia de Dios se desarrollará en Avondale.

En visiones de la noche algunas cosas me fueron presentadas claramente. Había personas que escogían parcelas de tierra cercanas a la escuela, en las que se proponían edificar casas y establecer hogares. Pero Uno se puso en medio de nosotros y dijo: “Estáis cometiendo una gran equivocación, la cual tendréis que lamentar. Este terreno no tiene

que ser ocupado con edificios, excepto en lo tocante a proveer las comodidades necesarias para los maestros y alumnos de la escuela. El terreno que rodea la escuela debe reservarse para la granja de la escuela. Tiene que convertirse en una parábola viva para los alumnos, quienes no han de considerar el terreno de la escuela como cosa común, sino como un libro de texto abierto ante ellos y que el Señor quiere que estudien. Sus lecciones impartirán conocimiento con respecto a la cultura del alma.

“Si consentís en que el terreno próximo a la escuela sea ocupado por domicilios privados y luego os veis obligados a escoger para el cultivo otro terreno distante de la escuela, será una gran equivocación, que siempre lamentaréis. Todo el terreno próximo a los edificios ha de considerarse destinado a la labranza, donde los alumnos podrán aprender bajo instructores bien preparados. Los jóvenes que asistan a nuestras escuelas necesitarán todo el terreno cercano. Han de sembrar en él plantas de adorno y árboles frutales y cultivar la huerta.

“La finca de la escuela ha de considerarse como un libro de texto de la naturaleza, del cual los maestros saquen lecciones prácticas. Se ha de enseñar a nuestros alumnos que Cristo quien creó el mundo y todas las cosas que hay en él, es la vida y la luz de cada cosa viviente. La vida de cada niño y joven dispuesto a aprovechar las oportunidades de recibir una educación apropiada, será grata y feliz, mientras estén en la escuela, por las cosas sobre las cuales se posen sus ojos”.

### **La obra que nos espera**

Necesitamos más maestros y más talento para educar a los alumnos en diversas maneras, a fin de que muchos salgan dispuestos y preparados a comunicar a otros el conocimiento que han obtenido. Los jóvenes y niñas huérfanos han de encontrar aquí un hogar. Se han de levantar edificios para un hospital y debieran habilitarse bancas para la comodidad de la escuela. Debiera emplearse a un competente administrador para la finca, y también a hombres entendidos y enérgicos



para actuar de directores en los diversos ramos industriales. Personas que hagan uso de sus talentos individuales para enseñar a los alumnos a trabajar.

Vendrán al colegio muchos jóvenes que desearán obtener una preparación en ramos industriales. La enseñanza industrial debe incluir contabilidad, carpintería y todo lo relativo a la agricultura. Se debieran establecer los recursos necesarios para enseñar a trabajar en herrería, pintura, zapatería, cocina, panadería, lavandería, reparaciones en general, mecanografía e imprenta. Toda facultad que poseamos deberá ponerse a disposición en esta obra de preparación, a fin de que los alumnos salgan de la escuela bien preparados para los deberes de la vida práctica.

Las viviendas y otras dependencias esenciales para la obra del colegio deben ser construidas por los mismos alumnos, y sin aglomerarlas ni colocarlas cerca de los edificios propios del colegio. Las personas que dirigen la obra de construcción deben formar grupos pequeños, a los

cuales los directores competentes enseñarán a tener pleno sentido de su responsabilidad. Todas estas cosas no pueden llevarse a cabo simultáneamente, pero debemos empezar a trabajar por fe.

### **Debe reservarse terreno**

El Señor quiere que los terrenos que rodean al colegio se le dediquen a él como su aula personal. Estamos situados donde hay abundancia de tierra, por lo que los terrenos adyacentes al colegio y la iglesia no deben ocuparse para domicilios privados. No todos los que creen la verdad para este tiempo han experimentado una transformación en su carácter. No todos dan un buen ejemplo porque no representan el carácter de Cristo. Muchas personas que desearían relacionarse con la iglesia y la escuela, no prestarían ayuda, sino que serían estorbos. Creen que ellos deben ser ayudados y favorecidos. No aprecian el carácter ni la situación de la obra en que estamos empeñados. No comprenden que todo lo hecho en Avondale se ha llevado a cabo con penoso trabajo y mediante el empleo de dinero dado con sacrificio, o que se se

recibió en préstamo.

Entre las personas que desearán establecerse cerca de nuestras escuelas, habrá algunos que tienen un elevado concepto de sí mismos y se preocupan mucho de su propia reputación. Son quisquillosos y revoltosos. Necesitan convertirse, por cuanto están lejos de hallarse en condición de recibir la bendición del Señor. Satanás los tienta a que pidan favores que si se conceden, sólo los perjudicarán, y acarrearán ansiedad a sus hermanos. Los principios vivificantes de la Palabra de Dios tienen que introducirse en la vida de muchos que ahora no encuentran lugar para ellos. Los que están aprendiendo en la escuela de Cristo, considerarán cada favor proveniente de Dios como demasiado bueno para ellos. Reconocerán que no merecen todo lo bueno que reciben y se tendrán por dichosos. Sus rostros manifestarán paz y descanso en el Señor, por cuanto tienen la promesa de que Dios cuida de ellos.

“Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies: ¿dónde está la casa que me

habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero mirare a aquél que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”. (Isaías 66:1, 2) Durante los últimos días del año 1898 ocurrieron muchos incidentes que nos enseñaron lo que estas palabras significan. Mi corazón estaba sumamente abrumado cuando se me me revelaron asuntos relativos a los males que ocurrirían si se entregara el terreno adyacente al colegio para la construcción de viviendas. Tuve la impresión de que estábamos en una reunión de consulta y entre nosotros había Uno de quien se esperaba que nos ayudase a salir de nuestras dificultades. Las palabras que pronunció fueron sencillas y terminantes. Dijo:

“Por designio de Dios, este terreno es para beneficio de la escuela. Habéis tenido pruebas de cómo obra la naturaleza humana y de lo que ella revelará al ser tentada. Cuanto mayor sea el número de familias que se establezcan alrededor del colegio, tanto más numerosas serán las dificultades que aquejarán a maestros y alumnos.

El egoísmo natural de los hijos de los hombres está siempre listo para manifestarse si alguna cosa no conviene. El terreno circundante debe convertirse en una granja, y el terreno cultivado debe ser mucho más que lo que habéis proyectado. En ese terreno debe realizarse trabajo relacionado con el estudio. En esta institución se ha de trabajar y estudiar conjuntamente, de acuerdo con los consejos recibidos. Avondale debe convertirse en un centro filantrópico. El pueblo de Dios residente en Australia ha de ser motivado por el Espíritu del Señor a ofrecer simpatía y recursos para el sostén y fomento de muchas iniciativas de caridad y benevolencia que proveerán medios adecuados para enseñar a los pobres, a los desamparados y a los ignorantes a valerse por sí mismos”.

### **Visión panorámica**

En varias ocasiones se me ha indicado que el terreno que rodea nuestro colegio debe usarse como campo de cultivo del Señor. En un sentido especial, ciertas porciones debieran cultivarse intensivamente. Vi delante de mí terrenos en que se

había plantado toda clase de árboles frutales que pueden prosperar en la localidad; había también huertas de verduras donde la semilla se sembraba y cultivaba. Si los dirigentes de esta finca y los maestros del colegio quieren recibir la colaboración del Espíritu Santo, tendrán sabiduría en su administración y Dios bendecirá sus labores. El cuidado de los árboles, la siembra y la recolección de la cosecha, serán lecciones maravillosas para todos los alumnos. Los eslabones invisibles que conectan la siembra y la siega han de estudiarse, y las bondades de Dios es necesario que se destaquen y aprecien. El Señor es el que imparte virtud y poder al terreno y la semilla. Si no fuera por la mediación divina combinada con el conocimiento y la habilidad de los encargados del trabajo, la semilla sembrada sería inútil. Existe un poder invisible que obra constantemente a favor de los seres humanos para alimentarlos y vestirlos. La parábola de la simiente, si se la estudia en la experiencia diaria del maestro y del alumno, revelará que Dios obra en la naturaleza y aclarará muchas cosas relativas al reino de los cielos.

## **Dios y la naturaleza**

La naturaleza, juntamente con la Biblia, debe ser nuestro gran libro de texto. Pero no tiene sentido endiosar la naturaleza, porque eso sería exaltar la creación por encima del amante Creador, quien diseñó la obra y cuida de ella de acuerdo con su plan. Cuando se siembra la semilla y se cultiva las plantas, debemos recordar que Dios creó la semilla y la da a la tierra. Mediante su poder divino se preocupa de esa semilla. Es por su mandato que la semilla al morir, da su vida al tallo y a la espiga con sus propias semillas, las cuales se guardan para sembrarlas y obtener una nueva cosecha. Debemos estudiar, además, nuestra participación en este proceso. El agente humano tiene su parte que realizar, su obra que hacer. Esta es una de las lecciones que la naturaleza enseña y percibiremos en ella una obra solemne y hermosa.

Se habla mucho acerca de Dios en la naturaleza, como si el Señor estuviera obligado por sus leyes a ser su siervo. Muchas teorías

conducirían las mentes a suponer que la naturaleza es una entidad dotada de vida propia, separada de la Deidad, con poder inmanente para funcionar. La gente no sabe de qué habla cuando supone que la naturaleza tiene poder inherente que la hace funcionar sin el control permanente del Creador. El Señor no obra por medio de sus leyes para invalidar las leyes de la naturaleza. Él hace su obra mediante las leyes y los atributos de sus instrumentos, y la naturaleza obedece a un “así dice Jehová”.

El Dios de la naturaleza está constantemente en acción. Su poder infinito obra en forma imperceptible, pero sus manifestaciones se observan en los efectos producidos por su obra. El mismo Dios que dirige los planetas obra en el vergel y en el huerto; pero jamás hizo una espina, un cardo ni cizaña, los cuales son obra de Satanás, el resultado de la degeneración introducida por él dentro de las cosas preciosas. Sin embargo, cada capullo florece por medio del poder directo de Dios. Cuando Cristo estuvo en la tierra como ser humano, dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo



trabajo”. (Juan 5:17) Entonces, cuando los alumnos dedican su tiempo y sus fuerzas a labores agrícolas, se dice de ellos en el cielo: “Somos colaboradores de Dios”. (1 Corintios 3:9)

Retened las tierras aledañas a los colegios e iglesias. Los que vengan a establecerse en Cooranbong pueden, si lo desean, encontrar casas para ellos en las cercanías, o en los terrenos del colegio de Avondale. Pero según la luz que se me ha dado, todo el terreno, desde el huerto hasta la carretera de Maitland, y a ambos lados del camino; desde el edificio de reuniones hasta el colegio, debiera convertirse en un área destinada a la agricultura y en un parque, embellecido con fragantes flores y árboles ornamentales. Debe haber huertas y cultivarse toda clase de hortalizas y otros productos compatibles con el terreno, para que este lugar llegue a ser una lección práctica para quienes viven cerca y lejos.

Mantened a distancia todo lo que no sea esencial para las actividades del colegio, porque así no se alterará la santidad del lugar por la

proximidad de familias y edificios. Que el colegio permanezca separado. Es preferible que las familias, independientemente de su dedicación al servicio del Señor, se ubiquen a cierta distancia de los edificios del colegio. La escuela es propiedad del Señor y los terrenos circundantes son su finca, donde el gran Sembrador puede convertir su huerto en un libro de texto. Los resultados del trabajo se verán, “primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”. (Marcos 4:28) El terreno dará sus tesoros y la alegría de una abundante cosecha; y el producto cosechado por medio de la bendición de Dios se usará como libro de texto de la naturaleza, del cual podrán extraerse lecciones espirituales sencillas y aplicarse a las necesidades del alma.

### **Una lección práctica**

Hay importantes cosas a nuestro alcance, las cuales debemos realizar tan pronto como dispongamos de los recursos necesarios. Debe efectuarse un esfuerzo paciente y cuidadoso para animar y levantar las comunidades colindantes, y

para su educación en el aspecto industrial y de salud. El colegio y sus alrededores deben ser lecciones prácticas, y enseñar métodos de mejoramiento. Además, hay que instar a la gente a que realice reformas, para que la facultad estética, la diligencia y el refinamiento puedan reemplazar la tosquedad, la impureza, el desorden, la ignorancia y el pecado. Aun los más pobres pueden mejorar sus entorno si se levantan temprano y trabajan diligentemente. Podemos ayudar a otros con nuestras vidas y nuestro ejemplo a discernir lo que es repulsivo en su carácter, o en sus alrededores; y mediante la cortesía cristiana podemos estimular el mejoramiento.

A menudo surgirá la pregunta: ¿qué puede hacerse donde prevalece la pobreza y hay que efectuar duros esfuerzos a cada paso? Bajo estas circunstancias, ¿cómo podemos impresionar las mentes con ideas correctas de mejoramiento? Ciertamente, la obra es difícil; y a menos que los maestros, los pensadores y los que tienen recursos ejerzan sus talentos y acudan presurosos a prestar su ayuda, de la manera como Cristo lo habría

hecho si estuviera en su lugar, una obra importante quedará sin realizar. La reforma necesaria jamás se producirá a menos que hombres y mujeres sean ayudados por un poder ajeno a ellos. Los que tienen talentos y capacidades deben usarlos para bendecir a sus semejantes, trabajando para llevarlos a un nivel donde puedan ayudarse a sí mismos. Es así como a la educación obtenida en nuestros colegios puede dársele un uso óptimo.

Los talentos confiados por el Señor no deben esconderse debajo de un almud, o debajo de una cama. “Vosotros sois la luz del mundo”, dijo Cristo. (Mateo 5:14) Cuando veás familias que viven en chozas, con escasos muebles y ropa de vestir; sin herramientas, sin libros u otras señales de refinamiento en sus habitaciones, ¿os interesaríais en ellos y procuraríais enseñarles a emplear sus energías al máximo para lograr una mejoría y que su trabajo pueda avanzar? Mediante el trabajo diligente, utilizando toda habilidad al máximo, aprendiendo a no malgastar el tiempo, es como ellos llegarán a tener éxito en mejorar sus moradas y cultivar sus tierras.

Es necesario aunar esfuerzos físicos y poder moral en nuestro empeño para regenerar y reformar. Debemos procurar vivir el evangelio en todos sus valores, para que sus bendiciones temporales y espirituales puedan sentirse a nuestro alrededor.

### **La obra misionera, la más elevada preparación**

El Señor ciertamente bendecirá a todos los que procuran bendecir a otros. Debe administrarse el colegio de una manera tal que maestros y alumnos enriquezcan continuamente su capacitación mediante el uso fiel de los talentos recibidos. Al usar en forma práctica lo que han aprendido crecerán constantemente en sabiduría y conocimiento. Debemos aprender del Libro de los libros los principios que deben guiar en la vida y el trabajo. Al consagrar a Dios todas las habilidades otorgadas por él, quien está primero en el derecho a ellas, podremos lograr adelantos de gran valor en todo lo que sea digno de nuestra atención.

Cuando se adopta esta actitud, la labor misionera llega a ser elevadora y ennoblecedora tanto para el obrero como para la persona ayudada. Que cada uno que se considera hijo del Rey celestial, procure siempre manifestar los principios del reino de Dios. Que cada uno recuerde que debe ser leal y fiel a todos los preceptos y mandatos del Señor en espíritu, en palabra y en obras. Debemos ser mayordomos fieles y dignos de confianza del reino de Cristo para que las personas que tienden hacia la vida mundana, puedan tener una verdadera representación de las riquezas, la bondad, la misericordia, la ternura y la cortesía del reino de Dios.

Los alumnos que obtendrán lo mejor de la vida, son los que pongan en práctica la Palabra de Dios en su relación y trato con sus semejantes. Quienes reciben para dar, obtendrán la más grande satisfacción en esta vida. Los miembros de la familia humana que viven únicamente para sí mismos, están siempre en necesidad, porque nunca estarán satisfechos. No es cristiano confinar

nuestras simpatías a nuestros propios corazones egoístas. El Señor ha instituido conductos a través de los cuales permite que fluya su bondad, su misericordia y verdad; por eso debemos colaborar con Cristo mediante el recurso de comunicar a la gente conocimiento práctico y bondad. Debemos llevar a sus vidas luz y bendición, realizando así una obra buena y sagrada.

Si el colegio de Avondale llega a ser alguna vez lo que el Señor procura hacer de él, el esfuerzo misionero de maestros y alumnos producirá frutos. Tanto en el colegio como fuera de él, se inducirá a personas bien dispuestas a someterse a Dios. La rebelión que ocurrió en el cielo, provocada por el poder de una mentira, y el engaño que indujo a Adán y Eva a desobedecer la ley de Dios, abrieron las compuertas que inundaron el mundo de aflicción y sufrimiento; pero todos los que creen en Cristo pueden llegar a ser hijos e hijas de Dios. Es posible que sean restaurados por el poder de la verdad, y el hombre caído puede llegar a ser leal a su Hacedor. La verdad, única por su poder que induce a la acción, se adapta a las mentes y los

sentimientos de los pecadores descarriados. Por su influencia, la oveja perdida puede ser devuelta al redil.

Cualesquiera que sean la posición, o las posesiones de una persona que conoce la verdad, la Palabra de Dios le enseña que todo lo que posee, lo disfruta como mayordomo. Lo ha recibido en calidad de préstamo para probar su carácter. Debe ser responsable por sus negocios seculares, sus talentos, sus ingresos y sus oportunidades ante Aquel a quien pertenece por creación y redención. Cuando emplea cada valioso talento para promover la gran obra de educación de Dios, cuando se esfuerza por adquirir el conocimiento más excelente acerca de la manera de ser útil, de trabajar por la salvación de la gente que está a punto de perecer, las bendiciones de Dios acompañarán sus esfuerzos. Dios nos regala sus dones para que podamos ministrar a otros, y así lleguen a ser como él. Los que reciben sus dádivas para que puedan impartirlas a los demás, llegan a ser semejantes a Cristo. Ayudando y levantando a otros es como llegamos a ser ennoblecidos y



purificados. Esta es la obra que hace que refluya gloria hacia Dios. Debemos ser inteligentes respecto a estos puntos. Nuestras almas deben ser purificadas de todo egoísmo; porque Dios anhela usar su pueblo como su representante del reino celestial.

Nuestros colegios deben administrarse bajo la supervisión de Dios. Los jóvenes de ambos sexos tienen que realizar una obra que está inconclusa. Hay numerosos jóvenes deseosos de aprovechar los beneficios ofrecidos por nuestros colegios. Necesitan capacitarse mediante las clases de trabajos manuales que les enseñarán a llevar una vida activa y enérgica. En nuestros colegios debiera realizarse toda clase de trabajos. Los alumnos deben ser instruidos bajo la dirección de profesores sabios, juiciosos y temerosos de Dios. Cada rama de la obra tiene que desarrollarse de la forma más completa y sistemática que la experiencia y la sabiduría puedan habilitarnos para planear y ejecutar.

Que los maestros despierten a la importancia de

enseñar agricultura y otras industrias, lo que es esencial que los alumnos conozcan. Procurad obtener los mejores resultados en cada departamento de trabajo. Que la ciencia de la Palabra de Dios se introduzca en el trabajo, para que los alumnos entiendan los principios correctos y alcancen las normas más elevadas posibles. Ejerced las habilidades otorgadas por Dios, y emplead todas vuestras energías para el desarrollo de la granja del Señor. Estudiad y trabajad, para que los mejores resultados y las más cuantiosas utilidades puedan obtenerse de la siembra, de manera que pueda haber una abundante afluencia de alimentos, tanto materiales como espirituales, para el creciente número de alumnos que se congregarán para educarse como obreros cristianos.

Hemos visto árboles gigantes desarraigados y caídos; hemos visto la reja del arado roturar el terreno, haciendo profundos surcos para plantar árboles y sembrar granos. Los alumnos están aprendiendo lo que significa arar y que el azadón, la pala, el rastrillo y la grada, todos son

instrumentos de industria honorable y lucrativa. Con frecuencia se cometerán errores, pero cada error no estará lejos de la verdad. Los desaciertos acarrearán sabiduría, y la energía generada producirá esperanza y finalmente éxito. La indecisión frenará el progreso, y la precipitación tendrá el mismo efecto; pero todo será aleccionador si el instrumento humano colabora.

La suposición de que el trabajo es degradante ha llevado a miles a la tumba. Los que realizan solamente trabajos manuales suelen laborar excesivamente, mientras que los que efectúan labores intelectuales y utilizan sólo el cerebro, sufren por falta del saludable vigor proporcionado por el trabajo físico. Si el intelectual participara en las labores de la clase obrera para fortalecer sus músculos, los obreros podrían dedicar una porción de su tiempo a la cultura mental y moral. Las personas de hábitos sedentarios e intelectuales debieran practicar ejercicios físicos. El beneficio que esto acarrearía a la salud debiera constituir un aliciente para inducirlos a complementar el trabajo físico con el mental.

## Capítulo 24

# Los colegios y las escuelas de iglesia

### La obra de las escuelas de iglesia

La iglesia tiene una obra especial que hacer en lo que concierne a la educación y la disciplina de los alumnos, de modo que en las clases o en grupos de compañeros no sientan la influencia de los alumnos que están dominados por hábitos corrompidos. El mundo está lleno de iniquidad y desprecio hacia los requerimientos de Dios. Las ciudades se han vuelto como Sodoma, y nuestros hijos se ven diariamente expuestos a muchos males. A menudo, los que asisten a las escuelas públicas se relacionan con otros que están en peor condición que ellos, a los cuales, aparte del tiempo pasado en la clase, se les permite adquirir una educación callejera. Los jóvenes se impresionan fácilmente, y a menos que el ambiente que los rodea sea el más apropiado, Satanás usará a estos

niños de carácter torcido para que ejerzan su influencia sobre los que fueron más cuidadosamente enseñados. Así, antes que los padres observadores del sábado se percaten de los estragos que está haciendo el mal, las lecciones de depravación se habrán aprendido y las vidas de sus hijos se habrán contaminado con la corrupción.

Las iglesias protestantes han aceptado el falso día de reposo, herencia del papado, y lo han puesto por encima del día santificado por Dios. La tarea que nos corresponde es explicar con claridad a nuestros niños que el primer día de la semana no es el verdadero día de reposo, y que observarlo después de habernos llegado la luz sobre el sábado, es una franca violación de la ley de Dios. ¿Obtienen nuestros niños, de parte de los maestros de las escuelas públicas, ideas que armonizan con la Palabra de Dios? ¿Se les es presenta el pecado como una ofensa contra Dios? ¿Se les enseña que la obediencia a los mandamientos de Dios es el principio de toda sabiduría? Enviamos nuestros niños a la escuela sabática para que se los eduque acerca de la verdad, y luego, cuando van a la

escuela pública, les hacen aprender lecciones que encierran mentiras. Estas cosas confunden la mente y no debieran suceder, pues si los hijos acogen ideas que pervierten la verdad, ¿cómo podrá contrarrestarse la influencia de dicha educación?

¿Podremos, acaso, maravillarnos de que en tales circunstancias algunos jóvenes de entre los nuestros no aprecien los beneficios religiosos? ¿Podremos maravillarnos de que se dejen arrastrar hacia la tentación? ¿Podremos asombrarnos de que, habiendo vivido en el abandono que les ha tocado, consagren sus energías a diversiones que ningún bien les reportan, que estén empobrecidas sus aspiraciones religiosas y obscurecida su vida espiritual? La mente será de igual carácter que aquello de que se alimenta; la cosecha, de igual naturaleza que la semilla sembrada. ¿No bastan estos hechos para hacernos ver cuan necesario es amparar desde los primeros años la educación de los menores? ¿No sería mejor para los menores crecer hasta cierto punto en ignorancia de lo que comúnmente se acepta por educación, más bien que llegar a ser indiferentes a la verdad de Dios?

## Separación del mundo

Cuando los hijos de Israel fueron separados de entre los egipcios, el Señor dijo: “Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto... así de los hombres como de las bestias: y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová... Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir. Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre”. (Éxodo 12:12, 22, 24) La sangre puesta sobre el dintel de la puerta simbolizaba la sangre de Cristo, el único que salvó a los primogénitos hebreos de la calamidad. Todo hijo de hebreos hallado en una vivienda egipcia fue destruido.

Este incidente de la historia de los israelitas se registró para la enseñanza de los que vivan en los últimos días. Antes que el azote llegue como avenida de aguas sobre los habitantes de la tierra, el Los colegios y las escuelas de iglesia 183 Señor exhorta a todos los que son israelitas espirituales de verdad a prepararse para aquel suceso. A los padres les hace llegar este grito de alarma: Juntad a vuestros hijos en vuestros hogares; separadlos de aquellos que desprecian los mandamientos de Dios, que enseñan y practican lo malo. Salid de las grandes ciudades tan pronto como os sea posible. Estableced escuelas de iglesia. Dad a vuestros hijos

la Palabra de Dios por fundamento de toda su educación. Ella está llena de hermosas lecciones y si los alumnos la convierten en tema de estudio en el curso primario de esta vida, estarán preparados para el curso superior en la por venir. La Palabra de Dios nos habla así: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el creyente con el



incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré en ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. (2 Corintios 6:14-18) ¿Dónde están vuestros hijos? ¿Los estáis educando para que discernan y eviten las corrupciones que imperan en el mundo por la concupiscencia? ¿Estáis tratando de salvar sus almas, o por vuestra negligencia estáis colaborando con su destrucción?

## **Los niños descuidados**

En general, no se ha prestado suficiente atención a nuestros menores y adolescentes. Los miembros de mayor edad de la iglesia no los han mirado con ternura y simpatía, con deseos de que progresen en la vida santificada, y, por lo tanto, los menores han dejado de desarrollarse en la vida cristiana como debieran haberlo hecho. Algunos

miembros de la iglesia que en el pasado amaron y temieron a Dios permiten ahora que sus negocios lo absorban todo y esconden su luz debajo de un almud. Se han olvidado de servir a Dios y están haciendo de sus negocios la tumba de su religión.

¿Ha de permitirse que los adolescentes sean llevados de aquí para allá, que se desanimen y que caigan en las tentaciones que por doquier los acechan para enredar sus incautos pies? La obra que se halla más a mano de los miembros de nuestras iglesias es la de interesarse en nuestros jóvenes y con bondad, paciencia y ternura enseñarles renglón tras renglón y precepto tras precepto. ¡Oh! ¿Dónde están los padres y las madres de Israel? Debieran ser muchos los que, como dispensadores de la gracia de Cristo, manifiesten por los jóvenes un interés especial, y no meramente casual. Muchos debieran sentirse conmovidos por la situación lastimosa en que se encuentran nuestros jóvenes, y darse cuenta de que Satanás se vale de toda artimaña imaginable para atraparlos en sus redes. Dios pide definitivamente que la iglesia se despierte de su letargo y discierna

el servicio que se le exige en este tiempo de peligro.

Los ojos de nuestros hermanos y hermanas deben ser ungidos con el colirio celestial a fin de que vean las necesidades del momento. Los corderos del rebaño necesitan ser apacentados, y el Señor del cielo observa para ver quién hace la obra que él quiere que se haga en favor de los niños y los jóvenes. La Iglesia duerme y no se percata de la magnitud de este asunto. Alguien dirá: “¿Qué necesidad hay de ser tan escrupuloso en educar a nuestros jóvenes de manera cabal? Me parece que si unos cuantos de los que hayan decidido seguir alguna vocación literaria o alguna otra carrera que exige cierta disciplina, reciben atención especial, es todo lo que se necesita. No es necesario que todos nuestros jóvenes sean tan bien enseñados. ¿No bastará, acaso, la completa educación de unos cuantos para todo requerimiento esencial?”

No, respondo, y lo recalco enérgicamente. ¿Qué selección podríamos hacer entre nuestros jóvenes? ¿Cómo podríamos decir nosotros quién

habría de ser el más promisorio, quién habría de rendir a Dios el mejor servicio? Con nuestro juicio humano, haríamos lo que hizo Samuel, quien, al ser enviado en busca del ungido del Señor, miró a la apariencia exterior. Pero el Señor le dijo: “No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. (1 Samuel 16:7) A ninguno de los hijos de Isaí, de parecer noble, aceptaba el Señor; mas cuando David, el hijo menor, un simple pastor de ovejas, fue traído del campo y pasó ante Samuel, el Señor dijo: “Levántate y úngelo, que este es”. ¿Quién podría determinar cuál joven miembro de una familia, resultaría un eficiente servidor en la obra de Dios? Se debe permitir a todos los jóvenes gozar de los beneficios y privilegios de la educación en nuestras escuelas, a fin de que reciban estímulo para ser colaboradores de Dios.

## **Se necesitan escuelas de iglesia**

Muchas familias que con el objeto de educar a

sus hijos se trasladan a los lugares donde están establecidas nuestras escuelas principales prestarían mejor servicio al Maestro si se quedaran donde se encuentran. Debieran animar a la iglesia de la cual son miembros a establecer una escuela de iglesia donde los niños que habiten dentro de sus confines puedan recibir una educación cristiana perfecta y práctica. Sería muchísimo mejor para sus hijos, para ellos mismos y para la causa de Dios, si se quedaran en las iglesias más pequeñas, donde más se necesita su ayuda; en lugar de ir a las más grandes, donde, a causa de que no se les necesita, existe la constante tentación a caer en la inercia espiritual.

Dondequiera que haya unos cuantos observadores del sábado, los padres deben unirse para habilitar un lugar destinado a una escuela de iglesia donde sus menores y los adolescentes puedan ser enseñados. Deben emplear a un maestro cristiano que, como consagrado misionero, eduque a los niños de manera que los encamine hacia la vocación misionera. Se deben contratar maestros que impartan una educación apropiada en los

ramos comunes, haciendo de la Biblia el fundamento y el centro de todo estudio. Los padres deben ceñirse la armadura, y mediante su propio ejemplo enseñar a sus hijos a ser misioneros. Deben trabajar mientras dure el día; porque “la noche viene, cuando nadie puede trabajar”. (Juan 9:4) Si quieren hacer esfuerzos abnegados, enseñando con perseverancia a sus hijos a llevar responsabilidades, el Señor obrará con ellos.

Algunas familias de observadores del sábado viven aisladas o muy separadas de otras de la misma fe. Ocasionalmente han enviado a sus hijos a nuestras escuelas de internos, donde recibieron marcado beneficio, regresando después para ser una bendición en su propio hogar. Pero algunas no pueden enviar a sus hijos lejos del hogar para que se eduquen. En tales casos, los padres deben hacer lo posible por emplear a un maestro de vida religiosa ejemplar, para quien sea agradable trabajar por el Maestro en cualquier actividad y que esté dispuesto a cultivar cualquier porción de la viña del Señor. Los padres y las madres deben cooperar con el maestro, trabajando

fervorosamente por la conversión de sus hijos. Procuren ellos mantener vivo y lozano el interés espiritual en el hogar y criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor. Consagren una parte de cada día al estudio, haciéndose estudiantes con sus hijos. De esta manera pueden convertir la hora destinada a la educación en momentos de quietud y provecho, y aumentará su confianza en este método para obtener la salvación de sus hijos. Los padres hallarán que su crecimiento personal será más rápido a medida que aprendan a trabajar en favor de sus hijos. Al trabajar con humildad, desaparecerá la incredulidad. La fe y la actividad impartirán una confianza y satisfacción que aumentarán de día en día, a medida que continúen tratando de conocer al Señor y haciendo que otros lo conozcan. Sus oraciones se volverán fervientes, porque tendrán algún objeto definido por el cual orar.

En algunos países, la ley obliga a los padres a enviar sus hijos a la escuela. En esos países se debieran establecer escuelas en las localidades donde haya iglesias, aun en el caso en que hubiera

sólo seis niños para asistir a cada una de ellas. Trabajad para impedir que vuestros hijos se ahoguen en las influencias viciosas y corruptoras del mundo, como si estuvierais trabajando por vuestra propia vida.

Estamos muy atrasados en el cumplimiento de nuestro deber en este importante asunto. En muchos lugares hace años que debieran estar funcionando escuelas. Muchas localidades habrían tenido así representantes de la verdad que podrían haber proyectado una mejor imagen del carácter de la obra del Señor. En vez de concentrar tantos edificios imponentes en unos pocos lugares, habría sido mejor establecer escuelas en muchas localidades.

Establézcanse ahora dichas escuelas con sabia dirección para que los niños y jóvenes sean educados en sus propias iglesias. Es una hiriente ofensa contra Dios el hecho de que haya existido tanto descuido en esto, cuando la Providencia nos ha concedido tan abundantes facilidades para trabajar. Pero, aunque en el pasado no hemos



hecho lo que debíamos en favor de nuestros jóvenes y niños, arrepintámonos ahora y redimamos el tiempo. El Señor dice: “Venid luego... y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos: si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra”. (Isaías 1:18, 19)

### **El carácter de las escuelas de iglesia y sus maestros**

El carácter de la obra efectuada en nuestras escuelas de iglesia debe ser lo más elevado. Jesucristo, el Restaurador, es el único remedio para una educación incorrecta y las lecciones enseñadas en su Palabra debieran presentarse siempre a los jóvenes en la forma más atrayente. La disciplina escolar debe completar la enseñanza doméstica, y tanto en el hogar como en la escuela es necesario conservar la sencillez y la piedad. Se hallará a hombres y mujeres de talento para trabajar en estas escuelas pequeñas, pero que no pueden hacerlo con

ventaja en las más grandes. Al practicar las lecciones bíblicas; obtendrán para sí mismos una educación del más elevado valor.

Al escoger maestros, es indispensable proceder con extrema precaución, sabiendo que éste es un asunto tan solemne como el de escoger personas para el ministerio. Hombres entendidos, capaces de discernir el carácter, deben hacer la elección; porque se requiere el mejor talento que pueda obtenerse para educar y amoldar las inteligencias de los jóvenes. Asimismo para llevar a cabo con éxito los múltiples aspectos de labor en que será necesario que el maestro se ocupe en nuestras escuelas de iglesia. No debiera ponerse al frente de estas escuelas a persona alguna de miras intelectuales inferiores o estrechas. No se ponga a los niños bajo la dirección de maestros jóvenes e inexpertos que carezcan de capacidad administrativa; pues sus esfuerzos se inclinarán a la desorganización. El orden es la primera ley del cielo, y cada escuela debe ser en este respecto un trasunto del cielo.

Poner a los niños bajo la dirección de maestros altivos y adustos es una crueldad. Un maestro de esta clase perjudicará mucho a los que están desarrollando rápidamente su carácter. Si los maestros no se someten a Dios, si no tienen amor por los niños a ellos confiados, o si demuestran parcialidad por los que concuerdan con sus ideas y manifiestan indiferencia hacia los que son menos atractivos o por los que son inquietos y nerviosos, no deben ser empleados; pues el resultado de su trabajo será una pérdida de almas para Cristo.

Se necesitan maestros, especialmente para los niños, que sean apacibles y bondadosos; y que manifiesten indulgencia y amor precisamente por aquellos que más lo necesiten. Jesús ama a los niños; los considera como los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Él siempre los trató con bondad y respeto, y los maestros han de seguir su ejemplo. Debieran poseer el verdadero espíritu misionero; pues los niños deben prepararse para ser misioneros. Los maestros deben sentir que el Señor les ha confiado, en solemne custodia, las almas de los niños y jóvenes.

Nuestras escuelas de iglesia necesitan maestros que tengan elevadas cualidades morales; maestros en quienes se pueda confiar; que sean de fe sana y tengan tacto y paciencia; que anden con Dios y se abstengan de toda apariencia de mal. En su trabajo habrá nubes y oscuridad, borrascas y tempestades. Tendrán que afrontar prejuicios provenientes de padres que tienen ideas incorrectas respecto al carácter que deben adquirir sus hijos; pues hay muchos que aseveran creer en la Biblia al paso que dejan de sembrar sus principios en la vida doméstica. Con todo, si los maestros son alumnos perseverantes en la escuela de Cristo, estas circunstancias no los vencerán.

Busquen los padres al Señor con fervor intenso, para que no sean piedras de tropiezo en el camino de sus hijos. Desalójense del corazón la envidia y los celos y que la paz de Cristo venga a reemplazarlos para unir a los miembros de la iglesia en verdadera comunión cristiana. Cíerrense las ventanas del alma a los ponzoñosos miasmas de la tierra y ábranse hacia el cielo, para recibir los

rayos sanadores del sol de la justicia de Cristo. Mientras que el espíritu de crítica y suspicacia no sea desalojado del corazón, el Señor no podrá hacer por la iglesia lo que él anhela conseguir en lo que se refiere a abrir el camino para el establecimiento de escuelas. Mientras no haya unión, el Señor no obrará en aquellos a quienes confió recursos y capacidad para hacer adelantar esta obra. Los padres deben alcanzar una norma más elevada, seguir el camino del Señor y practicar la justicia para ser portadores de luz. Debe haber una transformación completa de la mente y del carácter. Un espíritu de desunión, albergado en el corazón de unos pocos, se transmitirá de por sí a otros y destruirá la buena influencia que podría ejercer la escuela. Si los padres no están bien dispuestos y ansiosos de cooperar con el maestro para la salvación de sus hijos, tampoco estarán preparados para que haya una escuela entre ellos.

### **Resultado de la obra de las escuelas de iglesia**

Debidamente dirigidas, las escuelas de iglesia

serán los medios de levantar el estandarte de la verdad en los lugares donde se establezcan; pues gracias a ellas los niños que estén recibiendo una educación cristiana serán testigos de Cristo. Así como Jesús aclaró en el templo los misterios que sacerdotes y príncipes no habían discernido; en la obra final de esta tierra los niños que hayan sido debidamente educados pronunciarán, en su sencillez, palabras que asombrarán a quienes ahora hablan de “educación superior”. Así como los niños cantaron en los atrios del templo “¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor”, en estos últimos días las voces infantiles se elevarán para dar el último mensaje de amonestación a un mundo que perece. Cuando los agentes celestiales vean que no se permite más a los hombres presentar la verdad, el Espíritu de Dios descenderá sobre los niños y ellos harán la proclamación de la verdad, una labor que los obreros de más edad no podrán hacer, por cuanto su camino estará cerrado.

Nuestras escuelas de iglesia han sido instituidas por Dios con el fin de preparar a los niños para esta gran obra. En se debe educar los niños en las

verdades especiales para este tiempo y en la obra misionera práctica. Ellos han de alistarse en el ejército de obreros, para auxiliar a los enfermos y a los que sufren. Los niños pueden tomar parte en la obra médica misionera y mediante sus “jotas y tildes” pueden contribuir a llevarla adelante. Sus aportes podrán ser pequeños, pero todo poquito ayuda, sin embargo, por medio de sus esfuerzos muchas personas serán ganadas para la verdad. Por su intermedio se hará notorio el mensaje de Dios y su salud salvadora para a todas las naciones. Por lo tanto, preocúpese la iglesia de los corderos del rebaño. Sean los niños educados y preparados para servir a Dios, pues ellos son la heredad del Señor.

Hace años que debieran haberse levantado edificios apropiados para escuelas de iglesia, donde los niños y jóvenes puedan recibir verdadera educación.

Los libros de texto que se emplean en nuestras escuelas de iglesia deben ser de naturaleza tal, que llamen la atención hacia la ley de Dios. De esta

manera, la luz, la fuerza y el poder de la verdad serán magnificados. Jóvenes procedentes del mundo, y hasta algunos cuyas mentes se habían depravado, se unirán a estas escuelas y en ellas se convertirán. Su testimonio en favor de la verdad podrá ser obstaculizado por algún tiempo por las falsas teorías acariciadas por algunos padres, pero al fin la verdad triunfara. Se me ha dado instrucción para que diga que esta clase de obra misionera tendrá una influencia eficaz en cuanto a difundir luz y conocimientos.

¡Cuán importante es que las familias que se radican donde hay una escuela, sean buenas representantes de nuestra fe!

Las iglesias con escuelas, pueden temblar al ver cómo se les confiaron responsabilidades morales demasiado grandes para que se puedan expresar en palabras. ¿Habrá de fracasar o languidecer por falta de obreros consagrados esta obra que se inició tan noblemente? ¿Hallarán cabida en esta empresa, proyectos y ambiciones egoístas? ¿Permitirán los obreros que la falta de piedad y el amor a la



ganancia y a la comodidad destierren a Cristo de su corazón y le excluyan de la escuela? No lo permita Dios. La obra ya ha progresado mucho. En los asuntos educativos todo está en orden para que se realice una reforma ferviente en favor de la educación más eficaz y verdadera. ¿Aceptará nuestro pueblo este cometido santo? ¿Se humillará a sí mismo al pie del Calvario, dispuesto a todo sacrificio y servicio?

Los padres y maestros deben procurar con todo fervor la sabiduría que Jesús está siempre dispuesto a darles; porque están tratando con mentes humanas en el momento más interesante e impresionable de su desarrollo. Deben procurar cultivar de tal manera las preferencias de los jóvenes, para que en cada etapa de su vida puedan representar la belleza natural propia de ese período, algo que se desarrollará gradualmente, como lo hacen las plantas y las flores en el jardín.

La dirección e instrucción de los niños es la obra misionera más noble que cualquier hombre o mujer pueda emprender. Mediante el debido

empleo de objetos, deben hacerse muy claras las lecciones, a fin de que puedan dirigir las mentes de la naturaleza, al Dios de la naturaleza. Debemos tener en nuestras escuelas personas que posean tacto y habilidad para realizar esta labor y sembrar así las semillas de verdad. Únicamente el gran día de Dios podrá revelar el bien que logrará esta obra.

Debe emplearse maestros con talento especial en la educación de los pequeñuelos. Muchos ponen el pesebre a cierta altura, y dan alimento a las ovejas; pero es asunto más difícil poner el pesebre más bajo y apacentar a los corderos. Esta es una lección que necesitan aprender los maestros de escuela primaria.

Es necesario educar el ojo de la mente, o el niño hallará placer en la contemplación del mal.

A veces los maestros deben participar en los deportes y juegos de los niños pequeños, y enseñarles a jugar. De esta manera estarán en situación de refrenar los sentimientos y los actos desprovistos de bondad, sin aparentar criticar ni

censurar. Este compañerismo vinculará los corazones de maestros y alumnos, y la escuela proporcionará deleite a todos.

Los maestros deben amar a los niños porque son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. El Señor les preguntará a ellos de igual manera que a los padres: “¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?” (Jeremías 13:20)

## Capítulo 25

# **La administración de los colegios y las finanzas**

Desearía tener mejor dominio del lenguaje para poder expresar claramente la importancia de la debida administración de nuestras escuelas. Todos debieran considerar que nuestras escuelas son los medios por los cuales el Señor quiere darse a conocer. Por doquiera se necesitan hombres y mujeres que hagan las veces de conductos de luz. La verdad de Dios tiene que llevarse a todos los países, a fin de que todos sean iluminados por ella.

Por ser el pueblo que tiene más luz, debiéramos idear medios para formar un ejército de misioneros educados que ingresen en los diferentes departamentos de la obra de Dios. Necesitamos jóvenes y señoritas bien disciplinados y educados en nuestras escuelas y sanatorios, en la obra misionera médica y en las casas editoras de diversos lugares, y en el campo en general.

Necesitamos jóvenes que por su excelente cultura intelectual sean idóneos para hacer una buena obra para el Señor. Hemos conseguido algo en el sentido de alcanzar esta norma, pero aún así estamos muy por debajo de lo que el Señor ha indicado. Como iglesia y como individuos, si queremos estar sin culpa en el juicio, debemos hacer esfuerzos más definidos para educar a nuestra juventud, a fin de que esté mejor preparada para los diversos ramos de la gran obra que se nos ha confiado. Como pueblo que tiene gran luz, debiéramos hacer planes sabios a fin de que las inteligencias de los que poseen talento se fortalezcan, disciplinen y pulan. Así la obra de Cristo no será estorbada por falta de obreros expertos que hagan su trabajo con fervor y fidelidad.

Algunos se contentarían con dar una educación esmerada a un número limitado de jóvenes muy promisorios; pero todos nuestros jóvenes necesitan educarse a fin de estar preparados para ser útiles en esta vida, capacitados para ocupar puestos de responsabilidad tanto en la vida privada como en la pública. Hay gran necesidad de planes para proveer

muchos obreros competentes, y numerosas personas jóvenes harían bien en prepararse para ser maestros que a su vez participen en la preparación de otros para la gran obra futura.

La iglesia debe considerar la situación, y por su influencia y sus recursos tratar de alcanzar este tan deseado fin.

### **Libres de deudas**

A fin de que nuestros colegios cumplan noblemente el propósito para el cual fueron establecidos, es necesario que esén libres de deudas. No se debe permitir que lleven la carga de pagar intereses. Al establecer colegios destinados a preparar obreros, especialmente en campos nuevos donde los hermanos son pocos y sus recursos limitados; en vez de retardar la obra, sería mejor suscribir préstamos entre las personas interesadas en el proyecto. Sin embargo, siempre que sea posible hacerlo, nuestras instituciones deben inaugurarse libres de deudas.

El Señor tiene en las manos de sus instrumentos humanos, recursos para su obra. Mientras nuestras escuelas mantengan deudas contraídas en el establecimiento de las mismas, en la construcción de los edificios y en la provisión de las instalaciones necesarias; es nuestro deber presentar el caso a nuestros hermanos y pedirles que reduzcan dichas deudas. Nuestros ministros debieran sentir una responsabilidad definida por esta obra. Debieran estimular a todos a trabajar armoniosamente, y a contribuir según su capacidad. Si esta tarea se hubiera emprendido con fidelidad y diligencia en el pasado, las deudas que pesan sobre nuestros colegios más antiguos, podrían haberse cancelado hace mucho.

## **Economía**

En la construcción de edificios escolares, en la adquisición de sus equipos y en cada pormenor de la administración, debe practicarse la más estricta economía. Nuestros colegios no deben dirigirse con sujeción a planes estrechos o egoístas. Tienen que ser tan semejantes a un hogar como sea posible, y

en cada detalle deben enseñar lecciones adecuadas de sencillez, utilidad, moderación y economía.

Los alumnos están en nuestras escuelas para recibir una preparación especial y familiarizarse con todos los ramos de trabajo manual, de modo que si tuvieran que ir como misioneros puedan valerse por sí mismos y ser aptos, merced a sus perfeccionadas aptitudes, La administración de los colegios y las finanzas 195 para proporcionarse las comodidades y facilidades necesarias. Sean hombres o mujeres, deben aprender a remendar, lavar y tener en orden su ropa. Deben ser capaces de preparar su comida. Deben familiarizarse con la agricultura y con los trabajos de mecánica. De este modo pueden reducir sus gastos y con su ejemplo inculcar principios de moderación y economía. Estas lecciones pueden enseñarse mejor cuando se práctica concienzudamente el ahorro en todas las cosas.

No solo a causa del bienestar financiero de los colegios, sino también como educación para los alumnos, debiera estudiarse fielmente la economía



y aplicársela concienzuda y diligentemente. Los administradores deben vigilar cuidadosamente cada detalle a fin de que no haya gastos innecesarios que ocasionen deudas al colegio. Todo alumno que ame a Dios por sobre todas las cosas, ayudará a llevar la responsabilidad en este asunto. Los que han sido enseñados a proceder así, podrán demostrar por precepto y ejemplo a aquellos con quienes se pongan en contacto, los principios enseñados por nuestro abnegado Redentor. La satisfacción de sí mismo es un mal peligroso y debe dominarse.

Algunos prefieren que los alumnos no conozcan la situación financiera apremiante de los colegios. Pero será muchísimo mejor que vean y comprendan nuestra falta de recursos, porque así podrán ayudar en la práctica de la economía. Muchos de los que asisten a nuestros colegios provienen de hogares sin lujo alguno, donde se acostumbraron a comer alimentos sencillos, sin excesos. ¿Qué influencia tendrá nuestro ejemplo sobre ellos? Enseñémosles que mientras tenemos muchas maneras de emplear nuestros recursos, miles están hundidos en la mayor miseria,

muriendo a causa de plagas, hambre, derramamientos de sangre e incendios. Conviene que cada uno piense cuidadosamente y que no adquiriera cosas innecesarias sólo con el fin de satisfacer el apetito, o con el deseo de aparentar.

Si nuestros colegios son dirigidos como es debido, las deudas no se amontonarán y hasta podrán los alumnos gozar de comodidad y la mesa surtirse de alimentos abundantes, buenos y sustanciosos. Jamás debe el deseo de ahorrar inducirnos a proporcionar comidas escasas. Los alumnos deben tener abundancia de alimentos saludables. Pero los que estén encargados de cocinar deben saber recoger lo que sobra para que nada se pierda.

Se debiera enseñar a los alumnos a proteger cuidadosamente las cosas que les pertenecen como también las del colegio. Se les debiera inculcar la obligación de evitar cualquier gasto innecesario, tanto en la escuela como cuando van y vienen de sus casas. La abnegación es esencial. Debemos prestar oídos a la instrucción recibida, porque nos

estamos acercando al fin del tiempo. Cada vez estaremos más obligados a hacer planes para economizar. No podemos administrar las cosas como si tuviésemos un banco de donde sacar en caso de emergencia; por lo tanto; no debemos meternos en aprietos. Como individuos y administradores de las instituciones del Señor, tenemos necesariamente que suprimir todo lo que tenga carácter ostentoso y ajustar nuestros gastos dentro del estrecho círculo de los ingresos. La administración eficiente

En algunos de nuestros colegios, la administración financiera puede mejorar mucho. Debe aplicarse a la obra más prudencia y reflexión. Deben introducirse métodos prácticos para controlar el aumento de los gastos, los cuales llevarían a endeudarse. En Battle Creek y College View se ha gastado en general demasiado dinero en construcciones, y más de lo que era necesario para amueblar los internados.

Cuando los administradores de un colegio encuentran que éste no produce para cubrir sus

gastos, y las deudas se acumulan, deben proceder como serenos hombres de negocios y cambiar sus métodos y planes. Cuando después de un año se haya demostrado que la administración financiera ha sido desafortunada, hágase oír la voz de la prudencia. Haya entonces una reforma resuelta. Los maestros pueden manifestar una dignidad propia de Cristo al trazar e idear planes serios y sólidos para mejorar el estado de cosas. Deben apoyar de todo corazón los planes de los administradores y compartir sus cargas.

### **Tarifas escolares demasiado bajas**

En algunos de nuestros colegios las tarifas de la enseñanza son demasiado bajas. Esto, en muchos sentidos, ha perjudicado la obra educativa. Ha ocasionado deudas desalentadoras; ha afectado la administración de los colegios y las finanzas 197 administración con la constante sospecha de malos cálculos, falta de economía y planes desafortunados; ha sido muy desalentador para los maestros e induce a exigir precios proporcionalmente bajos en otras escuelas.

Cualquiera que haya sido el propósito al establecer la tarifa de la enseñanza en una suma menor que los costos, el hecho de que un colegio se haya endeudado mucho constituye una razón suficiente para reconsiderar los planes y fijar los precios, de modo que en el futuro las cosas vayan mejor. La cantidad cobrada por la enseñanza, comida y alojamiento, debiera bastar para el pago de los sueldos del personal docente, para surtir la mesa con abundancia de alimentos saludables y nutritivos, para conservar los muebles de las habitaciones y para mantener reparado el edificio y hacer frente a otros gastos corrientes que sean necesarios. Este es un asunto importante y no requiere un cálculo elaborado, sino una investigación cuidadosa. Se necesita el consejo del Señor. El colegio debiera tener ingresos suficientes no sólo para pagar los gastos corrientes necesarios, sino también para proporcionar a los alumnos durante el curso escolar algunas cosas esenciales para su desarrollo.

No se debe acumular las deudas año tras año. La mejor educación que pueda impartirse consiste

en evitar las deudas así como se evitaría la enfermedad. Cuando pasa un año tras otro y no hay señales de que la deuda disminuya, sino más bien que aumente, debe hacerse un alto. Digan los administradores: “Nos negamos a dirigir el colegio por más tiempo a no ser que se provea algún plan seguro”. Será mejor, sí, mucho mejor, cerrar el colegio hasta que los administradores aprendan la ciencia de hacerlo funcionar sobre una base de solvencia. Por causa de Cristo, como pueblo escogido de Dios, dedícaos a la tarea de establecer un sólido sistema financiero en nuestras instituciones.

Siempre que sea necesario elevar las tarifas en algún colegio, primero hay que someter el asunto a los patrocinadores de la institución, y explicarles que los precios se fijaron a un nivel demasiado bajo y como resultado, las deudas se acumularon y estorban la obra. Aumentar debidamente los precios por concepto de enseñanza, disminuirá posiblemente la matrícula; pero una numerosa asistencia no debiera causar tanto regocijo como el estar libres de deuda.

Uno de los resultados de los costos inferiores de enseñanza que regían en Battle Creek ha sido la concentración en un solo sitio de un gran número de alumnos y familias, mayor que el aconsejado por la prudencia. Si los dos tercios de las personas que viven en Battle Creek fueran testigos del Señor en otras localidades, tendrían un mayor espacio para crecer. Se habrían visto mejores resultados si una parte del tiempo y de la energía dedicados a mantener en buenas condiciones higiénicas la gran institución de Battle Creek se hubiese empleado en colegios de otras localidades donde hay espacio para llevar a cabo trabajos agrícolas que podrían incorporarse como una parte de la misma educación. Si hubiese habido voluntad para seguir los caminos del Señor y sus planes, muchos establecimientos estarían ahora desarrollándose en otros lugares. Vez tras vez nos ha llegado la palabra del Señor diciéndonos que debieran levantarse templos y colegios en otras localidades, que había ya un número excesivo de instituciones en un solo lugar. La instrucción dada es: salga la gente de los grandes centros y establezca

facilidades en otros lugares. Si se hubiese prestado oído a esta instrucción, si hubiese habido una distribución de medios y facilidades, el dinero empleado en los edificios adicionales del colegio de Battle Creek habría servido sobradamente para dos nuevos edificios en otras localidades. Así el árbol habría crecido y llevado fruto en una forma que no ha sido posible porque los hombres prefirieron seguir su propia sabiduría.

Nuestros hermanos dicen que de parte de pastores y padres llegan informes y solicitudes suplicantes acerca de que veintenas de jóvenes de la iglesia necesitan los beneficios de nuestras escuelas preparatorias y no pueden asistir a menos que el costo de la enseñanza sea más bajo. Pero quienes abogan por precios reducidos debieran pesar con cuidado el asunto en todas sus dimensiones. Si los alumnos no pueden disponer por sí mismos de medios suficientes para pagar los gastos reales de un buen trabajo para su educación, ¿no es mejor que sus padres, sus amigos, las iglesias a que pertenecen, o algunos hermanos generosos de su asociación les ayuden, en vez de



dejar que se acumule una deuda sobre la escuela? Será mucho mejor que los numerosos alumnos de la institución compartan los gastos, y no que la escuela funcione con deudas.

Se han de idear métodos para impedir la acumulación de deudas sobre nuestras instituciones. No debe hacerse sufrir a la causa entera por deudas que no se cancelarán, a menos que haya un cambio completo y la obra se rija por principios diferentes. Que todos los que han tenido una parte en atraer sobre sí esta nube de deudas, sientan ahora que es su deber hacer todo cuanto puedan para que desaparezca.

### **Ayuda para estudiantes promisorios**

Las iglesias de diferentes localidades deben sentir que pesa sobre ellas una solemne responsabilidad referente a la preparación de jóvenes talentosos que se dediquen a la obra misionera. Cuando se vea que hay en la iglesia personas promisorias que pudieran desarrollarse como obreros de provecho, pero que no pueden

sufragar sus gastos escolares, se debería asumir la responsabilidad de enviarlos a alguna de nuestras escuelas preparatorias. Existen en las iglesias excelentes talentos que es necesario aprovechar. Hay personas que prestarían un buen servicio en la viña del Señor, pero que son demasiado pobres para obtener, sin ninguna ayuda, la educación que necesitan. Las iglesias debieran considerar un privilegio contribuir a costear los gastos de tales personas.

Aquellos que tienen la verdad en su corazón serán siempre generosos y ayudarán donde es necesario. Si ellos comienzan a prestar su ayuda, otros imitarán su ejemplo. Si hay quienes debieran gozar de los beneficios de una educación, pero no pueden pagar el precio completo de la enseñanza, entonces manifiesten las iglesias su liberalidad ayudándoles.

Aparte de esto, en cada asociación debiera establecerse un fondo para hacer préstamos a alumnos pobres, pero meritorios, que desean dedicarse a la obra misionera, y en algunos casos

estos también debieran recibir donativos. Cuando empezó a funcionar el Colegio de Battle Creek, había un fondo en la Review and Herald para beneficio de los que deseaban obtener una educación en nuestros colegios, pero que carecían de recursos. Varios alumnos se valieron de tal fondo hasta lograr estabilizarse; luego, con sus ingresos reponían lo utilizado para que otros se beneficiaran con esos recursos. Los jóvenes deben comprender claramente que tienen que abrirse camino por sí mismos hasta donde sea posible y costear así sus gastos. Lo que poco cuesta será tenido en poco; pero todo aquello por lo cual se pague un precio que se aproxime a su verdadero valor, será apreciado en proporción.

### **Cómo enseñar la confianza en sí mismo**

Por precepto y ejemplo enseñad la abnegación, la economía, la generosidad y la autosuficiencia. Todo aquel que posea un carácter firme estará capacitado para hacer frente a las dificultades y listo para obedecer un “Así dice Jehová”. La gente no está preparada para comprender su obligación

con Dios hasta no haber aprendido en la escuela de Cristo a llevar su yugo de restricción y obediencia. El sacrificio se encuentra en el comienzo mismo de nuestra obra de hacer progresar la verdad y de establecer instituciones. Es una parte esencial de la educación. El sacrificio debe llegar a ser habitual en la formación de nuestro carácter en esta vida, si queremos tener un edificio no hecho con manos; eterno, en los cielos.

Las ideas erróneas relativas al uso del dinero exponen a los jóvenes a muchos peligros. No se los debe mantener ni suministrárseles dinero como si hubiese una provisión inagotable de la cual pueden hacer retiros para satisfacer cualquier necesidad imaginaria. Se ha de considerar al dinero como un don que Dios nos ha confiado para llevar a cabo su obra, para establecer su reino; y los jóvenes deben aprender a poner freno a sus deseos. Enseñad que nadie debe corromper sus facultades por la complacencia y satisfacción de sí mismo. Aquellos a quienes Dios ha dotado de aptitudes para obtener recursos, tienen hacia él la obligación de emplear dichos recursos, mediante la sabiduría que el cielo

les imparta; para gloria de su nombre. Cada centavo gastado en la complacencia de sí mismo, o entregado a determinados amigos que lo gastarán para satisfacer su orgullo y egoísmo; es algo substraído a la tesorería de Dios. El dinero gastado en atavíos destinados a realzar la figura debiera haberse usado para hacer progresar la causa de Dios en lugares nuevos. ¡Oh, que Dios le conceda a todos un verdadero concepto de lo que significa ser cristiano! Es algo que significa ser semejante a Cristo, y Cristo no vivió para complacerse a sí mismo.

### **Deberes de nuestras asociaciones**

Nuestras asociaciones dirigen su mirada a nuestros colegios en busca de obreros educados y bien preparados, por lo que debieran prestar a dichos colegios el auxilio más generoso e inteligente. Se ha dado una luz clara en cuanto a que aquellos que ministran en nuestras escuelas enseñando la Palabra de Dios, explicando las Escrituras, educando a los alumnos en las cosas de Dios, deben ser pagados con el diezmo. Hace

mucho que fue dada esta instrucción y recientemente se ha repetido numerosas veces.

Dondequiera que se hayan establecido colegios, se han de emplear administradores entendidos, “hombres aptos, que teman a Dios, hombres de verdad, que aborrezcan la avaricia,” hombres que harán lo mejor que puedan para cumplir con las diversas responsabilidades de sus puestos. Deben tener aptitud para los negocios; pero de mayor importancia aún es que anden humildemente ante Dios y que sean guiados por el Espíritu Santo. Hombres tales serán enseñados por Dios y buscarán el consejo de sus hermanos; es necesario que sean hombres de oración.

Los administradores de nuestros colegios deben obrar guiados por objetivos nobles y trabajar con móviles puros. En su abnegación recordarán que otras partes del gran campo necesitan las mismas instalaciones provistas para la escuela que está a su cargo. En cada actividad recordarán que la igualdad y la unidad deben conservarse. Calcularán cuidadosamente los gastos de cualquier empresa y

se esforzarán para no absorber una cantidad de dinero tan grande, que por tal motivo otros campos misioneros se vean privados de las facilidades indispensables para el buen éxito de la obra.

A menudo se han asignado a algunos ministros responsabilidades para las cuales no estaban en forma alguna preparados. Pónganse estas responsabilidades sobre hombres que tengan tacto comercial, hombres que puedan dedicarse a los negocios, que puedan visitar los colegios y tomar nota de sus condiciones financieras, y que puedan, además, suministrar instrucciones respecto a cómo llevar las cuentas. La obra de los colegios debiera inspeccionarse varias veces al año. Actúen los ministros como consejeros, pero no se les impongan las responsabilidades financieras.

### **Supervisión por el auditor de la Asociación General**

El Señor me ha indicado que hombres entendidos y con aptitud para las finanzas deben visitar nuestros colegios y enterarse de su situación

financiera. Este asunto no debe dejarse a los ministros ni a los que forman las comisiones, pues no tienen tiempo para asumir dicha responsabilidad; tampoco a los maestros. Los asuntos comerciales de las escuelas exigen talentos que no han sido provistos.

Si los dirigentes hubiesen hecho uso de buen juicio en los años anteriores, las desalentadoras condiciones financieras que tanto han estorbado la obra últimamente no habrían podido existir.

Si nuestra obra educativa hubiera sido fomentada de acuerdo con la instrucción dada para nuestra dirección, la negra sombra de pesadas deudas no gravitaría hoy sobre nuestras instituciones.

### **Las finanzas de las escuelas de iglesia**

Los mismos principios que, si se adoptaran, traerían bendición a nuestras escuelas preparatorias y superiores, debieran gobernar nuestros planes y trabajo en pro de las escuelas de iglesia. Participen



todos en los gastos. Piense la iglesia en que quienes deben recibir sus beneficios, estén asistiendo a la escuela. Se debe ayudar a las familias pobres. No podemos llamarnos verdaderos misioneros si descuidamos a aquellos que están a nuestras mismas puertas, jóvenes que se hallan en la edad más crítica y que necesitan nuestra ayuda para obtener el conocimiento y la experiencia que los capacite para el servicio de Dios.

El Señor quiere que se hagan afanosos esfuerzos a favor de la educación de nuestros niños. La verdadera obra misionera llevada a cabo por maestros que son enseñados diariamente por Dios, hará conocer a muchas almas la verdad tal cual reside en Jesús; y los niños así educados impartirán a otros la luz y el conocimiento recibidos. ¿Darán los miembros de la iglesia recursos para adelantar la causa de Cristo entre los demás, y dejarán de paso que sus propios hijos beneficien la obra y el servicio de Satanás?

A medida que se establezcan escuelas de iglesia, el pueblo de Dios recibirá una valiosa

educación al aprender a dirigir las con éxito financiero. Si esto no puede hacerse, ciérrase la escuela hasta que, con la ayuda de Dios, puedan idearse planes para sostenerla sin que pese sobre ella el oprobio de las deudas. Hombres aptos para las finanzas debieran revisar las cuentas una, dos o tres veces al año, para comprobar la verdadera situación de la escuela y ver que no se hagan gastos enormes que produzcan una acumulación de deudas. Debemos evitar las deudas como evitaríamos la lepra.

Muchos de nuestros jóvenes que desean educarse manifiestan demasiada indiferencia en lo que se refiere a verse envueltos en deudas. Contemplan el estudio de los libros como el medio principal de educarse. No reconocen el valor de una educación comercial práctica y se sienten satisfechos con cursar años de estudio a costa de otras personas, en lugar de abrirse camino por sí mismos. No contemplan con ojo crítico las consecuencias de esto. No estudian partiendo de causa a efecto.

Con frecuencia el resultado de semejante proceder es un desarrollo desequilibrado de las facultades. El alumno no comprende los puntos débiles de su carácter; no se da cuenta de sus deficiencias. Al depender de otros se priva de una experiencia de la vida práctica que le será difícil recuperar. No aprende a depender de sí mismo. No aprende a valerse de la fe. La verdadera fe habilita al alma para elevarse de un estado imperfecto y embrionario, y llegar a comprender en qué consiste la verdadera sabiduría. Si los alumnos desarrollan armoniosamente, huesos y músculos, estarán mejor capacitados para estudiar y hacer frente a las realidades de la vida. Pero si siguen sus propias ideas erróneas acerca de aquello que constituye la educación, no llegarán a ser hombres y mujeres cabales y de iniciativa propia.

“Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas; y todo lo que puedes desear, no se puede comparar a ella. Largura de días está en

su mano derecha; en su izquierda, riquezas y honra. Sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz. Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen”. (Proverbios 3:13-18)

“Y toda alma viviente que nadare por dondequiera que entren estos dos ríos, vivirá”. “Porque sus aguas salen del santuario” (Ezequiel 47:9, 12)

## Capítulo 26

# **El plan de Dios para nuestros sanatorios**

Toda institución establecida por los adventistas del séptimo día ha de ser para el mundo lo que fue José en Egipto, y lo que Daniel y sus compañeros fueron en Babilonia. La providencia de Dios permitió que estos escogidos fueran llevados cautivos para impartir a naciones paganas las bendiciones que la humanidad recibe por el conocimiento de Dios. Serían los representantes de Jehová. Nunca debían transigir con los idólatras; deberían honrar especialmente su fe religiosa y su nombre como adoradores del Dios viviente.

Ellos lo hicieron así. Honraron a Dios tanto en la prosperidad como en la adversidad, y Dios los honró.

Sacado de una mazmorra, siervo de cautivos, donde fue víctima de la ingratitud y de la malicia,

José se mantuvo fiel al Dios del cielo. Todo Egipto se asombró de la sabiduría del hombre a quien Dios había instruido. Faraón “lo puso por señor de su casa, y por gobernador de todas sus posesiones, para que reprimiera a sus grandes como él quisiese, y a sus ancianos enseñara sabiduría” (Salmos 105:21, 22) Dios se manifestó por medio de José no sólo a Egipto, sino a todas las naciones relacionadas con ese poderoso reino. Quiso hacerlo un portador de luz para todos los pueblos, y lo colocó en el segundo puesto, después del trono, en el mayor imperio del mundo; para que el beneficio de la iluminación celestial pudiera extenderse lejos y cerca. José representaba a Cristo, por su sabiduría y justicia, por la pureza y benevolencia de su vida diaria y por su devoción a los intereses de la gente, a pesar de que era una nación de idólatras. En su benefactor, por quien todo Egipto sentía gratitud y alabanza, ese pueblo pagano, y por su medio todas las naciones con las cuales se relacionaba, había de contemplar el amor de su Creador y Redentor.

Así también en Daniel, Dios colocó una luz junto al trono del reino más poderoso del mundo;

para que todos pudiesen aprender del Dios vivo y verdadero. En la corte de Babilonia había representantes de todos los países, hombres dotados de los más selectos talentos y de abundantes dones naturales, que poseían la más elevada cultura que pudiese otorgar este mundo. Sin embargo, los cautivos hebreos sobresalían entre todos ellos. No tenían rivales en fuerza y belleza física, en vigor mental y logros literarios, ni en fuerza y percepción espirituales. “En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino”. (Daniel 1:20) Aunque Daniel era fiel a sus deberes en la corte del rey, se mantuvo tan leal a Dios que él pudo honrarlo como su mensajero ante el monarca babilónico. Por su medio, los misterios del futuro fueron revelados, y Nabucodonosor mismo se vio obligado a reconocer al Dios de Daniel como “Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios”. (Daniel 2:47)

Así también las instituciones establecidas hoy por el pueblo de Dios deben glorificar su nombre.

La única manera como podemos cumplir su expectativa es siendo representantes de la verdad para este tiempo. Dios debe ser reconocido en esas instituciones. Por medio de ellos debe presentarse la verdad para este tiempo con poder convincente ante el mundo.

Somos llamados a exponer ante el mundo el carácter de Dios tal como fue revelado a Moisés. En respuesta a su oración: “Te ruego que me muestres tu gloria”, el Señor prometió: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro”. “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová!, ¡Jehová!, fuerte, misericordioso, y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado”. (Éxodo 33:18, 19; 34:6, 7) Tal es el fruto que Dios desea de su pueblo. Por la pureza de su carácter y la santidad de su vida, por su misericordia y amor compasivo, debe demostrar que la “ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma”. (Salmos 19:7)

El propósito de Dios para sus instituciones



actuales puede verse también en lo que trató de realizar mediante la nación judía. Deseaba impartir abundantes bendiciones a todos los pueblos por medio de Israel. Así quería preparar el camino para la difusión de su luz al mundo entero. Las naciones habían perdido el conocimiento de Dios porque adoptaron costumbres corruptas. Sin embargo, en su misericordia Dios no quería raerlas de la existencia. Su propósito era darles la oportunidad de conocerlo por medio de su iglesia. Quería que los principios revelados por su pueblo fueran el medio de restaurar la imagen moral de Dios en la gente.

Cristo era su instructor. Así como los acompañó en el desierto y mientras se establecían en la tierra prometida, ahora sería su Maestro y Guía. En el tabernáculo y el templo, su gloria moraba en una santa manifestación sobre el propiciatorio. Manifestaba constantemente en su favor las riquezas de su amor y paciencia.

Dios deseaba hacer de su pueblo Israel una alabanza y una gloria. Le dio toda ventaja

espiritual. No privó a sus hijos de nada que favoreciese la formación del carácter que los haría sus representantes.

La obediencia a las leyes de Dios iba a hacer de ellos maravillas de prosperidad entre las naciones del mundo. El que podía darles sabiduría y habilidad en todo trabajo y arte continuaría siendo su Maestro, y los ennoblecería y elevaría por medio de la obediencia a sus leyes. Si eran obedientes, los preservaría de las enfermedades que afligían a otras naciones, y serían bendecidos con vigor intelectual. La gloria de Dios, su majestad y poder, debían revelarse en toda su prosperidad. Habían de ser un reino de sacerdotes y príncipes. El Señor les proporcionó todas las facilidades para que llegaran a ser la nación más importante del mundo.

De la manera más definida, les presentó su propósito por medio de Moisés y les dio a conocer los términos de su prosperidad. Les dijo: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la

tierra... Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta las mil generaciones...Y por haber oído estos decretos, y haberlos guardado y puesto por obra, Jehová tu Dios guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres; y te amará, te bendecirá y te multiplicará... Bendito serás más que todos los pueblos”. (Deuteronomio 7:6-14)

“Has declarado solemnemente hoy que Jehová es tu Dios, y que andarás en sus caminos, y guardarás sus estatutos, sus mandamientos y sus decretos, y que escucharás su voz. Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, El plan de Dios para nuestros sanatorios 209 y para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho”. (Deuteronomio 26:17-19)

En estas palabras se presentan las condiciones

de toda verdadera prosperidad, condiciones que todas nuestras instituciones deben obedecer, si desean alcanzar el propósito con que fueron establecidas.

El Señor me dio, hace años, luz especial acerca del establecimiento de una institución donde los enfermos pudiesen ser tratados de maneras completamente diferentes de las que se practican en cualquier otra institución de nuestro mundo. Debía fundarse y dirigirse según los principios bíblicos, como instrumento del Señor, y debía ser en sus manos uno de los agentes más eficaces para dar luz al mundo. El propósito de Dios era que se destacase en capacidad científica, poder moral y espiritual, como fiel centinela de la reforma en todos sus aspectos. Todos los que desempeñaran una parte en ella, debían ser reformadores que respetasen sus principios, y prestasen atención a la luz de la reforma pro salud que resplandece sobre nosotros como pueblo.

Dios deseaba que la institución que se estableciera se destacase como faro de luz,

amonestación y reproche. Quería probar al mundo que una institución guiada por principios religiosos y que ofrecía asilo a los enfermos, podía sostenerse sin sacrificar su carácter peculiar y santo; que podía ser mantenida exenta de toda práctica censurable, propia de otras instituciones dedicadas al restablecimiento de la salud. Debía de ser un instrumento para producir grandes reformas.

El Señor reveló que la prosperidad del sanatorio no debía depender sólo del conocimiento y la habilidad de sus médicos, sino del favor de Dios. Debía ser reconocido como una institución donde se consideraba a Dios como Monarca del universo, y que estaba bajo su vigilancia especial. Sus directores debían dar a Dios el primer lugar, el último y el mejor en todo. En esto consistiría su fuerza. Si se la dirigía de una manera que Dios pudiera aprobar tendría gran éxito, se destacaría por estar más adelantada que todas las instituciones semejantes que hubiera en el mundo. Se le concederían privilegios superiores, mucha luz y conocimiento. La responsabilidad de las personas a quienes se confiara la dirección de la institución

estaría de acuerdo con la luz recibida.

A medida que nuestra obra se ha extendido y se han multiplicado las instituciones, el propósito que Dios tuvo al establecerlas ha sido el mismo. No han cambiado las condiciones necesarias para que prosperasen.

La familia humana está sufriendo por causa de la desobediencia a las leyes de Dios. El Señor desea que los seres humanos sean inducidos a comprender la causa de sus padecimientos y la única manera de hallar alivio. Desea hacerles ver que el bienestar físico, mental y moral depende de la obediencia a su ley y se propone que nuestras instituciones sean lecciones objetivas de los resultados de la obediencia a los buenos principios.

En la preparación de un pueblo para la segunda venida del Señor, se debe realizar una gran obra por medio de la difusión de los principios de la salud. Debe instruirse a la gente acerca de las necesidades del organismo físico y el valor de la vida sana según se enseña en las Escrituras, a fin de

que los cuerpos que Dios creó puedan serle presentados como sacrificios vivos, idóneos para rendirle un servicio aceptable. Hay una gran obra que hacer para aliviar los sufrimientos de la humanidad doliente por medio del uso de los agentes naturales que Dios ha provisto, y en evitar las enfermedades por el control de los apetitos y las pasiones. Debe enseñarse a la gente que transgredir las leyes de la naturaleza es desobedecer las leyes de Dios. Tanto en los asuntos físicos como en los espirituales, debe enseñarse la verdad de que “el temor de Jehová es para vida”. (Proverbios 19:23) “Si quieres entrar en la vida,” dijo Cristo, “guarda los mandamientos”. (Mateo 19:17) Cuida de vivir mi ley “como las niñas de tus ojos”. (Proverbios 7:2) Cuando se obedecen las órdenes de Dios, son “vida para quien las halla, y medicina para toda su carne”. (Proverbios 4:22)

Nuestros sanatorios deben ser una fuerza educativa para enseñar a la gente estas cosas. Aquellos que reciben instrucción, pueden a su vez, impartir a otros el conocimiento de los principios que devuelven la salud y la conservan. Deben ser

nuestros sanatorios instrumentos para alcanzar a las personas, agentes que les muestren el mal que produce el desprecio de las leyes de la vida y la salud, y que les enseñen a mantener el cuerpo en la mejor condición. Los sanatorios deben establecerse en países, donde trabajan nuestros misioneros, para que sean centros desde los cuales se lleve a cabo una obra de sanidad, restauración y educación.

Debemos trabajar tanto por la salud del cuerpo como por la salvación del alma. Nuestra misión es la misma que la de nuestro Maestro, de quien está escrito que anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos de Satanás. Acerca de su propia obra él dice: “El espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos”. “Me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos: a poner en libertad a los oprimidos” (Isaías 61:1; Lucas 4:18) Mientras sigamos el ejemplo de Cristo en el trabajo para beneficiar a los demás, despertaremos su interés en el Dios a quien amamos y servimos.



Nuestros sanatorios han de ser, en todos sus departamentos, monumentos para Dios, instrumentos suyos para sembrar las semillas de la verdad en los corazones humanos. Lo lograrán si son debidamente dirigidos.

En nuestras instituciones médicas, debe darse a conocer la verdad viviente de Dios. Muchas de las personas que llegan a ellas tienen hambre y sed de verdad, y cuando se la presenta correctamente, la reciben con alegría. Nuestros sanatorios han sido el medio de enaltecer la verdad para este tiempo y darla a conocer a millares de personas. La influencia religiosa que reina en esas instituciones inspira confianza a los pacientes. La seguridad de que el Señor preside allí, y las muchas oraciones ofrecidas en favor de los enfermos, hacen una impresión en su corazón. Muchos que antes nunca pensaban en el valor del alma quedan convencidos por el Espíritu de Dios, y no pocos son inducidos a cambiar todo el curso de su vida. Muchos que estaban satisfechos de sí mismos, que pensaban que su norma de carácter era suficiente y no habían

sentido la necesidad de la justicia de Cristo, recibirán impresiones que nunca se borrarán. Cuando llegue la prueba futura, cuando sean iluminados, no pocos de estos se unirán con el pueblo remanente de Dios.

Dios es honrado por instituciones dirigidas de esta manera. En su misericordia, ha hecho de los sanatorios un poder tal para el alivio de los sufrimientos físicos, que millares han sido atraídos a ellos para ser curados de sus enfermedades; en muchos, la sanidad física va acompañada de la curación del alma. Reciben del Salvador el perdón de sus pecados. Reciben la gracia de Cristo, y se identifican con él, con sus intereses y su honor. Muchos salen de nuestros sanatorios con corazones renovados. El cambio es notable. Al volver a sus hogares, son como luces en el mundo. El Señor los hace testigos suyos. Su testimonio es: “He visto su grandeza, he probado su bondad”. “Venid, oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma”. (Salmos 66:16)

Así, por medio de la mano de nuestro Dios que

los prospera sobre ellos, nuestros sanatorios han sido el medio de lograr mucho bien. Y se elevarán aún más alto. Dios obrará con el pueblo que le honre.

Maravillosa es la obra que Dios quiere realizar por medio de sus siervos, a fin de que su nombre sea glorificado. Dios hizo de José una fuente de vida para la nación egipcia. Por medio de José conservó la vida a todo el pueblo. Por medio de Daniel, Dios salvó la vida de todos los sabios de Babilonia. Y estas liberaciones fueron lecciones objetivas; ilustraron ante el pueblo las bendiciones espirituales que le eran ofrecidas por la relación con el Dios a quien adoraban José y Daniel. Así también desea impartir hoy por medio de su pueblo, bendiciones al mundo.

Cada obrero en cuyo corazón habita Cristo, todo aquel que quiere revelar su amor al mundo, es colaborador con Dios para beneficiar a la humanidad. Mientras recibe del Salvador gracia para impartirla a otros, fluye de su ser entero la oleada de vida espiritual. Cristo vino como el gran

Médico, para sanar las heridas que el pecado había hecho en la familia humana, y su Espíritu, obrando por medio de sus siervos, imparte a los enfermos del pecado, a los dolientes seres humanos, un intenso poder curativo, eficaz para el cuerpo y el alma. “En aquel tiempo--dice la Escritura--habrá manantial abierto para la casa de David y para los moradores de Jerusalén, para la purificación del pecado y la inmundicia”. (Zacarías 13:1) Las aguas de este manantial sanarán los padecimientos físicos y espirituales.

Desde este manantial fluye el caudaloso río que vio Ezequiel en visión. “Estas aguas salen a la región del oriente, y descenderán al Arabá, y entrarán en el mar: y entradas en el mar, recibirán sanidad las aguas. Y toda alma viviente que nadare por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá... Y junto al río, en la ribera a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales: sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina”. (Ezequiel 47:8-12)

Dios quiere que nuestros sanatorios sean, en virtud de su poder, un río semejante, de vida y curación.

Nuestros sanatorios deben revelar al mundo la benevolencia del cielo; y aunque no se note exteriormente la presencia visible de Cristo, los obreros pueden aferrarse a la promesa: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:20)

Las promesas de Dios a Israel son también para las instituciones establecidas hoy para la gloria de su nombre: “Así ha dicho Jehová, que hizo la tierra, Jehová que la formó para afirmarla; Jehová es su nombre: Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces. Porque así ha dicho Jehová Dios de Israel acerca de... esta ciudad. He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré y les revelaré abundancia de paz y de verdad... Y los limpiaré de toda su maldad... Y me serán a mí por nombre de gozo, de alabanza y de gloria, entre todas las

naciones de la tierra, que habrán oído todo el bien que yo les hago”. “En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: Jehová, justicia nuestra”. (Jeremías 33:2-9, 16)

## Capítulo 27

# **La obra del médico en favor de la gente**

Mientras ejerce su profesión, todo médico puede por la fe en Cristo disponer de una cura del más alto valor: un remedio para el alma enferma de pecado. El médico convertido y santificado por la verdad queda anotado en el cielo como colaborador de Dios, como discípulo de Jesucristo. Por la santificación de la verdad, Dios da a los médicos y enfermeros sabiduría y habilidad para tratar a los enfermos, y esta obra abre la puerta de muchos corazones. Los hombres y mujeres son inducidos a comprender la verdad que es necesaria para salvar el alma y el cuerpo.

Este es un elemento que caracteriza la obra para este tiempo. La obra médica misionera es como el brazo derecho del mensaje del tercer ángel que debe ser proclamado a un mundo caído; y los médicos, administradores y obreros de cualquier

ramo, al desempeñar fielmente su parte, están haciendo la obra del mensaje. Así la proclamación de la verdad va a toda nación, lengua y pueblo. En esta obra los ángeles celestiales tienen una parte. Despiertan gozo espiritual y melodías en los corazones de aquellos que han sido librados del sufrimiento, y el agradecimiento a Dios brota de los labios de muchos que han recibido la verdad preciosa.

Cada médico de nuestras filas debe ser cristiano. Solamente los médicos que son verdaderos cristianos según la Biblia pueden desempeñar debidamente los altos deberes de su profesión.

El médico que comprende su responsabilidad, sentirá la necesidad de la presencia de Cristo con él en su obra para aquellos en cuyo favor hizo tan grande sacrificio. Dejará subordinado todo lo demás a los intereses superiores que conciernen a la vida que puede salvarse para la eternidad. Hará cuanto esté en su poder para salvar tanto el cuerpo como el alma. Tratará de hacer la misma obra que



Cristo haría si es tuviese en su lugar. El médico que ame a Cristo y las almas por quienes Cristo murió tratará fervientemente de llevar a la habitación de los enfermos una hoja del árbol de la vida y de proporcionar el pan de vida al doliente. A pesar de los obstáculos y dificultades que encuentre, esta es la obra solemne y sagrada de la profesión médica.

La verdadera obra misionera es aquella en la cual la obra del Salvador está mejor representada, sus métodos aplicados más de cerca y mejor mostrada su gloria. La obra misionera que no alcance esta norma se registra en el cielo como defectuosa. Será pesada en las balanzas del santuario y se encontrará que está fallada.

Los médicos deben tratar de dirigir la mente de sus pacientes a Cristo, el Médico del alma y el cuerpo. Lo que ellos sólo pueden intentar hacer, Cristo lo realiza. El agente humano se esfuerza por prolongar la vida. Cristo es la vida. El que pasó por la muerte para destruir a aquel que tiene el imperio de la muerte es la Fuente de toda vitalidad. En Galaad hay bálsamo y médico. Cristo soportó una

muerte atroz en las circunstancias más humillantes para que nosotros viviéramos. Dio su preciosa vida para vencer la muerte. Pero se levantó de la tumba, y las miríadas de ángeles que vinieron a contemplarle mientras recuperaba la vida que había depuesto, oyeron sus palabras de gozo triunfante cuando, de pie sobre la tumba prestada por José, proclamó: “Yo soy la resurrección y la vida”.

La pregunta: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” (Job 14:14) ha sido contestada. Al llevar la penalidad del pecado al bajar a la tumba, Cristo la iluminó para todos los que mueren con fe. Dios, en forma humana, sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio. Al morir, Cristo aseguró la vida eterna a todos los que crean en él y condenó al instigador del pecado y la deslealtad a sufrir la pena del pecado: la muerte eterna.

El Poseedor y Dador de la vida eterna, Cristo, fue el único que pudo vencer la muerte. Él es nuestro Redentor; y bienaventurado es todo médico que es, en el verdadero sentido de la palabra, un misionero, un salvador de las almas por las cuales

Cristo dio su vida. Un médico tal aprende del gran Médico día tras día a velar y trabajar por la salvación de las almas y los cuerpos de hombres y mujeres. El Salvador está presente en la habitación del enfermo y en la sala de operaciones; su poder, para gloria de su nombre, realiza maravillas.

El médico puede hacer una noble obra si está relacionado con el gran Médico. Puede hallar la oportunidad de decir palabras de vida a los parientes del enfermo, cuyos corazones están llenos de simpatía por el doliente; y puede enternecer y elevar la mente del que sufre para inducirlo a mirar al que puede salvar hasta lo sumo a todos los que se allegan a él en busca de salvación.

Cuando el Espíritu de Dios obra sobre la mente del afligido y lo induce a buscar la verdad; el médico debe trabajar por el alma preciosa como lo hacía Cristo. No trate de insistir ante él acerca de ninguna doctrina especial, sino señálele a Jesús como el Salvador que perdona el pecado. Los ángeles de Dios impresionarán la mente. Algunos se niegan a ser iluminados por la luz que Dios

quisiera dejar resplandecer en las cámaras del espíritu y en el templo del alma; pero muchos responderán a ella, y en esas mentes quedarán disipados el engaño y el error en sus diversas formas.

Debe aprovecharse cuidadosamente toda oportunidad de trabajar como Cristo trabajó. El médico debe hablar de la ternura y del amor de Cristo y de las obras de sanidad que realizó. Debe creer que Jesús es su compañero y que está a su lado. “Porque nosotros, somos colaboradores de Dios”. (1 Corintios 3:9) El médico nunca debe descuidar la oportunidad de dirigir la mente de sus pacientes a Cristo, el Médico supremo. Si el Salvador mora en su corazón, sus pensamientos serán siempre encauzados hacia el Sanador del alma y el cuerpo. Conducirá la mente de sus pacientes a Aquel que puede curarlos, al que, mientras estaba en la tierra, devolvía la salud a los enfermos y sanaba el alma tanto como el cuerpo, diciendo: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. (Marcos 2:5)

El médico nunca debe dejar que la familiaridad con el dolor le haga descuidado o carente de simpatía. En caso de enfermedad grave, el paciente siente que está a merced del médico. Lo considera su única esperanza terrenal, y este debe conducir al alma temblorosa hacia el Hijo de Dios, que dio su vida para salvarlo de la muerte, que se compadece del doliente y quien, por su poder divino, dará habilidad y sabiduría a los que se las pidan.

Cuando el paciente no sabe en qué terminará su caso, es la oportunidad del médico para impresionar su mente. No debe hacerlo con el deseo de hacerse notar, sino para conducir el alma a Cristo como Salvador personal. Si se salva, es un alma por la cual el médico debe velar. El paciente siente que la vida del médico forma parte de su vida. ¿Y con qué fin ha de aprovecharse esta gran confianza? Siempre para ganar un alma para Cristo y magnificar el poder de Dios.

Cuando pasó la crisis y el paciente está fuera de peligro, sea este creyente o incrédulo, pásense algunos momentos con él en oración. Presentad a

Dios vuestro agradecimiento porque la vida del paciente fue conservada. El médico que sigue una conducta tal, lleva a su paciente a Aquel de quien depende la vida. El paciente puede expresar palabras de gratitud al médico porque, Dios mediante, ambas vidas fueron ligadas; pero sean la alabanza y la gratitud dadas a Dios, porque él está presente aunque invisible.

En el lecho de la enfermedad, el paciente a menudo acepta y confiesa a Cristo; y esto sucederá con más frecuencia en el futuro de lo que ha sucedido en lo pasado; porque el Señor hará obra abreviada en nuestro mundo. Los labios del médico deben pronunciar palabras de sabiduría y Cristo regará la semilla sembrada, haciéndola fructificar para vida eterna.

Perdemos las oportunidades más preciosas cuando no hablamos oportunamente. Con demasiada frecuencia, un talento precioso que debiera multiplicarse mil veces permanece sin usar. Si no estamos atentos, la oportunidad de oro pasará. En tal caso el médico permitió que algo le

impidiera hacer la obra encomendada como ministro de la rectitud.

No hay demasiados médicos piadosos que sirvan en su profesión. Hay mucha obra que hacer, por eso los pastores y los médicos deben trabajar perfectamente unidos. Lucas, el escritor del evangelio que lleva su nombre, es llamado “el médico amado”, y los que hacen una obra similar a la suya están viviendo el Evangelio.

Incontables son las oportunidades del médico para amonestar al impenitente, alentar al desconsolado y desesperado, y aconsejar sobre la salud mental y física. Mientras instruye a la gente en los principios de la verdadera temperancia, y como guardián de las almas aconseja a los que están enfermos de la mente y el cuerpo, el médico desempeña su parte en la gran obra de preparar a un pueblo para el Señor. Esto es lo que la obra médica misionera ha de realizar en relación con el mensaje del tercer ángel.

Los pastores y los médicos han de obrar

armoniosamente y con fervor para salvar a las almas que están enredadas en las trampas de Satanás. Han de dirigir a hombres y mujeres a Jesús, su justicia, su fortaleza y el resplandor de su semblante. Continuamente han de velar por las almas. Hay quienes tienen fuertes tentaciones y corren peligro de ser vencidos en la lucha con los agentes satánicos. ¿Los pasaréis por alto sin ofrecerles ayuda? Si veis un alma que necesita ayuda, entablad conversación con ella aun cuando no la conozcáis orad con ella. Conducidla a Jesús.

Esta obra incluye tan ciertamente al médico como al predicador. Por esfuerzos públicos y privados, el médico debe tratar de ganar almas para Cristo esforzándose tanto pública como privadamente.

En todas nuestras empresas e instituciones se debe reconocer a Dios como el Artífice maestro. Los médicos deben ser sus representantes. La fraternidad médica ha hecho muchas reformas, y tiene que seguir progresando. Los que tienen en sus manos la vida de los seres humanos deben ser



educados, refinados, santificados. Entonces el Señor obrará por medio de ellos para glorificar su nombre.

La obra de Cristo en favor del paralítico ilustra la manera en que debemos trabajar. Este hombre, por intermedio de sus amigos, había oído hablar de Jesús, y pidió que lo llevaran a la presencia del gran Médico. El Salvador sabía que el paralítico había sido torturado por las sugerencias de los sacerdotes, de que a causa de sus pecados Dios lo había desechado. Por lo tanto, su primer paso consistió en dar paz a su espíritu. “Hijo--dijo--, tus pecados te son perdonados”. Esta seguridad llenó su corazón de paz y gozo. Pero algunos de los que estaban presentes empezaron a murmurar diciendo en su corazón: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” Entonces, para que supieran que el Hijo del hombre tenía poder para perdonar los pecados, Cristo dijo al enfermo: “Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa”. (Marcos 2:5-11) Así demostró el Salvador que unía la obra de predicar a la de sanar.

## Capítulo 28

# Unidad de acción

A medida que la obra misionera médica se extiende más, surgirá la tentación de independizarla de nuestras asociaciones. Pero se me ha mostrado que este no es un plan correcto. Los diferentes sectores de nuestra obra son todos ellos parte de un gran todo. Tienen un centro.

En Colosenses dice: “Pero el cuerpo es de Cristo. Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios”. (Colosenses 2:17-19) Nuestro trabajo debe demostrar la influencia de la cruz en todos sus aspectos. La obra de Dios referente al plan de la salvación no debe realizarse en forma desunida. No debe operar al azar. El plan que proveyó la influencia de la cruz, también

proveyó los métodos de difusión. Este método es simple en sus principios y amplio en su manera de proceder sencilla y definida. Cada parte se ensambla con otra en perfecto orden y relación.

Dios ha reunido a su pueblo como iglesia para que revele al mundo la sabiduría de Aquel que formó su organización. Él sabía qué planes promover para que su pueblo fuera eficiente y tuviera éxito. La estricta observancia de estos planes lo capacitará para mostrar la autoridad divina del gran plan de Dios para la restauración del mundo.

Los que participan en la obra de Dios deben ser dirigidos y guiados por él. Cada ambición humana debe perderse en Cristo, quien es la cabeza de todas las instituciones ordenadas por Dios. Él sabe cómo establecer y mantener vigentes sus propios negocios. Sabe que la cruz debe ocupar el lugar central, porque es el medio para la redención de la humanidad y por la influencia que ejerce en cada parte del gobierno divino. El Señor Jesús, quien conoce en detalle la historia de nuestro planeta,

también sabe qué métodos debieran usarse para actuar sobre las mentes humanas. Él conoce la importancia de cada operación y cómo se relacionan unas con otras.

“Porque ninguno de nosotros vive para sí”. (Romanos 14:7) Este principio divino rige tanto en el cielo como en la tierra. Dios es el poderoso centro. Toda forma de vida se origina en él, y a él pertenecen todo servicio, honra y lealtad. Para todo ser creado existe un gran principio de vida: dependencia y cooperación con Dios. La misma relación que existe en la perfecta familia celestial, también debía existir en la familia de Dios en la tierra. Bajo la dirección de Dios, Adán debía estar a la cabeza de la familia de Dios en la tierra para mantener los principios de la familia celestial. Esto debía ocasionar paz y felicidad. Pero Satanás estaba empeinado en oponerse a la ley según la cual “ninguno de nosotros vive para sí”; está empeinado en vivir para sí mismo. Procuró convertirse en el centro de influencia. Esto fue lo que incitó a la rebelión en el cielo, y fue la aceptación por parte del hombre de este principio

lo que introdujo el pecado en el mundo. Cuando el hombre pecó, se separó del centro que Dios había dispuesto. Un demonio se convirtió en el poder central en el mundo. Satanás había establecido su trono en el lugar donde debía estar el trono de Dios. El mundo rindió su homenaje, como una ofrenda voluntaria a los pies del enemigo.

¿Quién podría introducir los principios establecidos por Dios en su autoridad y gobierno para contrarrestar los planes de Satanás y llevar al mundo de nuevo a su lealtad? Dios dijo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16)

Este es el remedio para el pecado. Cristo dice: “Donde Satanás ha establecido su trono, allí levantaré mi cruz. Satanás será expulsado, y yo seré levantado para atraer a todos los hombres hacia mí. Me convertiré en el centro del mundo redimido. Dios, el Señor, será exaltado. Aquellos que ahora son controlados por la ambición y las pasiones humanas, serán mis colaboradores.

Influencias satánicas han conspirado para contrarrestar todo bien. Se han aliado para inducir a las gentes a pensar que es justo oponerse a la ley de Jehová. Pero mi ejército se enfrentará a las fuerzas del diablo. Mi espíritu se unirá con cada agencia divina para oponérseles. Compromete a cada agencia santificada en el universo. Ninguna de ellas faltará. Tengo trabajo para todos los que me aman, empleo para cada persona que trabaje bajo mi dirección. La actividad del ejército de Satanás, el peligro que rodea al alma humana, exige la energía de cada obrero. Sin embargo, nadie será obligado. La depravación del hombre habrá de ser enfrentada con el amor, la perseverancia y la paciencia de Dios. Mi trabajo será rescatar a los que están bajo el gobierno de Satanás”. Dios obra por medio de Cristo para traer nuevamente a todos a su primera relación con su Creador y para corregir las influencias destructoras introducidas por Satanás. Sólo Cristo se sostuvo puro en un mundo de egoísmo, donde un hombre destruiría a un amigo o hermano a fin de lograr un esquema colocado en sus manos por el diablo. Vistiendo su divinidad con humanidad, Cristo se presentó a

nuestro mundo para que la humanidad pudiera relacionarse con la humanidad y la divinidad con la divinidad. En medio de la enorme confusión del egocentrismo, él podía decir a cada ser humano: “Regresa a tu centro el cual es Dios”. Él mismo lo hizo posible para cada uno de nosotros, al cumplir en este mundo los principios celestiales. Vivió la ley de Dios en la humanidad. Él impartirá a todos en cada nación, país y región, los dones celestiales más excelentes, si aceptan a Dios como su Creador y a Cristo como su Redentor.

Solo Cristo puede hacerlo. Su evangelio en las manos y corazones de sus seguidores es el poder que realizará esta gran obra. “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!” Por sí mismo, llegando a estar expuesto a las falsas representaciones de Satanás, Cristo hizo posible que la obra de la redención fuera posible. Así Satanás se vería obligado a revelarse a sí mismo como la causa de la deslealtad en el universo de Dios. Así se resolvería para siempre el gran conflicto entre Cristo y Satanás.

Satanás fortalece las tendencias destructivas de la naturaleza humana. Introduce envidia, celos, egoísmo, codicia, emulación y contiendas por los puestos más importantes. Instrumentos malignos se desempeñan a través de las astutas maquinaciones de Satanás. De esa manera los planes del enemigo, con sus efectos destructivos, se han introducido en la iglesia. Entonces llega Cristo con su influencia redentora, con el propósito de impartir su eficiencia a los hombres mediante la operación de su Espíritu, para emplearlos como sus instrumentos, colaboradores con él, en su esfuerzo por inducir al mundo a manifestarle nuevamente su lealtad.

Los hombres se unen en compañerismo y dependencia unos con otros. Por medio de los dorados eslabones de la cadena del amor, quedarán firmemente atados al trono de Dios. Esto puede lograrse solamente cuando Cristo imparte a la gente los atributos que habrían sido suyos si se hubieran mantenido leales a Dios.

Las personas que, mediante la comprensión inteligente de las Escrituras, llegan a entender



acertadamente el significado de la cruz, quienes en verdad creen en Jesús, poseen un seguro fundamento para su fe. Tienen la fe que obra por el amor y purifica el alma de todas sus imperfecciones heredadas y cultivadas.

Dios ha unido a los creyentes constituidos en iglesia para que se fortalezcan mutuamente a fin de llevar a cabo obras buenas y justas. La iglesia en la tierra sería en verdad un símbolo de la iglesia en el cielo si los miembros tuvieran un mismo propósito y estuvieran unidos en la misma fe. Quienes no están motivados por el Espíritu Santo son los que echan a perder el plan de Dios. Un espíritu diferente se posesiona de ellos, y así ayudan a fortalecer las fuerzas de las tinieblas. Quienes sean santificados por la preciosa sangre de Cristo, no se convertirán en instrumentos para contrarrestar los excelentes planes diseñados por Dios. No introducirán maldad humana en los asuntos pequeños o grandes. Evitarán perpetuar la discordia en la iglesia.

Es cierto que hay cizaña entre el trigo; se notan

males en el conjunto de los observadores del sábado; ¿pero desacreditaremos a la iglesia a causa de esto? ¿No emprenderán los administradores de cada institución, los dirigentes de cada iglesia, la obra de purificación de tal forma que la transformación que se realice en la iglesia la convierta en una luz brillante que alumbra en un lugar oscuro?

¿Qué cosa no hará ni siquiera un solo creyente que practique principios puros y se niegue a ser contaminado, si permanece firme como una roca a un “Así dice Jehová”? Ángeles de Dios acudirán en su ayuda y prepararán el camino delante de él. Pablo escribió a los romanos: “Así que hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. (Romanos 12:1, 2) Este capítulo en su totalidad es una lección que ruego lean todos los

que afirman ser miembros del cuerpo de Cristo.

Pablo escribió nuevamente: “Si se consagra la parte de la masa que se ofrece como primicias, también se consagra toda la masa; si la raíz es santa, también lo son las ramas. Ahora bien, es verdad que algunas de las ramas han sido desgajadas, y que tú, siendo de olivo silvestre, has sido injertado entre las otras ramas. Ahora participas de la savia nutritiva de la raíz del olivo. Sin embargo, no te vayas a creer mejor que las ramas originales. Y si te jactas de ello, ten en cuenta que no eres tú quien nutre la raíz, sino que es la raíz la que te nutre a ti. Tal vez dirás: Desgajaron algunas ramas para que yo fuera injertado. De acuerdo. Pero ellas fueron desgajadas por su falta de fe, y tú por la fe te mantienes firme. Así que no seas arrogante sino temeroso; porque si Dios no tuvo miramiento con las ramas originales, tampoco los tendrá contigo. Por lo tanto, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad hacia los que creyeron y bondad hacia ti. Pero si no te mantienes en su bondad, tú también serás desgajado”. (Romanos 11:16-22, NVI) Estas

palabras revelan claramente que no se deben despreciar los departamentos y las instituciones que Dios ha puesto en la iglesia.

El ministerio santificado insta a practicar la abnegación. Es necesario levantar la cruz y destacar su lugar en la obra evangélica. La influencia humana debe extraer su eficacia de Aquel que puede salvar y mantener en la salvación a todos los que reconocen su dependencia de él. El poder transformador del Evangelio debe difundirse por todo el mundo mediante la unión de los miembros de iglesia con Cristo y unos con otros.

En la obra evangélica el Señor utiliza diferentes instrumentos, y no debe permitirse que nada los separe. Nunca debe establecerse un sanatorio como una empresa independiente de la iglesia. Nuestros médicos deben unirse a la obra de los ministros del evangelio. Deben contribuir con su trabajo a la salvación de la gente, para enaltecer el nombre del Señor.

La obra médica misionera por ningún concepto

debe divorciarse del ministerio evangélico. El Señor ha especificado que ambos deben mantenerse unidos, así como el brazo lo está con el cuerpo. Ninguna de las partes del cuerpo está completa sin esta unión. La obra médica misionera es el evangelio puesto en práctica.

Pero Dios no planeó que la obra médica misionera eclipsara el mensaje del tercer ángel. El brazo no debe convertirse en el cuerpo. El mensaje del tercer ángel es el mensaje del Evangelio para estos últimos días, y en ningún caso debe ensombrecerse por otros intereses ni hacerlo lucir como asunto no esencial. Cuando en nuestras instituciones se coloca algo por encima del mensaje del tercer ángel, entonces el Evangelio no es el gran poder guiador en eso.

La cruz es el centro de toda institución religiosa. Estas instituciones deben estar bajo el control del Espíritu de Dios; en ninguna de ellas debiera erigirse un hombre como cabeza única. La mente divina tiene asignadas otras mentes para cada lugar. El poder del Espíritu Santo debiera

ennoblecer toda obra asignada por Dios y hacer que testifique por el Señor. El hombre debe colocarse bajo el control de la mente eterna, cuyos dictados deberá obedecer minuciosamente.

Procuremos entender nuestro el privilegio que significa caminar y trabajar con Dios. Aunque el evangelio contiene la voluntad expresa de Dios, carecerá de valor para los hombres, encumbrados o humildes, ricos o pobres, a menos que se sometan a Dios. La persona que lleva el remedio para sus pecados a sus semejantes, debe ser motivada primeramente por el Espíritu de Dios. No debe manejar los remos, a menos que esté bajo la dirección divina. No puede trabajar eficazmente, no puede mantener la voluntad de Dios en armonía con la mente divina, a menos que descubra, no de fuentes humanas, sino de la sabiduría divina, que Dios se complace en sus planes.

El bondadoso plan de Dios abarca todos los ramos de su obra. La ley de dependencia e influencia recíproca debe reconocerse y obedecerse. “Ninguno de nosotros vive para sí”. El

enemigo ha utilizado la cadena de la dependencia para unir a los hombres. Se han unido para destruir la imagen de Dios en el hombre, para contrarrestar el Evangelio al pervertir sus principios. La Palabra de Dios los presenta atados en gavillas para ser quemados. Satanás está uniendo sus fuerzas para la perdición. La unidad del pueblo escogido de Dios ha sido terriblemente sacudida. Dios ofrece una alternativa, la cual no es una influencia entre muchas ni está en el mismo nivel que las demás; en cambio es una influencia que supera toda las demás influencias que existen sobre la faz de la tierra; su naturaleza es correctiva, ani madora y ennoblecedora. Los que trabajan en el Evangelio deberán ser íntegros y estar santificados, pues se relacionan con los grandes principios de Dios. Unidos con Cristo, son colaboradores con Dios. Así es como el Señor desea unir a sus seguidores para que sean un poder para el bien, y que cada uno desempeñe su parte y todos compartan el sagrado principio de la dependencia de la Cabeza.

Cristo participaba en todos los ramos de la obra de Dios; no hizo divisiones; no pensó que estaba

inmiscuyéndose en la obra del médico cuando sanaba a los enfermos. Proclamó la verdad y cuando los enfermos se acercaban a él para que los sanara, estaba tan dispuesto a colocar sus manos sobre ellos como lo estaba para predicar el Evangelio. Se sentía tan a gusto en ese trabajo como en la proclamación de la verdad.



## Capítulo 29

# Responsabilidades de los obreros médicos

El capítulo cuatro de la epístola a los Efesios contiene lecciones de Dios dirigidas a nosotros. El autor habla inspirado por Dios y expone las instrucciones recibidas en visiones de origen divino. Describe la distribución de dones que Dios otorga a sus obreros: “Y él mismo constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. (Efesios 4:11-13) Se nos muestra aquí que Dios asigna a cada persona su trabajo, y al realizarlo cumplirá su parte en el gran plan de Dios.

Nuestros médicos y paramédicos misioneros debieran considerar detenidamente esta lección. Dios estableció su obra entre un pueblo que reconoce las leyes del gobierno divino. Los enfermos deben ser sanados por la combinación del esfuerzo humano y el divino. Cada don y poder que Cristo prometió a sus discípulos los confiere a sus fieles servidores. Y Aquel que otorga capacidades mentales y confía talentos a los hombres y mujeres que le pertenecen por creación y redención, espera que estos talentos y capacidades aumenten por el uso. Cada talento debe emplearse en bendecir a otros y así traer honra a Dios. Pero los médicos han sido inducidos a suponer que las facultades y los talentos que Dios les otorgó para que los usaran en su obra, les pertenecen de pleno derecho, de modo que los han usado para iniciar ramos de trabajo proyectos para los cuales que Dios no les asignó.

Satanás trabaja asiduamente con el fin de encontrar una oportunidad para introducirse furtivamente. Sugiere al médico que sus talentos son demasiado valiosos para desperdiciarlos entre los adventistas del séptimo día, que si estuviera

libre podría realizar una obra más importante. El médico se siente tentado a pensar que posee métodos que puede usar independientemente de la gente a quien Dios le encomendó que sirviera, y que Dios podría ponerlo por encima del resto de los habitantes del mundo. Pero el médico no debe suponer que su influencia aumentaría si se separara de esta obra. Si tratara de realizar sus planes, no tendría éxito.

El egoísmo en cualquier forma introducido en el ministerio o en la obra médica, es una infracción a la ley de Dios. Cuando los hombres se vanaglorian de sus capacidades y permiten que los elogios humanos fluyan hacia seres finitos, deshonran a Dios, y él los despojará de aquello en lo cual se glorían. Los médicos vinculados a nuestros sanatorios y a la obra médica misionera, por la gracia de Dios han sido dirigidos hacia las personas para quienes él les ha ordenado que sean una luz en el mundo. Su obra consiste en dar a su vez todo aquello que el Señor les ha dado; en dar, no como una influencia entre muchas, sino como la influencia divina a fin de hacer efectiva la verdad

para este tiempo.

Dios nos ha confiado una obra especial, una obra que nadie más puede hacer. Nos ha prometido la ayuda de su Santo Espíritu. La corriente celestial fluye en dirección a la tierra para que realice precisamente la obra que se nos encomendó. No permitamos que esta corriente celestial se ignore por habernos desviado de la senda recta establecida por Cristo.

Los médicos no deben suponer que pueden ganarel mundo mediante sus planes y esfuerzos. Dios no los ha puesto para que abarquen tanto por medio de sus propias obras solamente. La persona que emplea su potencial en diversas actividades no puede ocuparse de administrar una institución de salud, y esperar llevarla a buen término.

Si los obreros del Señor se ocupan de trabajos que desplazan lo que deberían hacer en la tarea de comunicar luz al mundo, Dios no recibe la gloria que debiera engrandecer su santo nombre mediante lo que ellos hacen. Cuando Dios llama a un hombre

a realizar cierta obra en su causa, no coloca sobre sus hombros cargas que otros obreros pueden y deben llevar a cabo. Aunque esto pueda parecer indispensable, Dios, según su sabiduría, asigna a cada persona su tarea. Él no desea que las mentes de sus siervos que llevan responsabilidades se agoten hasta el borde de lo insoportable, por responsabilizarse de muchos frentes de trabajo. Si un obrero no se responsabiliza por la tarea que se le ha encomendado, aquella que el Señor estima que es exactamente la que puede realizar, está descuidando deberes, que adecuadamente ejecutados, resultarían en la propagación de la verdad y prepararía a la gente para la gran crisis que se avecina.

Dios no puede otorgar medidas más abundantes de poder, físicas o mentales, a los que procuran llevar cargas que no se les han asignado. Cuando los obreros se sobrecargan con tales responsabilidades, no importa cuán buena sean, sus fuerzas físicas se agotan y sus mentes se desconciertan, y no pueden lograr el éxito óptimo obtenible.

Los médicos de nuestras instituciones no debieran dedicarse a tantas empresas y así permitir que su trabajo se debilite, cuando debieran sostenerse sobre principios rectos y ejercer una influencia que abarque a todo el mundo. Dios no ha dispuesto que sus colaboradores abarquen tantas cosas, tracen planes demasiado extensos, hasta el punto de fracasar en las responsabilidades que se les han asignado para que logren el sublime bien que él espera que realicen mediante la difusión de luz al mundo, atrayendo a mujeres y hombres mientras él los dirige mediante su suprema sabiduría.

El enemigo ha determinado contrarrestar los designios que Dios formuló para beneficiar a la humanidad mediante la revelación de lo que constituye la auténtica obra médica misionera. Se han introducido numerosas ideas acerca de que los obreros no pueden realizar todas las cosas de acuerdo con el modelo mostrado en el monte. Se me ha instruido para que diga que la obra asignada a los médicos en nuestras instituciones es suficiente

para ellos, y que el Señor requiere que se unan estrechamente con los evangelistas misioneros y lleven a cabo sus tareas con fidelidad. Dios no ha pedido a nuestros médicos que se envuelvan en un variado y abarcante trabajo como lo han hecho algunos. No ha determinado que la obra especial de los médicos sea trabajar por los que se encuentran en los antros de iniquidad en nuestras populosas sociedades. El Señor no requiere imposibilidades de sus siervos. La obra que él ha encargado a nuestros médicos es exponer ante el mundo el ministerio del Evangelio mediante la obra médica misionera.

El Señor no coloca sobre su pueblo toda la carga de tener que trabajar por una clase tan endurecida por el pecado, que muchos de ellos mismos no recibirían beneficio ni tampoco se beneficiaría a otros. Si hay personas que pueden responsabilizarse por el trabajo con los más degradados, si Dios coloca sobre ellos la responsabilidad de trabajar por las masas en diferentes maneras, que éstos salgan al frente y obtengan del mundo los medios necesarios para

hacer esta obra; pero que no dependan de los recursos que Dios ha dispuesto para terminar la predicación del mensaje del tercer ángel.

Nuestros sanatorios necesitan el poder de la mente y del corazón, de donde han sido secuestrados por otros ministerios. Todo lo que Satanás pueda hacer lo hará para multiplicar las responsabilidades de nuestros médicos, pues él sabe que esto significa debilidad, en vez de fortaleza para las instituciones con las cuales están relacionados.

Se debe ejercer gran consideración en la obra que emprendemos. No debemos asumir enormes cargas en el cuidado de niños pequeños, porque otros están haciendo esta obra. Tenemos una obra especial: la de atender y educar a los niños de edad más avanzada. Si hay familias que pueden hacerlo, que adopten a los pequeños, porque así recibirán una gran bendición. Pero hay una obra mayor y más importante en la cual ocupar la atención de nuestros médicos: educar a los que han crecido con caracteres deformados. Los principios de la



reforma pro salud deben exponerse ante los padres, para que se conviertan y puedan desempeñarse como misioneros en sus propios hogares. Nuestros médicos han realizado esta obra, y todavía pueden hacerla, si no se sacrifican a sí mismos con tantas y variadas responsabilidades.

El director médico en cualquier institución ocupa una posición difícil y debe permanecer libre de responsabilidades menores; porque esto no le dejará tiempo para descansar. Debiera tener suficiente ayuda de personas en las cuales puede confiar, pues tiene una tremenda obra que cumplir. Debe postrarse en oración con los sufrientes y conducir a sus pacientes al gran Médico. Si como humilde suplicante busca a Dios para recibir la sabiduría necesaria para tratar cada situación, su fuerza e influencia aumentarán notablemente.

¿Qué puede lograr el hombre por sí mismo en la gran obra enunciada por el Dios infinito? Cristo dice: “Sin mí nada podéis hacer”. (Juan 15:5) Él vino a nuestro mundo para mostrar a los hombres cómo realizar la obra que Dios les había

comisionado, y nos dice: “Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo 11:28-30) ¿Por qué es fácil el yugo de Cristo y ligera su carga? Porque él llevó el peso de ella sobre la cruz del Calvario.

La religión personal es indispensable para todo médico, si quiere tener éxito en la atención de los enfermos. Necesita un poder mayor que su propia intuición y habilidad. Dios desea que los médicos se unan con él y sepan que cada persona es valiosa ante su vista. El que depende de Dios y comprende que únicamente el Creador del hombre sabe cómo dirigir, no fracasará en su tarea como sanador de las enfermedades corporales, o como médico de las almas por quienes Cristo murió.

El que lleva la pesada responsabilidad de médico necesita las oraciones del ministro del Evangelio, y debiera estar conectado con su alma,

mente y cuerpo con las verdades de Dios. Entonces podrá decir palabras adecuadas al atribulado. Podrá velar por las almas como alguien que sabe que tendrá que rendir cuenta. Podrá presentar a Cristo como el camino, la verdad y la vida. La Escritura aparecerá con claridad ante su mente y hablará como alguien que conoce el valor de las almas con las cuales trata.

## **Conformidad con el mundo**

El Señor Jesús ha dicho: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”. (Lucas 9:23) Las palabras de Jesús impresionaron las mentes de sus oyentes. Muchos de ellos, aunque no comprendían claramente su instrucción, fueron inducidos por profunda convicción a decir: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46) Los discípulos no siempre entendían las lecciones que Cristo deseaba comunicar por medio de parábolas, y cuando la multitud se retiraba, le pedían que explicara sus palabras. Él estuvo siempre dispuesto a guiarlos a un perfecto

entendimiento de su palabra y su voluntad; porque por medio de ellos, la verdad debía salir al mundo en forma clara y comprensible.

A veces Jesús reprochaba a sus discípulos por causa de su lentitud para comprender. Puso a su alcance verdades cuyo valor ellos no sospechaban. Había estado con ellos largo tiempo y les había dado lecciones sobre la verdad divina; pero su educación religiosa previa, las interpretaciones erróneas que habían oído de los maestros judíos atribuir a las Escrituras, mantuvo sus mentes nubladas. Cristo les prometió que les enviaría su Espíritu, quien les recordaría sus palabras como verdades que habían sido olvidadas. “El os enseñará todas las cosas” dijo Cristo, “y os recordará todo lo que yo os he dicho”. (Juan 14:26)

La manera como los maestros judíos explicaban las Escrituras, sus interminables repeticiones de máximas y ficción, hicieron que Cristo dijera: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí”. Realizaban sus servicios en los atrios del templo. Ofrecían

sacrificios que simbolizaban al magnífico Salvador, diciendo por medio de sus ceremonias: “Ven, mi Salvador”; no obstante, Cristo, a quien representaban todas esas ceremonias, estaba entre ellos y no lo reconocieron ni lo recibieron. El Salvador declaró: “Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”. (Mateo 15:8, 9)

Cristo dice hoy a sus seguidores lo que dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. (Mateo 16:24) Pero los hombres son tan lentos hoy para aprender las lecciones, como lo fueron en los días de Jesús. Dios ha dado a su pueblo advertencia tras advertencia; pero las costumbres, hábitos y prácticas del mundo también han ejercido tanto poder sobre las mentes de su pueblo profeso que las advertencias han sido ignoradas.

Quienes desempeñan una parte en la gran causa de Dios no deben seguir el ejemplo del mundo. Deben obedecer la voz de Dios. Quien depende de

los hombres para obtener fortaleza e influencia, se apoya en una caña quebrada.

La gran debilidad de la Iglesia ha sido la dependencia del hombre. Los hombres han deshonrado a Dios por no apreciar su suficiencia, por codiciar la influencia de los hombres. Israel se debilitó por la misma causa. El pueblo quería ser igual a las demás naciones del mundo, de modo que exigieron un rey. Decidieron ser guiados por un poder humano visible, en vez del poder divino, que era invisible, el cual los había dirigido y guiado hasta entonces, y les había dado la victoria en las batallas. Efectuaron sus propias elecciones y como resultado se produjo la destrucción de Jerusalén y la dispersión de la nación.

No podemos confiar en ningún hombre, no importa cuán ilustre y encumbrado sea, a menos que tenga su confianza firme y definitivamente anclada en Dios. Cuál debe haber sido el poder del enemigo sobre Salomón, un hombre quien fue llamado tres veces por la inspiración, el amado de Dios, y a quien se le encargó la gran obra de

construir el templo. Mientras se desarrollaba el programa de construcción, Salomón efectuó una alianza con naciones idólatras. Por sus casamientos se ató con mujeres paganas por cuya influencia en sus últimos años, abandonó el templo de Dios para adorar en los altares que él había construido para los ídolos de ellas.

También los hombres en la actualidad ponen a Dios a un lado como insuficiente para ellos. Recurren a hombres del mundo en busca de reconocimiento y piensan que por medio de la influencia obtenida del mundo, podrán lograr grandes cosas. Pero están equivocados. Al confiar en la ayuda del mundo en vez de la ayuda de Dios, descartan la obra que Dios desea realizar por medio de su pueblo escogido.

Cuando el médico se relaciona con las clases sociales más privilegiadas, que no sienta que debe ocultar las características peculiares resultantes de la santificación que se efectúa por medio de la verdad. Los médicos que deciden formar parte de la obra de Dios, deberán cooperar con él como sus

instrumentos escogidos; deberán dedicar todas sus fuerzas y eficiencia para destacar la importancia de la obra del pueblo observador del sábado. Quienes por su sabiduría humana procuran ocultar las características peculiares que distinguen al pueblo de Dios del mundo, perderán su espiritualidad y no serán sostenidos por más tiempo por el poder de Dios.

Nuestros obreros médicos jamás debieran concebir que sea indispensable aparentar ser acaudalados. Existe la gran tentación de hacerlo, suponiendo que así se obtendrá una mayor influencia. Pero se me ha encargado que diga que así se conseguirá únicamente el efecto opuesto.

Todos los que procuran sobresalir mediante el recurso de conformarse con el mundo, dan un ejemplo de falsas apariencias. Dios reconoce como suyos solamente a los que practican la abnegación y el sacrificio, lo cual él ha ordenado. Los médicos deben entender que su poder radica en ser mansos y sencillos de corazón. Dios honrará a los que dependen de él.



El estilo de vestir del médico, la forma como viaja, su mobiliario, son nada delante de Dios. Él no puede obrar con su Santo Espíritu en los que tratan de competir con el mundo en su manera de vestir y en la ostentación. El que sigue a Cristo debe negarse a sí mismo, tomar su cruz e ir en pos de él.

El médico que ama y teme a Dios no necesitará hacer ninguna ostentación para distinguirse; porque el Sol de Justicia brilla en su corazón y se revela en su vida, lo cual le da distinción. Quienes trabajan para Cristo deben ser epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. Por su ejemplo e influencia, hombres acaudalados y talentosos se apartarán de las cosas materiales que carecen de valor para asirse de realidades eternas. Se concederá mayor respeto al médico que demuestre haber recibido sus instrucciones de Dios. Nada obrará tan poderosamente para el progreso de las instituciones y departamentos del Señor, como cuando los encargados de la obra se mantienen afianzados en él, cual siervos fieles.

El médico descubrirá que poner en práctica los métodos de trabajo de Dios redundará en su bienestar presente y eterno. La mente que Dios ha creado él la puede moldear sin la intervención del hombre, pero éste es honrado al pedirle Dios que coopere con él en su gran obra.

Muchos consideran suficiente su propia sabiduría, y disponen las cosas según su juicio, pensando obtener resultados maravillosos. Pero si dependieran de Dios y no de ellos mismos, recibirían sabiduría de lo alto. Quienes viven tan absortos en sus ocupaciones que carecen de tiempo para acercarse al trono de la gracia y obtener consejo de Dios, conducirán la obra por caminos equivocados. Nuestra fuerza radica en mantenernos unidos con Dios mediante su Hijo unigénito y en la unión de unos con otros. El cirujano de auténtico éxito es el que ama a Dios; el que contempla a Dios en su creación y lo adora, mientras observa su sabiduría en la disposición de los componentes del organismo humano. El cirujano de mayor éxito es el que ha temido a Dios desde su mocedad, como

lo hizo Timoteo, y que siente que Cristo es su compañero constante: un Amigo con quien siempre puede estar en contacto. Tal médico no cambiaría su posición por el puesto más alto que el mundo pudiera ofrecerle. Está más ansioso por honrar a Dios y tener la certeza de su aprobación, que asegurarse el patrocinio y el honor de los poderosos del mundo.

## **La oración**

Todo sanatorio adventista del séptimo día debe convertirse en un Betel. Todos los que están afiliados a este departamento de la obra deberían estar consagrados a Dios. Los que ministran a los enfermos, que realizan operaciones delicadas y difíciles, debieran recordar que un desvío del bisturí, un movimiento nervioso, puede enviar a una persona a la eternidad. No debiera permitírseles llevar tantas responsabilidades, hasta tal punto que no tengan tiempo para dedicarlo a una sesión especial de oración. Deberían reconocer su dependencia de Dios por medio de la oración fervorosa. Sólo mediante el reconocimiento de la

pureza de la verdad de Dios que obra en la mente y el corazón, y por la calma y la fortaleza que sólo él puede impartir, están los médicos calificados para realizar operaciones críticas que significan vida o muerte para los enfermos.

El médico que está verdaderamente convertido no aceptará responsabilidades que interfieran con su trabajo por la gente. Puesto que sin Cristo no podemos hacer nada, ¿cómo puede un médico o misionero médico desempeñarse con éxito en su importante trabajo sin buscar vehementemente al Señor en oración? La oración y el estudio de la Palabra de Dios comunican vida y salud al alma.

El Señor espera manifestar su gracia y poder mediante su pueblo. Pero necesita que quienes se dedican a su servicio mantengan sus mentes siempre en sintonía con él. Debieran dedicar tiempo diariamente para leer la Palabra de Dios y orar. Cada hombre y soldado bajo el mando del Dios de Israel necesita tiempo para consultar con él y buscar su bendición. Si el obrero se permite dejar sin satisfacer esta necesidad, perderá su poder

espiritual. Debemos caminar y trabajar con Dios en forma individual; entonces se revelará en nuestras vidas la influencia sagrada del Evangelio de Cristo en toda su hermosura.

Ha de llevarse a cabo una obra de reforma en cada una de nuestras instituciones. Los médicos, los obreros, las enfermeras, debieran comprender que están siendo probados, están afrontando un juicio que abarca su vida presente y la que se compara con la de Dios. Debemos usar en su más amplia expresión, cada facultad para llamar la atención de todos los que sufren para que comprendan estas verdades salvadoras. Esta obra debe realizarse juntamente con la obra de sanar a los enfermos. Entonces la causa de la verdad se presentará al mundo con el poder que Dios desea que posea. La verdad será magnificada por medio de la influencia de hombres santificados. Avanzará “Como una lámpara que alumbra”.

## Capítulo 30

# La necesidad del mundo

Cuando Cristo vio las multitudes que se habían reunido alrededor de él, “tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”. Cristo vio la enfermedad, la tristeza, la necesidad y degradación de las multitudes que se agolpaban a su paso. Le fueron presentadas las necesidades y desgracias de la humanidad de todo el mundo. En los encumbrados y los humildes, los más honrados y los más degradados, veía almas que anhelaban las mismas bendiciones que él había venido a traer; almas que necesitaban solamente un conocimiento de su gracia para llegar a ser súbditos de su reino. “Entonces dice a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies”. (Mateo 9:37, 38)

Hoy existe la misma necesidad. Hacen falta en el mundo obreros que trabajen como Cristo trabajó

a favor de los dolientes y pecadores. Hay, a la verdad, una multitud que alcanzar. El mundo está lleno de enfermedad, sufrimiento, angustia y pecado. Está repleto de personas que necesitan que se las atienda: los débiles, los impotentes, los ignorantes, los degradados.

Muchos de los jóvenes de esta generación, aun en las iglesias, instituciones religiosas y hogares que profesan ser cristianos; están eligiendo la senda que conduce a la destrucción. Con sus hábitos intemperantes se acarrean enfermedades, y por la ambición de obtener dinero para sus costumbres pecaminosas, caen en prácticas impropias. Arruinan su salud y su carácter. Ajenos a Dios, y parias de la sociedad, esos pobres seres se sienten sin esperanza para esta vida ni para la venidera. Han quebrantado el corazón de sus padres y los hombres los declaran sin esperanza; pero Dios los mira con compasiva ternura. Él comprende todas las circunstancias que los indujeron a caer bajo la tentación. Constituyen estos seres errantes, una clase que pide que se trabaje a favor de ella.

Lejos y cerca, no sólo entre los jóvenes sino entre los de cualquier edad, hay almas sumidas en la pobreza, la angustia y el pecado, abrumadas por un sentimiento de culpabilidad. Es obra de los siervos de Dios buscar estas almas, orar con ellas y por ellas, y conducir las paso a paso al Salvador.

Pero los que no reconocen los requerimientos de Dios no son los únicos que viven angustiados y necesitados de ayuda. En el mundo actual, donde predominan el egoísmo, la codicia y la opresión; muchos de los verdaderos hijos de Dios sufren necesidades y aflicción. En lugares humildes y miserables rodeados de pobreza, enfermedad y culpabilidad, incontables son los que soportan pacientemente su carga de dolor y tratan de consolar a los desesperados y pecadores que los rodean. Muchos de ellos son casi desconocidos para las iglesias y los ministros; pero son luces del Señor que resplandecen en medio de las tinieblas. El Señor los cuida en forma especial e invita a su pueblo a ayudarlos a aliviar sus necesidades. Dondequiera que haya una iglesia, debe buscarse con atención especial esta clase de personas y



atenderla.

Y mientras trabajemos por los pobres, debemos prestar atención también a los ricos, cuyas almas son igualmente preciosas a la vista de Dios. Cristo obraba en favor de todos los que querían oír su palabra. No buscaba solamente a los publicanos y parias, sino al fariseo rico y culto, al noble judío y al gobernante romano. El rico necesita que se trabaje por él con amor y temor de Dios. Con demasiada frecuencia confía en sus riquezas, y no siente su peligro. Los bienes mundanales que el Señor ha confiado a los hombres, son con frecuencia una fuente de gran tentación. Miles son inducidos así a prácticas pecaminosas que los confirman en la intemperancia y el vicio. Entre las miserables víctimas de la necesidad y el pecado se encuentran muchos que poseyeron en un tiempo riquezas. Hombres de diferentes vocaciones y posiciones en la vida, han sido vencidos por las contaminaciones del mundo, por el consumo de bebidas alcohólicas, por la complacencia de las concupiscencias de la carne; y han caído vencidos por la tentación. Mientras que estos seres caídos

nos mueven a compasión y reciben nuestra ayuda, ¿no debiera dedicarse algo de atención también a los que no han descendido a esas profundidades, pero están comenzando a caminar por esa misma senda? Hay millares que ocupan posiciones de honor y utilidad que practican hábitos que significan la ruina del alma y del cuerpo. ¿No deben hacerse los esfuerzos más fervientes para aleccionarlos?

Los ministros del Evangelio, estadistas, autores, hombres con riquezas y talento, con gran habilidad comercial y con potencial para ser útiles, están en mortal peligro porque no ven la necesidad de mantener una estricta temperancia en todas las cosas. Debemos atraer su atención a los principios de la temperancia, no de manera mezquina o arbitraria, sino a la luz del gran propósito de Dios para la humanidad. Si se les presentaran así los principios de la verdadera temperancia, muchos de las clases altas reconocerían su valor y los aceptarían de buen grado.

Existe otro peligro al cual están especialmente

expuestos los ricos, que constituyen un campo de trabajo para el médico misionero. Son muchísimos los que prosperan en el mundo sin descender a las formas comunes del vicio; y, sin embargo, son empujados a la destrucción por el amor a las riquezas. Absortos en sus tesoros mundanales, son insensibles a los requerimientos de Dios y a las necesidades de sus semejantes. En vez de considerar su riqueza como un talento que deben usar para glorificar a Dios y elevar a la humanidad, la consideran como un medio de complacerse y glorificarse a sí mismos. Añaden una casa a otra, un terreno a otro; llenan sus hogares de lujo, mientras la escasez abunda en las calles y en derredor de ellos hay seres humanos que se hunden en la miseria, el crimen, la enfermedad y la muerte. Los que así dedican su vida a servirse a sí mismos, no están desarrollando los atributos de Dios sino los de Satanás.

Estas personas necesitan el evangelio para apartar sus ojos de la vanidad de las cosas materiales y contemplar la belleza de las riquezas duraderas. Necesitan aprender el gozo de dar, la

felicidad de convertirse en colaboradores de Dios.

Esta clase de personas con frecuencia es la más difícil de alcanzar, pero Cristo proveerá los medios para alcanzarlas. Busquen a estas almas los obreros más hábiles, confiables y prometedores. Con la sabiduría y el tacto generados por el amor divino, con el refinamiento y la cortesía como frutos de la presencia de Cristo en el alma, trabajen por los que, deslumbrados por el brillo de las riquezas terrenales, no ven la gloria del tesoro celestial. Estudien los obreros la Biblia con ellos, grabando en sus corazones las verdades sagradas. Léanles las palabras de Dios: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación, y redención”. “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio, y justicia en la tierra: porque estas cosas quiero, dice Jehová”. “En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de

pecados por las riquezas de su gracia”. “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (1 Corintios 1:30; Jeremías 9:23, 24; Efesios 1:7; Filipenses 4:19) Una súplica tal, hecha con el espíritu de Cristo, no se considerará impertinente. Impresionará a muchos de los que pertenecen a las clases altas.

Mediante esfuerzos hechos con sabiduría y amor, más de un hombre rico será despertado hasta el punto de sentir su responsabilidad para Dios. Cuando se les haga entender claramente que el Señor espera que ellos alivien como sus representantes a la humanidad doliente, muchos responderán y darán de sus recursos y su simpatía para beneficio de los pobres. Cuando sus mentes sean así apartadas de sus propios intereses egoístas, muchos serán inducidos a entregarse a Cristo. Con sus talentos de influencia y recursos se unirán, gozosamente en la obra de beneficencia, con el humilde misionero que fue agente de Dios para su conversión. Por el uso correcto de su tesoro terrenal se harán “tesoro en los cielos que nunca

falta; donde ladrón no llega, ni polilla corrompe”. Se asegurarán el tesoro que la sabiduría ofrece, “riquezas duraderas, y justicia”. (Proverbios 8:18)

Al observar nuestra vida, los habitantes del mundo se forman una opinión de Dios y de la religión de Cristo. Todos los que no lo conocen necesitan que los principios elevados y nobles de su carácter se mantengan constantemente delante de ellos en la vida de quienes le conocen. Satisfacer esta necesidad, llevar la luz del amor de Cristo a los hogares de los grandes y los humildes, de los ricos y los pobres, es el elevado deber y precioso privilegio del misionero médico.

“Vosotros sois la sal de la tierra” (Mateo 5:13), dijo Cristo a sus discípulos; y con estas palabras hablaba a sus obreros de hoy. Si sois la sal, hay propiedades preservadoras en vosotros, y la belleza de vuestro carácter ejercerá una influencia salvadora.

Aunque un hombre se haya hundido hasta las mismas profundidades del pecado, hay posibilidad

de salvarlo. Muchos han perdido el sentido de las realidades eternas, perdido la semejanza de Dios, y no saben si tienen un alma que salvar. No tienen fe en Dios ni confianza en el hombre. Pero pueden comprender y apreciar los actos de verdadera simpatía y de ayuda. Su corazón se conmueve cuando ven a uno que, sin esperar alabanza terrenal ni compensación, llega a sus miserables hogares para atender a los enfermos, alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos y guiarlos tiernamente a Aquel de cuyo amor y compasión el obrero humano es tan sólo el mensajero. Al ver esto, sus corazones son conmovidos, aflora la gratitud y comienza a arder la fe en su corazón. Ven que Dios se interesa en ellos y están dispuestos a escuchar cuando se les explica su Palabra.

En esta obra de restauración se requerirá esfuerzo esmerado. No se debe enseñar a estas personas doctrinas extrañas que las asusten; pero a medida que se les ayuda físicamente, se les debe presentar la verdad para este tiempo. Hombres, mujeres y jóvenes necesitan conocer la ley de Dios

con sus amplios requerimientos. No son las penurias, el trabajo o la pobreza lo que degrada a la humanidad; es el pecado, la desobediencia a la ley de Dios. Los esfuerzos hechos para rescatar a los perdidos y degradados no tendrán valor a menos que los requerimientos de la ley de Dios y la necesidad de serle fieles se grave en la mente y el corazón. Dios no ordenó nada que no sea necesario para vincular a la humanidad consigo. “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma... El precepto de Jehová, puro, que alumbra los ojos”. “Por la palabra de tus labios” dice el salmista, “yo me he guardado de las sendas de los violentos” (Salmos 19:7, 8; 17:4, NVI)

Los ángeles están ayudando en esta obra de restaurar a los caídos, y hacerlos volver a quien dio su vida para redimirlos, y el Espíritu Santo coopera con el ministerio de los agentes humanos para despertar las facultades morales obrando sobre el corazón, reprendiéndolo y convenciéndolo de pecado, de justicia y de juicio.

A medida que los hijos de Dios se dediquen a



esta obra, muchos se asirán de la mano extendida para salvarlos. Serán constreñidos a apartarse de sus malos caminos. Algunos de los rescatados podrán, por la fe en Cristo, ascender a elevados puestos de servicio, y llevar responsabilidades en la obra de salvar almas. Conocen por experiencia propia las necesidades de aquellos por quienes trabajan, y saben cómo ayudarles; saben cuáles son los mejores medios para recobrar a los que perecen. Están agradecidos a Dios por las bendiciones recibidas. El amor vivifica sus corazones y sus energías se fortalecen para levantar a otros que no podrían hacerlo sin ayuda. Aceptando la Biblia como guía y al Espíritu Santo como su ayudador y consolador hallan nuevas oportunidades. Cada una de esas almas que se añade al equipo de los obreros, provista de materiales e instrucción que le permita convertir a otras personas para Cristo; colaborará con los que le llevaron la luz de la verdad. Así se honrará a Dios y progresará su verdad.

El mundo se convencerá, no tanto por lo que el púlpito enseña, sino por lo que la iglesia vive. El

predicador anuncia la teoría del Evangelio, pero su poder se demuestra por la piedad práctica de la Iglesia.

## Capítulo 31

# La necesidad de la Iglesia

Aunque el mundo necesita simpatía, aunque necesita las oraciones y la ayuda del pueblo de Dios, aunque necesita ver a Cristo en la vida de los que le siguen, los hijos de Dios necesitan igualmente oportunidades para expresar sus simpatías, para dar eficacia a sus oraciones y desarrollar un carácter semejante al modelo divino.

Para proveer estas oportunidades, Dios colocó entre nosotros a los pobres, los infortunados, los enfermos y los dolientes. Son el legado de Cristo a su iglesia, y deben atenderse como él lo haría. De esta manera, Dios elimina la escoria y purifica el oro, puliendo nuestro corazón y el carácter.

El Señor podría llevar a cabo su obra sin nuestra cooperación, puesto que él no depende de nuestro dinero, tiempo o trabajo. Pero la Iglesia es muy preciosa para él. Es el estuche que contiene sus joyas, el aprisco que encierra su rebaño, y él

anhela verla sin mancha, sin arruga ni cosa semejante. Se compadece de ella con amor indecible. Por eso nos ha dado oportunidades de trabajar para él, y acepta lo que hacemos como prueba de nuestro amor y lealtad.

Al poner entre nosotros a los pobres y los dolientes, el Señor nos prueba para revelarnos lo que hay en nuestro corazón. No podemos apartarnos de los principios sin correr peligro, no podemos violar la justicia, no podemos descuidar la misericordia. Cuando vemos a un hermano que cae, no podemos darle la espalda, sino hacer esfuerzos decididos e inmediatos para cumplir con la Palabra de Dios y ayudarlo. No podemos obrar en forma contraria a las instrucciones específicas de Dios, sin que el resultado de nuestra obra se refleje en nosotros mismos. Debe arraigarse firmemente en nuestra conciencia que todo lo que deshonre a Dios en nuestra vida no puede beneficiarnos.

Debe escribirse en la conciencia, como esculpido en una roca, que el que desprecia la

misericordia, la compasión y la justicia; el que descuida a los pobres; el que pasa por alto las necesidades de la humanidad doliente; el que no es bondadoso ni cortés; el que se conduce de tal manera, no recibirá la cooperación de Dios en el desarrollo de su carácter. Refinar la mente y el corazón es más fácil cuando sentimos tan tierna simpatía por los demás que sacrificamos nuestros beneficios y privilegios para aliviar sus necesidades. Obtener y retener todo lo que podamos para nosotros mismos, fomenta la indigencia del alma. Pero todos los atributos de Cristo están a disposición de quienes quieran hacer lo que Dios les ha indicado y obrar como Cristo obró.

Nuestro Redentor envía a sus mensajeros a dar testimonio a su pueblo. Él dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. (Apocalipsis 3:20) Pero muchos se niegan a recibirle. El Espíritu Santo aguarda para enternecer y subyugar los corazones, pero no están dispuestos a abrir la puerta y dejar entrar al Salvador, por

temor a que él requiera algo de ellos. Y así Jesús de Nazaret pasa de largo. Él anhela concederles las ricas bendiciones de su gracia, pero se niegan a aceptarlas. ¡Qué cosa terrible es excluir a Cristo de su propio templo! ¡Qué pérdida para la iglesia!

Es un sacrificio hacer buenas obras, pero es el sacrificio lo que nos disciplina. Estas obligaciones nos ponen en conflicto con los sentimientos y propensiones naturales, y cuando las cumplimos obtenemos victoria tras victoria sobre los rasgos objetables de nuestro carácter. La guerra prosigue, y así crecemos en gracia; así reflejamos la semejanza de Cristo y se nos prepara para tener un lugar entre los benditos en el reino de Dios.

Bendiciones, tanto temporales como espirituales, acompañarán a los que imparten a los necesitados lo que han recibido del Maestro. Jesús realizó un milagro para alimentar a una multitud de cinco mil personas, cansada y hambrienta. Eligió un lugar agradable en el cual acomodar a la gente y les ordenó que se sentaran. Luego tomó los cinco panes y los dos pececillos. Sin duda hubo muchas

conjeturas acerca de la imposibilidad de satisfacer a cinco mil hombres hambrientos, además de las mujeres y los niños, con tan escasas provisiones. Pero Jesús dio gracias y puso los alimentos en las manos de los discípulos, para que los distribuyesen. A medida que lo repartían, el alimento se multiplicaba en sus manos. Después que la multitud fue alimentada los discípulos mismos se sentaron y comieron con Cristo de la provisión impartida por el cielo. Esta es una lección preciosa para cada uno de los que siguen a Cristo.

La religión pura y sin mancha consiste en “visitar a los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo”. (Santiago 1:27) Los miembros de nuestras iglesias tienen mucha necesidad de conocer la piedad práctica. Necesitan practicar la abnegación y el sacrificio propio. Necesitan mostrar al mundo evidencias de que son semejantes a Cristo. Por lo tanto, la obra que él requiere de ellos no deben hacerla en su nombre otras personas; ni debe delegarse a alguna comisión o institución la responsabilidad que ellos mismos deben cumplir.

Deben llegar a ser semejantes a Cristo en carácter, dando de sus recursos y de su tiempo, su simpatía, y su esfuerzo personal, para ayudar a los enfermos, consolar a los afligidos, socorrer a los pobres, animar a los desalentados, iluminar a los que están en las tinieblas, dirigir a los pecadores a Cristo, y grabar en los corazones la necesidad de obedecer la ley de Dios.

La gente está observando y evaluando a los que dicen creer las verdades especiales para este tiempo para determinar si con su vida y conducta representan a Cristo. Si el pueblo de Dios se dedica humilde y fervientemente a la obra de hacer bien a todos, ejercerá una influencia que se sentirá en toda aldea y ciudad donde penetró la verdad. Si los que conocen la verdad practican sus principios a medida que se les presenta la oportunidad, y si hacen cada día pequeños actos de amor donde viven, sus vecinos conocerán a Cristo. El evangelio será revelado como poder vivo, y no como fábulas por arte compuestas o especulaciones inútiles. Se revelará como una realidad, no como el resultado de la imaginación o el entusiasmo. Esto tendrá



mayores consecuencias que los sermones, la profesión de fe o los credos.

Satanás está poniendo en juego su reputación para apoderarse de cada alma. Sabe que la compasión es una prueba de la pureza y de la abnegación del corazón, por lo cual hará todo esfuerzo posible para cerrar el corazón a las necesidades ajenas, y lograr que seamos insensibles al dolor. Recurrirá a muchas estratagemas para anular las muestras de amor y simpatía. Así fue como arruinó a Judas, quien solapadamente hacía planes para su propio beneficio. El traidor representa a un numeroso grupo de los que actualmente profesan ser cristianos; por lo tanto, necesitamos estudiar su caso. Estamos tan cerca de Cristo como él lo estaba. Sin embargo, si, como sucedió con Judas, la asociación con Cristo no nos hace uno con él, si no despierta en nuestro corazón una simpatía sincera hacia las personas por quienes Cristo dio su vida, corremos como Judas, el peligro de quedar separados de Cristo y de ser objeto de las tentaciones de Satanás.

Necesitamos protegernos contra la primera desviación de la rectitud; una desobediencia, un descuido en el deber de manifestar el espíritu de Cristo, pueden abrir la puerta a repetidos extravíos, hasta el punto en que la mente es dominada por los principios del enemigo. Si se cultiva un espíritu de egoísmo, esto se convierte en una pasión devoradora que nada fuera del poder de Cristo puede subyugar.

### **El mensaje de Isaías 58**

No puedo instar demasiado a todos los miembros de nuestras iglesias, a los que son verdaderos misioneros, a los que creen el mensaje del tercer ángel, a los que respetan la santidad del sábado; para que consideren el mensaje del capítulo 58 de Isaías. La obra de beneficencia ordenada en dicho capítulo es la que Dios requiere que su pueblo haga en este tiempo. Es una obra señalada por él. No nos deja en dudas en cuanto al lugar donde se aplica el mensaje, y al tiempo de su cumplimiento, porque leemos: “Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de

generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar”. (Vers. 12) El monumento recordativo de Dios, el sábado o séptimo día, recordativo de la obra que hizo al crear el mundo, ha sido desplazado por el hombre de pecado. El pueblo de Dios tiene una obra especial que hacer para reparar la brecha abierta en su ley; y cuanto más nos acercamos al fin, tanto más urgente se vuelve esta obra. Todos los que amen a Dios demostrarán que llevan su sello observando sus mandamientos. Son los restauradores de la senda en que se ha de andar. El Señor dice: “Si retrajerés del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llames delicia, ... entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra”. (Vers. 13, 14, NVI) De este modo, la verdadera obra médica misionera está inseparablemente vinculada con la observancia de los mandamientos de Dios, entre los cuales se menciona especialmente el sábado, puesto que es el gran monumento recordativo de la obra creadora de Dios. Su observancia se vincula con la obra de restaurar la imagen moral de Dios en el hombre.

Éste es el ministerio que el pueblo de Dios debe realizar en la algo que debidamente cumplido, impartirá abundantes bendiciones a la Iglesia.

Como creyentes en Cristo necesitamos más fe. Necesitamos ser más fervientes en la oración. Muchos se preguntan por qué sus oraciones son tan muertas, su fe tan débil y vacilante, su experiencia cristiana tan sombría e incierta. “¿Qué aprovecha-- dicen ellos--que guardemos su ley, y que andemos tristes delante de Jehová de los ejércitos?” En el capítulo 58 de Isaías, Cristo demostró cómo puede cambiarse este estado de cosas. Dice: “¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en tu casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?” (Vers. 6, 7) Tal es la receta que Cristo prescribió para el alma que desmaya, duda y tiembla. Levántense los pesarosos, los que andan tristes delante del Señor, y socorran a alguien que necesite auxilio.

Toda iglesia necesita el poder guiador del Espíritu Santo; y ahora es el tiempo de orar por él. Pero en toda la obra que Dios hace por el hombre, quiere que éste coopere con él. Con este fin invita el Señor a la iglesia a tener una mayor piedad, un sentido más justo del deber y una comprensión más clara de sus obligaciones con su Creador. Ruega a sus miembros que sean puros, santos y trabajadores. Y la obra de ayudar a otros es un medio para lograrlo, porque el Espíritu Santo se comunica con todos los que prestan servicio a Dios.

A los que se han dedicado a esta obra quiero decir: Continudad trabajando con tacto y habilidad. Animad a vuestros compañeros para que trabajen con algún grupo organizado para colaborar armoniosamente. Conseguid que trabajen los jóvenes y las señoritas de las iglesias. Combinad la obra médica misionera con la proclamación del mensaje del tercer ángel. Haced esfuerzos metódicos y organizados para sacar a los miembros de la iglesia del nivel de inactividad en que han

estado durante años. Enviad a las iglesias obreros que vivan de acuerdo con los principios de la reforma pro salud y que comprendan la necesidad de dominar el apetito, pues de lo contrario serán una trampa para la iglesia. Ved si entonces no penetrará el aliento de vida en nuestras iglesias. Es necesario introducir un nuevo elemento en la obra. El pueblo de Dios debe comprender su gran necesidad y peligro, y hacer la obra que tenga más a mano.

El Salvador acompaña siempre a quienes se dedican a esta obra, hablando a tiempo y fuera de tiempo, ayudando a los menesterosos y hablando del amor maravilloso de Cristo hacia ellos. El Salvador impresionará los corazones de los pobres, los miserables y los afligidos. Cuando la iglesia acepte la obra que Dios le encomendó, se cumplirá la promesa: “Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia”. (Isaías 58:8) Cristo es nuestra justicia; él va delante de nosotros en esta obra, y la gloria del Señor la sigue.

Todo lo que el cielo contiene, espera ser usado por quien quiera trabajar en las filas de Cristo. En la medida en que los miembros de nuestras iglesias realicen individualmente la obra que les ha sido asignada, se verán rodeados por una atmósfera completamente diferente. Sus labores irán acompañadas de bendición y poder. Experimentarán un refinamiento superior de la mente y del corazón. Quedará vencido el egoísmo que aprisionó sus almas. Su fe será un principio vivo. Sus oraciones serán más fervientes. La influencia vivificadora y santificadora del Espíritu Santo se derramará sobre ellos, y se sentirán más cerca del reino de los cielos.

El Salvador no tiene en cuenta jerarquías ni castas, honores mundanales ni riquezas. El carácter y la consagración son las cosas que valen para él. Él no se identifica con los fuertes y los favorecidos por el mundo. El Hijo del Dios viviente se humilla para elevar a los caídos. Por sus promesas y palabras de ánimo procura ganar para sí al alma perdida que perece. Los ángeles de Dios observan

para ver cuáles de sus seguidores manifestarán tierna compasión y simpatía. Observan para ver quiénes entre el pueblo de Dios manifestarán el amor de Jesús.

Los que comprenden la miseria del pecado y la compasión divina de Cristo mostrada en su sacrificio infinito por el hombre caído, tendrán comunión con él. Su corazón rebosará de ternura; la expresión de su rostro y el tono de su voz revelarán simpatía; sus esfuerzos se caracterizarán por ferviente solicitud, amor y energía y con la ayuda de Dios tendrán poder para ganar almas para Cristo.

Todos necesitamos sembrar paciencia, compasión y amor; cosecharemos lo que sembramos. Ahora estamos formando nuestro carácter para la eternidad. En la tierra nos educamos para el cielo. Todo lo debemos a la gracia gratuita y soberana. En el pacto, la gracia ordenó nuestra adopción; en el Salvador, la gracia efectuó nuestra redención, nuestra regeneración y nuestra adopción para ser coherederos con Cristo.



Comuniquemos esta gracia a otros.

## Capítulo 32

# Nuestro deber hacia la familia de la fé

### Nuevos observadores del sábado

En nuestro medio hay siempre dos clases de pobres: los que se arruinan por su propia conducta indisciplinada y continúan en su desobediencia; y los que por amor de la verdad se encuentran en aprietos. Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y si lo hacemos obraremos correctamente con ambos grupos bajo la dirección y el consejo de la sana prudencia.

No cabe la menor duda que a los pobres del Señor se les debe ayudar en todos los casos cuando sea para su beneficio.

Dios quiere que su pueblo revele a un mundo pecaminoso que él no lo ha dejado perecer. Debemos esmerarnos en ayudar a los que por causa

de la verdad son expulsados de sus casas y obligados a sufrir. Cada vez más, habrá necesidad de corazones liberales, abiertos y generosos; corazones que llenos de compasión, se encarguen de esas personas a quienes el Señor ama. Los pobres que haya en el pueblo de Dios no deben dejarse sin que sus necesidades sean suplidas. Debe hallarse alguna manera por la cual puedan ganarse la vida. A algunos será necesario enseñarles a trabajar. Otros que trabajan mucho y están recargados hasta lo sumo para sostener sus familias, necesitarán auxilio especial. Debemos interesarnos en esos casos, y ayudarles a conseguir trabajo seguro. Debiera haber un fondo para ayudar a estas familias pobres dignas, que aman a Dios y obedecen sus mandamientos.

Debe ejercerse cautela para que los recursos que se necesitan para esta obra no se desvíen hacia otros fines. Auxiliar a los pobres que, por observar los mandamientos de Dios, se ven obligados a padecer necesidad, es cosa muy diferente de lo que sería abandonarlos para ayudar a personas blasfemas que pisotean la ley de Dios; y él ve la

diferencia. Los observadores del sábado no deben pasar por alto a los dolientes y los menesterosos del Señor, para asumir la carga de sostener a quienes continúan desobedeciendo los mandamientos de Dios, a los que se han acostumbrado a esperar ayuda de cualquiera que los quiera socorrer. Esta no es la debida clase de obra misionera. No está en armonía con el plan de Dios.

Dondequiera que se establezca una iglesia, sus miembros deben hacer una obra fiel por los creyentes menesterosos. Pero no deben parar ahí. Deben ayudar también a otros, sin tener en cuenta su fe. Como resultado de un esfuerzo tal, algunos de estos recibirán las verdades especiales para este tiempo.

### **Los pobres, los enfermos y los ancianos**

“Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre: sino abrirás a él tu mano

liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite, Guárdate de tener en tu corazón pensamiento perverso, diciendo: Cerca está el año séptimo, el de la remisión; y miras con malos ojos a tu hermano menesteroso para no darle: Porque él podrá clamar contra ti a Jehová, y se te contará por pecado. Sin falta le darás, y no serás de corazón mezquino cuando le des: porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas mano. Porque no faltarán menesterosos de en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre, y al menesteroso en tu tierra”. (Deuteronomio 15:7-11)

Por ciertas circunstancias, algunos de los que aman y obedecen a Dios, se empobrecen. Los hay que no son cuidadosos ni saben administrar sus cosas. Otros son pobres por causa de enfermedad y desgracia. Cualquiera que sea la causa, sufren necesidad y auxiliarlos es una parte importante de la obra misionera.

Todas nuestras iglesias debieran cuidar de sus

propios pobres. Debemos expresar nuestro amor a Dios haciendo bien a los menesterosos y dolientes de la familia de la fe, cuyas necesidades conocemos y debemos atender. Cada persona tiene la obligación especial ante Dios de compadecerse de los pobres dignos. No se los debe pasar por alto con ningún pretexto.

Pablo escribió a la iglesia de Corinto: “Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que ha sido dada a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas; pidiéndonos con muchos ruegos, que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios; de manera que exhortamos a Tito, para que tal como comenzó antes, asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia”.

(2 Corintios 8:1-6)

Jerusalén había sufrido hambre, y Pablo sabía que muchos de los cristianos habían sido esparcidos, y que los que permanecían iban a quedar probablemente privados de la simpatía de la gente y expuestos a la enemistad religiosa. Por lo tanto, exhortó a las iglesias a enviar ayuda pecuniaria a sus hermanos de Jerusalén. La cantidad recogida por las iglesias excedió lo que esperaban los apóstoles. Constreñidos por el amor de Cristo, los creyentes dieron liberalmente y se llenaron de gozo por haber podido expresar de esa manera su gratitud al Redentor y su amor hacia los hermanos. Tal es la verdadera base de la caridad según la Palabra de Dios.

Se hace constantemente hincapié en la necesidad de cuidar a nuestros hermanos y hermanas ancianos que no tienen hogares. ¿Qué puede hacerse por ellos? La luz que el Señor me ha dado ha sido repetida: No es lo mejor establecer instituciones para el cuidado de los ancianos, a fin de que puedan estar acompañados. Tampoco se los

debe despedir de la casa para que los atiendan en otra parte. Que los miembros de cada familia atiendan a sus parientes. Cuando esto no sea posible, la obra incumbe a la iglesia, y debe ser aceptada como un deber y privilegio. Todos los que tienen el espíritu de Cristo considerarán a los débiles y ancianos con respeto y ternura especiales.

Dios permite que sus pobres estén dentro de cada iglesia. Siempre los habrá entre nosotros, y el Señor coloca sobre los miembros de cada iglesia una responsabilidad personal en lo referente a cuidarlos. No debemos transferirla a otros. Debemos manifestar hacia los que están entre nosotros el mismo amor y simpatía que Cristo manifestaría si estuviese en nuestro lugar. Esto nos disciplinará y preparará para trabajar en las actividades de Cristo.

El pastor debería instruir a las diversas familias y animar a la Iglesia para que atienda a sus propios enfermos y pobres. Debe poder ejercitar las facultades que Dios ha dado a los hermanos, y si una iglesia está recargada en este respecto las otras



iglesias debieran acudir en su auxilio. Los miembros de la iglesia deben mostrar tacto e ingenio para cuidar de estos hijos del Señor. Renuncien a lujos y adornos inútiles, a fin de poder acomodar a los menesterosos que sufren. Al hacer esto, pondrán en práctica la instrucción dada en el capítulo 58 de Isaías, y recibirán la bendición prometida allí.

## Capítulo 33

# Nuestro deber hacia el mundo

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”. “No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. (Juan 3:16, 17) El amor de Dios abarca a toda la humanidad. Cristo, al enviar a sus discípulos, dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. (Marcos 16:15)

Cristo quería que se hiciera en favor de los hombres una obra mayor que la que se había realizado hasta entonces. No quería que tanta gente eligiera permanecer bajo la bandera de Satanás y quedara registrada entre los rebeldes contra el gobierno de Dios. El Redentor del mundo no quería que la herencia que él había comprado viviera y muriera en sus pecados. ¿Por qué, entonces, son tan pocos los alcanzados y salvados? Es porque muchos de los que profesan ser cristianos imitan la manera de obrar del gran apóstata. Millares de los

que no conocen a Dios podrían hoy regocijarse en su amor si los que dicen servirle obraran como Dios obró.

Las bendiciones de la salvación, tanto temporales como espirituales, son para toda la humanidad. Son muchos los que se quejan de Dios porque hay tanta necesidad y dolor en el mundo; pero Dios nunca quiso que existiera esta miseria ni que algunos tuvieran exceso de lujos, mientras que los hijos de otros lloraran por pan. El Señor es un Dios benévolo. Hizo abundante provisión para satisfacer las necesidades de todos, y por medio de sus representantes, a quienes ha confiado sus bienes, quiere que las necesidades de todas sus criaturas sean suplidas.

Los que creen la Palabra de Dios lean las instrucciones contenidas en Levítico y Deuteronomio. Allí verán qué clase de educación se daba a las familias de Israel. Si bien el pueblo elegido por Dios debía destacarse y ser santo, separado de las naciones que no le conocían, tenía que tratar bondadosamente al extranjero. No debía

despreciarlo porque no pertenecía a Israel. Los israelitas tenían que amar al extranjero, porque Cristo moriría tan ciertamente por él para salvarlo como lo haría para salvar a Israel. En sus fiestas de agradecimiento, cuando ellos recordaban las bendiciones de Dios, el extranjero debía ser bienvenido. En el tiempo de la cosecha, había que dejar en el campo una porción para el extranjero y el pobre. Así los extranjeros también participaban de las bendiciones espirituales de Dios. El Señor Dios de Israel ordenó que fuesen aceptados si decidían formar parte de la sociedad que lo reconocían como Señor. De esta manera, conocerían la ley de Jehová y lo glorificarían mediante su obediencia.

Dios también desea hoy que sus hijos compartan sus bendiciones con el mundo, tanto en las cosas espirituales como en las temporales. Las preciosas palabras que siguen acerca del Salvador se dijeron para beneficio de cada discípulo de todas las épocas: “Ríos de agua viva brotarán de su corazón”. (Juan 7:38)

Pero en vez de compartir los dones de Dios, muchos de los profesos cristianos se enfrascan en sus propios y mezquinos intereses y privan egoístamente a sus semejantes de las bendiciones de Dios. Mientras que en su providencia Dios ha cubierto la tierra con sus bondades, y llenado sus almacenes con provisiones para sustentar la vida, por todas partes hay necesidades y miseria. Una Providencia generosa ha puesto en las manos de sus agentes humanos bienes abundantes para suplir las necesidades de todos, pero los mayordomos de Dios son infieles. En el mundo que profesa ser cristiano se gasta en extravagante ostentación lo suficiente para suplir las necesidades de todos los hambrientos y vestir a todos los desnudos. Muchos de los que han tomado sobre sí el nombre de Cristo están gastando su dinero en placeres egoístas, en la satisfacción de los apetitos carnales, en bebidas alcohólicas y en exquisitos manjares, en casas extravagantes, ropas y muebles lujosos, mientras que apenas echan una mirada de compasión y dirigen una palabra de simpatía a los que sufren.

¡Cuánta miseria existe en el corazón mismo de

nuestros países llamados cristianos! Pensemos en la condición de los pobres en nuestras grandes ciudades. Allí hay multitudes que no reciben siquiera el cuidado o la consideración que se otorga a las bestias. Hay miles de niños miserables, haraposos y hambrientos, con el vicio y la degradación escritos en el rostro. Hay familias hacinadas en miserables tugurios, muchos de los cuales son sótanos oscuros que chorrean humedad y suciedad. En esos terribles lugares nacen niños que en su infancia y juventud no ven nada atractivo, ni perciben una vislumbre de las hermosas cosas naturales que Dios creó para deleitar los sentidos. Se deja a estos niños criarse y amoldar su carácter con la maldad, la miseria y los malos ejemplos que los rodean. Oyen el nombre de Dios solamente en blasfemias. Las palabras impuras, los efluvios del alcohol y el tabaco, la degradación moral de toda clase es lo que sus oídos y sus ojos perciben, y pervierten sus sentidos. Desde estas moradas miserables muchos que no saben nada de la oración claman por alimento y ropa.

Nuestras iglesias tienen que hacer una obra de la cual muchos no tienen idea, una obra apenas iniciada. “Porque tuve hambre” dice Cristo “y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí”. (Mateo 25:35, 36) Algunos piensan que todo lo que se espera de ellos es que den dinero para esta obra; pero están en un error. El dinero donado no puede reemplazar el ministerio personal. Es bueno que demos de nuestros recursos, y muchos más debieran hacerlo; pero se requiere de todos un servicio personal de acuerdo a sus fuerzas y oportunidades.

La obra de atender a los menesterosos, los oprimidos, los dolientes, los indigentes, es la obra que cada iglesia que cree la verdad para este tiempo debiera haber estado haciendo desde hace mucho. Debemos manifestar la tierna simpatía del samaritano y suplir las necesidades físicas, alimentar a los hambrientos, traer a los pobres sin hogar a nuestras casas, pedir a Dios cada día la gracia y la fuerza que nos habiliten para llegar a las

mismas profundidades de la miseria humana y ayudar a quienes no pueden ayudarse. Cuando hacemos esta obra, encontramos el momento oportuno para presentar a Cristo crucificado.

Cada miembro de la iglesia debe considerar que tiene el deber especial de trabajar por los que viven en su vecindario. Estudiad la mejor manera de ayudar a los que no tienen interés en las cosas religiosas. Mientras visitáis a vuestros amigos y vecinos, manifestad interés en su bienestar espiritual, tanto como en el temporal. Presentad a Cristo como el Salvador que perdona el pecado. Invitadlos a vuestra casa, y leed con ellos la preciosa Biblia y los libros que explican sus verdades. Esto, unido a himnos sencillos y oraciones fervientes, conmoverá su corazón. Enséñese a los miembros de la iglesia a hacer esta obra. Es tan importante como salvar a las almas sin luz en el extranjero. Mientras algunos se ocupan de las almas de países lejanos, que todos los que permanecen en su país se preocupen y trabajen con igual diligencia por la salvación de quienes los rodeen.



Las horas que con tanta frecuencia se dedican a las diversiones que no renuevan el cuerpo ni el alma, debieran dedicarse a visitar a los pobres, los enfermos y los dolientes, o a ayudar a algún necesitado.

Al tratar de ayudar a los pobres, los despreciados y los abandonados, no trabajéis como si estuvierais subidos en los zancos de vuestra dignidad y superioridad, porque en tal caso nada lograríais. Sed verdaderamente convertidos y aprended de Aquel que es manso y humilde de corazón. Debemos recordar siempre al Señor. Como siervos de Cristo, digamos con frecuencia, no sea que lo olvidemos: “He sido comprado con precio”.

Dios no sólo pide nuestra benevolencia, sino también nuestra buena disposición, nuestras palabras animadoras, nuestro apretón de manos. Mientras visitamos a los afligidos hijos de Dios, hallaremos a algunos que han perdido la esperanza. Devolvámosles la alegría. Hay quienes necesitan el

pan de vida; leámosles la Palabra de Dios. Sobre otros se extiende una tristeza que ningún bálsamo ni médico terrenal puede curar; oremos por ellos, y llevémoslos a Jesús.

En ocasiones especiales, algunos ceden a un sentimentalismo que los lleva a realizar acciones impulsivas. Creen que con eso prestan un gran servicio a Cristo, pero no es así. Su celo muere pronto, y descuidan su responsabilidad de prestar un servicio a Cristo. Lo que Dios acepta no es un servicio espasmódico; no son arrebatos de actividad emotiva lo que puede ser de beneficio para nuestros semejantes. Esos esfuerzos para hacer bien causan con frecuencia mayor perjuicio que beneficio.

Los métodos para ayudar a los menesterosos deben considerarse con cuidado y oración. Debemos pedir sabiduría a Dios, porque él sabe mejor que los mortales cortos de vista cómo debe cuidarse a las criaturas que él hizo. Hay quienes dan indiscriminadamente a todo el que solicita su ayuda. En esto se equivocan. Al tratar de ayudar a

los menesterosos, debemos esmerarnos por darles la ayuda debida. Ciertas personas se convertirán en un objeto central de caridad mientras se les ayude. Dependerán de otros mientras vean algo de lo cual puedan aprovecharse. Dándoles más tiempo y atención que lo debido, podemos estimular su ociosidad, incapacidad, extravagancia e intemperancia.

Cuando damos a los pobres debemos preguntarnos: “¿Estoy estimulando la prodigalidad? ¿Estoy ayudándolos o perjudicándolos?” Nadie que puede ganarse la vida tiene derecho a depender de los demás.

La expresión: “El mundo me tiene que sostener”, tiene en sí la esencia de la mentira, del fraude y del robo. El mundo no tiene que sostener a nadie que pueda trabajar y ganarse la vida. Pero si alguno llega a nuestra puerta y pide alimento, no debemos despedirlo hambriento. Su pobreza puede ser el resultado de la desgracia.

Debemos ayudar a los que, con familias

numerosas que sostener, tienen que luchar constantemente con la debilidad y la pobreza. Más de una madre viuda, con sus niños sin padre, trabaja más de lo que sus fuerzas le permiten a fin de conservar a sus pequeñuelos consigo y proveerles alimento y ropa. Muchas madres que están en esta situación han muerto por exceso de trabajo. Cada viuda necesita el consuelo de las palabras alentadoras, y muchas son las que debieran recibir ayuda material.

Algunos hombres y mujeres de Dios, con discernimiento y sabiduría, debieran ser designados para atender a los pobres y menesterosos, en primer lugar a los de la familia de la fe. Dichas personas debieran dar a la iglesia su informe y su opinión acerca de lo que debería hacerse.

En vez de animar a los pobres a pensar que pueden conseguir que se les provea gratis, o casi gratis, lo que necesitan para comer y beber, deberíamos ponerlos en condición de ayudarse a sí mismos. Debemos esforzarnos por proveerles trabajo, y si es necesario, enseñarles a trabajar.

Enséñese a los miembros de las familias pobres a cocinar, a hacer y arreglar su propia ropa, a cuidar debidamente su casa. Enséñese debidamente a los niños y niñas algún oficio u ocupación útil. Debemos educar a los pobres para que se sostengan a sí mismos. Esto será una verdadera ayuda, porque no sólo los hará autosuficientes, sino que los habilitará para ayudar a otros.

Es propósito de Dios que los ricos y los pobres estén estrechamente vinculados por lazos de simpatía y por un espíritu servicial. Él nos invita a interesarnos en todos los casos de padecimiento y necesidad que lleguen a nuestro conocimiento.

No pensemos que vamos a rebajar nuestra dignidad al atender a los dolientes. No miremos con indiferencia y desprecio a los que han arruinado el templo del alma. Ellos son objeto de la compasión divina. El que creó a todos tiene interés en todos. Aun los que han caído en lo más bajo no están fuera del alcance de su amor y compasión. Si somos verdaderamente sus discípulos, manifestaremos el mismo espíritu. El amor que es

inspirado por nuestro amor hacia Jesús verá en cada alma, sea pobre o rica, un valor que no puede ser medido por el cálculo humano. Revele nuestra vida un amor superior a cuanto pueda expresarse en palabras.

Con frecuencia, el corazón de los hombres se endurece bajo la reprensión; pero no puede resistir el amor que se les manifiesta en Cristo. Debemos invitar al pecador a no sentirse desechado por Dios. Invitémoslo a mirar a Cristo, que es el único capaz de sanar el alma contaminada por el pecado. Digámoselo al desesperado y desalentado doliente que es prisionero de la esperanza. Sea nuestro mensaje: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29)

Se me ha indicado que la obra médica misionera descubrirá en las mismas profundidades de la degradación a hombres que, aunque se han entregado a costumbres intemperantes y disolutas, responderán al trato apropiado. Pero es necesario reconocerlos y animarlos. Se necesita un esfuerzo firme, paciente y ferviente para elevarlos. No

pueden restaurarse a sí mismos. Pueden oír el llamamiento de Cristo, pero sus oídos están demasiado embotados para discernir su significado; sus ojos están demasiado ciegos para ver lo bueno que se ha reservado para ellos. Están muertos en delitos y pecados. Sin embargo, aun estos no están excluidos del banquete del Evangelio. Deben recibir la invitación: “Venid”. Aunque se sientan indignos, el Señor dice: “Fuérzalos a entrar”. No escuchéis excusa alguna. Con amor y bondad, asíos de ellos.

“Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvadlos arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor”. (Judas 20-23) Haced sentir a las conciencias los terribles resultados de la desobediencia a la ley de Dios. Demostrad que no es él quien causa el dolor ni el sufrimiento, sino que el hombre, por su propia ignorancia y pecado, atrajo esta condición sobre sí

mismo.

Esta obra, debidamente realizada, salvará a muchos pobres pecadores que han sido descuidados por las iglesias. Muchos que no pertenecen a nuestra fe, están anhelando la ayuda que los cristianos tienen el deber de darles. Si el pueblo de Dios quisiera manifestar verdadero interés en sus vecinos, muchos serían alcanzados por las verdades especiales para este tiempo. Nada puede dar tan buen nombre a la obra como ayudar a la gente donde está. Miles podrían estar regocijándose hoy en el mensaje, si los que aseveran amar a Dios y guardar sus mandamientos hubieran querido trabajar como Cristo trabajó.

Cuando la obra médica misionera conduzca a hombres y mujeres a un conocimiento salvador de Cristo y su verdad, se podrá invertir sin peligro dinero y trabajo diligente en ella; porque será una obra perdurable.



## Capítulo 34

# Cuidado de los huérfanos

Entre todos aquellos cuyas necesidades requieren nuestro interés, las viudas y los huérfanos tienen el mayor derecho a nuestra tierna simpatía. Son objeto del cuidado especial del Señor confiados a los cristianos. “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo”. (Santiago 1:27)

Más de un padre que murió en la fe, confiado en la eterna promesa de Dios, dejó a sus amados con la plena seguridad de que el Señor los cuidaría. Y ¿cómo provee el Señor para estos acongojados? No realiza un milagro enviando maná del cielo; no manda cuervos que les lleven alimento: provee a través de los corazones humanos, expulsando el egoísmo del alma y abriendo las fuentes de la benevolencia. Prueba el amor de quienes profesan seguirle, confiando a sus tiernas misericordias a los

afligidos y a los enlutados.

Que aquellos que aman al Señor abran su corazón y sus hogares para recibir a estos niños. No es el mejor plan cuidar a los huérfanos en grandes instituciones. Si no tienen parientes que puedan sostenerlos, los miembros de nuestras iglesias deben adoptar a estos pequeñuelos en sus familias o hallar hogares apropiados para ellos en otras casas.

Estos niños son en un sentido especial seres en quienes Cristo se fija, y descuidarlos es ofenderlo a él. Todo acto bondadoso expresado a ellos en el nombre de Jesús será aceptado por él como hecho a él mismo. Los que de alguna manera los privan de los recursos que debieran tener, los que consideran con indiferencia sus necesidades, serán castigados por el Juez de toda la tierra. “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderle? Os digo que pronto les hará justicia”. “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia” (Lucas 18:7, 8; Santiago 2:13) El

Señor nos ordena: “¿No es que... a los pobres errantes alberguez en casa?” (Isaías 58:7) El cristianismo debe proporcionar padres y madres y casas, a esos desamparados. La compasión hacia la viuda y el huérfano, manifestada en las oraciones y los actos correspondientes, será recordada delante de Dios y al fin será recompensada.

Un amplio campo de posibilidades espera a todos los que deseen trabajar por el Maestro, cuidando a niños y jóvenes que han sido privados de la dirección vigilante de sus padres y de la influencia subyugadora de un hogar cristiano. Muchos de ellos han heredado malos hábitos, y si se los deja crecer en la ignorancia, serán influenciados por compañías que pueden conducirlos al vicio y el crimen. Estos niños poco promisorios necesitan estar en un ambiente favorable para la formación de un carácter adecuado, para que puedan llegar a ser hijos de Dios.

Vosotros que profesáis ser hijos de Dios, ¿estáis haciendo vuestra parte para enseñar a estos

que tanto necesitan que se los guíe pacientemente al Salvador? ¿Estáis haciendo vuestra parte como fieles siervos de Cristo? ¿Estamos cuidando de estas mentes que todavía no se han formado, y que tal vez no estén bien disciplinadas, con el mismo amor que Cristo manifestó hacia nosotros? El alma de los niños y de los jóvenes está en peligro mortal si se los abandona a sí mismos. Necesitan instrucción paciente, amor y tierno cuidado cristiano.

Si no hubiese revelación que señalase nuestro deber, el mismo espectáculo que ven nuestros ojos, y lo que sabemos de la inevitable relación entre causa y efecto, deberían inducirnos a rescatar a esos infortunados. Si los miembros de la iglesia quisieran dedicar a esta obra la energía, el tacto y la habilidad que emplean en los negocios comunes de la vida, si pidiesen sabiduría a Dios y procurasen fervorosamente amoldar estas mentes indisciplinadas, podrían rescatarse muchas almas que están a punto de perecer.

Si los padres sintiesen por la salvación de sus

propios hijos la solicitud que debieran sentir, si los llevasen al trono de la gracia en sus oraciones y viviesen de acuerdo con ellas, sabiendo que Dios quiere ayudarlos, podrían tener éxito en su trabajo por los niños que no son de su propia familia, especialmente por aquellos que no pueden recibir consejos ni dirección de sus propios padres. El Señor invita a todo miembro de la Iglesia a cumplir su deber hacia esos huérfanos.

### **Una obra como la de Cristo**

Al atender a los niños no debemos obrar simplemente por deber; sino por amor, porque Cristo murió para salvarlos; compró estas almas que necesitan nuestro cuidado, y espera que las amemos como él nos amó en nuestros pecados y extravíos. El amor es el medio por el cual Dios obra para atraer el corazón hacia sí; porque “Dios es amor”. Este principio es el único que resulta eficaz en cualquier empresa de misericordia. Lo finito debe unirse con el Infinito.

Esta obra en favor de los necesitados requerirá

dedicación, abnegación y sacrificio personal. Pero ¿qué es un pequeño sacrificio comparado con el sacrificio que Dios hizo por nosotros en la dádiva de su Hijo unigénito?

Dios nos imparte su bendición para que la compartamos con otros. Cuando le pedimos nuestro pan cotidiano, él se fija en nuestra intención para ver si nos proponemos compartirlo con quienes lo necesitan más que nosotros. Cuando oramos: “Dios, sé propicio a mí pecador”, procura detectar si manifestaremos compasión con el prójimo. Expresamos nuestra relación con Dios si somos misericordiosos como lo es nuestro Padre celestial. Dios da constantemente. ¿Y a quiénes concede sus dones? ¿A los que tienen un carácter intachable? Él “Que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”. (Mateo 5:45) No obstante el carácter pecaminoso de la humanidad, a pesar de que tan a menudo agraviamos el corazón de Cristo y no merecemos el perdón, cuando se lo pedimos él no nos rechaza. Nos ofrece gratuitamente su amor con esta exhortación: “Que os améis unos a otros; como yo

os he amado”. (Juan 13:34)

Hermanos y hermanas, os pido que consideréis cuidadosamente este asunto. Pensad en las necesidades de los huérfanos. ¿No se conmueven vuestros corazones cuando presenciáis sus sufrimientos? Ved si no podéis hacer algo para atender a estos seres desamparados. En la medida en que podáis hacerlo, dad hogar a los que no lo tienen. Esté cada uno listo para ayudar en dicha obra. El Señor dijo a Pedro: “Apacienta mis corderos”. Es una orden, y al abrir nuestros hogares a los huérfanos, contribuimos a que se cumpla. No permitamos que Jesús se frustre con nosotros.

Tomemos estos niños y presentémoslos a Dios como una ofrenda fragante. Pidamos su bendición sobre ellos, y luego moldeémoslos de acuerdo a la orden de Cristo. ¿Aceptará nuestro pueblo este santo cometido? A causa de nuestra piedad superficial y ambición mundana, ¿dejaremos que esos seres por quienes Cristo murió sufran y vayan por malos caminos?

La Palabra de Dios contiene abundantes instrucciones sobre el trato que debemos dar a la viuda, al huérfano y al pobre doliente y menesteroso. Si todos las obedecieran, el corazón de la viuda cantaría de gozo; los pequeñuelos hambrientos serían alimentados; se vestiría a los indigentes; y revivirían los que están a punto de perecer. Los seres celestiales nos observan y cuando, motivados por nuestro celo por la honra de Cristo nos coloquemos en el camino de la providencia divina, estos mensajeros celestiales nos impartirán un nuevo poder espiritual para que podamos subsanar las dificultades y triunfar sobre todos los obstáculos.

¡Qué bendición recibirán los que trabajen! Para muchos que son ahora indolentes, egoístas y centrados en sí mismos, esto sería como resucitar. Reviviría entre nosotros la caridad celestial, la sabiduría y el celo.

### **Adopción de huérfanos por esposas de pastores**



Se ha preguntado si la esposa de un ministro debe adoptar niños pequeños. Respondo: Si ella no tiene inclinación ni idoneidad para dedicarse a la obra misionera fuera de su casa, y siente que es su deber recibir niños huérfanos y cuidarlos, puede hacer una buena obra. Pero elija los niños en primer lugar de entre los hijos huérfanos de observadores del sábado. Dios bendecirá a hombres y mujeres que, con corazón voluntario, compartan su hogar con estos niños desamparados. Pero si la esposa del ministro está capacitada para educar a otros, debe consagrar sus facultades a Dios como obrera cristiana. Debe ser una verdadera ayuda para su esposo, apoyándolo en su trabajo, perfeccionando su intelecto y contribuyendo a dar el mensaje. Está abierto el camino para que mujeres humildes y consagradas, dignificadas por la gracia de Cristo, visiten a los que necesitan ayuda e impartan luz a los desalentados. Pueden animar a los que están agobiados y abatidos, orar con ellos y conducirlos a Cristo. Las personas tales no deben dedicar su tiempo y fuerza a un niño huérfano que requiere constante cuidado y atención. No deberán atarse las manos

voluntariamente.

## **Hogares para huérfanos**

Cuando se haya hecho todo lo posible para atender a los huérfanos en nuestros propios hogares, quedarán todavía muchos menesterosos en el mundo que deberán ser atendidos. Pueden ser andrajosos, sin gracia y en nada atrayentes; pero fueron comprados con precio, y son tan estimables a la vista de Dios como nuestros propios pequeñuelos. Son propiedad de Dios, y por ellos son responsables los cristianos. “Sus almas--dice Dios--demandaré de tu mano”.

Cuidar de estos menesterosos es buena obra; pero en esta época del mundo, el Señor no ordena a nuestro pueblo que establezca grandes y costosos establecimientos con este fin. Sin embargo, si hay entre nosotros quienes se sientan llamados por Dios a establecer instituciones dedicadas a cuidar de los niños huérfanos, cumplan lo que consideran su deber. Pero al hacerlo deben solicitar la ayuda del mundo. No deben recurrir al pueblo a quien el

Señor confió la obra más importante que haya sido dada a los hombres: una obra que consiste en proclamar el último mensaje de misericordia a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. La tesorería del Señor debe mantener un excedente para sostener la obra del Evangelio en “las regiones remotas”.

Los que sienten la preocupación de establecer tales instituciones, deben emplear personas hábiles para presentar sus necesidades y recaudar fondos. Despierten a la gente del mundo, recurran a las iglesias de otras denominaciones; a los hombres que sienten la necesidad de que se haga algo en favor de los pobres y huérfanos. En toda iglesia hay quienes temen a Dios. Diríjense a ellos, porque Dios les ha dado esta obra. Las instituciones que han sido establecidas por nuestro pueblo para cuidar de los huérfanos, los enfermos y ancianos de entre nosotros, deben ser sostenidas. No se las debe dejar languidecer, ni permitir que sean un oprobio para la causa de Dios. La ayuda prestada para sostener las instituciones debe considerarse, no solamente un deber, sino un precioso privilegio. En

vez de hacernos regalos inútiles unos a otros, compartamos nuestros recursos con los pobres y los desamparados. Cuando el Señor vea que estamos haciendo lo mejor que podemos para aliviar a estos necesitados, impresionará a otros a cooperar en esta buena obra.

El propósito de un orfanato no debe ser solamente proveer a los niños alimentos y ropas, sino ponerlos bajo el cuidado de maestros cristianos que los educarán en el conocimiento de Dios y de su Hijo. Los que hacen este trabajo deben ser hombres y mujeres de gran corazón, que se inspiraron con entusiasmo a los pies de la cruz del Calvario. Deben ser hombres y mujeres educados y abnegados; que trabajarán como Cristo trabajó, para la causa de Dios y de la humanidad.

A medida que esas personas sin hogar sean ubicadas donde puedan aprender, ser felices y llegar a ser hijos e hijas del Rey celestial, se irán preparando para desempeñar un papel semejante al de Cristo en la sociedad. Se las debe educar para que ellas a su vez ayuden a otros. Así se extenderá

la buena obra y se perpetuará.

¿Qué madre amó jamás a su hijo como Jesús ama a los suyos? Él mira el carácter mancillado con dolor más hondo y más punzante que el de cualquier madre. Ve la retribución futura de una mala conducta. Por lo tanto, hágase todo lo posible en favor del alma desatendida.

## Capítulo 35

# **La obra médica misionera y el mensaje del tercer ángel**

Se me ha instruido repetidamente en el sentido de que la obra médica misionera debe tener con la obra del tercer ángel la misma relación que tienen el brazo y la mano con el cuerpo. Bajo la dirección de la Cabeza divina han de trabajar unidas en la preparación del camino para la venida de Cristo. El brazo derecho del cuerpo de la verdad debe estar constantemente activo, obrando de continuo, y Dios lo fortalecerá. Sin embargo, no debe transformarse en el cuerpo entero. El cuerpo no debe decir al brazo: “No te necesito”. El cuerpo necesita al brazo para hacer una obra activa y agresiva. Ambos tienen su obra señalada, y cada uno sufrirá gran pérdida si obra independientemente del otro.

La obra de predicar el mensaje del tercer ángel no ha sido considerada por algunos como Dios

quiere que lo sea. Ha sido tratada como una obra inferior, mientras que debiera ocupar un lugar importante entre los instrumentos humanos para la salvación del hombre. Es necesario llamar la atención del mundo a las Escrituras como el agente más eficaz para la salvación de las almas: el ministerio de la Palabra es la gran fuerza educativa que ha de producir este resultado. Los que desprecian el ministerio y procuran dirigir independientemente la obra médica misionera, tratan de separar el brazo del cuerpo. ¿Cuál sería el resultado si tuviesen éxito? Veríamos manos y brazos volando de aquí para allá, distribuyendo recursos sin la dirección de la cabeza. La obra llegará a ser desproporcionada y desequilibrada. Lo que Dios destinó a ser mano y brazo tomaría el lugar de todo el cuerpo, y el ministerio sería empequeñecido o totalmente pasado por alto. Esto desequilibraría las mentes y produciría confusión, y muchas partes de la viña del Señor quedarían sin cultivar.

La obra médica misionera debe ser parte de la obra de toda iglesia en nuestro país. Separada de la

iglesia, no tardaría en ser una extraña mezcla de átomos desorganizados. Consumiría, pero no produciría. En vez de actuar como mano auxiliadora de Dios para hacer progresar su verdad, minaría la vida y la fuerza de la iglesia, y debilitaría el mensaje. Dirigida independientemente, no sólo absorbería talentos y recursos que se necesitarían en otros ramos, sino que en la misma obra de ayudar a los dolientes aisladamente del ministerio de la Palabra pondría a los hombres en posición de burlarse de la verdad bíblica.

El ministerio evangélico es necesario para dar permanencia y estabilidad a la obra médica misionera; y el ministerio necesita la obra médica misionera para mostrar la parte práctica del Evangelio. Ninguna parte de la obra es completa sin la otra.

El mensaje de la pronta venida del Salvador debe ser proclamado en todo el mundo, y debiera caracterizarlo una solemne dignidad en todos sus ramos. Debe cultivarse una viña muy extensa, y el



labrador hábil la trabajará de tal manera que cada parte produzca fruto. Si en la obra médica misionera se mantienen puros los principios de la verdad, sin que los contamine nada que pudiera empañar su brillo, el Señor la dirigirá. Si los que llevan las cargas pesadas se mantienen firmes y leales a los principios de la verdad, el Señor los sostendrá.

La unión que debe existir entre la obra médica misionera y el ministerio evangélico se presenta claramente en el capítulo 58 de Isaías. Hay sabiduría y bendición para los que quieran dedicarse a la obra allí representada. Este capítulo es explícito, y tiene lo suficiente para iluminar a cualquiera que desee hacer la voluntad de Dios. Ofrece amplia oportunidad de ministrar a la humanidad doliente y de ser al mismo tiempo instrumentos en la mano de Dios para comunicar la luz de la verdad a un mundo que perece. Si la obra del mensaje del tercer ángel se lleva a cabo debidamente, no se asignará al ministerio un lugar inferior, ni se descuidará a los pobres y enfermos. En su Palabra, Dios ha unido estas dos secciones

de la obra, y nadie debe separarlas.

Existe el peligro de perder de vista los importantes principios de la verdad al efectuar la obra que debemos hacer para favorecer a los pobres; pero debemos recordar siempre que al ejecutarla hay que incluir las necesidades espirituales de la persona necesitada. En nuestros esfuerzos por aliviar las necesidades temporales, corremos el peligro de separar del último mensaje evangélico sus cualidades más importantes. En la forma como se ha llevado a cabo en algunos lugares, la obra médica misionera ha usado talentos y recursos que pertenecen a otros ramos de la obra, y se ha descuidado el trabajo que debía hacerse entre los que son manifiestamente más espirituales.

Debido a las siempre crecientes oportunidades para atender toda clase de necesidades temporales, existe el peligro de que la obra médica eclipse el mensaje que Dios nos ha dado para que lo proclamemos en toda ciudad, a saber, que Cristo vendrá pronto, y que es necesario obedecer los mandamientos de Dios y al testimonio de Jesús.

Este mensaje es el que debe preocuparnos en nuestra obra. Debe ser proclamado con fuerte clamor a todo el mundo. Tanto en nuestra patria como en los campos extranjeros, debe acompañarlo la presentación de los principios del sano vivir, pero sin independizarse de él ni reemplazarlo. Esta fase de la obra, sin embargo, no debe absorber tanto nuestra atención que disminuya la importancia de los demás departamentos. El Señor nos ha ordenado que consideremos la obra en todos sus aspectos, para que tenga un desarrollo proporcionado, simétrico y bien equilibrado.

La verdad para este tiempo abarca todo el Evangelio; por eso, debidamente presentada, realizará cambios en la persona que pondrán en evidencia el poder de la gracia de Dios sobre el corazón. Hará un trabajo completo en el ser humano, y lo desarrollará integralmente. Por lo tanto, no se trace ninguna línea de demarcación entre la verdadera obra médica misionera y el ministerio evangélico. Fusi6nense ambos al dar esta invitaci6n: “Venid... todo est preparado”. Manteneos vinculados por una uni6n inseparable,

como el brazo está unido al cuerpo.

## Los obreros médicos misioneros

El Señor necesita toda clase de obreros hábiles. “Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros; a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. (Efesios 4:11-13)

Todo hijo de Dios debe tener un criterio santificado para considerar la causa en su conjunto y la relación de cada parte con las La obra médica misionera y el mensaje del tercer ángel 269 demás, para que ninguna se perjudique. El campo es vasto, y hay una gran obra de reforma que ejecutar, no en uno o dos ramos, sino en todos. El trabajo médico misionero es parte de esta obra de reforma, pero nunca debería convertirse en la causa de separación de su campo de labor a los obreros del ministerio.

La educación de los estudiantes de medicina no es completa si no se preparan para trabajar en conexión con la iglesia y el ministerio, y la utilidad de los que se están preparando para el ministerio sería mucho mayor si recibieran instrucción acerca del extenso e importante tema de la salud. Se necesita la influencia del Espíritu Santo para que la obra esté debidamente equilibrada, y que pueda progresar sólidamente en todo ramo.

### **“Avanzad juntos”**

La obra del Señor es una, y su pueblo ha de ser uno. El no ha indicado que alguna parte del mensaje se lleve adelante independientemente o llegue a absorberlo todo. En todas sus labores, unió la obra médica misionera con el ministerio de la Palabra. Envió a los doce apóstoles, y más tarde a los setenta, a predicar el Evangelio. Les dio también poder para sanar a los enfermos y echar fuera demonios en su nombre. Así también los obreros del Señor deben hacer su obra. El mensaje que nos llega hoy, es: “Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto,

sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”. (Juan 20:21, 22)

Satanás inventará cuantos planes pueda para separar a los que Dios procura unir. Pero no debemos permitir que sus ardides nos desvíen, Si la obra médica misionera se lleva a cabo como parte del Evangelio, los del mundo verán el bien que se está realizando; quedarán convencidos de su pureza y contribuirán para sostenerla.

Nos estamos acercando al fin de la historia de este mundo, y Dios invita a todos a enarbolar el estandarte que lleva la inscripción: Aquí están “los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús”. (Apocalipsis 14:12) Llama a su pueblo a trabajar en perfecta armonía. Pide a los que están empeñados en nuestra obra médica a unirse con el ministerio y a éste a cooperar con los obreros médicos misioneros; también invita a la iglesia a asumir el deber que le ha señalado mantener en alto: el estandarte de la verdadera reforma en su propio territorio, dejando libres a los obreros preparados y experimentados para que avancen

hacia nuevos campos. Nadie debe pronunciar ninguna palabra desalentadora, porque eso agravia el corazón de Cristo y llena de alegría al adversario. Todos necesitan ser bautizados por el Espíritu Santo; todos deben evitar censurar y hacer observaciones despectivas; en cambio deben acercarse más a Cristo, para apreciar las pesadas responsabilidades que están llevando los que colaboran con él. “Avanzad juntos; avanzad juntos”, son las palabras de nuestro instructor divino. La unión hace la fuerza; en la división hay debilidad y derrota.

En nuestra obra en favor de los pobres e infortunados, necesitaremos ser precavidos, para evitar acumular responsabilidades que no podamos desempeñar. Antes de adoptar planes y métodos que requieran un gran uso de recursos, debemos considerar si tendrán la aprobación divina. Dios no aprueba que se fomente un ramo de trabajo en desmedro de los demás. Él desea que la obra médica misionera prepare el camino para la presentación de la verdad salvadora para este tiempo: la proclamación del mensaje del tercer

ángel. Si esto se cumple, el mensaje no será eclipsado ni estorbado su progreso.

Lo que Dios requiere no son numerosas instituciones, grandes edificios, ni mucha ostentación; sino la acción armoniosa de un pueblo peculiar, un pueblo precioso, escogido por él. Cada uno debe ocupar su lugar, pensando, hablando y actuando en armonía con el Espíritu de Dios. Entonces, pero no antes, será la obra un todo completo y simétrico.



## Capítulo 36

# Descuidados por la Iglesia y el ministerio

En la invitación a la cena evangélica, el Señor Jesús ha especificado la obra que debe realizarse; la obra que debe ocupar a cada iglesia en todas partes, hacia los cuatro puntos cardinales.

Las iglesias necesitan que sus ojos sean ungidos con el colirio celestial, para que puedan ver las múltiples oportunidades que tienen a su alrededor de ministrar en el servicio de Dios. El Señor ha llamado a su pueblo repetidamente para salir a los caminos y veredas, y urgir a la gente a entrar para que su casa se llene; sin embargo, aun a la sombra de nuestras propias puertas se encuentran familias por las que no hemos mostrado interés suficiente para hacerles pensar que nos preocupamos por ellas. Esta obra que tenemos delante de nosotros es la que el Señor ahora le suplica a su iglesia que emprenda. No debemos

pararnos y decir: “¿Quién es mi prójimo?” Debemos recordar que nuestro prójimo es el que necesita más de nuestra ayuda y simpatía. Nuestro prójimo es cada alma que está herida y maltratada por el adversario. Nuestro prójimo es todo aquel que pertenece a Dios. En Cristo, las diferencias marcadas por los judíos respecto a quién era su prójimo, desaparecen. No hay límites territoriales, distintivos artificiales, castas ni aristocracia.

## **Oportunidades limitadas**

En nuestras iglesias no se ha manifestado ampliamente la actitud del Buen Samaritano. Muchos necesitados de ayuda han sido descuidados, así como el sacerdote y el levita despreciaron al extranjero herido y magullado que fue dejado a la vera del camino para que muriera. Los mismos que necesitaban el poder del Sanador divino para que curara sus heridas, lo dejaron sin ofrecerle ayuda y como si no existiera. Muchos han obrado como si fuera suficiente saber que Satanás tenía su trampa lista para un alma, y que podían irse a la casa sin importarles la oveja perdida. Es

evidente que los que manifiestan tal actitud, no han sido participantes de la naturaleza divina, sino de los atributos del enemigo de Dios.

Alguien debe cumplir la misión que Cristo dio; alguien debe continuar la obra que él comenzó en el mundo, y se ha dado este privilegio a la iglesia. Ha sido organizada para esto. ¿Por qué, entonces, los miembros de la iglesia no han aceptado la responsabilidad? Hay algunos que han observado este descuido; han visto la necesidad de muchos que sufren y pasan penurias; han reconocido en estas pobres almas a aquellos por quienes Cristo dio su vida, y sus corazones han sido estremecidos con piedad, poniendo sus energías en acción. Han iniciado la obra de organizar a los que colaboran con ellos llevando la verdad del Evangelio a los que en el presente se encuentran en el vicio y la iniquidad, para que sean redimidos de una vida de disipación y pecado. Los que han estado haciendo esta obra de ayuda cristiana, cumplen con lo que el Señor desea que hagan, y él acepta lo que hacen. Lo que se ha hecho en este aspecto es la obra con la cual todo adventista del séptimo día debe

simpatizar de todo corazón, respaldarla y asirse del Señor para lograrlo. Al descuidar la misión que está dentro de sus propias fronteras, al rehusar llevar estas responsabilidades, la iglesia sufre una gran pérdida. Si la Iglesia hubiera hecho esta obra como debía, habría sido el medio de salvación para mucha gente.

El Señor no ha mirado con simpatía a su iglesia por causa de su descuido. Se ha hecho evidente en muchos el amor por la despreocupación y la complacencia egoísta. Algunos que han gozado del privilegio de conocer la verdad bíblica no la han entronizado en el santuario de su alma. Dios los responsabiliza por los talentos que no han usado en servicio fiel y honesto, realizando todo esfuerzo posible para buscar y salvar los que estaban perdidos. Se representa a estos siervos negligentes viniendo a la cena de bodas sin el vestido apropiado, el vestido de la justicia de Cristo. Han aceptado la verdad nominalmente, pero no la practican. Profesamente circuncidados, en realidad están entre los incircuncisos. ¿Por qué no nos entusiasmamos con el Espíritu de Cristo? ¿Por qué

somos tan poco sensibles a los lamentos lastimeros de un mundo lleno de sufrimientos? ¿Consideramos nuestro exaltado privilegio, agregar una estrella a la corona de Cristo, un alma librada de las cadenas con las cuales Satanás la había atado, un alma rescatada para el reino de Dios? La iglesia debe reconocer su obligación de llevar el Evangelio de la verdad presente a cada criatura. Os ruego que leáis los capítulos tres y cuatro de Zacarías. Si se entienden y aceptan estos capítulos, una obra será hecha por aquellos que están hambrientos y sedientos de justicia, una obra que significa para la iglesia: “Adelante y hacia arriba”.

### **Resultados de la negligencia**

Todos los miembros de la iglesia deben participar activamente en la obra misionera dondequiera que se establezca una iglesia. Deben visitar cada familia en el vecindario y conocer su condición espiritual. Si los profesos cristianos hubieran participado en esta obra desde que sus nombres fueron escritos en los libros de la iglesia, no habría ahora una incredulidad tan grande, tales

abismos de iniquidad, la maldad sin paralelos que se ve en el mundo actualmente. Si cada miembro de iglesia hubiera procurado iluminar a otros, miles y miles estarían hoy con el pueblo de Dios que observa sus mandamientos. Y no solamente en el mundo vemos el resultado de la negligencia de la iglesia para trabajar en las filas de Cristo. Esta negligencia ha permitido que se introduzcan en la iglesia actitudes que han eclipsado la importancia de la obra de Dios. Se ha introducido un espíritu de crítica y resentimiento, y en muchos se ha opacado el espíritu de discernimiento. Por este motivo, la causa de Cristo ha sufrido una enorme pérdida. Inteligencias celestiales han estado esperando para colaborar con los agentes humanos, pero su presencia no ha sido notada.

### **Necesidad de arrepentimiento**

Ahora es el momento propicio para arrepentirnos. Todo miembro del pueblo de Dios debe interesarse individualmente en la obra de hacer el bien. Deben unirse en anhelantes esfuerzos por elevar e iluminar a sus conciudadanos. Deben

llevar el vestido de bodas que Cristo ha provisto para que estén en condición de trabajar en sus filas. No debieran recibir la gracia de Dios en vano. Con humilde y devota reverencia debieran trabajar a diestra y siniestra, consagrando a Dios todo su servicio y todas sus capacidades.

Debe producirse un despertar entre el pueblo de Dios. La iglesia en su totalidad será probada. El que se inclina hacia el mundo, el que medita y hace planes, el que tiene la mente constantemente ocupada en su negocio, debiera buscar la sabiduría en asuntos de interés eterno. Si ddedicara tanta energía en asegurar los tesoros celestiales y la vida que se mide por la vida de Dios, como lo hace para lograr ganancias mundanales, ¿qué no lograría?

El mayordomo infiel no se enriqueció con los recursos de su amo; simplemente no los puso a trabajar. Permitted que el ocio reemplazara el esfuerzo sincero y generoso. Fue infiel al apropiarse de los bienes de su señor. Siervo infiel, ¿no ves que perderás tu alma si no cooperas con Dios y maximizas tus talentos para el Maestro? Se

te dio la mente para que entendieras cómo trabajar. Se te dieron ojos para que pudieras ser sabio para discernir las oportunidades que Dios te da. Tus oídos son para escuchar los mandamientos de Dios. Tus rodillas son para inclinarte tres veces al día en sincera oración. Tus pies son para correr por la senda de los mandamientos de Dios. El pensamiento, esfuerzo y talento debieran ser puestos en actividad para que podáis estar preparados para graduaros en la escuela de lo alto y oír de los labios de Uno que ha vencido toda tentación por nosotros: “Al que venciere yo le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”. “Así dice Jehová de los ejércitos: si anduvieres por mis caminos, y guardares mi ordenanza, también tú gobernarás mi casa, también guardarás mis atrios, y entre estos que aquí están te daré lugar” (Apocalipsis 3:21; Zacarías 3:7) Si no colaboras con Dios entregándote a él y le sirves, serás juzgado como no apto para ser ciudadano de su inmaculado reino celestial.



## **Descuidados por el ministerio**

En tanto que se me ha encomendado señalar el peligro de influir exageradamente en favor de asuntos que atañen a las actividades médicas misioneras, hasta el punto de descuidar otros ramos de servicio, esto no deja sin responsabilidad a los que se han mantenido alejados de la obra médica misionera. Los que no han simpatizado con esta obra, debieran cuidar ahora la forma como se expresan, pues, no tienen conocimiento respecto a este asunto. Cualquiera sea la posición que ocupen en la Asociación, debieran tener cuidado al expresar sentimientos que no ayudarán a nadie. La indiferencia y la oposición que algunos han manifestado referente a este asunto, son inconsecuentes con sus palabras que deberían ejercer una influencia edificante. No tienen una apreciación clara.

Algunos están preocupados y confundidos porque la obra médica se está saliendo de cauce, pues, al recibir tantos talentos y recursos, supera sobradamente el trabajo que se realiza en otros

frentes. ¿Qué sucede? ¿Es que los dirigentes de la obra médica misionera están haciendo demasiado o es que los dirigentes de otros ramos están haciendo muy poco? Se me ha mostrado que en muchas actividades de la obra estamos haciendo solamente una pequeña parte de lo que debe hacerse. No se está manifestando como debiera fe, celo ni energía en la obra del ministerio. Los esfuerzos de muchos son débiles y sin espiritualidad. Es evidente que no hemos actuado de acuerdo con la luz que el Señor nos ha dado referente a nuestro deber y privilegios. Los hombres han superpuesto los planes de Dios con los propios. Se me ha comisionado para que diga que la prosperidad de la obra médica misionera tiene el beneplácito de Dios. Esta obra debe llevarse a término; la verdad debe ser llevada por los caminos y los vallados. Los pastores y los miembros de iglesia debieran despertar y ver la necesidad de cooperar en esta obra.

Los que han sentido el peso del trabajo han testificado con ardiente e incansable energía mediante sus obras que no están contentos de ser meros creyentes de la teoría. Han procurado andar

en la luz. Han practicado lo que creen. Han combinado la fe con las obras. Han hecho precisamente la obra que el Señor ha pedido que se haga, y mucha gente ha sido iluminada, convencida y atendida.

Sorprende la indiferencia de nuestros pastores respecto a la reforma pro salud y la obra médica misionera. Aun los que no profesan ser cristianos tratan el tema con mayor consideración que algunos de nuestra propia iglesia, y nos llevan la delantera.

¿Por qué, me pregunto, algunos de nuestros hermanos ministeriales están tan atrasados en la proclamación del importante tema de la temperancia? Mis hermanos, el mensaje para vosotros es: “Sostened la obra de la reforma pro salud y marchad”. Si pensáis que la obra médica misionera se está saliendo de proporciones, llevad a los hombres que han estado trabajando en estas filas con vosotros a vuestros campos de labor, y poned dos aquí y dos allá. Aceptad a estos médicos misioneros como aceptaríais a Cristo y ved qué

obra pueden hacer. Descubriréis que no son enanos en su experiencia religiosa. Ved si en esta forma no podréis encauzar muchas de las corrientes vitales del cielo dentro de la iglesia. Ved si no hay algunos que podrían adquirirán la educación que tanto necesitan y que podrían decir: “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecado, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”. (Efesios 2:4-6) Nuestra gran necesidad es la unidad, perfecta unión en la obra de Dios.

Los que no pueden apreciar la importancia y la fuerza de la obra médica misionera no deben sentirse autorizados para tratar de controlar ningún aspecto de ella. Necesitan un mayor conocimiento en todas las fases de la reforma pro salud. Necesitan ser purificados, santificados y ennoblecidos. Necesitan ser moldeados y hechos a semejanza divina. Entonces verán que la obra médica misionera es parte de la obra de Dios. La razón por la que muchos miembros de iglesia no

entienden este departamento de la obra, es porque no están siguiendo a su Líder paso a paso en abnegación y sacrificio de sí mismos. La obra médica misionera es la obra de Dios y tiene su aprobación, y aunque los recursos no deben emplearse solamente en este ramo de trabajo, hasta el punto de hacerle daño o imposibilitar el trabajo que debiera hacerse en nuevos campos, no debiera restársele importancia.

El ministerio evangélico es una organización para la proclamación de la verdad tanto al enfermo como al que goza de salud. Combina el trabajo misionero médico y el ministerio de la palabra. Mediante la combinación de estas dos actividades surgen oportunidades para comunicar luz y presentar el Evangelio a todas las clases sociales. Dios desea que tanto los pastores como miembros de iglesia muestren un interés decidido y activo en la obra médica misionera.

Llegar hasta la gente en el lugar preciso donde se encuentra, sin importar su posición ni su condición, y ayudar en todo lo que sea posible: en

esto consiste el ministerio evangélico. Los que están enfermos físicamente, casi siempre están también enfermos anímicamente; y cuando el alma está enferma, eso también afecta el cuerpo. Los pastores debieran sentir que es parte de su trabajo atender a los enfermos y a los afligidos siempre que se presente la oportunidad. El ministro del Evangelio debe presentar el mensaje para que las personas sean santificadas y estén listas para la venida del Señor. Esta obra debe cubrir todo lo que abarca el ministerio de Cristo.

Entonces, ¿por qué no todos los ministros cooperan de corazón con los que llevan adelante la obra médica misionera? ¿Por qué no estudian cuidadosamente la vida de Cristo, para saber cómo trabajó él y así imitarlo? ¿Es para que vosotros, los ministros escogidos de Cristo, los que disfrutáis de su ejemplo ante vosotros, salgáis al frente y critiquéis precisamente la obra que él vino a realizar entre los hombres? La obra que se lleva a cabo ahora en las filas médicas misioneras debiera haberse hecho hace muchos años, y debió haberse completado si el pueblo de Dios hubiera estado

plenamente convertido a la verdad, si hubiera estudiado la palabra con corazón humilde, si hubiera reverenciado al Dios del universo y estudiado su voluntad en vez de practicar la complacencia de sí mismos. Si nuestro pueblo hubiera realizado esta obra, muchas personas con dones e influencia se habrían convertido y unido a nosotros en la proclamación del mensaje del pronto regreso de Cristo.

Los conocedores de la fisiología y la higiene descubrirán en su quehacer ministerial que este conocimiento es un medio por el cual pueden iluminar a otros respecto al tratamiento correcto e inteligente de las facultades físicas, mentales y morales. Por lo tanto, los que se preparan para el ministerio debieran estudiar diligentemente el organismo humano para saber cómo cuidar el cuerpo, no a través de productos químicos en forma de medicamentos, sino del laboratorio mismo de la naturaleza. El Señor bendecirá a todos los que hagan esfuerzos por mantenerse libres de enfermedad y que guíen a otros a considerar como sagrada la salud, tanto del cuerpo como del alma.

Los embajadores de Cristo, a quienes se han encargado los oráculos vivientes de Dios, pueden ser doblemente útiles si saben cómo ayudar al enfermo. Un conocimiento práctico de la reforma pro salud capacitará mejor a hombres y mujeres para proclamar el mensaje de misericordia y retribución al mundo.

Los ministros deben ser educadores que comprenden y aprecian las necesidades de la humanidad. Debieran animar a los miembros de iglesia a adquirir conocimiento práctico de todos los aspectos de la obra misionera, para que sean una bendición para todos. Debieran estar listos a fin de distinguir a los que aprecian los asuntos relacionados con la vida espiritual, a los que tienen tacto y habilidad para velar por la gente y atenderla en su necesidad, como responsables de ella delante de Dios. También debieran ayudar a organizar las fuerzas de trabajo de la iglesia, para que hombres, mujeres y jóvenes de diferentes temperamentos, en distintas vocaciones y posiciones, se responsabilicen de la obra que debe hacerse,



usando los talentos que Dios les dio en el servicio del Maestro.

Nuestras ideas acerca de la generosidad cristiana deben ponerse en práctica si deseamos que aumenten. El trabajo práctico logrará mucho más que los sermones. Las ideas de nuestros pastores deben conocerse, y basados en una genuina experiencia personal, debieran pronunciar palabras que despierten las energías adormecidas del pueblo. Por medio de una relación cotidiana con Dios, debieran obtener una visión más profunda dentro de su propia vida y la de otras personas, estrechando así el círculo de influencia. De esta manera serán colaboradores con Cristo, capaces de iluminar a otros porque ellos mismos son portadores de luz.

A medida que los miembros de la iglesia refuercen su fundamento y aumenten su solidez afirmando sus almas en la Roca eterna, a medida que aprendan a amar a Dios supremamente, aprenderán también a amar a su prójimo como a sí mismos.

El poder de Dios se magnifica cuando el corazón humano es tierno y sensible a las necesidades de otros, y compasivo con sus sufrimientos. Los ángeles de Dios están listos para cooperar con los agentes humanos para ministrar a la gente. Cuando el Espíritu Santo obre en nuestros corazones y mentes, no rehuiremos deberes ni responsabilidades, pasando de largo y dejando el alma herida e indefensa librada a su propia miseria.

En consideración al valor que Cristo asigna a lo que ha comprado con su sangre, adopta a los hombres como sus hijos, los hace objetos de su tierno cuidado, y para satisfacer sus necesidades temporales y espirituales los encomienda a su iglesia, diciendo: Por cuanto lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, a mí lo hicisteis.

Nuestra consigna debe ser esta: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. (Mateo 25:40) Y si practicamos fielmente esta consigna en nuestra vida diaria, oiremos la bendición: “Bien, buen

siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor”. (Mateo 25:21) ¿Valdrá la pena como cristianos soportar las pruebas y tribulaciones de Dios?

En la obra de limpiar y purificar nuestras propias vidas, nuestro profundo deseo de asegurar nuestra elección y vocación nos inspirará con un sentimiento de ternura hacia los necesitados. La misma energía y cuidadosa atención que una vez manifestamos por los asuntos mundanales la pondremos al servicio de Aquel a quien debemos todo. Haremos como Cristo hizo, aprovechando toda oportunidad para trabajar por los que sin nuestra ayuda se perderán en su ignorancia. Extenderemos a otros una mano ayudadora. Entonces, con cánticos, alabanzas y acción de gracias nos regocijaremos con Dios y los ángeles del cielo cuando veamos a personas enfermas por el pecado que son levantadas y ayudadas; al ver a los engañados y desorientados sentarse a los pies de Jesús para aprender de él. Al hacer esta obra, recibiendo de Dios y devolviéndole aquello que, confiando en nosotros, nos prestó para usarlo para gloria de su nombre, entonces su bendición

descansará sobre nosotros. Que el pobre, el desanimado y los enfermos por el pecado sepan que en guardar los mandamientos de Dios “hay gran remuneración”. Con nuestra propia experiencia mostremos a otros que la bendición y el servicio van juntos.

Aunque hemos utilizado tiempo y talentos preciosos para agradarnos a nosotros mismos, la mano del Señor todavía sigue extendida; y si trabajáramos hoy en su viña, esparciendo la misericordiosa invitación que él hace al mundo, aceptará nuestro servicio. ¿Por cuántos trabajaréis para que alcancen el cielo y participen del elogio: “Bien hecho buen y fiel siervo”? ¿A cuántos ayudaréis a coronarse con gloria, honor y vida eterna? El Salvador está llamando obreros. ¿Vendrás?

## Capítulo 37

# El premio del servicio

“Cuando hagas comida o cena”, dijo Cristo, “no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete llama a los pobres, los mancos, los cojos, y los ciegos; y serás bienaventurado, porque ellos no te pueden recompensar, pero serás recompensado en la resurrección de los justos”. (Lucas 14:12-14)

Con estas palabras Cristo establece un contraste entre las prácticas egoístas del mundo y el ministerio altruista del cual él ha dado un ejemplo con su propia vida. No ofrece ningún premio de ganancia o de reconocimientos mundanales para este ministerio. “Serás recompensado--dijo él--en la resurrección de los justos”. Entonces los frutos de cada uno se harán manifiestos y cada cual segará aquello que sembró.

Este pensamiento debiera ser de estímulo y ánimo para cada obrero de Dios. En esta vida nuestro trabajo por Dios, a menudo parece no producir frutos. Nuestros esfuerzos para hacer el bien pueden ser arduos y constantes, sin embargo, podría ser que no se nos permita ver sus resultados. El esfuerzo puede parecernos infructuoso. Pero, el Salvador nos asegura que nuestra obra es apreciada en el cielo y que la recompensa es segura. El apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu, dice, “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”. (Gálatas 6:9) En las palabras del salmista leemos: “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; más volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”. (Salmos 126:6)

Mientras el gran premio final se concederá en la venida de Cristo, el servicio ofrecido de corazón a Dios nos premia también en esta vida. El obrero tendrá que enfrentarse a obstáculos, oposición y amargos desalientos que afligirán el corazón. Podrá no ver el fruto de su trabajo. Pero, a pesar de todo esto encuentra en su labor una recompensa bendita.

Todos los que se entregan a Dios en servicio desinteresado por la humanidad, colaboran con el Señor de gloria. Este pensamiento suaviza toda tarea, vigoriza la voluntad, alienta el espíritu por lo que pueda suceder. Trabajar con un corazón generoso, ennoblecido por ser participante de los sufrimientos de Cristo, compartiendo sus simpatías, ayuda a aumentar el flujo y reflujo de su gozo, y añade honor y alabanza a su exaltado nombre.

El compañerismo con Dios, con Cristo, y con los santos ángeles proporciona una atmósfera celestial, una atmósfera que trae salud al cuerpo, vigor al intelecto y alegría al alma. Todos los que consagran cuerpo, alma, y espíritu al servicio de Dios, recibirán constantemente una nueva porción de poder físico, mental y espiritual. A su disposición están los inagotables recursos del cielo. Cristo da vida. El Espíritu Santo imparte su energía para que obre en los corazones y las mentes.

“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto... Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él:

Heme aquí. En las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como un huerto de riego y como manantial de aguas cuyas aguas nunca faltan”. (Isaías 58:8-11)

Muchas son las promesas de Dios a los que ministran a sus afligidos. Dice él: “Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librárá Jehová. Jehová lo guardará, y le dará vida; será bienaventurado en la tierra, y no lo entregará a la voluntad de sus enemigos. Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; mullirás toda su cama en su enfermedad”. (Salmos 41:1-3) “Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra y te apacentarás de la verdad”. (Salmos 37:3) “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto”. (Proverbios 3:9) “Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza”. (Proverbios 11:24) “A Jehová presta el que da al pobre, y el



bien que ha hecho, se lo volverá a pagar”. “El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado”. (Proverbios 19:17; 11:25)

Y mientras mucho del fruto de su trabajo no se ve en esta vida, los obreros de Dios tienen su segura promesa de recompensa final. Como Salvador del mundo, Cristo a menudo enfrentó fracasos aparentes. Parecía producir poco en la obra que anhelaba realizar, animando y salvando. Agentes satánicos actuaban constantemente para obstruir su senda. Pero él no se desanimaba. Tuvo siempre presente el resultado de su misión. Sabía que la verdad triunfaría finalmente en su contienda con el mal, y a sus discípulos dijo: “Estas cosas os he hablado para que en mi tengáis paz. En el mundo tendréis aflicciones: mas confiad, yo he vencido al mundo”. (Juan 16:33) La vida de los seguidores de Cristo debe ser como la suya: una serie de victorias ininterrumpidas, no consideradas como tales aquí, pero reconocidas en el porvenir.

Los que trabajan por el bienestar de otros están ligados a los seres celestiales. Disponen de su

constante compañía y su incesante ministerio. Ángeles de luz y poder están siempre cerca para proteger, confortar, sanar instruir e inspirar. Suyas son la educación más elevada, la cultura más genuina y el servicio más exaltado posible para los seres humanos en este mundo.

A menudo nuestro Padre misericordioso anima a sus hijos y fortalece su fe permitiéndoles ver aquí evidencias de su poder y de su gracia sobre los corazones y vidas de aquellos por quienes trabajan. “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, sino que hará lo que yo quiero, será prosperada en aquello para que la envié. Porque con alegría saldréis y con paz seréis vueltos; los

montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso. En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán; y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída”. (Isaías 55:8-13)

En la transformación del carácter, en la expulsión de las malas pasiones, al desarrollar las encantadoras gracias del Espíritu Santo de Dios, vemos el cumplimiento de la promesa: “En lugar de zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán”. Vemos el desierto de la vida “regocijarse, y florecer como la rosa”.

Cristo se deleita en utilizar un material aparentemente sin esperanza y convertirlo en el objeto de su gracia, aquellos que Satanás ha envilecido y mediante quienes ha trabajado. Se regocija en librarlos del sufrimiento y de la ira que habrá de derramarse sobre el desobediente. A sus hijos los hace agentes en la terminación de esta obra, y en su éxito, aun en esta vida, encuentran una preciosa recompensa.

Pero, ¿qué es esto comparado con el gozo que sentirán en el gran día de la manifestación final? “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conocemos en parte; pero entonces conoceremos como fuimos conocidos”. (1 Corintios 13:12)

El galardón de los obreros de Cristo es entrar en su gozo. El gozo que el mismo Cristo contempla con vehemente deseo, se presenta en su oración a su Padre: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo”. (Juan 17:24)

Cuando Jesús ascendía después de su resurrección, los ángeles esperaban para darle la bienvenida. Las huestes celestiales anhelaban saludar de nuevo a su amado Comandante, devuelto a ellos de la prisión de la muerte. Ansiosamente se apretujaban alrededor de Cristo cuando entraba por las puertas del cielo. Los volvería a saludar, pero su corazón estaba con el grupo de afligidos y solitarios discípulos a quienes

había dejado sobre el monte de los Olivos. Y todavía permanece con sus hijos luchadores sobre la tierra, quienes aún deberán pelear con el destructor. “Padre”, dice él, “quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde yo estoy”.

Los redimidos de Cristo son sus joyas, sus preciosos y peculiares tesoros. “Porque como piedras de diadema serán enaltecidos en su tierra”; “las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (Zacarías 9:16; Efesios 1:18) En ellos “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”. (Isaías 53:11)

¿No se regocijarán también sus obreros cuando contemplen el fruto de su trabajo? El apóstol Pablo escribe a los conversos de Tesalónica: “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo”. 1 (Tesalonicenses 2:19, 20) También exhorta a los hermanos de Filipo a ser “irreprensibles y sencillos”, a resplandecer “como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de

vida; para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado”. (Filipenses 2:15, 16)

Cada impulso del Espíritu Santo para guiar a los hombres al bien y a Dios queda registrado los libros del cielo, y en el día de Dios, todos los que han actuado como instrumento para la obra del Espíritu Santo, se les permitirá contemplar lo que su vida ha realizado.

La viuda pobre que depositó sus dos blancas en la tesorería del Señor, ignoraba las consecuencias de lo que estaba haciendo. Su ejemplo de abnegación ha surtido efecto una y otra vez sobre miles de corazones en todas partes y en todo tiempo. Ha traído a la tesorería del Señor ofrendas tanto del encumbrado como del humilde, del acaudalado como del pobre. Ha ayudado a sostener misiones, establecer hospitales, alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos, sanar al enfermo y predicar el Evangelio a los pobres. Multitudes han sido bendecidas a través de su desprendida acción. Y en el día de Dios, a ella se le

permitirá ver la influencia que tuvo su acto. Lo mismo será con la valiosa ofrenda de María Magdalena al Señor. ¡Cuántos han sido inspirados hacia el servicio amante al recordar el vaso de alabastro roto! ¡Y cuán grande será el regocijo de ella cuando contemple los resultados!

Será maravillosa la alegría cuando se revelen sus afanes y desvelos con sus preciosos resultados. ¡Cuán grande será la gratitud de las personas que se reunirán con nosotros en las cortes celestiales cuando comprendan el tierno y amante interés manifestado en su salvación! Para Dios y al Cordero serán la alabanza, la honra y la gloria por nuestra redención; pero no se disminuirá la gloria de Dios al expresar gratitud a los que han sido sus instrumentos en la salvación de las personas que estaban a punto de perderse.

Los redimidos encontrarán y reconocerá a las personas cuya atención dirigieron hacia el exaltado Salvador. ¡Qué santa conversación sostienen con estas personas! Dirán: “Yo era un pecador sin Dios y sin esperanza en el mundo, y te acercaste a mí, y

dirigiste mi atención hacia el precioso Salvador como mi única esperanza. Y yo creí en él. Me arrepentí de mis pecados y fui capacitado para sentarme con sus santos en los lugares celestiales junto a Cristo Jesús”. Otros dirán: “Yo era pagano en tierras paganas. Tú dejaste tus amigos y cómodo hogar, y viniste a enseñarme cómo encontrar a Jesús y creer en él como el único verdadero Dios. Destruí mis ídolos y adoré a Dios, y ahora lo veo cara a cara. Estoy salvo, para siempre salvo para contemplar por la eternidad a quien amo. Entonces lo veía con el ojo de la fe, mas ahora lo veo como es él. Puedo expresar mi gratitud por su misericordia redentora a Aquel que me amó y me lavó de mis pecados en su propia sangre”.

Otros expresarán su gratitud a los que alimentaron al hambriento y cubrieron al desnudo. “Cuando la desesperación envolvió mi alma en incredulidad, el Señor te envió a mí”, dicen ellos, “para que dijeras palabras de esperanza y consuelo. Me llevaste alimentos para mis necesidades físicas, y me enseñaste Palabra de Dios, haciéndome consciente de mis necesidades espirituales. Me



trataste como a un hermano. Simpatizaste conmigo en mis aflicciones y restauraste mi alma magullada y herida para que pudiera asirme de la mano de Cristo, que se extendía para salvarme. Pacientemente me enseñaste en mi ignorancia que tenía un Padre en el cielo que se preocupaba por mí. Me leíste las preciosas promesas de la Palabra de Dios. Inspiraste en mí la fe de que Jesús me salvaría. Mi corazón se enterneció, subyugado, quebrantado a medida que contemplaba el sacrificio que Cristo hizo por mí. Llegué a sentir hambre por el pan de vida, y la verdad fue preciosa para mi alma. Aquí estoy salvo, eternamente salvo para alabar a Aquel que dio su vida por mí”.

¡Qué regocijo habrá cuando estos redimidos se encuentren con los que se preocuparon por ellos! Y los que vivieron, no para complacerse a sí mismos, sino para ser una bendición para el infortunado que tiene tan pocas bendiciones, ¡cuán viva será la emoción que inundará sus corazones de satisfacción! Comprenderán esta promesa: “Serás bienaventurado; porque no te podrán recompensar: pero te será recompensado en la resurrección de los

justos”. (Lucas 14:14) “Entonces te deleitarás en Jehová y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado”. (Isaías 58:14)

“No temas... yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande”. (Génesis 15:1)

“Yo soy tu parte y tu heredad”. (Números 18:20)

“Y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor”. (Juan 12:26) “Dichosos vosotros los que sembráis junto a todas las aguas”.

## Capítulo 38

# La importancia del colportaje

La obra del colportaje, debidamente practicada, es obra misionera del más alto nivel, y es un método tan bueno y exitoso como cualquiera que se pueda usar para presentar a la gente las valiosas verdades importantes para este tiempo. La importancia de la obra del ministerio es indudable; pero muchos que tienen hambre del pan de vida no tienen la oportunidad de oír la Palabra por medio de los predicadores delegados por Dios. Por esta razón es esencial que nuestras publicaciones circulen ampliamente. Así el mensaje llegará donde el predicador no puede ir, y la atención de muchos será atraída a los acontecimientos importantes relacionados con las escenas finales de la historia de este mundo.

Dios ha ordenado la obra del colportaje como un medio de presentar a la gente la luz contenida en nuestros libros, y los colportores deben comprender cuán indispensable es presentar al

mundo, tan pronto como sea posible, los libros necesarios para su educación e ilustración espirituales. Esta es en verdad la obra que el Señor quiere que su pueblo haga en este tiempo. Todos los que se consagran a Dios para trabajar como colportores están ayudando a dar el último mensaje de amonestación al mundo. Nunca se valorará demasiado esta obra; porque si no fuese por los esfuerzos del colportor, muchos jamás oirían la amonestación divina.

Es cierto que algunos que compran los libros los dejarán en los estantes o los pondrán sobre la mesa de la sala, y rara vez los mirarán. Sin embargo, Dios cuida de su verdad, y llegará el día cuando estos libros serán buscados y leídos. La enfermedad o la desgracia pueden entrar en el hogar, y por medio de la verdad contenida en los libros Dios concede paz, esperanza y descanso a los corazones afligidos. Su amor les es revelado, y comprenden cuán precioso es el perdón de sus pecados. De esa manera coopera el Señor con sus obreros abnegados.

Son muchos los que a causa del prejuicio no conocerán la verdad a menos que alguien la lleve a sus casas. El colportor puede encontrar a tales personas y muchas personas a causa del prejuicio, no conocerán la verdad a menos que alguien la lleve a sus casas. Existe una clase de obra especial que el colportor puede realizar con mejor éxito que otros en sus visitas de casa en casa. Puede familiarizarse con la gente y comprender sus verdaderas necesidades; también puede orar con ella y señalarle al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Así se preparará el camino para que el mensaje especial pare este tiempo impresione sus mentes.

Hay una gran responsabilidad sobre el colportor. Debiera ir a su trabajo preparado para explicar las Escrituras. Si pone su confianza en el Señor mientras va de lugar en lugar, los ángeles de Dios estarán a su alrededor para ayudarlo a hablar con palabras que infundan luz, esperanza y valor a muchas almas.

El colportor debe recordar que tiene la

oportunidad de sembrar en todo terreno. Mientras vende los libros que contienen la verdad, recuerde que está haciendo la obra de Dios, y que todo talento debe emplearse para gloria de su nombre. Dios estará con todo el que desea conocer la verdad para presentarla claramente a otros. Dios ha hablado con sencillez y claridad: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga”. (Apocalipsis 22:17) Debemos instruir sin tardanza a quienes lo necesitan, para llevarlos al conocimiento de la verdad como está en Jesús.

Las ovejas perdidas del redil de Dios están esparcidas por todo lugar, y se está descuidando la obra que tendría que hacerse en su favor. Por la luz recibida, sé que debiera haber cien colportores donde hay uno. Debería animarse a los colportores a hacer esta clase de obra; no a vender libros con historias, sino a presentar al mundo los libros que contienen la verdad más importante para este tiempo. Salgan los colportores con la Palabra del Señor, recordando que los que obedecen los mandamientos y enseñan a otros a obedecerlos

serán recompensados al ver las almas convertirse; y un alma verdaderamente convertida traerá otras a Cristo. Así entrará la obra en nuevos territorios.

Ha llegado el tiempo en que los colportores deben hacer una gran obra. El mundo está dormido y, como atalayas, deben proclamar la amonestación para advertir a los que duermen del peligro en que se encuentran. Las iglesias no conocen el tiempo de su visitación. Con frecuencia la mejor manera como pueden aprender la verdad, es por los esfuerzos del colportor. Los que salen en nombre del Señor son sus mensajeros para dar a las multitudes que están en las tinieblas y el error, las gratas nuevas de la salvación en Cristo, en obediencia a la ley de Dios.

Se me ha revelado que aun donde la gente puede escuchar a un predicador, el colportor debe realizar su obra en colaboración con el ministro; porque aunque el predicador presente fielmente el mensaje, la gente no lo puede retener todo. La página impresa es por lo tanto esencial, no sólo para despertarlos y hacerles comprender la

importancia de la verdad para este tiempo, sino para arraigarlos y fundamentarlos en ella y afirmarlos contra los errores engañosos. Los libros y periódicos son los medios dispuestos por el Señor para mantener constantemente delante de la gente el mensaje para este tiempo. En lo que concierne a instruir y confirmar a la gente en la verdad, las publicaciones harán una obra mayor que la que puede hacer el ministerio de la palabra hablada por su propia cuenta. Los mensajeros silenciosos que se colocan en los hogares de la gente por la obra del colportor, de todas maneras fortalecerán la obra del ministerio evangélico, porque el Espíritu Santo impresionará la mente de los que lean los libros, así como impresiona la mente de los que escuchan la predicación de Palabra. El mismo ministerio de los ángeles que acompaña la obra del predicador, acompaña también a los libros que contienen la verdad.

Las noticias de todo esfuerzo exitoso de nuestra parte para despejar las tinieblas y difundir la luz y el conocimiento de Dios y de Jesucristo, el Enviado, son llevadas al cielo. El acto conmueve a



los principados y las potestades, y despierta la simpatía de todos los seres celestiales.

“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a estos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Corintios 2:14-16)

## Capítulo 39

# Las cualidades del colportor

Puesto que el colportaje con nuestras publicaciones es una obra misionera, debe ser enfocado desde un punto de vista misionero. Los que son elegidos como colportores deben ser hombres y mujeres que sientan la preocupación de servir, cuyo blanco no sea obtener ganancias, sino llevar la luz a la gente. Todo nuestro servicio debe prestarse para gloria de Dios, para dar la luz de la verdad a los que están en tinieblas. Los principios egoístas, el amor a las ganancias, el prestigio a la posición, no deben mencionarse siquiera entre nosotros.

Los colportores necesitan estar diariamente convertidos a Dios, a fin de que sus obras y hechos sean sabor de vida para vida, y puedan ejercer una influencia salvadora. La razón por la cual muchos han fracasado en la obra del colportaje es porque no eran verdaderos cristianos; no conocían el espíritu de la conversión. Tenían la teoría de cómo

debía ser hecha la obra, pero no sentían que dependían de Dios.

Colportores, recordad que en los libros que vendéis no estáis presentando la copa que contiene el vino de Babilonia, las doctrinas erróneas ofrecidas a los reyes de la tierra, sino la copa que contiene las preciosas verdades de la redención. ¿Beberéis vosotros mismos de ella? Vuestras mentes deben estar sujetas a la voluntad de Cristo, y él pondrá en ellas su propio sello. Contemplándolo, podéis ser transformados de gloria en gloria, de carácter en carácter. Dios quiere que vayáis al frente, hablando las palabras que os dé. Él quiere que demostréis que ponéis en alto a la humanidad, que ha sido comprada por la preciosa sangre del Salvador. Cuando os dejéis caer sobre la roca y seáis quebrantados, experimentaréis el poder de Cristo, y otros reconocerán el poder de la verdad en vuestro corazón.

A los que están asistiendo a la escuela para aprender a hacer la obra de Dios más

perfectamente, les digo: Recordad que es únicamente por una consagración diaria a Dios como llegaréis a ser ganadores de almas. Ha habido quienes no podían ir a la escuela porque eran demasiado pobres para sufragar sus gastos, pero cuando llegaron a ser hijos e hijas de Dios, en el lugar y el trabajo donde estaban obraron en favor de quienes los rodeaban. Aunque privados del conocimiento que se obtiene en la escuela, se consagraron a Dios, y Dios obró por su medio. Como los discípulos, cuando fueron llamados de sus oficios de pescadores a seguir a Cristo, aprendieron preciosas lecciones del Salvador. Se vincularon con el gran Maestro, y el conocimiento que adquirieron de las Escrituras los calificó para hablar a otros de él. Así llegaron a ser verdaderamente sabios, porque no eran demasiado sabios en su propia opinión para recibir instrucción de lo alto. El poder renovador del Espíritu Santo les dio energía práctica y salvadora.

El conocimiento del hombre más sabio, que no ha aprendido en la escuela de Cristo, es insensatez en lo que se refiere a conducir almas al Señor. Dios

puede obrar únicamente por medio de quienes aceptan la invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Por que mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo 11:28-30)

Muchos de nuestros colportores se han apartado de los principios correctos. El deseo de obtener ventajas mundanales desvió su mente del verdadero propósito y espíritu de la obra. Nadie piense que con ostentación se impresionará correctamente a la gente. Con esto no se conseguirán los mejores ni más permanentes resultados. Nuestra obra consiste en dirigir las mentes a las verdades solemnes para este tiempo. Solamente cuando nuestro propio corazón esté lleno del espíritu de las verdades contenidas en el libro que vendemos, y cuando con humildad llamemos la atención de la gente a esas verdades, el verdadero éxito acompañará nuestros esfuerzos; porque únicamente entonces el Espíritu Santo, que

convence de pecado, de justicia y de juicio, estará presente para impresionar los corazones.

Nuestros libros deben ser vendidos por obreros consagrados, a quienes el Espíritu Santo pueda emplear como sus instrumentos. Cristo es todo lo que necesitamos, por lo tanto debemos presentar la verdad con humilde sencillez, dejándole manifestar su propio sabor de vida para vida.

La oración humilde y ferviente hará más en favor de la circulación de nuestros libros que todos los costosos adornos del mundo. Si los obreros quieren dedicar su atención a lo que es verdadero, vivificante y real; si quieren orar por el Espíritu Santo, creer y confiar en él, su poder se derramará sobre ellos en poderosos raudales celestiales, y hará impresiones adecuadas y verdaderas sobre el corazón humano. Por lo tanto orad y trabajad, trabajad y orad, y el Señor obrará con vosotros.

Cada colportor necesita positiva y constantemente del ministerio angélico; porque tiene una obra importante que hacer, una obra

imposible de realizar por sus propias fuerzas. Los que han renacido, que están dispuestos a ser guiados por el Espíritu Santo y hacer a la manera de Cristo lo que puedan, los que quieran trabajar como si pudiesen ver al universo celestial observándolos, serán acompañados e instruidos por los ángeles santos, que irán delante de ellos a las casas y prepararán el camino para ellos. Una ayuda de esta naturaleza supera sobradamente las ventajas que se supone pueden dar los adornos costosos.

Cuando la gente de la iglesia perciba los tiempos en que vivimos, obrará como si estuvieran en presencia de los seres celestiales. El colportor venderá los libros que imparten luz y fuerza al intelecto. Beberá del espíritu de estos libros y los presentará a la gente con todo su entusiasmo y pericia. Su fuerza, su valor y su éxito dependerán de cuán plenamente esté entretejida en su propia experiencia, y desarrollada en su carácter, la verdad presentada en lo que vende. Cuando su propia vida esté modelada de esta manera, podrá presentar adecuadamente ante los demás la verdad sagrada que lleva. Imbuido por el Espíritu de Dios,

obtendrá una experiencia profunda y rica, y los ángeles celestiales le darán éxito en su trabajo.

A nuestros colportores, a todos aquellos a quienes Dios ha confiado talentos para que cooperen con él, quiero decir: Orad. Oh, orad por una experiencia más profunda. Salid con el corazón enternecido y subyugado por el estudio de las verdades preciosas que Dios nos ha dado para este tiempo. Bebed con deleite el agua de la salvación, para que sea en vosotros una fuente viva, que fluya para refrigerar las almas a punto de perecer. Dios os dará entonces la sabiduría que os habilite para impartir lo bueno a otros. Os hará canales para que comuniquéis sus bendiciones. Os ayudará a revelar sus atributos y a compartir la sabiduría y el entendimiento que os ha dado.

Ruego a Dios que podáis comprender este asunto en su longitud, anchura y profundidad, y que sintáis vuestra responsabilidad de representar el carácter de Cristo en la constancia de vuestra paciencia, valor e integridad. “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará



vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. (Filipenses 4:7)

## Capítulo 40

# **El colportor es un obrero evangélico**

El colportor inteligente, que teme a Dios y ama la verdad, debe ser respetado, porque ocupa una posición igual a la del ministro evangélico. Muchos de nuestros ministros jóvenes y los que se están preparando para el ministerio, si estuviesen verdaderamente convertidos, harían mucho bien trabajando en el colportaje. Al encontrarse con la gente y presentarle nuestras publicaciones, adquirirían una experiencia que no pueden obtener sólo por medio de la predicación. Mientras fueran de casa en casa hablando con la gente, llevarían consigo la fragancia de la vida de Cristo. Al esforzarse por bendecir a otros, ellos mismos serían bendecidos; obtendrían experiencia a través de la fe; aumentarían en gran manera su conocimiento de las Escrituras; y aprenderían continuamente cómo ganar almas para Cristo.

Todos nuestros ministros deben considerar conveniente llevar consigo libros y colocarlos dondequiera que vayan. Un ministro puede dejar un libro con la familia donde se hospeda, vendiéndolo o regalándolo. Esto se hacía mucho en los comienzos del mensaje. Los ministros actuaban como colportores y los recursos que obtenían de la venta de los libros se usaban para ayudar al progreso de la obra en lugares donde más se necesitaba. Entonces pueden hablar con conocimiento de causa, porque han tenido experiencia en ese trabajo.

Nadie piense que empequeñece el Evangelio al dedicarse al colportaje como medio de comunicar la verdad a la gente. Al hacer esta obra se debe trabajar como trabajó el apóstol Pablo, quien dice: “Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y como nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas,

testificando a los judíos y a los gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”. (Hechos 20:18-21) El elocuente Pablo, a quien Dios se manifestó de manera admirable, iba de casa en casa con toda humildad y con muchas lágrimas y tentaciones.

Todos los que deseen tener oportunidad de ejercer un verdadero ministerio, y que quieran entregarse sin reserva a Dios; hallarán en el colportaje oportunidades para hablar de las muchas cosas concernientes a la vida futura e inmortal. La experiencia así ganada será aun de más valor para los que se están preparando para el ministerio. Es la compañía del Espíritu Santo de Dios lo que prepara a los obreros, sean hombres o mujeres, para apacentar la grey de Dios. Mientras alberguen el pensamiento de que Cristo es su compañero, sentirán una reverencia santa, un gozo sagrado en medio de los incidentes penosos y de todas las pruebas. Aprenderán a orar mientras trabajen. Serán instruidos en la paciencia, la bondad, la afabilidad y el espíritu servicial. Practicarán la verdadera cortesía cristiana, recordando que Cristo,

su Compañero, no puede aprobar el lenguaje inadecuado ni sentimientos incorrectos. Sus palabras serán purificadas. Considerarán la facultad del habla como talento precioso, que les ha sido prestado para hacer una obra elevada y santa. El agente humano aprenderá a representar al Compañero divino con el cual está asociado. Manifestará respeto y reverencia hacia este Ser santo e invisible, porque lleva su yugo y aprende sus modales puros y santos. Los que tienen fe en este Acompañante divino se desarrollarán. Serán dotados de poder para revestir el mensaje de verdad con una belleza sagrada.

Hay quienes son idóneos para la obra del colportaje, y pueden realizar más en este ramo que en la predicación. Si el Espíritu de Cristo mora en su corazón, hallarán oportunidad de presentar su Palabra a otros, y de dirigir las mentes a las verdades especiales para este tiempo. A veces emprenden este trabajo hombres con dones para él; pero algún ministro poco juicioso los halaga diciéndoles que sus dones debieran dedicarse a la predicación en lugar de la obra del colportaje.

Influyen en ellos para obtener una licencia para predicar, y las personas que podrían haberse preparado para ser buenos misioneros que visitasen las familias en sus casas, hablasen y orasen con ellas; son desviados de una obra para la cual son idóneos. Así convierten en ministros mediocres, y queda descuidado el campo donde hay tanta necesidad y donde tanto bien se podría hacer.

La predicación de la Palabra es un medio por el cual el Señor ordenó que se dé al mundo su mensaje de amonestación. En las Escrituras se representa al maestro fiel como pastor de la grey de Dios. Se le ha de respetar, y su obra debe ser apreciada. La verdadera obra médica misionera está vinculada con el ministerio, y el colportaje ha de ser parte tanto de esta rama de la obra como del ministerio. A los que se dedican a ella quiero decir: Mientras visitáis a la gente decidle que trabajáis por la difusión del Evangelio, y que amáis al Señor. No procuréis alojaros en un hotel, más bien permaneced en una casa particular, y llegad a conocer la familia. Cristo sembraba las semillas de la verdad dondequiera que estuviese, y como

seguidores suyos podéis testificar por el Maestro y hacer una obra preciosísima en los hogares. Al acercaros así a la gente, con frecuencia hallaréis enfermos y desalentados. Si os mantenéis cerca de Cristo y lleváis su yugo, aprenderéis diariamente de él a comunicar mensajes de paz y consuelo a los entristecidos y desanimados, a los de corazón triste y quebrantado. Podréis conducir a los desalentados a la Palabra de Dios, y llevar a los enfermos al Señor en oración. Mientras oráis, hablad a Cristo como hablaríais a un amigo de confianza y muy amado. Mantened una dulce, natural y agradable actitud, como hijos de Dios. Esto será reconocido.

Los colportores deben poder orientar a la gente en lo que significa tratar a los enfermos. Deben familiarizarse con los métodos sencillos de dar tratamientos higiénicos. Así podrán hacer un trabajo más amplio y atender las mentes y los cuerpos de los dolientes. Esta obra debiera estar realizándose en todas partes del mundo y muchísimos podrían recibir las bendiciones de las oraciones e instrucciones de los siervos de Dios.

Necesitamos comprender la importancia del colportaje como gran medio de hallar a los que están en peligro, y de llevarlos a Cristo. Nunca debe impedirse a los colportores que hablen del amor de Cristo, que relaten lo que han experimentado al servir a su Maestro. Deberían sentirse libres para hablar u orar por los que tienen inquietudes espirituales. La sencilla historia del amor de Cristo hacia el hombre les abrirá las puertas, aun en las casas de los incrédulos.

Cuando el colportor visita a la gente en sus hogares, a menudo tendrá la oportunidad de leerles pasajes de la Biblia o de los libros que enseñan la verdad, y al encontrar personas que la están buscando, puede tener estudios bíblicos con ellas. Estos estudios bíblicos son precisamente lo que la gente necesita. Dios usará en su servicio a quienes así manifiesten profundo interés en las almas que perecen. Por su intermedio impartirá luz a los que están dispuestos a recibir instrucción.

Algunos de los que trabajan en el colportaje tienen un celo que no está de acuerdo con el



conocimiento. Debido a su falta de sabiduría, han estado más inclinados a actuar como ministros y teólogos, ha sido casi necesario imponer restricciones a nuestros colportores. Cuando la voz del Señor pregunta: “¿A quién enviaré, y quién por nosotros?” el Espíritu divino induce a los corazones a responder: “Heme aquí, envíame a mí”. (Isaías 6:8) Pero recordemos que primero debe tocar nuestros labios el carbón vivo del altar. Entonces, las palabras que hablemos serán sabias y santas, y ejerceremos prudencia para saber lo que debe decirse y lo que debe callarse. No trataremos de revelarnos como teólogos. Tendremos cuidado de no despertar un espíritu combativo ni excitar los prejuicios al introducir puntos de doctrina controversiales. Hallaremos bastante que decir que no excite oposición, pero que abra en el corazón un deseo de conocimiento más profundo de la Palabra de Dios.

El Señor desea que ganéis almas; por lo tanto, aunque no debéis imponer a la gente el estudio de las doctrinas, debéis estar “siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia

ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”. (1 Pedro 3:15) ¿Qué habéis de temer? Temed que vuestras palabras tengan un sabor de autosuficiencia, de hablar en forma imprudente, y de que vuestras palabras y maneras no sean a la semejanza de Cristo. Relacionaos firmemente con Cristo, y presentad la verdad que hay en él. Los corazones no pueden menos que ser conmovidos por la historia de la expiación. Si aprendéis a ser mansos y humildes como Cristo, sabréis qué decir a la gente; porque el Espíritu Santo os enseñará las palabras que habréis de hablar. Los que comprenden la necesidad que hay de mantener el corazón bajo el dominio del Espíritu Santo, estarán capacitados para sembrar semillas que brotarán para vida eterna. Tal es la obra del colportor evangélico.

## Capítulo 41

# Uniendo esfuerzos en el colportaje

Debe existir perfecta unidad entre los obreros que manejan los libros que debieran inundar al mundo con luz celestial. En cualquier lugar donde se presente la obra del colportaje a nuestro pueblo, los libros sobre salud y los religiosos deben presentarse juntos como partes de una obra unida. Se me ha presentado como una ilustración de la unión que existe entre la trama y la urdimbre para formar un maravilloso diseño y una obra perfecta, la relación entre los libros religiosos y los de salud.

En el pasado los libros sobre salud no se han manejado con la dedicación que requiere su importancia. Aunque un gran sector los ha apreciado en gran manera, todavía hay muchos que no creen que es esencial que se diseminen por todas partes. Pero ¿qué preparación sería mejor para la venida del Señor y la aceptación de otras

verdades valiosas y necesarias para alistar un pueblo para su regreso, que despertar a la gente para que vea los males de esta generación y sacudirlas para que inicie una reforma de sus propias complacencias dañinas y hábitos enfermizos? ¿No se necesita instruir al mundo en lo que se refiere a la reforma pro salud? ¿Acaso no necesita la gente las verdades saludables presentadas en esos libros? Entre los colportores que hacen la obra debiera cultivarse un sentimiento diferente del que ha prevalecido en el pasado respecto a las publicaciones de salud.

No debieran existir divisiones y diferentes bandos entre nuestros colportores y otros obreros. Todos debieran interesarse en la venta de los libros que tratan asuntos de la salud, tanto como en la de obras netamente religiosas. No debe trazarse una línea para que solamente ciertos libros ocupen la atención de los colportores. Debe haber perfecta unidad, un desarrollo simétrico y bien equilibrado de la obra en todos sus aspectos.

La indiferencia con que muchos han tratado los

libros de salud es una ofensa a Dios. Separar la obra de salud del gran conjunto de la obra no es parte de su mandato. La verdad presente tiene su base en la reforma pro salud tan ciertamente como en otros aspectos de la obra evangélica. Ninguna rama separada de las otras puede constituir un todo perfecto.

El evangelio de la salud tiene poderosos defensores, pero su obra se ha hecho difícil porque numerosos ministros, presidentes de asociaciones y otros obreros en posiciones de influencia han fallado en dar la importancia adecuada a la reforma pro salud. No han reconocido que está relacionada con la obra del mensaje como la mano derecha del cuerpo. Mientras muchos, incluyendo algunos ministros, han mostrado poco respeto por este departamento, el Señor le ha manifestado su interés al prosperarlo abundantemente. Conducida correctamente, la obra de salud es una cuña de entrada que abre un camino para que otras verdades lleguen al corazón. Cuando el mensaje del tercer ángel se reciba en toda su plenitud, se dará a la reforma pro salud el lugar que le

corresponde en las juntas de la asociación, en la obra de la iglesia, en el hogar, en la mesa, y en las decisiones de la familia. La mano derecha servirá y protegerá el cuerpo.

Aunque la obra de salud ocupa su lugar en la proclamación del mensaje del tercer ángel, sus defensores no deben en manera alguna luchar por colocarla en el lugar que le corresponde al mensaje. Los libros sobre salud deben ocupar la posición que les corresponde, pero la circulación es solamente uno de los tantos frentes en la gran labor que debe realizarse. Las calurosas bienvenidas dadas algunas veces a los colportores, respecto a los libros de salud, no deben resultar en la exclusión en el campo de otros libros importantes que deben presentarse a la gente. Los que son responsables de la obra del colportaje debieran poder discernir la relación de cada parte del trabajo con el todo. Que estos presten debida atención a la circulación de los libros de salud, pero sin hacerla tan importante como para alejar a los hombres de otros frentes de interés vital, excluyendo los libros que llevan el mensaje especial de verdad al mundo.

Se necesita tanto conocimiento para el manejo de los libros religiosos como para los que tratan sobre asuntos de salud y temperancia. De la misma manera como se procede para entrenar obreros que trabajen con los libros de salud, debería procederse con la obra del colportaje respecto a los libros que ofrecen alimento espiritual; además hay que hacer lo necesario para animar y preparar obreros que distribuyan los libros que enseñen el mensaje del tercer ángel.

Una clase de libro siempre creará espacio para la otra. Las dos líneas son esenciales, y ambas debieran introducirse en el campo al mismo tiempo. Una complementa a la otra, y de ninguna manera se remplazan entre sí. Ambas tratan sobre asuntos sumamente valiosos y las dos deben realizar su función en la preparación del pueblo de Dios para estos postreros días. Las dos deben permanecer como verdad presente para instruir, despertar y convencer. Ambas deben mezclarse en la obra de santificar y purificar las iglesias que velan y esperan la venida del Hijo de Dios en poder

y gran gloria.

Que cada director de colportaje y sus asociados trabaje entusiastamente para animar a los colportores en el campo, y para buscar y entrenar nuevos obreros. Que cada uno fortalezca e incremente el trabajo lo más posible, sin debilitar el de los demás. Que todo se haga con amor fraternal y sin egoísmo.



## Capítulo 42

# Reavivamiento del colportaje

Se me recuerda constantemente la importancia del colportaje. Últimamente no se le ha infundido a esta obra la vida que una vez le dieron los obreros que hicieron de ella su especialidad. Se sacó a los colportores de su obra evangelizadora para que se dedicasen a otros trabajos. Esto no debiera ser. Muchos de ellos, si estuviesen verdaderamente convertidos y consagrados, podrían hacer más en este ramo que en cualquier otro para presentar a la gente la verdad para este tiempo.

La Palabra de Dios nos muestra que el fin se acerca. Hay que amonestar al mundo, y como nunca antes debemos trabajar para Cristo. Se nos ha confiado la obra de amonestación. Debemos ser conductos de luz para la gente e impartir a otros la que recibimos del gran Portaluz. Las palabras y las obras de todos los hombres serán probadas. No seamos negligentes ahora. Lo que debe hacerse para amonestar al mundo tiene que hacerse sin

demora. No dejemos languidecer la obra del colportaje. Preséntense a tantas personas como se pueda, los libros que contienen la luz sobre la verdad presente.

Los presidentes de nuestras asociaciones, y otras personas con cargos de responsabilidad, tienen un deber que cumplir para que los diferentes ramos de nuestra obra reciban igual atención. Se han de educar y adiestrar colportores para hacer la obra indispensable de vender los libros sobre la verdad salvadora que la gente necesita. Es necesario que se dediquen a esta obra hombres de profunda experiencia cristiana, de mente bien equilibrada, fuertes y bien educados. El Señor desea que quienes hacen este trabajo sean capaces de instruir a otros, que puedan despertar en jóvenes promisorios, de uno y otro sexo, interés en este ramo de la obra, y animarlos a entrar en el colportaje. Algunos tienen el talento, la educación y la experiencia que los habilitaría para preparar a los jóvenes para el colportaje de tal manera que se lograra mucho más de lo que se logra ahora.

Los que han adquirido experiencia en este trabajo tienen un deber especial que cumplir. Educad, educad, educad a jóvenes de ambos sexos para que vendan los libros que los siervos del Señor escribieron, movidos por su Espíritu Santo. El Señor desea que seamos fieles en preparar a los que aceptan la verdad, para que puedan creer con un propósito y trabajar inteligentemente según el método del Señor. Relaciónense las personas inexpertas con obreros de experiencia para aprender a trabajar. Busquen muy fervorosamente al Señor. Pueden hacer una buena obra en el colportaje si obedecen las palabras: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina”. (1 Timoteo 4:16) Los que den evidencia de ser verdaderamente convertidos y que abracen el colportaje verán que es la mejor preparación para otros ramos de labor misionera.

Si los que conocen la verdad la quieren practicar, idearán métodos para encontrar a la gente donde está. Fue la providencia de Dios la que en los comienzos de la iglesia cristiana dispersó a los santos y los hizo salir de Jerusalén a muchas partes

del mundo. Los discípulos de Cristo no permanecieron allí ni en las ciudades cercanas, sino que traspusieron los límites de su propio país y siguieron las grandes vías de comunicación, buscando a los perdidos para llevarlos a Dios. Hoy el Señor desea ver su obra realizada en muchos lugares. No limitemos nuestras labores a unas pocas localidades.

No debemos desalentar a nuestros hermanos ni debilitar sus manos de manera que la obra que el Señor desea realizar por su intermedio no se haga. No se dedique demasiado tiempo a preparar a los hombres para que hagan obra misionera. La instrucción es necesaria, pero recuerden todos que Cristo es el gran Maestro y la Fuente de toda verdadera sabiduría. Conságrense a Dios jóvenes y ancianos, emprendan la obra y, trabajando con humildad, avancen bajo el control del Espíritu Santo. Salgan al campo de trabajo los que han estado en la escuela, y pongan en práctica el conocimiento adquirido. Si los colportores hacen esto, usando la capacidad que Dios les ha dado, buscando su consejo y combinan el trabajo de

vender libros con la obra personal en favor de la gente, sus talentos se desarrollarán al ejercitarlos y aprenderán muchas lecciones prácticas que no podrían aprender en la escuela. La educación obtenida de esta forma puede llamarse, con propiedad, educación superior.

No hay obra superior a la del colportaje evangélico, porque entraña el cumplimiento de los deberes morales más elevados. Los que se dedican a esta obra necesitan estar siempre bajo el control del Espíritu de Dios. No deben ensalzarse a sí mismos. ¿Qué tiene cualquiera de nosotros que no haya recibido de Cristo? Debemos amarnos como hermanos y mostrar nuestro amor ayudándonos unos a otros. Debemos ser compasivos y corteses, avanzar juntos y trabajar unidos. Únicamente los que vivan de acuerdo con la oración de Cristo y la cumplan en la vida diaria resistirán la prueba que ha de sobrevenir a todo el mundo. Los que ensalzan al yo, se ponen bajo el poder de Satanás y se preparan para aceptar sus engaños. La orden del Señor a su pueblo es que levantemos las normas más y más. Si obedecemos su voz, él obrará con

nosotros, y nuestros esfuerzos serán coronados con el éxito. Recibiremos ricas bendiciones de lo alto en nuestro trabajo y acumularemos tesoros junto al trono de Dios.

Sí tan sólo supiéramos lo que nos espera, no seríamos tan perezosos en la obra del Señor. Estamos en el tiempo del zarandeo, en el tiempo en que todo lo que pueda ser sacudido será sacudido. El Señor no disculpará a los que conocen la verdad y no obedecen sus órdenes en palabras y acciones. Si no realizamos esfuerzos decididos para llevar gente a Cristo, seremos tenidos por responsables de la obra que podríamos haber hecho pero no hicimos por nuestra indolencia espiritual. Los que pertenecen al reino del Señor deben obrar diligentemente para la salvación de las almas. Deben hacer su parte para afianzar la ley y sellarla entre los discípulos.

El Señor quiere que la luz que derramó sobre las Escrituras resplandezca en rayos claros y brillantes; y es deber de nuestros colportores hacer un esfuerzo enérgico y unido para que se cumpla el

designio de Dios. Nos espera una obra grande e importante. El enemigo de las almas lo sabe y está empleando todo medio a su alcance para inducir al colportor a ocuparse en algún otro ramo de trabajo. Debe cambiarse este orden de cosas. Dios invita a los colportores a que vuelvan a su trabajo. Llama voluntarios para que dediquen todas sus energías y entendimiento a la obra y ayuden dondequiera que haya oportunidad. El Maestro invita a cada uno a hacer, según su capacidad la parte que le ha sido confiada. ¿Quiénes responderán al llamado? ¿Quiénes saldrán, henchidos de sabiduría, gracia y amor a Cristo, a trabajar en favor de los que están cerca y lejos? ¿Quiénes sacrificarán la comodidad y el placer, e irán a los lugares donde reina el error, la superstición y las tinieblas, para obrar con fervor y perseverancia, presentar la verdad con sencillez, orar con fe y hacer el trabajo de casa en casa? ¿Quiénes saldrán en este tiempo fuera del campamento, dotados del poder del Espíritu Santo, para soportar oprobio por amor a Cristo, explicar las Escrituras a la gente y llamarla al arrepentimiento?

Dios tiene obreros en toda época. Satisface la demanda de la hora con la llegada del hombre apropiado. Cuando la voz divina clame: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” llegará la respuesta: “Heme aquí, envíame a mí”. (Isaías 6:8) Todos los que trabajan eficazmente en el colportaje deben sentir en su corazón que están haciendo la obra de Dios al ministrar a las almas que no conocen la verdad para este tiempo. Están dando la voz de advertencia en los caminos y los vallados, a fin de preparar un pueblo para el gran día del Señor, que pronto ha de sobrecoger al mundo.

No tenemos tiempo que perder. Debemos alentar esta obra. ¿Quiénes saldrán ahora con nuestras publicaciones? El Señor imparte idoneidad para la obra a todo hombre y mujer que quiera cooperar con el poder divino. Obtendrán todo el talento, el valor, la perseverancia, la fe y el tacto que requieren, cuando se pongan la armadura. Hay una gran obra que hacer en nuestro mundo, y los agentes humanos responderán ciertamente a la demanda. El mundo debe oír la amonestación. Cuando llegue la invitación: “¿A quién enviaré, y



quién irá por nosotros?”, contestad en forma clara y definida: “Heme aquí, envíame a mí”. (Isaías 6:8)

“Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno”. (Eclesiastés 11:6)

Seleccionando colportores. Unos están mejor dotados que otros para hacer cierta obra; por lo tanto, no es correcto pensar que cualquiera puede ser colportor. Algunos no tienen dones especiales para esta obra; pero por esto no debe considerárseles faltos de fe o con mala voluntad. El Señor no es irrazonable en sus requerimientos. La iglesia es un jardín en el cual hay una variedad de flores, cada una con sus propias peculiaridades. Aunque en muchos aspectos todas son diferentes, cada una tiene su propio valor.

Dios no espera que, con sus diferentes temperamentos, cada uno de sus hijos esté preparado para cualquier trabajo. Recuerden todos que hay variedad de cometidos. Nadie debe

determinar el trabajo que otro debe hacer contra las propias convicciones que éste sienta acerca de su deber. Está bien dar consejos y sugerir planes; pero cada uno debe sentirse libre de buscar la dirección de Dios, pues a él pertenece y a él sirve.

Preparación para el ministerio. Algunos hombres a quienes Dios llamó a la obra del ministerio comenzaron como colportores. Se me ha indicado que esta es una preparación excelente si su objetivo es diseminar la luz y llevar las verdades de la Palabra de Dios directamente a los hogares. Con frecuencia se les presentará en la conversación la oportunidad de hablar de la religión de la Biblia. Si hacen esta obra como debieran, visitarán las familias, manifestarán compasión cristiana y amor por las personas, y les beneficiarán en gran manera. Será una experiencia excelente para cualquiera que se proponga entrar en el ministerio.

Los que están preparándose para el ministerio no pueden dedicarse a otra ocupación que les imparta una experiencia tan amplia como la del colportaje.

Tendrán que soportar penurias. El que en su obra encuentra pruebas y tentaciones debe sacar provecho de estas cosas, aprendiendo a confiar totalmente en Dios. Debe sentir que depende de él en todo momento.

No debe albergar quejas en su corazón ni expresarlas con sus labios. Cuando tiene éxito, no debe atribuirse la gloria a sí mismo, porque su éxito se debe a que los ángeles de Dios obran en los corazones. Recuerde que tanto en los momentos alentadores como en los desalentadores, los mensajeros celestiales están siempre a su lado. Debe reconocer la bondad de Dios, y alabarle con alegría.

Cristo hizo a un lado su gloria y vino a esta tierra a sufrir por los pecadores. Si encontramos penurias en nuestro trabajo, miremos a Aquel que es el Autor y Consumador de nuestra fe. Entonces no fracasaremos ni nos desanimaremos. Soportaremos las penurias como buenos soldados de Jesucristo. Recordemos lo que él dice acerca de

todos los verdaderos creyentes: “Nosotros, somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”. (1 Corintios 3:9)

Una experiencia inapreciable. Quien hace el trabajo de colportaje como debiera, debe ser educador y estudiante a la vez. Mientras trata de enseñar a otros él mismo debe aprender a hacer la obra de un evangelista. Cuando los colportores salgan con corazón humilde y llenos de ferviente ardor, hallarán muchas oportunidades de dirigir una palabra oportuna a las almas a punto de perecer en el desaliento. Después de trabajar por estos menesterosos, podrán decir: “En otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor”. (Efesios 5:8) Y cuando ven la conducta pecaminosa de otros, pueden decir: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”. (1 Corintios 6:11)

Los que trabajan para Dios encontrarán desaliento, pero siempre deben adueñarse de esta

promesa: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:20) Dios dará una experiencia maravillosa a los que digan: “Creo tu promesa; no fracasaré ni me desalentaré”.

Los informes. Los que adquieran tal experiencia al trabajar para el Señor debieran escribirla para nuestros periódicos, a fin de animar a otros, compartiendo el gozo y la bendición que han disfrutado en su ministerio como evangelistas. Estos informes deben hallar cabida en nuestras publicaciones, porque su influencia es de gran alcance. Serán como dulce fragancia en la iglesia y un sabor de vida para vida. De este modo se verá que Dios obra con aquellos que cooperan con él.

Con el ejemplo en la reforma pro salud. En nuestro trato con los incrédulos, no permitamos que nos desvíen de los principios correctos. Al sentarnos a sus mesas comamos con templanza, y únicamente alimentos que no confundan nuestra mente. Evitemos la intemperancia. No podemos debilitar nuestras facultades mentales o físicas y perder la habilidad para discernir las cosas

espirituales. Mantengamos nuestra mente en condición tal que Dios pueda impresionarla con las preciosas verdades de su Palabra.

Así ejerceremos influencia sobre los demás. Muchos procuran corregir a otros atacando los hábitos que para ellos son malos. Se acercan a los que consideran están en error, les señalan sus defectos, pero no hacen un esfuerzo ferviente y atinado para dirigir las mentes a los principios verdaderos. Una conducta tal con frecuencia no produce los resultados deseados. Al tratar de corregir a otros, muchas veces despertamos su rechazo y hacemos más mal que bien. No vigilemos a los demás para señalarles sus faltas o errores. Enseñemos por el ejemplo. Permitamos que nuestra abnegación y nuestra victoria sobre el apetito muestren cómo se viven los principios correctos. Dejemos que nuestra vida dé testimonio de la influencia santificadora y ennoblecedora de la verdad.

De todos los dones que Dios ha concedido a los hombres, ninguno es más precioso que el don del

habla. Si está santificada por el Espíritu Santo, es una fuerza para el bien. Con la lengua convencemos y persuadimos; con ella oramos y alabamos a Dios; y con ella transmitimos valiosos pensamientos acerca del amor del Redentor. Por el uso correcto del don del habla, el colportor puede sembrar en muchos corazones las preciosas semillas de la verdad.

Integridad en el trabajo. La obra se paraliza porque los que pretenden seguir a Cristo no obedecen los principios evangélicos. La manera incorrecta en que algunos colportores, experimentados o no, han trabajado demuestra que tienen que aprender lecciones importantes. Se me ha mostrado mucho trabajo hecho a medias. Algunos han desarrollado hábitos deficientes, y los han manifestado en la obra de Dios. Las sociedades de publicaciones han contraído grandes deudas porque los colportores no pagaron sus cuentas. Por su parte, los colportores se sentían molestos si se les pedía que pagasen puntualmente los libros recibidos de las casas editoras. Sin embargo, la única manera de hacer negocios correctamente es

pagar a tiempo.

Deben arreglarse las cosas de tal manera que los colportores tengan bastante para vivir sin sobregirarse. Esta puerta de tentación debe cerrarse y atrancarse. Por honrado que sea un colportor, en su trabajo se presentarán circunstancias que serán para él una intental tentación.

La pereza y la indolencia no son frutos del árbol cristiano. Ningún alma puede practicar la mentira o la deshonestidad en el manejo de los bienes del Señor y permanecer sin culpa delante de Dios. Todos los que hacen esto niegan a Cristo por sus acciones. Mientras que profesan cumplir y enseñar la ley de Dios, no practican sus principios.

Los bienes del Señor deben manejarse con fidelidad. El Señor ha confiado a los hombres la vida, la salud y la facultad de razonar; les ha dado fuerza física y mental para que la ejerciten; y ¿no deben estos dones ser empleados fiel y diligentemente para gloria de su nombre? ¿Han considerado nuestros hermanos que deben dar



cuenta de todos los talentos que les han sido confiados? ¿Han negociado prudentemente con los bienes de su Señor, o han gastado irresponsablemente sus recursos, y han sido anotados en el cielo como siervos infieles? Muchos están gastando el dinero de su Señor en los goces disolutos. No adquieren experiencia en la abnegación, sino que gastan dinero en vanidades, y no llevan la cruz en pos de Jesús. Muchos que fueron privilegiados al recibir de Dios preciosas oportunidades han despilfarrado sus vidas, y ahora padecen de necesidad.

Dios pide que haya una mejoría notable en los diversos ramos de su obra. Los negocios relacionados con la causa de Dios deben ser identificados por una mayor precisión y exactitud. No se ha hecho un esfuerzo firme y decidido para lograr una reforma substancial. Conocimiento de los libros. Los colportores deben familiarizarse tanto con el libro que están vendiendo que sean capaces de llamar la atención a sus capítulos más importantes.

La obra del colporteur. El colporteur debe llevar consigo folletos y libritos para regalar a los que no puedan comprarle. De esta manera se puede introducir la verdad en muchos hogares.

Diligencia. Una vez que el colporteur haya iniciado su trabajo no debiera permitirse distracción alguna, sino que debería sabiamente y con toda diligencia ir al punto. Sin embargo, mientras está colportando no debe descuidar las oportunidades de ayudar a las almas que procuran luz y necesitan el consuelo de las Escrituras. Si el colporteur anda con Dios, si pide en oración sabiduría celestial para hacer el bien, y solamente el bien en su labor, estará alerta para ver sus oportunidades y las necesidades de las almas con las cuales trata y aprovechará toda ocasión para atraerlas a Cristo. Con su Espíritu, estará listo para dirigir una palabra al cansado.

Por su diligencia en el trabajo, el colporteur duplica sus posibilidades de ser útil al presentar fielmente a la gente la cruz del Calvario.

Pero mientras presentamos los métodos de trabajo, no podemos trazar lineamientos invariables que todos deban seguir; porque las circunstancias alteran los casos. Dios impresionará los corazones de quienes están abiertos a la verdad y que anhelan ser guiados. Él dirá a su agente humano: “Habla a éste o a aquél del amor de Jesús”. Apenas se menciona el nombre de Jesús con amor y ternura, los ángeles de Dios se acercan para ablandar y subyugar el corazón.

Sean los colportores estudiantes fieles, aprendiendo a hacer un trabajo exitoso. Mientras trabajan, mantengan sus ojos, oídos y capacidades bien dispuestos para recibir sabiduría de Dios, a fin de saber ayudar a los que perecen por falta del conocimiento de Cristo. Concentre cada obrero sus energías y use sus facultades para el servicio más elevado, que consiste en rescatar a los hombres de las trampas de Satanás y vincularlos con Dios, amarrando la cadena de su dependencia de Jesucristo al trono rodeado por el arco iris de la promesa.

Seguridad del éxito. Puede hacerse una obra grande y buena con el colportaje evangélico. El Señor ha dado a los hombres tacto y capacidad. Las personas que poseen los talentos que él les confió para que le tributen honra y gloria, y entretejan con su vida los principios bíblicos, tendrán éxito. Tenemos que trabajar, orar y colocar nuestra confianza en Aquel que nunca fracasará.

Sométanse los colportores evangélicos a la dirección del Espíritu Santo para que obre por su medio. Por la oración perseverante, echen mano del poder que proviene de Dios y confíen en él con fe viva. Su vasta y eficaz influencia acompañará a todo obrero fiel y veraz.

Así como Dios bendice al ministro y al evangelista en sus fervorosos esfuerzos por presentar la verdad a la gente, bendecirá al colportor fiel.

El obrero humilde y eficiente, que responde obedientemente al llamamiento de Dios, puede tener la seguridad de que recibirá la asistencia

divina. Sentir una responsabilidad tan grande y santa eleva el carácter; pone en acción las mejores cualidades interiores, y su ejercicio continuo fortalece y purifica la mente y el corazón. La influencia ejercida sobre la vida de uno, como sobre la de los demás, es incalculable.

Los espectadores descuidados tal vez no aprecian su trabajo ni ven su importancia. Pueden pensar que se trata de un negocio que reporta pérdidas, una vida de labor ingrata y de sacrificio. Pero el siervo de Jesús la ve de acuerdo con la luz que emana de la cruz. Su sacrificio le parece pequeño en comparación con el de su bendito Maestro, y se alegra de seguir en sus pisadas. El éxito de lo que hace le proporciona el gozo más puro y es la más rica recompensa de una vida de trabajo paciente.

## Capítulo 43

# La hospitalidad

La Biblia atribuye mucha importancia a la práctica de la hospitalidad. No sólo ordena la hospitalidad como un deber, sino además presenta numerosos ejemplos del ejercicio de esta gracia y las bendiciones que reporta. Entre ellos se destaca el caso de Abraham.

En el libro de Génesis, encontramos al patriarca de Mamre descansando a la sombra de las encinas durante la cálida tarde veraniega. Tres viajeros se acercan. No solicitan albergue ni favor alguno; pero Abraham no les permite seguir su viaje sin refrigerio. El patriarca es un anciano digno y rico, muy honrado, y acostumbrado a dar órdenes; sin embargo, al ver a los forasteros “salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra”. Dirigiéndose hacia el que encabezaba el grupo, dijo: “Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo”. (Génesis 18:2, 3) Él mismo trajo agua para que

podrían lavarse el polvo que había ensuciado sus pies durante el viaje; eligió la comida y dispuso su preparación. Mientras ellos descansaban a la fresca sombra, su esposa Sara preparó los alimentos y Abraham permaneció respetuosamente junto a ellos mientras disfrutaban de su hospitalidad. Les manifestó esta bondad simplemente como a viajeros comunes, como a forasteros a quienes tal vez no volvería a ver. Pero terminado el agasajo, sus huéspedes se dieron a conocer. Abraham no sólo había atendido a ángeles celestiales, sino a su glorioso Comandante, Creador, Redentor y Rey. Entonces se le revelaron los secretos del cielo, y lo llamaron “amigo de Dios”.

Lot, sobrino de Abraham, aunque se había establecido en Sodoma, poseía el mismo espíritu bondadoso y hospitalario del patriarca. Cuando al anochecer vio a los forasteros en la puerta de la ciudad, y como conocía los peligros que con toda seguridad los asediarían en ese lugar impío, insistió en llevarlos a su casa. No pensó en el peligro que correrían él y los suyos. Era parte de su vida proteger a los que estaban en peligro y cuidar de

los que no tenían hogar; el acto bondadoso realizado en favor de dos viajeros desconocidos trajo ángeles a su hogar. Los visitantes a quienes trataba de proteger, lo protegieron a él. Al anochecer los había introducido en su casa para alejarlos del peligro; al amanecer, ellos llevaron a él y a su familia a un lugar seguro fuera de las puertas de la ciudad condenada a la destrucción.

Dios atribuyó suficiente importancia a estos actos de cortesía para registrarlos en su Palabra; y más de mil años después un apóstol inspirado los mencionó: “No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”. (Hebreos 13:2)

El privilegio concedido a Abraham y a Lot no se nos niega. Cuando mostramos hospitalidad a los hijos de Dios, también nosotros podemos recibir a seres celestiales en nuestras moradas. Aun en la actualidad los ángeles entran en forma humana en los hogares de la gente, y son agasajados. Los cristianos que viven a la luz del rostro de Dios están siempre acompañados por ángeles invisibles,



y estos seres santos dejan tras sí una bendición en nuestros hogares.

“Amante de la hospitalidad” es una de las cualidades que el Espíritu Santo establece que deben poseer los que tienen responsabilidad en la iglesia. Y a toda la iglesia se da esta orden: “Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”. (1 Pedro 4:9, 10)

Estas amonestaciones han sido extrañamente descuidadas. Aun entre los que profesan ser cristianos se ejercita poco la verdadera hospitalidad. Entre nuestro propio pueblo la oportunidad de manifestar hospitalidad no se considera como debiera ser: un privilegio y una bendición. La sociabilidad es escasa y la disposición poca para hacer lugar para dos o tres más en la mesa familiar. Algunos aducen que es “demasiado trabajo”. No sería así si dijéramos: “No hemos hecho preparativos especiales, pero le

ofrecemos gustosos lo que tenemos”. El huésped inesperado aprecia una bienvenida tal mucho más que la más elaborada preparación para recibirlo.

Hacer preparativos para las visitas que requieren tiempo que legítimamente pertenece al Señor, equivale a negar a Cristo. En esto robamos a Dios. También perjudicamos a otros. Al preparar un agasajo elaborado, muchos privan a su propia familia de la atención necesaria, y su ejemplo induce a otros a seguir la misma conducta.

El deseo de hacer ostentación para agasajar a las visitas crea inútiles congojas y cargas. A fin de preparar gran variedad de manjares para la mesa, la dueña de casa trabaja demasiado; y debido a los muchos platos preparados, los huéspedes comen en exceso; la enfermedad y los padecimientos son el resultado del trabajo excesivo por un lado y el comer demasiado por el otro. Estos elaborados festines son una carga y un perjuicio.

Pero el Señor quiere que cuidemos los intereses de nuestros hermanos y hermanas. El apóstol Pablo

presenta una ilustración de esto. Dice a la iglesia de Roma: “Os recomiendo además nuestra hermana Febe, la cual es diaconisa de la iglesia en Cencrea; que la recibáis en el Señor, como es digno a los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa que necesite de vosotros; porque ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo”. (Romanos 16:1, 2) Febe había atendido al apóstol, y se destacaba por su hospitalidad para los forasteros que necesitaban cuidados. Su ejemplo debe ser imitado por las iglesias de hoy.

A Dios le desagrada el interés egoísta tan a menudo manifestado cuando se dice: “Para mí y mi familia”. Cada familia que alberga este espíritu necesita ser convertida por los principios puros ejemplificados en la vida de Cristo. Los que se encierran en sí mismos, que no están dispuestos a atender visitas, pierden muchas bendiciones.

Algunos de nuestros obreros trabajan donde es necesario atender con frecuencia a visitas, sean nuestros hermanos o forasteros. Algunos insisten en que la Asociación debiera tomar nota de ello, y

que además de su sueldo regular se les debiera conceder una cantidad suficiente para cubrir estos gastos adicionales. Pero el Señor ha encomendado la obra de la hospitalidad a todo su pueblo. La orden divina no es que una o dos personas hagan toda la obra hospitalaria de una Asociación o una iglesia, o que se pague a los obreros para alojar y alimentar a sus hermanos. Esto es algo inventado por el egoísmo, y los ángeles de Dios toman nota de estas cosas.

Los que viajan de lugar en lugar como evangelistas o misioneros en cualquier ramo, deben recibir hospitalidad de los miembros de las iglesias con quienes trabajen. Hermanos y hermanas, dad albergue a estos obreros, aun cuando sea a costa de considerable sacrificio personal.

Cristo lleva cuenta de todo gasto en que se incurre al ser hospitalarios por su causa. Él provee todo lo necesario para esta obra. Los que por amor a Cristo alojan y alimentan a sus hermanos, haciendo lo mejor que pueden para que la visita sea provechosa tanto para los huéspedes como para sí

mismos, son anotados en el cielo como dignos de bendiciones especiales.

Cristo dio en su propia vida una lección de hospitalidad. Cuando estaba rodeado por la muchedumbre hambrienta junto al mar, no la mandó a sus hogares sin alimentarla. Dijo a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”. (Mateo 14:16) Y por un acto de su poder creador proporcionó suficiente alimento para suplir sus necesidades. Sin embargo, ¡cuán sencillo fue! No había lujo. El que tenía todos los recursos del cielo a su disposición podría haber presentado a la gente una comida succulenta. Pero proveyó solamente lo que bastaba para su necesidad, lo que era el alimento diario de los pescadores a orillas del mar.

Si los hombres fueran hoy sencillos en sus costumbres y vivieran en armonía con las leyes de la naturaleza, habría abundante provisión para todas las necesidades de la familia humana, menos carencias imaginarias y más oportunidad de trabajar de acuerdo con los métodos de Dios.

Cristo no trató de atraer a los hombres hacia él por la satisfacción del amor al lujo. El menú sencillo que proveyó era una garantía no sólo de su poder sino de su amor, de su tierno cuidado por ellos en las necesidades de la vida. Y a la vez que los alimentaba con panes de cebada, también les dio a comer el pan de vida. Él es nuestro ejemplo. Nuestro menú también puede ser sencillo, y hasta escaso. Nuestra suerte puede estar ligada con la pobreza. Nuestros recursos pueden no ser mayores que los del niño que tenía sólo cinco panes y dos pececillos. Sin embargo, al ponernos en relación con los necesitados, Cristo nos ordena: “Dadles vosotros de comer”. Debemos compartir lo que tenemos; y a medida que demos, Cristo se preocupará de que nuestra necesidad sea satisfecha.

En relación con esto leamos la historia de la viuda de Sarepta. Dios pidió a su siervo Elías que visitara a esta mujer que vivía entre paganos en un tiempo de hambre y le pidiera comida. “Y ella respondió: Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora

recogía dos leños para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir. Elías le dijo: No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra. Entonces ella fue, e hizo como le dijo Elías; y comió él, y ella y su casa, muchos días”. (1 Reyes 17:12-15)

La hospitalidad que esta mujer fenicia manifestó al profeta de Dios fue admirable, y su fe y generosidad fueron recompensadas en forma asombrosa. “Y comió él, y ella, y su casa, muchos días. Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra que Jehová había dicho por Elías. Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa, y la enfermedad fue tan grave, que no quedó en él aliento. Y ella dijo a Elías: ¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para

traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo? Y él le dijo: Dame acá tu hijo. Entonces él lo tomó de su regazo, y lo llevó al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama... Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová... Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió. Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre, y le dijo Elías: Mira, tu hijo vive. Entonces la mujer dijo a Elías: Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca”. (Vers. 15-24)

Dios no ha cambiado. Su poder no es menor hoy que en los días de Elías. Y la promesa que Cristo hizo no es menos segura que cuando fue pronunciada por nuestro Salvador: “El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá”. (Mateo 10:41)

A sus fieles siervos de hoy se aplican las palabras de Cristo dirigidas a sus primeros discípulos: “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me



envió”. (Vers. 40) Ningún acto de bondad realizado en su nombre dejará de ser reconocido y recompensado. Y en el mismo tierno reconocimiento Cristo incluye aun a los más débiles y humildes de la familia de Dios. “Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos? los que son como niños en su fe y conocimiento? un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa”. (Vers. 42)

La pobreza no necesita privarnos de manifestar hospitalidad. Hemos de compartir lo que tenemos. Hay quienes luchan para ganarse la vida, otros tienen grandes dificultades para suplir sus necesidades; pero todos ellos aman a Jesús en la persona de sus santos y están listos para mostrar hospitalidad a creyentes e incrédulos, tratando de hacer provechosas sus visitas. En la mesa y en el culto de la familia, dan la bienvenida a los huéspedes. El momento de oración impresiona a quienes reciben su hospitalidad, y aun una visita puede significar la salvación de un alma de la muerte. El Señor toma nota diciendo: “Te lo

pagare”.

Hermanos y hermanas, invitad a vuestros hogares a las personas que necesitan compañía y bondadosa atención. Sin ostentación, al ver su necesidad, acogedlos y manifestadles verdadera hospitalidad cristiana. Hay preciosos privilegios en el intercambio social.

“No sólo de pan vivirá el hombre” (Mateo 4:4), y a medida que compartimos con otros nuestro alimento temporal, debemos compartir también esperanza, valor y amor cristiano. Debemos “consolar a los que están en cualquiera tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados de Dios” (2 Corintios 1:4) Y se nos asegura que “poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra”. (2 Corintios 9:8) Vivimos en un mundo de pecado y tentación; en nuestro derredor hay personas que perecen sin Cristo; y Dios quiere que trabajemos por ellas de toda manera posible. Si tenemos un

hogar agradable, invitemos a los jóvenes que no tienen hogar, que necesitan ayuda, que anhelan simpatía, palabras bondadosas, respeto y cortesía. Si deseáis traerlos a Cristo, debéis mostrarles que los amáis y respetáis como comprados por su sangre.

En la providencia de Dios estamos en relación con los que no tienen experiencia, con muchos que necesitan compasión y piedad. Necesitan socorro, porque son débiles. Los jóvenes necesitan ayuda. Con la fuerza de Aquel cuya amante bondad se ejercita con los indefensos, los ignorantes y los que son contados como los menores de sus pequeñuelos, debemos trabajar para su futuro bienestar, para que adquieran un carácter cristiano. Los mismos que necesitan más ayuda, a veces serán los que probarán nuestra paciencia. “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños;-- dice Cristo--porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”. (Mateo 18:10) Y a los que atienden a estas almas, el Salvador declara: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis

hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. (Mateo 25:40)

Las sienes de las personas que hacen esta obra llevarán la corona del sacrificio; pero recibirán su recompensa. En el cielo veremos a los jóvenes a quienes ayudamos, a los que invitamos a nuestras casas, a los que apartamos de la tentación. Veremos sus rostros reflejar la radiante gloria de Dios. “Y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes”. (Apocalipsis 22:4)

## Capítulo 44

# La observancia del Sábado

La observancia del sábado entraña grandes bendiciones, y Dios desea que el sábado sea para nosotros un día de gozo. La institución del sábado se estableció con gozo. Dios contempló con satisfacción la obra de sus manos. Declaró que todo lo que había hecho era “bueno en gran manera”. (Génesis 1:31) El cielo y la tierra se llenaron de regocijo. “Las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios”. (Job 38:7) Aunque el pecado entró en el mundo para mancillar su obra perfecta, Dios sigue dándonos el sábado como testimonio de que un Ser omnipotente, infinito en bondad y misericordia, creó todas las cosas. Nuestro Padre celestial desea, por medio de la observancia del sábado, conservar entre los hombres el conocimiento de sí mismo. Desea que el sábado dirija nuestra mente a él como el verdadero Dios viviente, y que por conocerle tengamos vida y paz.

Cuando el Señor liberó a su pueblo Israel de Egipto y le confió su ley, le enseñó que por la observancia del sábado debía distinguirse de los idólatras. Así se crearía una distinción entre los que reconocían la soberanía de Dios y los que se negaban a aceptarle como su Creador y Rey. “Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel”, dijo el Señor. “Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel: celebrándolo por sus generaciones por pacto perpetuo”. (Éxodo 31:17, 16)

Así como el sábado fue la señal que distinguía a Israel cuando salió de Egipto para entrar en la Canaán terrenal, así también es la señal que ahora distingue al pueblo de Dios cuando sale del mundo para entrar en el reposo celestial. El sábado es una señal de la relación que existe entre Dios y su pueblo, una señal de que éste honra la ley de su Creador. Hace distinción entre los súbditos leales y los transgresores.

Desde la columna de nube, Cristo declaró acerca del sábado: “Con todo eso vosotros

guardaréis mis sábados: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico”. (Éxodo 31:13) El sábado que fue dado al mundo como señal de que Dios es el Creador, es también la señal de que es el Santificador. El poder que creó todas las cosas es el poder que vuelve a crear el alma a su semejanza. Para quienes lo santifican, el sábado es una señal de santificación. La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter. Se recibe obedeciendo a los principios que son el trasunto de su carácter. Y el sábado es la señal de obediencia. El que obedece de corazón al cuarto mandamiento, obedecerá toda la ley. Queda santificado por la obediencia.

A nosotros, como a Israel, nos es dado el sábado “por pacto perpetuo”. Para los que reverencian el santo día, el sábado es una señal de que Dios los reconoce como su pueblo escogido. Es una garantía de que cumplirá su pacto en su favor. Cada alma que acepta la señal del gobierno de Dios, se coloca bajo el pacto divino y eterno. Se vincula con la cadena áurea de la obediencia, de la

cual cada eslabón es una promesa.

De los diez mandamientos, sólo el cuarto contiene el sello del gran Legislador, Creador del cielo y de la tierra. Los que obedecen este mandamiento toman sobre sí su nombre, y son tuyas todas las bendiciones que entraña. “Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga, y te guarde: haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia: Jehová alce a ti su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré”. (Números 6:22-27)

Por medio de Moisés fue dada también la promesa: “Te confirmará Jehová por pueblo santo suyo, como te lo ha jurado, cuando guardares los mandamientos de Jehová tu Dios, y anduvieres en sus caminos. Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es invocado sobre ti... Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo; si obedecieres a los mandamientos de Jehová tu Dios,



que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas”. (Deuteronomio 28:9-13)

El salmista, hablando por el Espíritu Santo, dice:

“Venid, aclamemos alegremente a Jehová;  
cantemos con júbilo a la roca de nuestra  
salvación...

Porque Jehová es Dios grande, y Rey grande  
sobre todos los dioses.

Porque en su mano están las profundidades de  
la tierra, y las alturas de los montes son  
suyas.

Suyo también el mar, pues él la hizo; y sus  
manos formaron la seca.

Venid, adoremos y postrémonos;  
arrodillémonos delante de Jehová nuestro  
Hacedor.

Porque él es nuestro Dios”. “Él nos hizo, y no  
nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo  
somos, y ovejas de su prado”

(Salmos 95:1-7; 100:3)

Estas promesas dadas a Israel son también para el pueblo de Dios actual. Son los mensajes que el sábado nos trae.

## **La reforma en la observancia del sábado**

El sábado es un broche de oro que une a Dios y a su pueblo. Pero el mandamiento del sábado ha sido violado. El día santo de Dios ha sido profanado. El sábado ha sido sacado de su lugar por el hombre de pecado, y se ha ensalzado en su lugar un día de trabajo común. Se ha hecho una brecha en la ley, y esta brecha ha de ser reparada. El sábado debe ser ensalzado a la posición que merece como día de reposo de Dios. En el capítulo 58 de Isaías, se bosqueja la obra que el pueblo de Dios ha de hacer. Debe ensalzar la ley y hacerla honorable, edificar en los antiguos desiertos y levantar los fundamentos de muchas generaciones. A los que hagan esta obra, Dios dice: “Serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llames delicia, santo, glorioso de Jehová;

y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado”. (Vers. 12-14)

El asunto del sábado será el punto culminante del gran conflicto final, en el cual todo el mundo tornará parte. Los hombres han honrado los principios de Satanás por encima de los principios que rigen los cielos. Han aceptado el falso día de descanso que Satanás ha exaltado como señal de su autoridad. Pero Dios ha puesto su sello sobre su requerimiento real. Ambos días de reposo llevan el nombre de su autor, una marca imborrable que demuestra la autoridad de cada uno. Es nuestra obra inducir a la gente a comprender esto. Debemos mostrarle que es de consecuencia vital llevar la marca del reino de Dios, o la marca de la rebelión, porque se reconocen súbditos del reino cuya marca llevan. Dios nos ha llamado a enarbolar el estandarte de su sábado pisoteado. ¡Cuán importante es, pues, que nuestro ejemplo sea

correcto en la observancia del sábado!

Al establecer nuevas iglesias, los ministros deben dar instrucción cuidadosa en cuanto a la debida observancia del sábado. Debemos precavernos, no sea que las prácticas que prevalecen entre los observadores del domingo también las sigan los que profesan observar el santo día de reposo de Dios. La línea de demarcación debe trazarse clara y distinta entre los que llevan la marca del reino de Dios y los que llevan la señal del reino de la rebelión.

El sábado tiene un carácter mucho más sagrado que el que le atribuyen muchos de los que profesan observarlo. El Señor ha sido grandemente deshonrado por aquellos que no han guardado el sábado de acuerdo con el mandamiento, en la letra y en el espíritu. Él pide una reforma en la observancia del sábado.

## **La preparación para el sábado**

Al mismo principio del cuarto mandamiento, el

Señor dijo: “Acordarte has.” Sabía que entre la multitud de cuidados y perplejidades, el hombre se vería tentado a excusarse de satisfacer todo lo requerido por la ley, o se olvidaría de su importancia sagrada. Por lo tanto dijo: “Acordarte has del día del reposo, para santificarlo”. (Éxodo 20:8)

Durante toda la semana, debemos recordar el sábado y hacer preparativos para guardarlo según el mandamiento. No sólo debemos observar el sábado en forma legal. Debemos comprender su importancia espiritual sobre todas las acciones de nuestra vida. Todos los que consideren el sábado como una señal entre ellos y Dios y demuestren que Dios es quien los santifica, representarán los principios de su gobierno. Pondrán diariamente en práctica las leyes de su reino. Diariamente rogarán que la santificación del sábado descansa sobre ellos. Cada día tendrán el compañerismo de Cristo y ejemplificarán la perfección de su carácter. Cada día su luz brillará para los demás en sus buenas obras.

En todo lo que pertenece al éxito de la obra de Dios, las primeras victorias se deben ganar en el hogar. Allí debe empezar la preparación para el sábado. Recuerden los padres durante toda la semana que su hogar debe ser una escuela en la cual sus hijos se prepararán para los atrios celestiales. Sean correctas sus palabras. No escapen de sus labios expresiones que sus hijos no debieran oír. Mantengan su espíritu libre de irritación. Padres, vivid durante la semana como a la vista de un Dios santo, que os ha dado hijos para que los preparéis para él. Educad así la pequeña iglesia que hay en vuestro hogar, a fin de que el sábado todos puedan estar preparados para adorar en el santuario del Señor. Presentad cada mañana y noche vuestros hijos a Dios como su heredad comprada con sangre. Enseñadles que es su más alto deber y privilegio amar y servir a Dios.

Los padres deben ser escrupulosos y hacer del culto de Dios una lección objetiva para sus hijos. Deben tener con frecuencia en sus labios pasajes de la Escritura, especialmente los que preparan el corazón para el servicio religioso. Bien podrían

repetirse a menudo las preciosas palabras: “Alma mía, en Dios solamente reposa; porque de él es mi esperanza”. (Salmos 62:5)

Cuando el sábado se recuerde así, no se permitirá que lo temporal usurpe lo que pertenece a lo espiritual. Ningún deber que incumbe a los seis días hábiles será dejado para el sábado. Durante la semana nuestras energías no se agotarán de tal manera en el trabajo temporal que, en el día en que el Señor descansó y fue refrigerado, estemos demasiado cansados para dedicarnos a su servicio.

Aunque deben hacerse preparativos para el sábado durante toda la semana, el viernes es un día especial de preparación. Por medio de Moisés, el Señor dijo a los hijos de Israel: “Mañana es el santo sábado, el reposo de Jehová: lo que hubiereis de cocer, cocedlo hoy, y lo que hubiereis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana”. “El pueblo se esparcía, y recogía [el maná], y lo molía en molinos, o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera, o hacían de él tortas” (Éxodo 16:23; Números 11:8) Había

algo que hacer para preparar el pan enviado por el cielo a los hijos de Israel. El Señor les dijo que esta obra debía hacerse en viernes, día de preparación. Esto era una prueba para ellos. Dios deseaba ver si querían santificar el sábado o no.

Estas indicaciones de los labios de Jehová son para nuestra instrucción. La Biblia es una guía perfecta, y si se estudian sus páginas con oración y corazón dispuesto a comprender, nadie necesita errar acerca de esta cuestión.

Muchos necesitan instrucción en cuanto a cómo deben presentarse en la asamblea para adorar en sábado. No han de entrar en la presencia de Dios con las ropas que llevan comúnmente durante la semana. Todos deben tener un traje especial para el sábado, para llevarlo cuando asistan al culto en la casa de Dios. Aunque no debemos conformarnos a las modas mundanales, no debemos ser indiferentes acerca de nuestra apariencia exterior. Debemos ser aseados y estar bien arreglados, aunque sin adornos. Los hijos de Dios deben ser limpios en su interior y exterior.



Termínense el viernes los preparativos para el sábado. Cuidad de que toda la ropa esté lista y que se haya cocinado todo lo que debe cocinarse, que se hayan lustrado los zapatos y tomado los baños. Es posible lograr esto. Si lo establecéis como regla, podéis hacerlo. El sábado no debe destinarse a reparar ropas, a cocinar alimentos, a los placeres, o a otra ocupación mundanal. Antes de que se ponga el sol, debe ponerse a un lado todo trabajo secular, y guardarse fuera de la vista todos los libros y revistas seculares. Padres, explicad a vuestros hijos lo que hacéis y os proponéis, y dejadlos participar en vuestra preparación para guardar el sábado según el mandamiento.

Debemos cuidar celosamente los extremos del sábado. Recordemos que cada momento del mismo es un tiempo santo y consagrado. Siempre que se pueda los patronos deben dejar en libertad a sus obreros desde el viernes al medio día hasta el principio del sábado. Dadles tiempo para la preparación, a fin de que puedan dar la bienvenida al día del Señor con espíritu tranquilo. Una

conducta tal no os infligirá pérdidas, ni aun en las cosas temporales.

Hay otra obra que debe recibir atención en el día de preparación. En ese día deben ponerse a un lado todas las divergencias entre hermanos, ora sea en la familia o en la iglesia. Expúlsese del alma toda amargura, ira y malicia. Con espíritu humilde, “confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados”. (Santiago 5:16)

Antes que empiece el sábado, tanto la mente como el cuerpo deben retraerse de los negocios mundanales, Dios puso el sábado al fin de los seis días de trabajo para que los hombres se detengan y consideren lo que han ganado en la semana en su preparación para el reino puro que no admitirá a ningún transgresor. Debemos hacer cada sábado un examen de nuestra conciencia para ver si la semana transcurrida trajo ganancia o pérdida espiritual. Santificar el sábado para el Señor significa salvación eterna. Dios dice: “Yo honraré a los que me honran”. (1 Samuel 2:30)

## **El sábado en el hogar**

Antes de la puesta del sol, congréguense los miembros de la familia para leer la Palabra de Dios y para cantar y orar. Se necesita una reforma en esto, porque muchos han sido remisos. Necesitamos confesarnos a Dios y unos a otros. Debemos empezar de nuevo a hacer arreglos especiales para que cada miembro de la familia esté preparado para honrar el día que Dios ha bendecido y santificado.

No se malgasten en la cama las preciosas horas del sábado. El sábado de mañana, la familia debe levantarse temprano. Si se levantan tarde, hay confusión y apresuramiento en los preparativos para el desayuno y la Escuela Sabática. Hay apresuramiento, roces e impaciencia. Así entran en el hogar sentimientos seculares. El sábado, así profanado, produce cansancio, y en vez de amarse su venida se la teme.

No debemos proveer para el sábado una

cantidad o variedad mayor de alimentos que para los otros días. En vez de esto, los alimentos deben ser más sencillos, y debe comerse menos, a fin de que la mente esté clara y vigorosa para comprender las cosas espirituales. El comer demasiado nubla la mente. Se pueden oír las palabras más preciosas sin apreciarlas, debido a que la mente está turbada por un régimen impropio. Comiendo demasiado el sábado, muchos han deshonrado a Dios más de lo que piensan.

Aunque debe evitarse el cocinar en sábado, no es necesario comer alimentos fríos. En tiempo frío, caliéntese el alimento preparado el día antes. Y sean las comidas, aunque sencillas, atrayentes y sabrosas. Provéase algo que sea considerado como un plato especial, algo que la familia no tiene cada día.

Tomen parte los niños en el culto de familia. Traigan todos sus Biblias, y lea cada uno de ellos uno o dos versículos. Luego cántese algún himno familiar, seguido de oración. Para esta oración, Cristo ha dejado un modelo. El Padrenuestro no fue

destinado a ser repetido simplemente como una fórmula, sino que es una ilustración de cómo deben ser nuestras oraciones: sencillas, fervientes y abarcantes. En una simple petición, expresad al Señor vuestras necesidades, y gratitud por su misericordia. Así invitáis a Jesús como vuestro huésped bienvenido en el hogar y el corazón. En la familia, las largas oraciones acerca de situaciones o casos remotos, no están en su lugar. Hacen cansadora la hora de la oración, cuando debiera ser considerada como un privilegio y una bendición. Procurad que ese momento ofrezca interés y gozo.

La Escuela Sabática y la reunión del culto ocupan sólo una parte del sábado. La parte que queda para la familia puede abarcar las más sagradas y preciosas horas del sábado. Mucho de este tiempo deben pasarlo los padres con sus hijos. En muchas familias se deja solos a los niños menores, para que se diviertan lo mejor que puedan. En tales condiciones, no tardan en volverse inquietos, empiezan a jugar y se dedican a causar perjuicios. Así el sábado no tiene para ellos significado sagrado.

Cuando el tiempo es agradable, paseen los padres con sus hijos por los campos y huertos. En medio de las cosas hermosas de la naturaleza, explíquenles por qué fue instituido el sábado. Descríbanles la gran obra creadora de Dios. Díganles que cuando la tierra salió de su mano era santa y hermosa. Cada flor, cada arbusto, cada árbol, respondía al propósito de su Creador. Todo lo que veían los ojos era hermoso y llenaba la mente de pensamientos relativos al amor de Dios. Todo sonido era como música en armonía con la voz de Dios. Mostradles que fue el pecado lo que mancilló la obra perfecta de Dios; que las espinas y los cardos, el pesar y la muerte, son todos resultados de la desobediencia a Dios. Invítadlos a considerar cómo la tierra, aunque mancillada por la maldición del pecado, sigue revelando la bondad de Dios. Los campos verdes, los altos árboles, la alegre luz del sol, las nubes, el rocío, la quietud solemne de la noche, la gloria del cielo estrellado y la luna en su belleza, todo da testimonio del Creador. No cae una gota de lluvia ni un rayo de sol sobre nuestro mundo desagradecido, que no

testifique de la tolerancia y del amor de Dios.

Habladles del camino de la salvación; de cómo “amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16) Repítase la dulce historia de Belén. Preséntese a Jesús a los niños, como niño obediente a sus padres, como joven fiel y laborioso, que ayudaba a sostener la familia. Así podréis enseñarles que el Salvador conoce las pruebas, perplejidades y tentaciones, las esperanzas y los goces de los jóvenes, y que puede simpatizar con ellos y ayudarles. De vez en cuando, leedles las interesantes historias de la Biblia. Interrogadlos acerca de lo que han aprendido en la Escuela Sabática y estudiad con ellos la lección del próximo sábado.

Al bajar el sol, señalen la voz de la oración y el himno de alabanza, el fin de las horas sagradas; invítad a Dios a acompañaros con su presencia en los cuidados de la semana de trabajos.

Así pueden los padres hacer del sábado lo que debe ser: el día más gozoso de la semana. Pueden inducir a sus hijos a considerarlo como una delicia, el día superior a los demás días, santo de Jehová, honorable.

Os aconsejo, hermanos y hermanas: “Acordarte has del día del reposo, para santificarlo”. Si queréis que vuestros hijos observen el sábado según el mandamiento, debéis enseñarles tanto por los preceptos como mediante el ejemplo. Nunca se borra completamente la verdad grabada profundamente en el corazón. Puede obscurecerse, pero nunca borrarse. Las impresiones hechas en la primera parte de la vida se verán en los años ulteriores. Pueden ocurrir circunstancias que separen a los hijos de los padres y de su hogar, pero mientras vivan, la instrucción dada en la infancia y la juventud será una bendición.

## **Viajar en sábado**

Si deseamos la bendición prometida a los obedientes, debemos observar el sábado más



estrictamente. Temo que con frecuencia hacemos en ese día viajes que podrían evitarse. De acuerdo con lo que el Señor me ha comunicado acerca de la observancia del sábado, debernos ser más cuidadosos en cuanto a viajar en barcos o coches en ese día. En este asunto, debemos dar el debido ejemplo a nuestros niños y jóvenes. A fin de alcanzar las iglesias que necesitan nuestra ayuda y darles el mensaje que Dios desea que oigan, puede ser necesario viajar en sábado; pero hasta donde podamos, debemos conseguir nuestros pasajes y hacer todos los arreglos necesarios en algún otro día. Cuando emprendemos un viaje, debemos hacer todo esfuerzo para evitar que nuestra llegada a destino sea en sábado.

Cuando estarnos obligados a viajar en sábado, debemos tratar de evitar la compañía de aquellos que desviarían nuestra atención a los asuntos mundanales. Debemos mantenerla fija en Dios y en comunión con él: Cuando quiera que se presente la oportunidad, debernos hablar a otros acerca de la verdad. Debemos estar siempre listos para aliviar los sufrimientos y ayudar a los que están en

necesidad. En tales casos, Dios desea que el conocimiento y la sabiduría que nos ha dado sean aprovechados. Pero no debemos hablar de negocios ni dedicarnos a conversaciones comunes y mundanas. En todo tiempo y lugar, Dios requiere que le demostremos nuestra lealtad honrando el sábado.

## **Las reuniones del sábado**

Cristo dijo: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”. (Mateo 18:20) Dondequiera que haya siquiera dos o tres creyentes, reúnanse en sábado para pedir al Señor el cumplimiento de su promesa.

Los pequeños grupos reunidos para adorar a Dios en su santo día, tienen derecho a pedir la rica bendición de Jehová. Deben creer que el Señor Jesús es un huésped honrado en sus asambleas. Cada verdadero adorador que santifica el sábado debe aferrarse a la promesa:

“Para que sepáis que yo soy Jehová que os

santifico”. (Éxodo 31:13)

La predicación de nuestras reuniones del sábado, en sentido general, debe ser corta. Debe darse a los que aman a Dios oportunidad de expresar su gratitud y adoración.

Cuando no hay predicador en la iglesia, alguno debe ser nombrado director de la reunión. Pero no es necesario que predique un sermón u ocupe gran parte del tiempo de culto. Un estudio corto e interesante de la Biblia será con frecuencia de mayor beneficio que un sermón. Puede ir seguido de una reunión de oración y testimonio.

Los que ocupan algún puesto como dirigentes de la iglesia no deben agotar sus fuerzas físicas y mentales durante la semana al punto de no poder hacer sentir la influencia vivificadora del Evangelio de Cristo en la reunión del sábado. Reducid vuestros trabajos temporales diarios, pero no robéis a Dios dándole en sábado un servicio que no puede aceptar. No debéis carecer de vida espiritual. Los hermanos necesitan vuestra ayuda

en sábado. Dadles alimento de la Palabra. Traed vuestros dones más selectos a Dios en su santo día. Dedicadle la preciosa vida del alma en un servicio consagrado.

Nadie venga al lugar de culto para dormir. Esto no debiera verse en la casa de Dios. No os dormís cuando estáis empeñados en vuestros quehaceres temporales, porque tenéis interés en vuestro trabajo. ¿Permitiremos que el servicio que entraña intereses eternos sea puesto en un nivel inferior al de los asuntos temporales de la vida?

Cuando lo hacemos, perdemos la bendición que el Señor quiere que tengamos. El sábado no ha de ser un día de ociosidad inútil. Tanto en el hogar como en la iglesia, debe manifestarse un espíritu de servicio. El que nos dio seis días para nuestro trabajo temporal, bendijo y santificó el séptimo día y lo puso aparte para sí. En ese día bendecirá de una manera especial a todos los que se consagren a su servicio.

Todo el cielo observa el sábado, pero no de una

manera desatenta y ociosa. En ese día, cada energía del alma debe despertarse; porque ¿no hemos de encontrarnos con Dios y con Cristo nuestro Salvador? Podemos contemplarle por la fe. Él anhela refrescar y bendecir toda alma.

Cada uno debe sentir que tiene una parte que desempeñar para hacer interesantes las reuniones del sábado. No hemos de reunirnos simplemente por formalismo, sino para un intercambio de ideas, para relatar nuestra experiencia diaria, para expresar agradecimiento y nuestro sincero deseo de ser iluminados divinamente; para que conozcamos a Dios y a Jesucristo al cual él envió. El platicar juntos acerca de Cristo fortalecerá el alma para las pruebas y conflictos de la vida. Sin embargo, nunca pensemos que podemos ser cristianos y encerrarnos, dentro de nosotros mismos. Cada uno es parte de la gran trama de la humanidad, y su experiencia será mayormente determinada por la experiencia de sus asociados.

No obtenemos la centésima parte de la bendición que podríamos obtener de nuestras

asambleas para adorar a Dios. Nuestras facultades perceptivas necesitan ser aguzadas. La comunión de unos con otros debe alegrarnos. Con una esperanza como la que tenemos, ¿por qué no arde en nuestro corazón el amor de Dios?

Debemos asistir a toda reunión religiosa motivados por una vívida comprensión espiritual de que Dios y sus ángeles están allí, cooperando con todos los verdaderos adoradores. Al entrar en el lugar de culto, pidamos a Dios que quite todo mal de nuestro corazón. Traigamos a su casa solamente lo que él puede bendecir. Arrodillémonos delante de Dios en su templo, y consagrémosle lo suyo, lo que compró con la sangre de Cristo. Oremos por el predicador o el que dirige la reunión. Roguemos que una gran bendición venga por medio del que ha de presentar Palabra de Dios. Esforcémonos con fervor por obtener una bendición para nosotros mismos.

Dios bendecirá a todos los que se preparen así para su servicio. Ellos comprenderán lo que significa tener la seguridad del Espíritu porque

recibieron a Cristo por la fe.

El lugar de culto puede ser muy humilde, pero no por eso deja el Señor de reconocerlo. Para los que adoran a Dios en espíritu y en verdad y en la belleza de la santidad, será como la puerta del cielo. El grupo de creyentes puede ser pequeño, pero a la vista de Dios es muy precioso. La verdad los sacó como piedras brutas de la cantera del mundo, y fueron llevados al taller de Dios para ser tallados y modelados. Pero aun en bruto son preciosos a la vista de Dios. El hacha, el martillo y el cincel de las pruebas están en las manos de un Artífice hábil que no los emplea para destruir, sino para labrar la perfección de cada alma. Como piedras preciosas, pulidas a semejanza de las de un palacio, Dios quiere que nos ubiquemos en algún lugar en el templo celestial.

Lo que Dios nos indica y concede es ilimitado. El trono de la gracia es en sí mismo la atracción más elevada, porque está ocupado por Uno que nos permite llamarle Padre. Pero Dios no consideró completo el principio de la salvación mientras sólo

estaba investido de su amor. Por su propia voluntad, puso en su altar a un Abogado revestido de nuestra naturaleza. Como intercesor nuestro, su obra consiste en presentarnos a Dios como sus hijos e hijas. Cristo intercede en favor de los que le han recibido. En virtud de sus propios méritos, les da poder para llegar a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Y el Padre demuestra su infinito amor a Cristo, quien pagó nuestro rescate con su sangre, recibiendo y dando la bienvenida a los amigos de Cristo como amigos suyos. Está satisfecho con la expiación hecha. Ha sido glorificado por la encarnación, la vida, la muerte y la mediación de su Hijo.

Tan pronto como un hijo de Dios se acerca al propiciatorio, llega a ser cliente del gran Abogado. Cuando pronuncia su primera expresión de penitencia y súplica de perdón, Cristo acepta su caso y lo hace suyo, presentando la súplica ante su Padre como su propia súplica.

A medida que Cristo intercede en nuestro favor, el Padre abre los tesoros de su gracia para



que nos los apropiemos, para que los disfrutemos y los comuniquemos a otros. Pedid en mi nombre--dice Cristo--y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros; pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis. Haced uso de mi nombre. Esto dará eficacia a vuestras oraciones, y el Padre os dará las riquezas de su gracia; por lo tanto, “pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”. (Juan 16:24)

Dios desea que sus hijos obedientes se apropien de su bendición y se presenten delante de él con alabanza y agradecimiento. Dios es la fuente de la vida y el poder. Él puede hacer del desierto un campo fructífero para el pueblo que guarda sus mandamientos, porque ello glorifica su nombre. Él ha hecho para su pueblo escogido algo que debiera inspirar agradecimiento a todo corazón, y le agravia que se le tribute tan poca alabanza. Desea que su pueblo se exprese con más energía y demuestre saber que tiene motivos para estar gozoso y alegre.

El trato de Dios con su pueblo debe

mencionarse con frecuencia. ¡Cuán a menudo levantó el Señor, en su trato con el antiguo Israel, los hitos del camino! A fin de que no olvidasen la historia pasada, ordenó a Moisés que inmortalizase esos acontecimientos en cantos, a fin de que los padres pudiesen enseñárselos a sus hijos. Habían de levantar monumentos recordativos bien a la vista. Debían esmerarse para conservarlos, a fin de que cuando los niños preguntasen acerca de esas cosas, les pudiesen repetir toda la historia. Así eran recordados, el trato providencial y la señalada bondad y misericordia de Dios manifestadas en su cuidado y en la liberación de su pueblo. Se nos exhorta a traer “a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos”. (Hebreos 10:32) El Señor ha obrado como un Dios realizador de prodigios en favor de su pueblo en esta generación. Es necesario recordar con frecuencia a los hermanos jóvenes y ancianos, la historia pasada de la causa de Dios. Necesitamos relatar a menudo la bondad de Dios y alabarle por sus obras admirables.

Aunque se nos exhorta a no dejar nuestras reuniones, esas asambleas no han de ser meramente para nuestro refrigerio. Debemos sentir mayor celo para impartir el consuelo que hemos recibido. Debemos ser muy celosos para la gloria de Dios y no atraerle oprobio, ni aun por la tristeza de nuestro rostro ni por palabras imprudentes, como si los requerimientos de Dios restringieran nuestra libertad. Aun en este mundo de pesar, desengaño y pecado, desea el Señor que estemos alegres y fuertes en su fortaleza. La persona total tiene el privilegio de dar un testimonio decidido en todo lo que sea necesario. Mediante nuestro semblante, genio, palabras y carácter, debemos testificar que el servicio de Dios es bueno. Así proclamamos que “la ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma”. (Salmos 19:7)

La fase alegre y alentadora de nuestra religión será representada por todos los que se consagran diariamente a Dios. No debemos deshonorar a Dios con un lastimero relato de las pruebas que parecen gravosas. Todas las pruebas que se reciban como medios de educarnos producirán gozo. Toda la vida

religiosa será elevadora y ennoblecedora, fragante de buenas palabras y obras. Agrada al enemigo que las almas estén deprimidas, abatidas, llorosas y quejasas; quiere que así sean precisamente las impresiones que deje el efecto de nuestra fe. Pero Dios quiere que la mente no se rebaje a un nivel inferior. Desea que cada persona triunfe con el poder y el cuidado del Redentor. El salmista dice: “Tributad a Jehová, oh hijos de los poderosos, dad a Jehová la gloria y el poder. Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad a Jehová en la hermosura de la santidad”. “Te glorificaré, oh Jehová; porque me has exaltado, y no permitiste que mis enemigos se alegraran de mí. Jehová Dios mío, a ti clamé y me sanaste... Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad”. (Salmos 29:1, 2; 30:1-4)

La iglesia de Dios en la tierra es una con la iglesia de Dios en el cielo. Los creyentes de la tierra y los seres del cielo, que nunca han caído constituyen una sola iglesia. Todo ser celestial está interesado en las asambleas de los santos que en la tierra se congregan para adorar a Dios. En el atrio

interior del cielo, escuchan el testimonio que dan los testigos de Cristo en el atrio exterior de la tierra. Las alabanzas de los adoradores de este mundo hallan su complemento en la antífona celestial, y el loor y el regocijo repercuten por todos los atrios celestiales porque Cristo no murió en vano por los caídos hijos de Adán. Mientras que los ángeles se sacian en el manantial principal, los santos de la tierra beben los raudales puros que fluyen del trono y alegran la ciudad de nuestro Dios. ¡Ojalá que todos pudiesen comprender cuán cerca está el cielo de la tierra! Aun cuando los hijos nacidos en la tierra no lo saben, tienen ángeles de luz por compañeros. Un testigo silencioso vela sobre toda alma, tratando de atraerla a Cristo. Mientras haya esperanza, hasta que los hombres resistan al Espíritu Santo para eterna ruina suya, son guardados por los seres celestiales. Recordemos todos que en cada asamblea de los santos realizada en la tierra, hay ángeles de Dios escuchando los testimonios, himnos y oraciones. Recordemos que nuestras alabanzas quedan suplidas por los coros de las huestes angélicas en lo alto.

Por lo tanto, mientras nos reunimos sábado tras sábado, cantemos alabanzas a Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. “Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre”, rinda adoración el corazón. Sea el amor de Cristo el tema principal de lo que dice el predicador. Sea lo que se exprese con sencillo lenguaje en todo himno de alabanza. Dicte la inspiración del Espíritu de Dios nuestras oraciones. Mientras se pronuncie la palabra de vida, atestigüe nuestra sentida respuesta que hemos recibido el mensaje como mensaje del cielo. Esto es muy anticuado, lo sé, pero es una ofrenda de agradecimiento a Dios por el pan de vida dado al alma hambrienta. Esta respuesta a la inspiración del Espíritu Santo será una fuerza en nuestra propia alma y un estímulo para otros. Dará cierta evidencia de que hay en el edificio de Dios piedras vivas que emiten luz.

Mientras repasemos, no los capítulos oscuros de nuestra experiencia, sino las manifestaciones de la gran misericordia y del inagotable amor de Dios,

alabaremos mucho más de lo que nos quejemos. Hablaremos de la fidelidad amante del Dios que, como compasivo y tierno pastor de su rebaño, declaró que nadie arrancará de sus manos a sus ovejas. El lenguaje del corazón no será una egoísta murmuración y queja. Como raudales cristalinos, las alabanzas brotarán de los que creen verdaderamente en Dios. “Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida: y en la casa de Jehová moraré por largos días”. “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos si no a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”. (Salmos 23:6; 73:24, 25)

¿Por qué no elevar la voz de nuestros cánticos espirituales en nuestras peregrinaciones? ¿Por qué no volver a nuestra sencillez y fervor? La razón por la cual no estamos más gozosos consiste en que hemos perdido nuestro primer amor. Seamos, pues, celosos y arrepintámonos, no sea que nuestro candelero sea quitado de su lugar.

El templo de Dios está abierto en el cielo, e

inunda su umbral la gloria de Dios destinada a toda iglesia que ame a Dios y guarde sus mandamientos. Necesitamos estudiar, meditar y orar, Tendremos entonces visión espiritual para discernir los atrios interiores del templo celestial. Percibiremos los temas de los himnos y agradecimientos del coro celestial que está alrededor del trono. Cuando Sión se levante y resplandezca, su luz será muy penetrante y se oirán preciosos himnos de alabanza y agradecimiento en las asambleas de los santos. Cesarán las murmuraciones y quejas por pequeñas desilusiones y dificultades. Mientras apliquemos el colirio áureo, veremos las glorias venideras. La fe penetrará las densas sombras de Satanás y veremos a nuestro Abogado ofreciendo el incienso de sus propios méritos en nuestro favor. Cuando veamos esto tal cual es, como el Señor desea que lo veamos, nos embargará un sentido de la inmensidad y diversidad del amor de Dios.

Dios enseña que debemos congregarnos en su casa para cultivar los atributos del amor perfecto. Esto preparará a los moradores de la tierra para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para todos



los que le aman. Allí se congregarán en el santuario de sábado en sábado, de luna nueva en luna nueva, para unir sus voces en los más sublimes acentos de alabanza y agradecimiento a Aquel que está sentado en el trono y al Cordero para siempre jamás.

## Capítulo 45

# Reavivamiento de la reforma pro salud

### Obediencia a las leyes naturales

Las leyes de la naturaleza son las leyes de Dios, por eso tenemos el deber ineludible de estudiarlas con atención. Deberíamos comprender sus requisitos referentes a nuestros cuerpos y obedecerlos. La ignorancia de estos temas es pecado.

“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. (1 Corintios 6:15, 19, 20) Nuestros cuerpos son una propiedad adquirida por Cristo, de manera que no

podemos hacer con ellos lo que nos plazca; sin embargo, la gente lo ha hecho. Ha tratado su cuerpo como si las leyes que lo rigen no prescribieran ningún castigo. Su apetito pervertido ha enfermado sus órganos y debilitado y deteriorado sus funciones. Como resultado, Satanás utiliza estas mismas consecuencias causadas por él mediante sus engañosas tentaciones, para insultar a Dios. Le presenta el cuerpo humano adquirido por Cristo como su propiedad, ¡y en qué deplorable imagen de su Hacedor se convirtió! Dios es deshonrado porque el hombre pecó contra su cuerpo y corrompió sus hábitos.

Cuando los hombres y las mujeres se hayan convertido realmente, considerarán atentamente las leyes de la vida que Dios puso en su ser, para evitar toda debilidad física, mental y moral. La obediencia a estas leyes debe ser un asunto de conciencia. Sufriremos personalmente las enfermedades causadas por la violación de estas leyes. Tendremos que responder ante Dios por nuestros hábitos y prácticas. Por lo tanto, lo que debe preocuparnos no es: ¿Qué dirá la gente?, sino:

¿Cómo, yo que pretendo ser cristiano, debo tratar la morada que Dios me ha concedido? ¿Me esforzaré por lograr el más elevado bienestar físico y espiritual posible, manteniendo mi cuerpo como un templo donde more el Espíritu Santo? ¿O me inmolaré como sacrificio a las ideas y prácticas del mundo?

Vivir saludablemente es necesario que se convierta en una preocupación familiar. Los padres necesitan percibir las responsabilidades que Dios les ha dado. Deben estudiar los principios de la reforma pro salud y enseñar a sus hijos que la senda de la abnegación es el único camino seguro. La gran mayoría de los habitantes del mundo, por ignorar las leyes de la naturaleza, están destruyendo su capacidad de practicar la abnegación, y se están inhabilitando para apreciar las verdades eternas. Al ignorar conscientemente su propia constitución física, conducen a sus hijos por la senda de la satisfacción inmoderada de sus deseos, preparando así el terreno para que sufran el castigo por violar las leyes de la naturaleza. En esto no demuestran una sabia preocupación por el

bienestar de sus familias.

## **La iglesia y la reforma pro salud**

Hay un mensaje respecto a la reforma pro salud que debe predicarse en todas las iglesias, y una obra que realizar en cada escuela. La educación de los menores no se debe confiar al director ni a los maestros hasta que demuestren que poseen un conocimiento práctico del tema. Algunos se han sentido con derecho de criticar, de poner en duda e impugnar los principios de la reforma pro salud, acerca de los cuales conocen muy poco en la práctica. Esas personas debieran estar hombro a hombro, y colaborar sinceramente con los que trabajan en forma debida.

El tema de la reforma pro salud se ha presentado en las iglesias; sin embargo, éstas no han recibido la luz con entusiasmo. Los excesos egoístas y destructores de la salud de hombres y mujeres, han contrarrestado la influencia del mensaje que tiene el propósito de prepararlos para el gran día de Dios. Si las iglesias esperan tener

poder, deberán vivir de acuerdo con la verdad que Dios les ha dado. Si los miembros desatienden la luz recibida cosecharán inevitablemente el resultado del deterioro espiritual y físico. Y la influencia de los miembros más antiguos obrará como levadura entre los más nuevos en la fe y contribuirá a su transformación. El Señor no actúa hoy para atraer más gente a la verdad a causa de los miembros de iglesia que nunca se convirtieron, y de los que se apartaron de la verdad. ¿Qué influencia ejercerían esos miembros no consagrados sobre los nuevos conversos? ¿No anularían el mensaje dado por Dios, que su pueblo debe apoyar?

Que cada uno examine sus hábitos para determinar si no adolece de prácticas claramente perjudiciales. Deben abandonar todo exceso malsano en el comer y el beber. Algunos viajan a países lejanos en busca de un clima que mejore su salud; sin embargo, dondequiera que estén, su estómago les ocasionará molestias constantes. Se provocan sufrimientos que luego nadie puede aliviar. Deben armonizar sus hábitos diarios con las

leyes de la naturaleza; y al actuar, además de creer, podrán rodear tanto sus cuerpos como sus espíritus de un ambiente que será un sabor de vida para vida.

Hermanos, hemos quedado muy atrás. La iglesia no está haciendo muchas de las cosas que debiera realizar para convertirse en una iglesia resplandeciente y activa. Mediante la complacencia del apetito mal dirigido, muchos deterioran su salud hasta el punto en que se origina una lucha constante contra los intereses supremos del espíritu. La verdad no se acepta aunque se presenta en forma clara. Deseo exponer claramente este asunto ante los miembros de nuestras iglesias. Debemos formar hábitos que estén en conformidad con la voluntad de Dios. Se nos asegura que “es Dios quien obra en vosotros”; sin embargo, la gente debe hacer su parte para controlar el apetito y las pasiones. La vida religiosa requiere la interacción de la mente y el corazón en armonía con el poder divino. Nadie puede por sí mismo lograr su propia salvación, y Dios tampoco puede obrar en favor de alguien sin que dicha persona coopere. Sin embargo, cuando el hombre trabaja

con dedicación, Dios obra con él y le concede poder para que llegue a ser hijo de Dios.

Hay personas que cuando se les habla del tema de la salud, suelen decir: “Conocemos mucho más de lo que practicamos”. No se dan cuenta que son responsables por cada rayo de luz que les llega respecto a su bienestar físico, y que cada hábito está sujeto al escrutinio de Dios. La vida física no se debe tratar casualmente. Cada órgano y cada fibra de nuestro ser deben ser cuidadosamente resguardados de toda práctica dañina.

## **La dieta**

Nuestros hábitos de comer y beber muestran si pertenecemos al mundo o si estamos entre los que el Señor, con su poderosa espada de la verdad, ha separado del mundo. Ellos son su pueblo especial, dedicado a hacer el bien. Dios ha hablado mediante su palabra. El ejemplo de Daniel y sus tres compañeros constituye un auténtico sermón acerca de la reforma pro salud. Dios ha hablado mediante la historia de los hijos de Israel, a quienes por su



propio bienestar les negó el consumo de carne. Los alimentó con “pan del cielo” (Juan 6:32), los hombres consumieron comida de ángeles. No obstante, estimularon su apetito terrenal; y mientras más pensaban en las ollas de carne de Egipto, tanto más odiaban el alimento que Dios les daba para mantenerlos saludables física, mental y moralmente. Ellos añoraban las ollas de carne, con la misma actitud que tienen numerosas personas en nuestros días.

Muchos están sufriendo, y muchos van a la tumba, a causa de la complacencia del apetito descontrolado. Comen todo lo que agrada a su pervertido gusto, debilitando así los órganos digestivos y dañando su capacidad para asimilar los alimentos que sustentan la vida. Esto causa graves enfermedades, y en muchos casos el resultado es la muerte. El delicado organismo humano se desgasta mediante las prácticas destructivas de quienes deberían estar mejor informados.

Las iglesias deberían mantenerse firmes y fieles a la luz que Dios ha dado. Cada miembro debería

actuar de una manera inteligente con el fin de desterrar de su vida toda práctica que se relacione con el apetito pervertido.

## **Dietas exageradas**

Sé que algunos de nuestros hermanos se oponen tenazmente a la reforma pro salud. Yo misma no apoyo los extremos. Sin embargo, he revisado mis manuscritos y he repasado los claros testimonios que se nos han dado, y las advertencias acerca del peligro que amenaza a nuestro pueblo si imita las costumbres y prácticas del mundo respecto a la satisfacción inmoderada de los deseos, la complacencia del apetito y la vanidad en el vestir. Mi corazón se duele y entristece a causa de la situación actual. Algunos afirman que nuestros hermanos han promovido estos temas con insistencia exagerada. Sin embargo, debido a que algunos han actuado repetidamente de una forma poco discreta, al imponer sus ideas respecto a la reforma pro salud, ¿se atrevería alguien a despreciar la verdad al respecto? Los habitantes del mundo por lo general se encuentran en el polo

opuesto, el de la complacencia del apetito y la intemperancia en el comer y el beber, y como resultado las prácticas lujuriosas abundan.

Hay muchos que se prepararon para servir al Maestro, pero ahora están bajo la sombra de la muerte porque descuidaron la sagrada obligación de observar las leyes de la salud. Las leyes del cuerpo humano son realmente leyes de Dios, pero mucha gente lo ha olvidado. Algunos han adoptado una dieta que no puede mantenerlos saludables. No hicieron provisión para sustituir los artículos nocivos por alimentos nutritivos, ni consideraron que la preparación de comidas saludables requiere discreción y creatividad. El organismo debe alimentarse en forma debida para que funcione adecuadamente. Después de eliminar los diversos alimentos perjudiciales, se desvirtuaría la reforma pro salud si se pasara al extremo opuesto de reducir la cantidad y la calidad de los alimentos a un nivel inaceptable. Eso sería deformar, en vez de reformar, la salud.

## **La verdadera temperancia**

El apóstol Pablo escribe: “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:24-27)

En el mundo hay mucha gente que cultiva hábitos perniciosos. El apetito es la ley que los gobierna, y debido a sus hábitos incorrectos, la capacidad de distinguir entre lo que conviene y lo que no conviene se deteriora y la aptitud para discernir las cosas sagradas se malogra en gran medida. Por eso es necesario que los cristianos sean estrictamente temperantes. Deben proponerse normas elevadas. La temperancia en lo que se

come, en lo que se bebe y en la ropa que se usa, es de gran importancia. Los principios deben ser lo que guía, y no el apetito ni la moda. Quienes comen en exceso, o los que consumen alimentos de dudosa calidad, fácilmente caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos y otras “codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción”. (1 Timoteo 6:9) Los que “obran juntamente con Dios” deben utilizar toda su influencia para estimular la difusión de los verdaderos principios de la temperancia.

La fidelidad a Dios tiene un valor inapreciable. Él impone sus exigencias a todos los que entran a su servicio. Desea que la mente y el cuerpo se mantengan en el mejor estado de salud; que las facultades y los dones estén bajo el control divino, y sean tan vigorosos y saludables como los hábitos de temperancia observados en forma estricta y cuidadosa puedan hacerlos. Tenemos la obligación ante Dios de consagrarnos sin reservas a él, cuerpo y alma, con todas las facultades que representan los talentos que nos ha prestado para que los usemos en su servicio. Todas nuestras energías y

capacidades deben ser constantemente fortalecidas y mejoradas durante este tiempo de prueba. Solamente los que aprecian estos principios y han aprendido a cuidar sus cuerpos en forma inteligente y en el temor de Dios, deben ser elegidos para asumir responsabilidades en esta obra. Quienes han estado por largo tiempo en la verdad, pero que no logran distinguir entre los principios puros de justicia y los principios del mal, esas personas cuya comprensión de la justicia, la misericordia y el amor de Dios está cegada, deberían ser destituidos de sus responsabilidades. Cada iglesia necesita un testimonio claro y definido que proporcione a la trompeta un sonido inconfundible.

Se lograría una gran victoria si pudiéramos despertar en nuestro pueblo la capacidad de percibir lo que está bien y lo que está mal en lo que concierne a la temperancia. Hay que enseñar y predicar la temperancia en todos los aspectos de la vida. La temperancia en lo que se come, en lo que se bebe, en cómo se duerme y en la forma de vestirse, es uno de los grandes principios de la vida espiritual. Cuando la verdad se introduzca en el

santuario del alma, será una guía para el cuidado del cuerpo. Nada que tenga que ver con la salud debe considerarse con indiferencia. Nuestra felicidad eterna depende del uso que demos en esta vida a nuestro tiempo, nuestras fuerzas y a la influencia que ejerzamos.

David declaró: “Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras”. (Salmos 139:14) Si Dios nos ha concedido una morada tal, ¿no debiera examinarse cuidadosamente cada habitación? Las recámaras de la mente y el corazón son las más importantes. Luego, en vez de vivir en el sótano de la casa, disfrutando placeres sensuales y degradantes, ¿no deberíamos abrir las más hermosas habitaciones e invitar al Señor Jesús para que venga y more con nosotros?

### **Los ministros deben enseñar la reforma pro salud**

Nuestros ministros deberían dominar el tema de la reforma pro salud. Necesitan familiarizarse con la fisiología y la higiene; deben conocer las leyes

que rigen la vida y el efecto que tienen sobre la salud de la mente y del alma.

Millares de personas conocen muy poco acerca del maravilloso cuerpo que Dios les ha dado, o acerca del cuidado que debe recibir; y consideran que es de más importancia estudiar otros temas menos relevantes. Los ministros tienen una obra que realizar al respecto. Cuando asuman la postura adecuada con relación a este tema, se logrará mucho. Deben obedecer las leyes de la vida en sus propias vidas y hogares y practicar los principios correctos, y vivir en forma saludable. Entonces podrán predicar correctamente acerca de este tema y guiar a la gente para que alcance niveles cada vez más elevados en la obra de la reforma. Si viven ellos mismos en la luz podrán presentar un mensaje de más valor que los que necesitan recibir un testimonio sobre el tema.

Si los ministros combinan la presentación del tema de la reforma pro salud con su trabajo en las iglesias, podrán obtener grandes bendiciones y una rica experiencia. La gente debe recibir la luz acerca



de la reforma pro salud. Esta labor se ha descuidado, y muchos están hoy cerca de la muerte porque necesitan la luz que deberían tener, y que necesitan tener antes de poder abandonar las complacencias egoístas.

Los presidentes de nuestras asociaciones necesitan entender que ya es hora de que se sitúen en el lado correcto de este asunto. Los ministros y los maestros deben impartir a los demás la luz que ellos han recibido. Su trabajo es necesario en todos los departamentos de servicio. Dios les ayudará; él fortalecerá a todos sus siervos para que permanezcan firmes y que no se desvíen de la verdad y la justicia para dar lugar a la satisfacción inmoderada de sus deseos.

La labor educativa que sigue los lineamientos de la obra médica misionera, es un paso de gran importancia para hacer que la gente despierte a sus responsabilidades referentes a sus principios de conducta. Si los ministros hubieran asumido esta responsabilidad en sus departamentos, de acuerdo con la luz que Dios nos ha dado, se habrían

efectuado mayores cambios en el comer, el beber y en el vestir. Sin embargo, algunos se han interpuesto en la senda de la reforma pro salud y han obstaculizado su progreso. Han impedido que la gente la acepte como resultado de su indiferencia o sus comentarios negativos, o de sus burlas y chistes. Ellos mismos, así como muchos otros, se han acarreado sufrimientos, y en algunos casos hasta la muerte; pero ni así han aprendido la lección.

Los progresos realizados, se han logrado únicamente como resultado de una agresiva lucha. La gente no ha estado dispuesta a negarse a sí misma, ni a someter su mente y voluntad a la voluntad de Dios; y en medio de su propio sufrimiento, y de la misma influencia que han ejercido sobre los demás; han visto el seguro resultado de tal actitud.

La iglesia está sentando pautas. A diario hay una batalla y una marcha. Enemigos invisibles nos atacan por todos lados, y tenemos que vencerlos mediante la gracia que Dios nos concede, o

seremos derrotados. Exhorto a quienes han asumido una postura neutral respecto a la reforma pro salud, a que se conviertan. Esta es una luz preciosa, y el Señor me entrega este mensaje para que exhorte a todos los que desempeñan puestos de responsabilidad en cualquier departamento de la obra de Dios; para que reconozcan que la verdad tiene poder para cambiar el corazón y la vida. Solamente haciendo esto, podrá alguien resistir las tentaciones que indefectiblemente encontrará en el mundo.

¿Por qué algunos de nuestros hermanos que trabajan en el ministerio muestran escaso interés en la reforma pro salud? Se debe a que el precepto de la temperancia en todo, está en pugna con sus prácticas de satisfacción inmoderada de sus deseos. En algunos lugares esto ha sido la gran piedra de tropiezo que ha impedido atraer a la gente para que investigue, practique y enseñe los temas de la reforma pro salud. Nadie debe ser empleado como maestro, si sus enseñanzas o su ejemplo contradicen el testimonio que Dios ha encomendado a sus siervos respecto a la dieta;

porque eso acarrearía confusión. Ignorar voluntariamente la reforma pro salud descalificará a cualquier persona para servir como mensajero del Señor.

El Señor ha dado en su palabra una luz muy clara acerca de este tema en su palabra, y los hombres serán probados y examinados de muchas formas para determinar si la obedecen. Cada iglesia, cada familia, necesita recibir instrucción acerca de la temperancia cristiana. Todos deben saber cómo deben comer y beber a fin de conservar su salud. Vivimos en medio de las escenas finales de la historia de este mundo, y debería existir una actitud armoniosa entre los observadores del sábado. Quienes se mantienen alejados de la gran obra de instruir al pueblo acerca de este tema, no están siguiendo la senda que ha trazado el gran Médico. Cristo dijo a cada uno: “Niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. (Mateo 16:24)

El Señor me ha mostrado que muchísimos serán rescatados de la degeneración física, mental y moral mediante la influencia práctica de la reforma

pro salud. Hay que hablar acerca de la salud; las publicaciones sobre el tema deberán multiplicarse. Los principios de la reforma pro salud serán aceptados favorablemente y muchos abrirán sus entendimientos. Los resultados que se asocian a la reforma pro salud la recomendarán ante quienes buscan la luz, y así podrán avanzar paso a paso para recibir las verdades especiales para nuestro tiempo. De esa manera la verdad y la justicia se encontrarán.

La vida es un legado sagrado, algo que únicamente Dios puede permitirnos disfrutar y utilizar para su gloria. De hecho, el mismo, que ha constituido la maravillosa maquinaria de nuestro cuerpo, será quien la mantendrá en buenas condiciones, si los hombres no se oponen a sus designios. Él nos ayudará a mejorar y utilizar, de acuerdo con la voluntad del Creador, cada talento que se nos ha confiado. Días, meses y años se le añaden a nuestra existencia para que aprovechemos las oportunidades y ventajas para promover nuestra salvación individual; y para que nuestra vida de sacrificio contribuya al bienestar de los demás. De

esta forma contribuiremos a edificar el reino de Cristo y manifestar la gloria de Dios.

El evangelio y la obra médica misionera deben avanzar juntos. El evangelio debe ceñirse a los principios de la auténtica reforma pro salud. El cristianismo debe vivirse en una forma práctica. Una reforma fervorosa y concienzuda debe llevarse a cabo. La verdadera religión de la Biblia consiste en la manifestación del amor de Dios a favor del hombre caído. El pueblo de Dios debe avanzar sin desviarse, a fin de impresionar los corazones de los que buscan la verdad, de los que desean actuar correctamente en este momento de urgencia. Debemos presentar los principios de la reforma pro salud ante la gente, y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para inducir a hombres y mujeres a comprender lo necesarios que son estos principios, y a practicarlos.

## Capítulo 46

# Importancia del cultivo de la VOZ

En todo lo que hacemos debemos conceder más atención al cultivo de la voz. Podemos tener el conocimiento, pero a menos que sepamos cómo utilizar correctamente la voz, nuestra labor será un fracaso. A menos que revistamos nuestras ideas con el lenguaje apropiado, ¿de qué valdrá toda nuestra educación? Tener amplios conocimientos será de poco beneficio, a menos que cultivemos el don del habla; se convertirá en un poderoso instrumento cuando se combine con la habilidad de pronunciar palabras sabias, que presten ayuda; pronunciándolas en una forma que llame la atención.

Los estudiantes que desean trabajar como obreros en la causa de Dios, debieran ser entrenados para hablar con claridad y precisión, de otro modo perderán la mitad de su capacidad para

hacer el bien. La habilidad para hablar en forma sencilla y clara, en tonos armoniosos y sonoros; es de gran valor en cualquier ocupación. Esta capacidad es indispensable en el caso de quienes desean trabajar como pastores, evangelistas, obreros bíblicos o colportores. Quienes piensan dedicarse a estas ocupaciones deberán ser enseñados a utilizar su voz de forma tal que cuando hablen a la gente, se establezca una impresión duradera a favor de la verdad. La verdad no debe ser desfigurada por comunicarse con expresión defectuosa.

Un colportor se ayudará notablemente cuando pueda hablar con claridad y precisión acerca de las cualidades del libro que desea vender. Quizás se le brinde la oportunidad de leer un capítulo del libro, y mediante los tonos de su voz y el énfasis que coloque en sus palabras, puede hacer que la escena que intenta representar se destaque tan claramente en la mente del que la escucha como si la estuviera realmente contemplando.

Los que imparten estudios bíblicos en las



congregaciones o en los hogares, deberán poder leer con una cadencia suave y musical que enterezca a sus oyentes.

Los ministros del Evangelio deberían saber cómo hablar poderosamente y con expresividad, haciendo que las palabras de vida eterna sean expresivas e impresionantes, de tal manera que los oyentes no puedan rechazar su importancia. Me duele escuchar las voces deficientes de muchos de nuestros ministros. Ellos roban a Dios la gloria que él pudiera recibir si se hubieran aplicado a aprender la forma como deben predicar Palabra con poder.

Nadie debe considerarse calificado para entrar a la obra del ministerio hasta que, a través de esfuerzos perseverantes, haya vencido cualquier problema del habla. Si dicha persona intenta hablar a la gente sin haber aprendido a utilizar el talento del habla, perderá la mitad de su influencia, ya que no podrá mantener vivo el interés de la congregación.

Independientemente de su vocación, todos

deben aprender a controlar la voz, de manera que en caso que algo resulte mal, no hablen en tonos que estimulen las pasiones más bajas. Con frecuencia quienes hablan y quienes escuchan lo hacen en tonos ásperos, muy duros. Las palabras ásperas e impositivas, expresadas en tonos duros e irritantes; han hecho que los amigos se distancien y que algunas personas se pierdan.

La educación de la voz debe comenzar en el hogar. Los padres deben enseñar a sus hijos a que hablen de una forma clara, de tal manera que sus oyentes puedan entender cada palabra. Deben enseñarles a leer la Biblia con una pronunciación clara y precisa que honre a Dios. Los que se arrodillan alrededor del altar familiar, cuando oren a Dios no deben poner la cara entre las manos, o cerca de las sillas. Deben alzar las cabezas y con santo recogimiento hablar con su Padre celestial, pronunciando sus palabras en tonos que puedan ser escuchados.

Padres, aprended a hablar de forma tal que seáis una bendición para vuestros hijos. Las

mujeres deben ser instruidas al respecto. Aun las ocupadas madres, si así lo desean, pueden cultivar el talento del habla y enseñar a sus hijos a leer y hablar correctamente. Pueden hacerlo mientras realizan sus quehaceres. Nunca es demasiado tarde para mejorar. Dios llama a los padres para que lleven la perfección que sea posible al círculo del hogar.

En las reuniones sociales existe una necesidad especial para expresarse en forma clara y precisa, para que todos puedan escuchar los testimonios y obtener beneficio de ellos. Las dificultades desaparecen, y se recibirá ayuda cuando en las reuniones sociales el pueblo de Dios relate sus experiencias. Sin embargo, en muchas ocasiones los testimonios se expresan en una forma defectuosa e imprecisa, y resulta imposible obtener una idea apropiada de lo que se ha dicho, lo cual a menudo causa la pérdida de muchas bendiciones.

Es necesario que los que oran y los que hablan, tengan una pronunciación correcta y que hablen en un tono claro, preciso y sereno. Las oraciones,

cuando se efectúan en forma apropiada, son un poder para el bien. Es una de las maneras que utiliza el Señor para comunicar a su pueblo los preciosos tesoros de la verdad. Sin embargo, en ocasiones las oraciones no son lo que debieran ser, debido a las voces defectuosas de quienes las pronuncian. Satanás se goza cuando las oraciones que se dirigen a Dios apenas se pueden escuchar. Es necesario que el pueblo de Dios aprenda a hablar y a orar en una forma que sea consecuente con las grandes verdades que posee. Que los testimonios que se expresen y las oraciones que se ofrezcan sean claros y precisos, para que Dios sea glorificado.

Es indispensable que todos obtengan el mayor provecho del don del habla. Dios pide un ministerio más elevado y perfecto. Puede ser deshonrado por la pronunciación defectuosa de quienes podrían convertirse en voceros aceptables si realizaran un esfuerzo dedicado. La verdad es muchas veces desfigurada por el canal a través del que pasa.

El Señor llama a todos los que se relacionan con su servicio a que cultiven la voz, para que expresen de una manera aceptable las grandes y solemnes verdades que él les ha confiado. Que nadie desfigure la verdad mediante una pronunciación defectuosa. No se debe permitir que quienes han descuidado cultivar el don del habla, piensen que están aptos para la obra del ministerio; porque aún necesitan obtener el poder de la comunicación.

Cuando habláis, aseguraos que cada palabra sea plena y sonora; que cada oración sea clara y precisa de principio a fin. Algunos, cuando llegan al final de una oración, bajan el tono de la voz, y hablan en una forma tan difusa que se pierde la fuerza de las ideas. Las palabras que merecen ser dichas, deben pronunciarse con voz clara y precisa; con énfasis y modulación. Sin embargo, nunca habléis con palabras rebuscadas, porque eso causaría la impresión de que sois eruditos. Mientras más sencilla sea vuestra expresión, tanto mejor entenderán vuestros oyentes.

Jóvenes y señoritas, ¿ha puesto Dios en vuestros corazones el deseo de servirle? Si es así, procurad por todos los medios cultivar vuestra voz al máximo de vuestras habilidades, de manera que podáis explicar claramente la preciosa verdad a la gente. No forméis el hábito de orar en forma imprecisa, y en un tono de voz tan bajo, al punto que se requiera de un intérprete. Orad en forma sencilla, pero de manera clara y precisa. Bajar el volumen de la voz a un nivel tan bajo que no se pueda escuchar, no es una muestra de humildad.

A quienes piensan entrar a servir en la obra del Señor como pastores les aconsejo: Procurad con determinación perfeccionar el don del habla. Pedid a Dios que os ayude a lograr este gran objetivo. Cuando os toque orar en la congregación, recordad que habláis con Dios, y que él desea que habléis de forma tal que todos los presentes puedan unir sus súplicas a las vuestras. Una oración expresada en forma tan apresurada que las palabras se confunden, no honra a Dios y no beneficia a los oyentes. Es necesario que los ministros y todos los que elevan oraciones en público, aprendan a orar

de tal manera que Dios sea glorificado, y que sean bendecidos los que escuchan. Es necesario que hablen despacio y en forma precisa; en un tono lo suficientemente alto para ser escuchado por todos, de manera que puedan unirse para decir, Amén.

## Capítulo 47

# **Demos a Dios lo suyo**

El Señor ha dado a su pueblo un mensaje para este tiempo. Está en el tercer capítulo de Malaquías. ¿Cómo podría el Señor presentar sus requerimientos de una manera más clara y enérgica que en ese capítulo?

Todos deben recordar que lo que Dios exige de nosotros supera a cualquier otro derecho. Él nos da abundantemente, y el contrato que él ha hecho con el hombre es que una décima parte de las posesiones de éste sea devuelta a Dios. Él confía misericordiosamente sus tesoros a sus mayordomos, pero dice del diezmo: Es mío. En la proporción en que Dios ha dado su propiedad al hombre, el hombre debe devolverle un diezmo fiel de toda lo que gana. Este arreglo preciso lo hizo Jesucristo mismo.

Esta obra entraña resultados solemnes y eternos, y es demasiado sagrada para ser dejada al



impulso humano. No debemos sentirnos libres para tratar este asunto según nuestro propio capricho. En respuesta a los requerimientos de Dios, deben apartarse reservas regulares como sagradas para su obra.

## **Las primicias**

Además del diezmo, el Señor exige las primicias de todas nuestras ganancias. Se las ha reservado a fin de que su obra en la tierra pueda ser sostenida ampliamente. Los siervos del Señor no han de verse limitados a una mísera porción. Sus mensajeros no deben verse restringidos en su obra de presentar la palabra de vida. A medida que enseñan la verdad, deben tener recursos que invertir en el adelantamiento de la obra; algo que debe hacerse a su debido tiempo para ejercer influencia mejor y más poderosa para salvar. Deben realizarse acciones de misericordia; debe ayudarse a los pobres y dolientes. Deben asignarse donativos y ofrendas para este propósito. Esto debe hacerse especialmente en los campos nuevos, donde nunca se ha enarbolado el estandarte de la

verdad. Si todos los que profesan ser hijos de Dios, tanto ancianos como jóvenes, cumpliesen su deber, no habría escasez en la tesorería. Si todos pagasen fielmente el diezmo y dedicasen a Dios las primicias de sus ganancias, habría abundante provisión de recursos para la obra. Pero la ley de Dios no es respetada ni obedecida, y esto ha ocasionado una necesidad apremiante.

### **Recordemos a los pobres**

Todo despilfarro debe ser suprimido de nuestra vida; porque el tiempo que tenemos para trabajar es corto. En derredor nuestro, vemos necesidades y padecimientos. Hay familias que necesitan alimentos, pequeñuelos que lloran por pan. Las casas de los pobres carecen de los debidos muebles y ropa de cama. Muchos de ellos viven en tugurios, casi completamente privados de las cosas necesarias. El clamor de los pobres llega al cielo. Dios ve y oye. Pero muchos se glorifican a sí mismos. Mientras que sus semejantes pasan hambre y miseria, gastan mucho en sus mesas y comen más de lo necesario. ¡Qué cuenta tendrán

que dar pronto los hombres por el uso egoísta del dinero de Dios! Los que desprecian las medidas que Dios dispuso para los pobres, encontrarán que no sólo robaron a sus semejantes, sino también a Dios y malversaron sus bienes.

### **Todo pertenece a Dios**

Todo el bien que el hombre goza proviene de la misericordia de Dios. Él es el grande y bondadoso Dador. Su amor se manifiesta a todos en la abundante provisión hecha para el hombre. Nos ha dado un tiempo de gracia en que formar un carácter para las cortes celestiales. Y si nos pide que reservemos una parte de nuestras posesiones para él, no es porque necesite algo.

El Señor dispuso que todo árbol del Edén fuera agradable para los ojos y bueno como alimento, e invitó a Adán y Eva a disfrutar libremente de sus bondades. Pero hizo una excepción. No debían comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios se reservó ese árbol como recuerdo constante de que era dueño de todo. Así les dio

oportunidad de demostrar su fe y confianza obedeciendo perfectamente sus requerimientos.

Así también sucede con las exigencias de Dios hacia nosotros. Pone sus tesoros en las manos de los hombres, pero requiere que una décima parte sea puesta fielmente a un lado para su obra. Requiere que esta porción sea entregada a su tesorería. Ha de serle devuelta como propiedad suya; es sagrada y debe emplearse para fines sagrados, para el sostén de los que han de proclamar el mensaje de salvación en todas partes del mundo. Se reserva esta porción a fin de que siempre afluayan recursos a su tesorería y se pueda comunicar la luz de la verdad a los que están cerca y a los que están lejos. Obedeciendo fielmente este requerimiento, reconocemos que todo lo que tenemos pertenece a Dios.

¿No tiene el Señor derecho a exigir esto de nosotros? ¿No dio acaso a su Hijo unigénito porque nos amaba y deseaba salvarnos de la muerte? ¿Y no habrán de afluir a su tesorería nuestras ofrendas de agradecimiento, para promover su reino en la

tierra? Puesto que Dios es el dueño de todos nuestros bienes, ¿no habrá de impulsarnos la gratitud a él a presentarle ofrendas voluntarias y de agradecimiento, en prueba de que lo reconocemos dueño de nuestra alma, cuerpo, espíritu y propiedad? Si se hubiese seguido el plan de Dios, estarían ahora afluyendo recursos a su tesorería; abundarían los fondos que permitirían a los predicadores entrar en nuevos campos, y podrían unirse obreros a los predicadores para enarbolar el estandarte de la verdad en los lugares oscuros de la tierra.

### **Sin excusa**

Es un plan trazado por el cielo que los hombres devuelvan al Señor lo que le pertenece; y esto se presenta tan claramente que los hombres y mujeres no tienen excusa por no comprender ni cumplir los deberes y responsabilidades que Dios les ha impuesto. Los que aseveran que no pueden ver que tal es su deber, revelan al universo celestial, a la iglesia y al mundo, que no quieren aceptar este requerimiento tan claramente presentado. Piensan

que si practicaran el plan del Señor, se privarían de sus propios bienes. En la codicia de sus almas egoístas, desean tener todo el monto, tanto el capital como el interés y usarlo para su propio beneficio.

Dios pone su mano sobre todas las posesiones del hombre diciendo: Yo soy el dueño del universo, y estos bienes son míos. El diezmo que habéis retenido lo reservaba para sostener a mis siervos en su obra de explicar las Escrituras a los que moran en regiones oscuras y no conocen mi ley. Al usar mi fondo de reserva para satisfacer vuestros propios deseos, habéis privado vuestras almas de la luz que yo había provisto para ellas. Habéis tenido oportunidad de manifestarme vuestra lealtad, pero no lo habéis hecho. Me habéis robado; habéis hurtado mi fondo de reserva. “Malditos sois con maldición”. (Malaquías 3:9)

### **Otra oportunidad**

El Señor es longánime y misericordioso, y concede otra oportunidad a los que han cometido

alguna iniquidad. “Volveos a mí-- dice--y yo me volveré a vosotros”. Pero ellos dijeron: “¿En qué hemos de volvernos?” (Malaquías 3:7) Han dedicado sus recursos a servirse y glorificarse a sí mismos, como si fuesen bienes que les pertenecieran, y no tesoros prestados. Sus conciencias pervertidas se han endurecido y cauterizado a tal punto que no ven la gran iniquidad que han cometido al obstaculizar tanto el camino, que la causa de la verdad ya no podía progresar.

Aunque emplea para sí los talentos que Dios se reservó para publicar la salvación, para enviar las gratas nuevas de un Salvador a las almas que perecen, el hombre finito pregunta, aun mientras obstruye el camino por su egoísmo: “¿En qué te hemos robado?” Dios contesta: “En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado”. Todo el mundo está empeñado en robar a Dios. Con el dinero que él les ha prestado, los hombres se entregan a la disipación, a las diversiones, orgías, banquetes y complacencias

deshonrosas. Pero Dios dice: “Y vendré a vosotros para juicio”. (Vers. 8, 9, 5) Todo el mundo tendrá que dar cuenta en el gran día en que cada uno será sentenciado según sus obras.

## **La bendición**

Dios se compromete a bendecir a los que obedecen sus mandamientos. “Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra; ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos”. (Vers. 10-12)

Con estas palabras de luz y verdad delante de sí, ¿cómo se atreven los hombres a descuidar un deber tan claro? ¿Cómo se atreven a desobedecer a Dios cuando la obediencia a sus requerimientos significa que los bendecirá tanto en las cosas temporales como en las espirituales, y la



desobediencia significa recibir su maldición? Satanás es el destructor. Dios no puede bendecir a los que se niegan a ser sus mayordomos fieles. Todo lo que puede hacer es permitir a Satanás que realice su obra destructora. Vemos que vienen sobre la tierra calamidades de toda clase y de todo grado; ¿y por qué? El poder restrictivo del Señor no se hace sentir. El mundo despreció Palabra de Dios. Vive como si no hubiese Dios. Como los habitantes del mundo en el tiempo de Noé, se niegan a pensar en Dios. La perversidad prevalece en un grado alarmante, y la tierra está madura para la siega.

### **Los que se quejan**

“Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos? Decimos, pues, ahora: Bienaventurados los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son los prosperados, sino que

tentaron a Dios y escaparon”. (Vers. 13-15) Así se quejan los que retienen lo que pertenece a Dios. El Señor les dice que le prueben trayendo sus diezmos al alfolí, para ver si no derramará sobre ellos bendición. Pero albergan la rebelión en su corazón y se quejan de Dios; al mismo tiempo que le roban y disipan sus bienes. Cuando su pecado les es presentado, dicen: He tenido adversidades; mis cosechas han sido pocas; pero los malos prosperan. No vale la pena guardar el mandato del Señor.

Dios no quiere que nadie ande lamentándose delante de él. Los que así se quejan de Dios han atraído la adversidad sobre sí mismos. Robaron a Dios, y su causa se vio estorbada porque el dinero que debería haber afluído a su tesorería se dedicó a fines egoístas. Fueron desleales a Dios al no seguir el plan prescrito por él. Cuando Dios los prosperó y les pidió que le diesen su porción, sacudieron la cabeza y no reconocieron que era su deber hacerlo. Cerraron los ojos de su entendimiento a fin de no ver. Retuvieron el dinero del Señor, y trabaron la obra que él quería que se hiciese. Dios no fue honrado por el uso dado a los bienes que él había

confiado. Por lo tanto, dejó caer la maldición sobre ellos, permitiendo que el devorador destruyese sus frutos y trajese calamidad sobre ellos.

### **“Los que temen a Jehová”**

En (Malaquías 3:16) se presenta una clase de personas diferentes, una clase que se reunía, no para criticar a Dios, sino para hablar de su gloria y de sus misericordias. Habían sido fieles a su deber. Habían dado lo suyo al Señor. Daban testimonios que hacían cantar y regocijar a los ángeles celestiales. No tenían quejas contra Dios. A los que andan en la luz y son fieles y leales en el cumplimiento de su deber, no se les oye quejarse ni emitir críticas. Pronuncian palabras de valor, esperanza y fe. Son los que se sirven a sí mismos, los que no dan a Dios lo suyo, los que se quejan.

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha

dicho Jehová de los ejércitos, en el día que yo actúe, y los perdonaré como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis y discerniréis de ver la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Vers. 16-18)

La recompensa de la generosidad expresada con toda el alma consiste en que la mente y el corazón son puestos en comunión más íntima con el Espíritu.

El hombre que sufrió desgracias y se endeudó, no debe tomar la parte del Señor para cancelar sus deudas con sus semejantes. Debe considerar que se le está probando en este asunto y que al usar para sí la parte del Señor, roba al Dador. Es deudor a Dios por todo lo que tiene, pero llega a ser doblemente deudor cuando emplea el fondo del Señor para pagar lo que le debe a seres humanos. Frente a su nombre se escriben en los libros del cielo las palabras: “Infidelidad a Dios”. Tiene que arreglar una cuenta con Dios por haberse apropiado los recursos del Señor para su propia conveniencia. Y

en su manejo de otros asuntos manifestará la misma falta de principios que reveló al apropiarse indebidamente de los recursos de Dios. Ello se verá en todo lo relacionado con sus propios negocios. El hombre que roba a Dios cultiva rasgos de carácter que le impedirán ser admitido en la familia de Dios en el cielo.

Un empleo egoísta de las riquezas demuestra que uno es infiel a Dios e incapacita al administrador de los recursos para el cometido superior del cielo.

Hay por doquiera canales por los cuales podría fluir la benevolencia. Se producen constantemente necesidades, hay misiones que se ven estorbadas por falta de recursos. Deberán ser abandonadas a menos que los hijos de Dios se despierten y comprendan el verdadero estado de cosas. No esperéis hasta el momento de la muerte para hacer vuestro testamento, porque debéis disponer de vuestros recursos mientras vivís.

## Capítulo 48

# Cristo en toda la Biblia

El Poder de Cristo, el Salvador crucificado para dar vida eterna, debe ser presentado al pueblo. Debemos demostrarle que el Antiguo Testamento es tan ciertamente el Evangelio en sombras y figuras, como el Nuevo Testamento lo es en su poder desarrollado. El Nuevo Testamento no presenta una religión nueva; el Antiguo Testamento no presenta una religión que haya de ser superada por el Nuevo. El Nuevo Testamento es tan sólo el progreso y desarrollo del Antiguo. Abel creía en Cristo, y fue tan ciertamente salvado por su poder, como lo fueron Pedro y Pablo. Enoc fue representante de Cristo tan seguramente como el amado discípulo Juan. Enoc anduvo con Dios, y ya no fue hallado, porque Dios lo llevó consigo. A él fue confiado el mensaje de la segunda venida de Cristo. “De estos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares”. (Judas 14) El mensaje predicado por Enoc, y su traslado al cielo,

fue un argumento convincente para todos los que vivían en su tiempo; un argumento que Matusalén y Noé pudieron usar con poder para demostrar que los justos podían ser trasladados.

El Dios que anduvo con Enoc era nuestro Dios y Salvador Jesucristo. Era la luz del mundo como lo es ahora. Los que vivían entonces no estuvieron sin maestros que los instruyesen en la senda de la vida; porque Noé y Enoc eran cristianos. El Evangelio se da en preceptos en Levítico. Se requiere ahora obediencia implícita como entonces. ¡Cuán esencial es que comprendamos la importancia de esta palabra!

Se hace la pregunta: ¿Cuál es la causa de la escasez que hay en la iglesia? La respuesta es: Permitimos que nuestras mentes sean apartadas de la Palabra. Si la Palabra de Dios fuese ingerida como alimento del alma; si fuese tratada con respeto y deferencia, no habría necesidad de los muchos y repetidos Testimonios que se dan. Las simples declaraciones de las Escrituras serían recibidas y obedecidas.

Sus principios vitales son como las hojas del árbol de la vida para la sanidad de las naciones.



## Capítulo 49

# Nuestra actitud hacia las autoridades civiles

Algunos de nuestros hermanos han dicho y escrito muchas cosas que se interpretan como opuestas al gobierno y las leyes. Es un error exponernos así a una interpretación errónea. No es prudente censurar continuamente lo que están haciendo los gobernantes. Nuestra obra no consiste en atacar a los individuos o las instituciones. Debemos ejercer gran cuidado para no ser interpretados como opositores a las autoridades civiles. Es verdad que nuestra guerra es agresiva, pero nuestras armas deben basarse en un claro “Así dice Jehová”. Nuestra obra consiste en preparar un pueblo que subsista en el gran día de Dios. No debemos desviarnos y entrar en cosas que estimularán la controversia, ni despertar antagonismo en los que no son de nuestra fe.

No debemos trabajar de una manera que nos

señale como que parece abogar por la traición. Debemos eliminar de nuestros escritos y expresiones toda declaración que, por sí misma, podría representarse falsamente y hacernos aparecer como opositores a la ley y al orden. Todo debe considerarse cuidadosamente, no sea que sentemos por escrito algo que parezca alentar la deslealtad para nuestro país y sus leyes. No se requiere de nosotros que desafíemos a las autoridades. Vendrá un momento en que, a causa de nuestra defensa de la verdad bíblica, seremos tratados como traidores; pero no lo apresuremos por actos imprudentes que despierten animosidad y disensión.

Llegará el momento en que las expresiones incautas de un carácter denunciador, que hayan sido pronunciadas o escritas negligentemente por nuestros hermanos, serán usadas por nuestros enemigos para condenarnos. Las emplearán no sólo para condenar a los que hicieron las declaraciones, sino que las atribuirán a toda la organización adventista. Nuestros acusadores dirán que en tal y tal día, uno de nuestros dirigentes dijo esto y lo

otro, contra la administración de las leyes de este gobierno. Muchos se quedarán asombrados al ver cómo fueron archivadas muchas cosas que darán pie a los argumentos de nuestros adversarios. Muchos se sorprenderán al oír cómo sus propias palabras se repiten exageradas, para darles un significado que no se proponían darles. Por lo tanto, ejerzan cuidado nuestros hermanos y hablen cautelosamente en todo momento y en toda circunstancia. Sean todos cautos, no sea que por expresiones temerarias provoquen un tiempo de aflicción antes de la gran crisis que ha de probar las almas de los hombres.

Cuantas menos acusaciones directas hagamos contra las autoridades y potestades, tanto mayor será la obra que podremos realizar en los Estados Unidos y en los otros países; pues las demás naciones seguirán el ejemplo de los Estados Unidos. Si bien estos encabezarán el movimiento, la misma crisis sobrevendrá a nuestro pueblo en todas partes del mundo.

Nuestra obra consiste en magnificar y exaltar la

ley de Dios. La verdad de la santa Palabra de Dios debe ser manifestada. Debemos enaltecer las Escrituras como norma de vida. Con toda modestia, con un espíritu de gracia y el amor de Dios, debemos indicar a los hombres que el Señor Dios es el Creador de los cielos y de la tierra, y que el séptimo día es reposo de Jehová.

En el nombre del Señor hemos de avanzar, desplegar su estandarte y defender su Palabra. Cuando las autoridades nos ordenen que no hagamos esta obra; cuando nos prohíban proclamar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, entonces será necesario que digamos como los apóstoles: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios: porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”. (Hechos 4:19)

La verdad ha de ser presentada con el poder del Espíritu Santo. Es lo único que puede dar eficacia a nuestras palabras: Únicamente por el poder del Espíritu se habrá de ganar y conservar la victoria. El agente humano debe ser movido por el Espíritu

de Dios. Los obreros deben ser guardados para la salvación por el poder de Dios mediante la fe. Deben tener sabiduría divina, a fin de que nada de lo que digan incite a los hombres a cerrarnos el camino. Inculcando la verdad espiritual, hemos de preparar un pueblo que podrá, con mansedumbre y temor, dar razón de su fe ante las autoridades supremas de nuestro mundo.

Necesitamos presentar la verdad en su sencillez, defender la piedad práctica; y debemos hacer esto con el espíritu de Cristo. La manifestación de un espíritu tal ejercerá la mejor influencia sobre nuestras propias almas, y tendrá un poder convincente sobre los demás. Demos al Señor oportunidad de obrar por intermedio de sus propios agentes. No nos imaginemos que podremos trazar planes para el futuro; reconozcamos a Dios como el que está manejando el timón en todo tiempo y en toda circunstancia. Él obrará por los medios adecuados, y sostendrá, ensanchará y fortalecerá su pueblo.

Los agentes del Señor deben tener un celo

santificado y completamente regido por él. Los tiempos tormentosos nos sobrecogerán bastante pronto, y no debemos seguir una conducta impropia que apresure su llegada. Vendrá una tribulación de un carácter tal que impulsará hacia Dios a todos los que deseen ser suyos y solamente suyos. Hasta que seamos probados en el horno de fuego no nos conoceremos a nosotros mismos, y no es propio que midamos el carácter de los demás ni condenemos a aquellos que no han recibido todavía la luz del mensaje del tercer ángel.

Si deseamos que los hombres se convenzan de que la verdad que creemos santifica el alma y transforma el carácter, no los abrumemos constantemente con acusaciones vehementes. Con ello tan sólo lograríamos imponerles la conclusión de que la doctrina que profesamos no puede ser la cristiana, ya que no nos hace bondadosos ni corteses. El cristianismo no se manifiesta por acusaciones pugilísticas y condenatorias.

Muchos de nuestros hermanos corren el riesgo de procurar ejercer sobre otros un poder

controlador y oprimir a sus semejantes. Existe el peligro de que aquellos a quienes se han confiado responsabilidades conozcan un solo poder: el de la voluntad no santificada. Algunos han ejercido este poder sin escrúpulo y han perjudicado grandemente a aquellos a quienes el Señor está usando. Una de las mayores maldiciones de nuestro mundo (que se ve en las iglesias y por doquiera) es el amor a la supremacía. Los hombres se dejan absorber por la búsqueda del poder y de la popularidad. Para nuestro agravio y vergüenza, este espíritu se ha manifestado en las filas de los observadores del sábado. Pero el éxito espiritual es solamente para los que han adquirido mansedumbre y humildad en la escuela de Cristo.

Debemos recordar que el mundo nos juzgará por lo que aparentemos ser. Procuren no manifestar inconsecuencia de carácter los que quieren representar a Cristo. Antes de avanzar al frente, veamos que el Espíritu Santo haya sido derramado sobre nosotros. Cuando tal sea el caso daremos un mensaje decidido, pero de un carácter mucho menos condenatorio que el que han estado dando

algunos. Entonces todos los creyentes serán mucho más fervientes en pro de la salvación de nuestros oponentes. Dejemos a Dios la responsabilidad de condenar a las autoridades y a los gobiernos. Con mansedumbre y amor, defendamos como centinelas fieles los principios de la verdad tal cual es en Jesús.

## **El amor fraternal**

Las características más necesarias, y que deben atesorar los que respetan los mandamientos de Dios, son la paciencia y la perseverancia, la paz y el amor. Cuando falta el amor, ocurre una pérdida irreparable; las personas se alejarán de la verdad aun cuando se hayan relacionado con la causa de Dios. Nuestros hermanos que ocupan puestos de responsabilidad y que ejercen poderosa influencia, deberían recordar las palabras del apóstol Pablo inspiradas por el Espíritu Santo: “Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun



Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí”. (Romanos 15:1-3) Dice también: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”. (Gálatas 6:1, 2)

Recordemos que la obra de restituir al errante debe ser nuestra principal preocupación. Esta labor no se debe realizar de manera orgullosa, entrometida o dominante. Nuestro comportamiento no debe expresar: “Se me ha concedido autoridad y la utilizaré” para lanzar acusaciones sobre los que han errado. Debemos restaurar al pecador “con un espíritu de mansedumbre, no sea que tú también seas tentado”. La obra que debemos realizar por nuestros hermanos no es que los rechacemos, ni que los llevemos al desánimo, o a la desesperación al decir: “Usted me ha decepcionado, por lo tanto no trataré de ayudarlo”. Quien se erige como juez

repleto de sabiduría y poder, para pisotear a los que se sienten oprimidos y necesitados de ayuda, manifiesta el espíritu de los fariseos y se arroja con el manto de su autoproclamada dignidad. Internamente agradece a Dios porque no es como los demás, y supone que su actitud es encomiable, y que es bastante fuerte para no ser tentado. Sin embargo, no es así: “Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña”. (Gálatas 6:3) Tal persona estará en constante peligro. Quien ignora las serias dificultades de su hermano será llevado por los designios divinos al mismo terreno que su hermano ha atravesado en medio de la prueba y el dolor. Por medio de esa amarga experiencia aprenderá que él mismo es tan necesitado y desvalido como la persona a quien ha rechazado. “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. (Gálatas 6:7)

“Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo

mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. (Filipenses 2:1-5)

Mientras más cerca nos mantengamos de Cristo, y mientras más mansos y humildes y desconfiados de nuestro yo seamos, tanto más firme será nuestro apego a Cristo. Cuando esto suceda, mayor será nuestro poder mediante Cristo, para convertir a los pecadores. El agente humano es quien motiva a las almas. Los seres celestiales cooperan con los agentes humanos para grabar la verdad en los corazones. Al morar en Cristo podremos influir sobre los demás a través de la presencia de Aquel que dice: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:20) El poder que tenemos para vencer a Satanás es el resultado que Cristo more en nosotros para así hacer su voluntad y las cosas que le

agradan.

## **Preséntese suavemente la verdad**

La verdad debe presentarse con tacto celestial, cortesía y ternura. Debe proceder de un corazón que se haya enternecido y que haya sentido simpatía por los demás. Necesitamos establecer una comunión íntima con Dios, para que el yo no renazca, como sucedió con Jehú. Para que no derramemos un raudal de palabras impropias, que no son ni como el rocío, ni como la lluvia que vivifica las plantas que se agostan. Al tratar de ganar a otros debemos utilizar palabras amables. Dios concederá sabiduría a quien busque sabiduría de lo alto. Debemos procurar encontrar oportunidades en todas circunstancias; debemos velar en oración; debemos estar listos para responder con sencillez y temor acerca de nuestra esperanza. Elevemos de continuo nuestros corazones a Dios, no sea que impresionemos negativamente a cualquier persona por la cual Cristo murió; para que podamos hablar la palabra apropiada en el momento apropiado. Cuando así

obremos en favor de Dios, el Espíritu será nuestro ayudador. El Espíritu Santo usará las palabras que hemos pronunciado amorosamente en favor de las almas. La verdad tendrá un poder vigorizante cuando sea hablada bajo la influencia de la gracia de Cristo.

El plan de Dios es tratar de llegar primeramente al corazón. Hablemos acerca de la verdad, y dejemos que Dios inicie y manifieste su poder reformador. No debe mencionarse lo que nuestros oponentes dicen, sino más bien debemos permitir que la verdad se imponga por sí misma. La verdad puede calar profundamente hasta la médula. Debemos simplemente desplegar la verdad en todo su poder de impresionar.

Según las pruebas se vayan acrecentando a nuestro alrededor, se mostrarán en nuestras filas tanto la desunión como la unidad. Algunos que están en estos momentos preparados para empuñar las armas espirituales, cuando lleguen los tiempos de real peligro pondrán de manifiesto que no habían edificado sobre la roca firme: cederán ante

la tentación. Quienes hayan recibido una gran luz y grandes privilegios, pero que no los hayan cultivado; nos abandonarán utilizando cualquier pretexto. Si no han recibido el amor de la verdad, serán cautivados por las falsedades del enemigo: le harán caso a los espíritus seductores y a las doctrinas de demonios, y abandonarán la fe. Pero, por otro lado, cuando la tormenta de la persecución caiga realmente sobre nosotros, las ovejas fieles escucharán la voz del Pastor verdadero. Se harán esfuerzos desinteresados para salvar a los perdidos, y muchos que han dejado el redil, regresarán para ir en pos del gran Pastor. El pueblo de Dios se unirá y presentará un frente común ante el enemigo. Ante el creciente peligro, cesará la lucha por la supremacía; no habrá más disputas para decidir quién es el más importante. Ninguno de los creyentes fieles dirá: “Yo soy de Pablo; y yo de Apolo; y yo de Pedro”. El testimonio de cada uno será: “Me aferro de Cristo; me gozo en él porque es mi Salvador”.

Así es como la verdad se llevará a la vida práctica, y la oración de Jesús se contestará,

aquella que pronunció justo antes de su muerte: “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”. (Juan 17:21) El amor de Cristo, el amor de los hermanos, testificará ante el mundo de que hemos estado con Jesús y aprendido de él. Entonces el mensaje del tercer ángel aumentará hasta convertirse en un fuerte clamor, y toda la tierra se iluminará con la gloria del Señor.

Nuestras convicciones deben ser reforzadas a diario, mediante las oraciones humildes y sinceras, y por la lectura de la Palabra. Nuestra propia individualidad y el hecho de aferrarnos con firmeza de nuestras convicciones deben atarse con los lazos de la verdad divina, y con la fuerza que Dios imparte. Si no lo hacemos nos serán arrebatados.

## Capítulo 50

# **La palabra de Dios tiene que ser suprema**

El pueblo de Dios considerará a los gobiernos humanos como que han sido confirmados divinamente; enseñará que se les debe obedecer como un derecho sagrado, dentro del ámbito de la legitimidad; sin embargo, cuando sus edictos estén en conflicto con los mandamientos de Dios, la Palabra de Dios deberá prevalecer por encima de toda ley humana. “Así dice Jehová” no debe supeditarse a un “Así dice la iglesia” o “Así dice el estado”. La corona de Cristo debe colocarse por encima de las diademas de los gobernantes terrenales.

El principio que debemos poner en alto en este tiempo, es el mismo que enarbolaron los seguidores del Evangelio en los tiempos de la Reforma. Cuando los príncipes se reunieron en la Dieta de Spira en el año 1529, parecía que las



esperanzas del mundo iban a ser sofocadas. Ante aquella asamblea se presentó el decreto del emperador que restringía la libertad religiosa y prohibía propagar las doctrinas de la Reforma. ¿Aceptarían los príncipes alemanes aquel decreto? ¿Debía ser apagada la luz del Evangelio ante las multitudes que estaban todavía en la oscuridad? Temas de gran importancia para el mundo estaban en juego. Quienes habían aceptado la fe de la Reforma se reunieron, y la decisión unánime fue: “Rechacemos el decreto. En asuntos de conciencia, la mayoría no debe decidir”.

El estandarte de la verdad y de la libertad religiosa que aquellos reformadores hicieron ondear, se nos ha entregado en este último conflicto. La responsabilidad de este gran don descansa sobre quienes Dios ha bendecido con el conocimiento de su Palabra. Debemos considerar la Palabra de Dios como la autoridad suprema. Debemos aceptar sus verdades y hacerlas nuestras. Podremos apreciarlas únicamente si las buscamos mediante el estudio personal.

Cuando convirtamos la Palabra de Dios en la guía de nuestras vidas, se contestará en nosotros la oración de Cristo: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. (Juan 17:17) Reconocer la verdad en palabra y en acción, será nuestra confesión de fe. Únicamente así podrán los demás confirmar que creemos en la Biblia.

Los reformadores cuya protesta hizo que se nos conociera como “protestantes”, creían que Dios los había llamado a llevar el Evangelio al mundo. Para cumplir con este mandato estuvieron dispuestos a sacrificar sus posesiones, su libertad y sus vidas. ¿Seremos en este último gran conflicto tan fieles a nuestro cometido, como lo fueron los reformadores a la de ellos?

La verdad para aquel tiempo se llevó a todo rincón del mundo en medio de la persecución y la muerte. La Palabra de Dios se llevó al pueblo. Todas las clases sociales, los encumbrados y el populacho, ricos y pobres, letrados e ignorantes, la estudiaron con entusiasmo. Quienes recibieron la luz se convirtieron a su vez en mensajeros. En

aquellos días la verdad se llevó a la gente gracias a la imprenta. La pluma de Lutero era poderosa, y sus escritos, esparcidos por doquier, agitaron al mundo. Las mismas opciones están a nuestra disposición, multiplicadas por cien. Las Biblias y las diversas publicaciones en numerosos idiomas que presentan la verdad para este tiempo, están a nuestro alcance y pueden llevarse rápidamente a cualquier parte del mundo. Debemos proclamar a los hombres el último mensaje de advertencia de Dios, y ¡cuánta diligencia debemos manifestar en el estudio de la Biblia y en nuestro celo al difundir la luz!

## Capítulo 51

# Preparación para la crisis final

La gran crisis está por sobrecogernos. Para hacer frente a sus pruebas y tentaciones, para cumplir sus deberes, se necesitará una fe perseverante. Pero podemos triunfar gloriosamente; nadie que vele, ore y crea será entrampado por el enemigo.

En el tiempo de prueba que nos espera, Dios pondrá una garantía de seguridad sobre todos aquellos que hayan guardado la palabra de su paciencia. Cristo dirá a sus fieles: “Anda, pueblo mío, éntrate en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación”. Isaías 26:20. El León de Judá, tan temible para los que rechazan su gracia, será el Cordero de Dios para los obedientes y fieles. La columna de nube que significa ira y terror para el transgresor de la ley de Dios, será luz, misericordia y liberación para los que hayan obedecido sus mandamientos. El fuerte brazo que

hiera a los rebeldes, será fuerte para librar a los leales. Cada fiel será ciertamente recogido. “Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro”. (Mateo 24:31)

Hermanos, vosotros a quienes han sido reveladas las verdades de la Palabra de Dios, ¿qué papel desempeñaréis en las escenas finales de la historia de este mundo? ¿Comprendéis estas solemnes realidades? ¿Os percatáis de la gran obra de preparación que se está realizando en el cielo y en la tierra? Presten atención a las cosas que están escritas en las profecías todos los que han recibido la luz y que han tenido oportunidad de leerlas y oírlas; “porque el tiempo está cerca”. Nadie juegue ahora con el pecado, fuente de toda desgracia en nuestro mundo. Nadie permanezca ya en letargo y en el estupor de la indiferencia, ni deje que el destino de su alma dependa de una incertidumbre. Aseguraos de que estáis plenamente de parte del Señor. Preguntaos con corazones sinceros y labios temblorosos: “¿Quién podrá subsistir?” En estas últimas preciosas horas del tiempo de gracia,

¿habéis estado colocando el mejor material posible en el edificio de vuestro carácter? ¿Habéis estado purificando vuestras almas de toda mancha? ¿Habéis seguido la luz? ¿Habéis hecho obras correspondientes a vuestra profesión de fe?

¿Obra en vosotros la gracia enternecedora y subyugadora de Dios? ¿Tenéis un corazón que pueda sentir, ojos que puedan ver, oídos que puedan oír? ¿Habrá sido vano lo que la verdad eterna declara concerniente a las naciones de la tierra? Se hallan bajo la condenación, preparándose para los juicios de Dios; y en este día, cargado de resultados eternos, el pueblo escogido para ser el depositario de una verdad trascendental debiera permanecer en Cristo. ¿Dejáis que vuestra luz brille para iluminar a las naciones que perecen en sus pecados? ¿Comprendéis que estáis defendiendo los mandamientos de Dios delante de aquellos que los pisotean?

Es posible ser un creyente parcial y formalista, y, sin embargo, ser hallado falto y perder la vida eterna. Es posible practicar algunas de las órdenes

bíblicas y ser considerado como cristiano; y, sin embargo, perecer por carecer de las cualidades esenciales para el carácter cristiano. Si descuidáis o tratáis con indiferencia las amonestaciones que Dios ha dado, si albergáis o excusáis el pecado, estáis sellando el destino de vuestra alma. Seréis pesados en la balanza, y hallados faltos. Os serán retirados para siempre la gracia, la paz y el perdón; Jesús habrá pasado para nunca más estar al alcance de vuestras oraciones y súplicas. Mientras dura la misericordia, mientras el Salvador sigue intercediendo, hagamos una obra cabal para la eternidad.

El regreso de Cristo a nuestro mundo no se demorará mucho. Sea esta la nota tónica de todo mensaje.

Es necesario presentar a menudo a la gente la bienaventurada esperanza de la segunda venida de Cristo con sus solemnes realidades. Esperar la pronta aparición de nuestro Señor nos inducirá a considerar las cosas terrenales como nada y vacías.

Dentro de poco tiempo se peleará la batalla de Armagedón. Aquel sobre cuya vestidura está escrito el nombre Rey de reyes y Señor de señores, ha de encabezar pronto los ejércitos del cielo. No pueden ya decir los siervos del Señor, como el profeta Daniel: “El tiempo fijado era largo”. (Daniel 10:1) Falta ahora muy poco tiempo para que los testigos de Dios hayan cumplido su obra de preparar el camino del Señor.

Hemos de poner a un lado nuestros planes estrechos y egoístas, recordando que se nos ha encargado una obra de la mayor magnitud y de la más elevada importancia. Al hacer esta obra estamos pregonando los mensajes del primer ángel, del segundo y del tercero, y preparando así la llegada de aquel otro ángel del cielo que ha de iluminar la tierra con su gloria.

El día del Señor se está acercando furtivamente; pero los que se llaman grandes y sabios no conocen las señales de la venida de Cristo y del fin del mundo. Abunda la iniquidad y el amor de muchos se ha enfriado.



Miles y millares, sí, millones y millones, hacen ahora su decisión para la vida eterna o la muerte eterna. El hombre que está absorto en su contabilidad, el que halla placer ante la mesa de juego, el que se deleita en satisfacer el apetito pervertido, el amorador de diversiones, los que frecuentan el teatro y el salón de baile, no tienen en cuenta la eternidad. Toda la preocupación de su vida es: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? No forman parte de la procesión que avanza hacia el cielo. Son conducidos por el gran apóstata, y con él serán destruidos.

A menos que comprendamos la importancia de los momentos que están pasando rápidamente a la eternidad, y nos preparemos para subsistir en el gran día de Dios, seremos mayordomos infieles. El centinela debe saber qué hora de la noche es. Todo está ahora revestido de una solemnidad que deben comprender todos los que creen la verdad para este tiempo. Deben actuar con referencia al día de Dios. Los juicios de Dios están por caer sobre el mundo,

y necesitamos prepararnos para aquel gran día.

Nuestro tiempo es precioso. Nos quedan tan sólo muy pocos días de gracia en los cuales prepararnos para la vida futura e inmortal. No tenemos tiempo que gastar en movimientos desordenados. Debemos temer la costumbre de leer superficialmente la Palabra de Dios.

Es tan cierto ahora como cuando Cristo se hallaba en la tierra que toda penetración del Evangelio en el dominio del enemigo arrostra la fiera oposición de sus vastos ejércitos. El conflicto que está por sobrecogernos será el más terrible que se haya presenciado jamás. Pero aunque Satanás se nos presente como guerrero poderoso y armado, su derrota será completa, y perecerá con él todo aquel que se le una al preferir la apostasía a la lealtad.

El Espíritu refrenador de Dios se está retirando ahora mismo del mundo. Los huracanes, las tormentas, las tempestades, los incendios y las inundaciones, los desastres por tierra y mar, se siguen en rápida sucesión. La ciencia procura

explicar todo esto. Menudean en derredor nuestro las señales que nos dicen que se acerca el Hijo de Dios, pero son atribuidas a cualquier causa menos la verdadera. Los hombres no pueden discernir a los ángeles que como centinelas refrenan los cuatro vientos para que no soplen hasta que estén sellados los siervos de Dios; pero cuando Dios ordene a sus ángeles que suelten los vientos, habrá una escena de contienda que ninguna pluma podrá describir.

A los que son indiferentes en este tiempo, Cristo dirige esta amonestación: “Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”. (Apocalipsis 3:16) La figura empleada al decir que os vomitará de su boca, significa que no puede ofrecer a Dios vuestras oraciones o vuestras expresiones de amor. No puede apoyar vuestras enseñanzas de su Palabra ni vuestra obra espiritual. No puede presentar vuestros ejercicios religiosos con la petición de que se os conceda gracia.

Si pudiese descorrerse el telón, y pudieseis discernir los propósitos de Dios y los juicios que están por caer sobre un mundo condenado, si

pudieseis ver vuestra propia actitud, temeríais y temblaríais por vuestras propias almas y por las almas de vuestros semejantes. Haríais ascender al cielo fervientes oraciones con corazón angustiado. Lloraríais entre el pórtico y el altar, confesando vuestra ceguera espiritual y apostasía.

“Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, convocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños y a los que maman, salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia. Entre el pórtico y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen en ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios?” (Joel 2:15-17)

“Por eso pues, ahora, dice Jehová convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la

ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras de él, esto es, ofrenda y libación para Jehová vuestro Dios?” (Vers. 12-14)

Después de la apostasía de Israel y del fuerte castigo recibido, este fue el mensaje de Dios para el pueblo arrepentido: “Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Y le daré sus viñas desde allí, y el valle de Acor por puerta de esperanza; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto”. (Oseas 2:14, 15)

“En aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Ishi [esposo], y nunca más me llamarás Baali [mi amo]... Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová”. (Vers. 16-20)

“Y conoceréis que en medio de Israel estoy yo, y que yo soy Jehová vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo nunca jamás será avergonzado”. (Joel

2:27)

Advertencia, amonestación, promesa, todo esto es para nosotros, para quienes sobrevendrá el fin del mundo. “Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios”. (1 Tesalonicenses 5:6)

“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día”. (Lucas 21:34)

“Velad y orad, para que no entréis en tentación”. (Marcos 14:38) Vigilad la disimulada aproximación del enemigo, prestad atención a los antiguos hábitos y a las tendencias naturales, para que no se impongan; hacedlas retroceder y velad. Cuidad los pensamientos, cuidad los planes para que no se conviertan en acciones egoístas. Cuidad a las almas que Cristo compró con su propia sangre. Buscad la ocasión de hacedles el bien.

Velad “para que cuando venga de repente, no

os halle durmiendo”. (Marcos 13:36)

## Capítulo 52

# Jóvenes en el ministerio

Nadie debe empequeñecer el ministerio evangélico. Ninguna empresa debe dirigirse de manera que se llegue a pensar que el ministerio de Palabra es un asunto inferior. No es así. Los que empequeñecen dicho ministerio, en realidad están empequeñeciendo a Cristo. La obra más elevada de todas es el ministerio en sus diversas fases, y debiera decirse con insistencia a los jóvenes que no existe otra obra más bendecida por Dios que el ministerio evangélico.

Que nadie desanime a los jóvenes de ingresar en el ministerio. Existe el peligro de que mediante vívidas demostraciones algunos se desvíen del camino por el que Dios desea que vayan. Algunos han sido instados a seguir estudios de especialidades médicas, en lugar de estar preparándose para ingresar en el ministerio. Dios necesita más ministros para que trabajen en su viña. Se dijo lo siguiente: “Reforzad los puestos de



avanzada; mantened fieles centinelas en todas partes del mundo”. Dios os llama, ejércitos de jóvenes de gran corazón y de mente amplia, jóvenes que sientan profundo amor por Cristo y por la verdad.

La medida de capacidad o aprendizaje es mucho menos importante que el espíritu con el cual os dedicáis a la obra. El ministerio no necesita hombres famosos y eruditos; tampoco necesita elocuentes predicadores de sermones. Dios busca hombres y mujeres que se entreguen a él para ser persuadidos por su Espíritu. La causa de Cristo y la humanidad requieren hombres santificados y abnegados, que puedan avanzar por sí mismos y que sean capaces de soportar la crítica. Enseñadles a ser hombres fuertes y valientes, adecuados para ocuparse de operaciones importantes, y permitid que hagan pacto de sacrificio con Dios.

El ministerio no es un lugar para ociosos. Los siervos de Dios deben presentar pruebas válidas de su ministerio. No deben ser holgazanes, sino como expositores de Palabra desplegarán todas sus

energías para ser fieles. No deben jamás dejar de aprender. Deben cumplir las responsabilidades propias de su llamamiento para que en ningún momento o lugar, presenten ante Dios un sacrificio imperfecto, ni una ofrenda que no les haya costado estudio ni oración. El Señor necesita hombres con una intensa vida espiritual. Cada obrero puede recibir una dotación de fortaleza procedente de lo alto, y puede avanzar con fe y esperanza por el camino que Dios le pide que recorra. Palabra de Dios habita en el obrero joven y consagrado. Es despierto, resuelto, poderoso y que encuentre en el consejo de Dios una fuente inagotable.

Dios ha pedido a estos obreros que presenten al mundo el mensaje del inminente regreso de Cristo. Debemos presentar a la gente la última invitación a la cena del Cordero. Hay miles de lugares donde todavía no han escuchado la invitación, y, sin embargo, tienen que recibirla. Muchos que todavía no han proclamado el mensaje, tienen que hacerlo. Una vez más, insto a nuestros jóvenes: ¿Acaso Dios no os ha pedido que proclaméis su mensaje?

¿Cuántos de nuestros jóvenes se alistarán en el servicio de Dios, no para que se les sirva sino para ser ellos los servidores? En tiempos pasados había quienes decidían ocuparse de un alma tras otra, y rogaban: “Señor, ayúdame a salvar esta alma”. Pero ahora estos casos no ocurren con frecuencia. ¿Cuántos actúan como personas que conocen el peligro que corren los pecadores? ¿Cuántos presentan ante Dios a los que saben que están en peligro, los encomiendan en oración y le suplican que los salve? Pero, actualmente esos casos son infrecuentes.

El apóstol Pablo dijo de la primera iglesia cristiana: “Y glorificarán a Dios en mí”. (Gálatas 1:24) ¿No viviremos de tal manera que estas mismas palabras puedan decirse de nosotros? El Señor proveerá métodos y medios para quienes lo busquen sinceramente. Él desea que reconozcamos la supervisión divina revelada en la preparación de campos de trabajo, y de medios por los cuales esos campos puedan evangelizarse con éxito.

Los pastores y los evangelistas debieran tener

más sesiones de oración con las personas que se convencen de la verdad. Recordad que Cristo está siempre con vosotros. El Señor tiene preparadas las manifestaciones más asombrosas de su gracia para fortalecer y animar a los obreros sinceros y humildes. Entonces, reflejad ante los demás la luz que Dios ha hecho brillar sobre vosotros. Los que lo hagan llevarán al Señor la ofrenda más preciosa de todas. Los corazones de los que escuchan las buenas nuevas de salvación y están encendidos con el espíritu de alabanza.

“El que tiene las siete estrellas en su diestra... dice esto”. (Apocalipsis 2:1)

Las dulces influencias que deben abundar en la Iglesia están ligadas con los ministros de Dios, quienes deben representar el inestimable amor de Cristo. Las estrellas del firmamento están controladas por Cristo. Él las dota de luz y dirige sus movimientos; si no lo hiciera se convertirían en estrellas fugaces. Lo mismo sucede con los ministros. Ellos sólo son instrumentos en sus manos, y el bien que realizan se lleva a cabo por su

poder. La luz debe brillar de ellos. Es en honor de Cristo que él haga que sus ministros sean bendiciones mayores aún para la iglesia, mediante la obra del Espíritu Santo; que lo que son las estrellas para el mundo. El Salvador debe ser su suficiencia. Si decidieran contemplarlo como él contemplaba a su Padre, entonces harían sus obras. En la medida que ellos dependan de Dios, él les dará su brillo para que lo reflejen sobre el mundo.

Los que son estrellas en la mano de Cristo deben recordar constantemente que siempre deben mantener una santa dignidad, porque son representantes de Cristo. La sencillez en Cristo es dignidad pura y sagrada de la verdad.

Los siervos de Dios deben predicar su palabra a la gente. Mediante la influencia del Espíritu Santo actuarán ordenadamente como las estrellas en las manos de Cristo, para brillar con su resplandor. Que los que aseguran ser ministros de Cristo se levanten y brillen; porque su luz ha venido y la gloria del Señor se ha levantado sobre ellos. Que comprendan que Cristo espera que ellos hagan la

misma obra que él hizo. Que dejen las iglesias que ya conocen la verdad, y que vayan a establecer nuevas iglesias para presentar Palabra de verdad a quienes ignoran el mensaje de advertencia de Dios.

El número de obreros en el ministerio no debe disminuir, sino aumentar notablemente. Donde ahora hay un pastor en el campo, hay que añadir otros veinte; y si el Espíritu de Dios los controla, esos veinte presentarán la verdad tan bien, que se añadirán otros veinte.

La dignidad de Cristo y el trabajo de oficina requieren imponer las condiciones que a él le complacen. Sus seguidores deben llegar a ser cada vez más un poder en la proclamación de la verdad, a medida que se acerquen a la perfección de la fe y del amor fraternal. Dios ha provisto ayuda divina para todas las emergencias que no puedan resolverse mediante nuestros recursos humanos. Él envía al Espíritu Santo para que ayude en las situaciones difíciles, para fortalecer nuestra fe y seguridad, para que ilumine nuestras mentes y purifique nuestros corazones. Él se propone que se

provean suficientes facilidades para llevar a cabo sus planes. Os pido definitivamente que busquéis el consejo de Dios. Buscadlo de todo corazón, “y haced todo lo que os dijere”. (Juan 2:5)

El Señor no ha llamado a hombres jóvenes para que trabajen entre las iglesias. No se los ha llamado para que hablen a una congregación que no necesita sus esfuerzos inmaduros, que conoce muy bien los hechos y que siente que su servicio ministerial carece de la influencia del Espíritu Santo. Inducid a jóvenes sin experiencia a que se relacionen con obreros experimentados en el gran campo de la cosecha. Muchos de ellos obtendrán el éxito con más facilidad si comienzan en la obra del colportaje y aprovechan la oportunidad provista para ellos en el ministerio evangélico.

Sin embargo, nadie debe convertirse en una sombra de otro hombre. Tampoco deben convertirse en autómatas que recitan de memoria ciertos temas de factura humana. Nadie debe prepararles sermones para que ellos los prediquen en las iglesias. Instadlos a dejarse educar por Dios,

mediante el Espíritu Santo. Sugeridles que busquen ayuda por medio de la oración y el estudio diligente de la Palabra. Si hacen esto, Dios que los llama al ministerio evangélico mostrará claramente que son vasos escogidos. Él les dará las palabras que deben hablar a la gente.

Su primer deber consiste en aprender muchas lecciones sobre diversos ramos con el gran Maestro. La Palabra de Dios contiene un propósito dirigido a todos: llegar a ser como Aquel que “anduvo haciendo el bien”.

Jesús dijo: “Si alguno me sirve, sígame”. (Juan 12:26) Los obreros deben estudiar la vida de Cristo para aprender cómo vivió y trabajó él. Que todos procuren vivir diariamente su vida.

Perseverad, jóvenes, en vuestro empeño por conocer al Señor, porque entonces sabréis que “como el alba está dispuesta su salida”. (Oseas 6:3) Procurad mejorar constantemente. Esforzaos seriamente para identificaros con el Redentor. Vivid por fe en Cristo. Haced la obra que él hizo.



Vivid para salvación de las almas por las que él murió. Procurad ayudar en toda forma posible a la gente con quien os relacionéis. Procurad mejorar constantemente. Que vuestra vida cumpla estas palabras: “Más que todos mis maestros he entendido, porque tu testimonio es mi meditación”. (Salmos 119:99) Hablad con vuestro Hermano Mayor, quien completará vuestra educación, línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y otro poquito allá. Una estrecha relación con Aquél que se ofreció como sacrificio para salvar a un mundo condenado hará que seáis obreros aceptables. Cuando podáis apoderaros de una verdad y hacerla vuestra, cuando podáis decir: “Mi Señor y mi Dios”, obtendréis una abundante medida de gracia, paz y gozo.

Abrid nuevos campos, es la palabra del Señor, y añadid más obreros. Educad sin demora a hombres jóvenes. Educad, educad y educad.

“¿No decís vosotros: aun faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque están

blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega”. (Juan 4:35, 36)

## Capítulo 53

# La Iglesia y el ministerio

Cualquier cosa que sea menos que un servicio activo y ferviente por el Maestro desmiente nuestra profesión de fe. Únicamente un cristianismo revelado por una labor ferviente y práctica impresionará a los que están muertos en sus delitos y pecados. Los cristianos humildes que creen y oran, los que por sus acciones demuestran que su mayor deseo es dar a conocer la verdad salvadora que ha de probar a toda la gente, cosecharán una rica mies de almas para el Maestro.

Necesitamos romper la monotonía de nuestra labor religiosa. Estamos haciendo una obra en el mundo, pero no manifestamos suficiente actividad y celo. Si fuésemos más fervorosos, los hombres se convencerían de la verdad de nuestro mensaje. La manera inocua y monótona en que servimos a Dios es rechazada por mucha gente de una clase superior, que necesita ver un celo profundo, ferviente y santificado. La religión legal no

responderá a las necesidades de esta época. Podemos cumplir todos los actos exteriores de servicio y estar, sin embargo, tan destituidos de la influencia vivificadora del Espíritu Santo como estaban destituidas de rocío y lluvia las colinas de Gilboa. Todos necesitamos lluvia espiritual, y también los brillantes rayos del Sol de justicia para enternecer y subyugar nuestro corazón. Debemos ser siempre tan firmes en los principios como una roca. Debemos enseñar los principios bíblicos y apoyarlos con una práctica santa.

Los que sirven a Dios deben manifestar animación y firmeza en la obra de salvar almas. Recordemos que hay quienes perecerán a menos que nosotros, como instrumentos de Dios, obremos con resolución inquebrantable. Debemos depender de continuo del trono de la gracia.

Es inexcusable que la fe de nuestras iglesias sea tan débil. “Volveos a la fortaleza, oh presos de esperanza”. Zacarías 9:12. En Cristo hay fuerza para nosotros. Él es nuestro Abogado delante del Padre. Envía sus mensajeros a todas partes de su

dominio para comunicar su voluntad a su pueblo. Anda en medio de sus iglesias. Desea santificar, elevar y ennoblecer a sus discípulos. La influencia de los que creen verdaderamente en él, será un sabor de vida en el mundo. Él tiene las estrellas en su diestra y es su propósito dejar que por intermedio de ellas su luz brille para el mundo. Desea preparar así a su pueblo para un servicio más sublime en la iglesia celestial. Nos ha confiado una gran obra. Hagámosla con exactitud y resolución. Demostremos por nuestra vida lo que la verdad ha hecho para nosotros.

“El que anda en medio de los siete candeleros de oro”. Apocalipsis 2:1. Este pasaje demuestra la relación que sostiene Cristo con las iglesias. Anda en medio de las iglesias por toda la longitud y la anchura de la tierra. Las observa con intenso interés para ver si están en una condición espiritual que les permita hacer progresar su reino. Cristo está presente en toda asamblea de la iglesia. Conoce a todos los que están relacionados con su servicio y a aquellos cuyo corazón puede llenar de aceite santo para que lo impartan a otros. Son muy

preciosos para Cristo los que realizan fielmente su obra en nuestro mundo y, representando en palabra y obra el carácter de Dios, cumplen el propósito del Señor para con ellos. Cristo se deleita en ellos como un hombre se deleita en un jardín bien cuidado y en la fragancia de las flores que ha plantado.

Costó abnegación, sacrificio propio, energía indomable y mucha oración sacar adelante las diversas empresas misioneras hasta donde están. Existe el peligro de que algunos de los que entran ahora en el escenario de acción se conformen con ser deficientes y crean que ya no hay necesidad de tanta abnegación y diligencia ni de tanto trabajo arduo y desagradable como pusieron de manifiesto los iniciadores de este mensaje, porque los tiempos han cambiado y, en vista de que ahora hay más recursos en la causa de Dios, no es necesario colocarse en circunstancias tan penosas como las que muchos tuvieron que arrostrar en el desarrollo del mensaje.

Pero si se manifestase en el cumplimiento

actual de la obra la misma diligencia y abnegación que se vio en sus comienzos, veríamos resultados cien veces mayores que los alcanzados ahora.

Para que la obra siga progresando en el elevado nivel de acción en que se inició, no debe haber decaimiento de los recursos morales. Debe haber de continuo nuevos aportes de fuerza moral. Si quienes entran ahora en el campo como obreros llegan a sentir que pueden cejar en sus esfuerzos, que ya no son esenciales la abnegación y la estricta economía, no sólo de los recursos sino también del tiempo; la obra retrocederá. Los obreros del momento actual deben tener el mismo grado de piedad, energía y perseverancia que tuvieron los dirigentes de los primeros años.

La obra se ha extendido de tal manera que abarca ahora un extenso territorio y ha aumentado el número de los creyentes. Sin embargo, hay una gran deficiencia, porque podría haberse realizado una obra mayor si se hubiera manifestado el mismo espíritu misionero que en los primeros tiempos. Sin este espíritu, el obrero no hará sino mancillar y

deshonrar la causa de Dios. La obra retrocede realmente en vez de progresar como Dios quisiera. Nuestro número actual y la extensión de nuestra obra no deben ser comparados con lo que eran al comienzo. Debemos considerar lo que pudo haberse hecho si cada obrero se hubiese consagrado a Dios en alma, cuerpo y espíritu, como debiera haberlo hecho.

Nuestras iglesias deben colaborar en la obra de cultivar la vida espiritual, con la esperanza de obtener cosechas repetidas. Existe mucha perversidad a la que se debe hacer frente, mucha frustración de planes divinos y esfuerzos dedicados, provocadas por la maldad de los incrédulos; pero la obra debe continuar. El suelo es duro, pero el terreno inculto debe ararse. Hay que sembrar los secretos de la rectitud moral. Maestros amados por Dios. No dejéis de trabajar, como si temierais al mal tiempo, porque el trabajo que realizáis crecerá constantemente. No os detengáis ni os desaniméis. El que siembra con lágrimas cosechará con regocijo. “Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de



Dios, edificio de Dios”. 1 Corintios 3:9. Recordad que no debéis confiar en vosotros mismos.

Como nunca antes, debemos orar no sólo que sean enviados obreros al gran campo de la mies, sino pedir un claro concepto de la verdad, a fin de que cuando lleguen los mensajeros de la verdad podamos aceptar el mensaje y respetar al mensajero.

## Capítulo 54

# Las actividades misioneras

### Una advertencia a la iglesia de Éfeso

El testigo fiel se dirige a la iglesia de Éfeso diciendo: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido”. (Apocalipsis 2:4, 5)

Al principio, lo que distinguía a la iglesia de Éfeso era la sencillez y el fervor de un niño. Manifestaba hacia Cristo un amor sentido, vivo y ferviente. Los creyentes se regocijaban en el amor de Dios, porque Cristo estaba continuamente presente en su corazón. Alababan a Dios y su actitud agradecida concordaba con el agradecimiento de la familia celestial.

El mundo conocía que habían estado con Jesús.

Los hombres pecaminosos, arrepentidos, perdonados, limpiados y santificados, eran asociados con Dios por medio de su Hijo. Los creyentes trataban fervientemente de recibir y obedecer toda palabra de Dios. Llenos de amor por su Redentor, procuraban como su más alto objeto ganar almas para Cristo. No querían guardar para sí el precioso tesoro de la gracia de Cristo. Sentían la importancia de su vocación y abrumados por el mensaje: Paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres, ardían en deseos de proclamar las buenas nuevas hasta los confines más remotos de la tierra.

Los miembros de la iglesia estaban unidos en sus sentimientos y acciones. El amor por Cristo era la cadena de oro que los vinculaba entre sí. Continuaban conociendo al Señor siempre más perfectamente, y revelaban alegría, consuelo y paz en su vida. Visitaban a los huérfanos y las viudas en sus aflicciones y se conservaban sin mancha del mundo. Consideraban que dejar de hacerlo habría sido contradecir su profesión y negar a su Redentor.

En toda ciudad, se llevaba adelante la obra. Se convertían almas, que a su vez sentían que debían comunicar el inestimable tesoro. No podían descansar hasta que los rayos de luz que habían iluminado su mente resplandeciesen sobre otros. Multitudes de incrédulos llegaban a conocer la razón de la esperanza del cristiano. Se hacían cálidos e inspirados llamamientos personales a los pecaminosos y errantes, a los desechados y a aquellos que, aun profesando conocer la verdad, eran amadores de los placeres más que de Dios.

Pero después de un tiempo, el celo de los creyentes, su amor a Dios y entre ellos, empezó a disminuir. Penetró la frialdad en la iglesia. Surgieron divergencias y los ojos de muchos dejaron de contemplar a Jesús como Autor y Consumador de su fe. Las masas que podrían haber sido convencidas y convertidas por la práctica fiel de la verdad fueron dejadas sin amonestación. Entonces fue cuando el Testigo fiel dirigió su mensaje a la iglesia de Éfeso. Su falta de interés por la salvación de la gente demostraba que había

perdido su primer amor; porque nadie puede amar a Dios con todo el corazón, la mente, el alma y las fuerzas, sin amar a aquellos por quienes Cristo murió. Dios los llamó a arrepentirse y hacer las primeras obras, o quitaría su candelero de su lugar.

¿No se repite el caso de Éfeso en la iglesia de esta generación? ¿Cómo está empleando su conocimiento la iglesia que hoy ha recibido el conocimiento de la verdad de Dios? Cuando sus miembros vieron por primera vez la indecible misericordia de Dios por la especie caída, no podían permanecer en silencio. Los dominaba el anhelo de cooperar con Dios para dar a otros las bendiciones que habían recibido. Mientras impartían a otros, estaban recibiendo bendiciones continuamente. Crecían en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo. ¿Qué sucede hoy?

Hermanos y hermanas, vosotros que habéis aseverado durante largo tiempo creer la verdad, os pregunto individualmente: ¿Han estado vuestras prácticas en armonía con la luz, los privilegios y

las oportunidades que os concedió el cielo? Esta es una pregunta grave. El Sol de justicia ha amanecido sobre la iglesia, y a esta le incumbe resplandecer. Es el privilegio de cada alma progresar. Los que están relacionados con Cristo crecerán en la gracia y en el conocimiento del Hijo de Dios hasta llegar a la plena estatura de hombres y mujeres. Si todos los que aseveran creer la verdad hubiesen sacado el mejor partido de su capacidad y oportunidad de aprender y obrar, podrían haber llegado a ser fuertes en Cristo. Cualquiera que sea su ocupación--agricultores, mecánicos, maestros o pastores--, si se hubiesen consagrado completamente a Dios habrían llegado a ser obreros eficientes para el Maestro celestial.

Pero, ¿qué están haciendo los miembros de la iglesia para ser designados ayudantes de Dios? ¿Dónde vemos angustia del alma? ¿Dónde vemos a los miembros de la iglesia absortos en temas religiosos, entregados a la voluntad de Dios? ¿Dónde vemos a los cristianos sintiendo su responsabilidad de hacer de la iglesia un pueblo próspero, despierto, comunicador de la luz?

¿Dónde están los que no escatiman trabajo y amor por el Maestro? Nuestro Redentor ha de ver del trabajo de su alma y ser satisfecho; ¿qué sucederá con los que profesan seguirle? ¿Quedarán satisfechos cuando vean el fruto de sus labores? ¿Por qué hay tan poca fe, tan poco poder espiritual? ¿Por qué son tan pocos los que llevan el yugo y la carga de Cristo? ¿Por qué hay que incitar a los miembros a emprender su obra por Cristo? ¿Por qué son tan pocos los que pueden revelar los misterios de la redención? ¿Por qué no resplandece como luz ante el mundo la imputada justicia de Cristo, por medio de los que profesan seguirle?

### **El resultado de la inacción**

Cuando los hombres empleen sus facultades como lo indica Dios, sus talentos aumentarán, su capacidad se ensanchará y obtendrán una visión celestial en su esfuerzo por tratar de salvar a los perdidos. Pero mientras los miembros de la iglesia sean negligentes e indiferentes hacia la responsabilidad que Dios les ha dado de impartir la verdad a la gente, ¿cómo pueden esperar recibir el

tesoro del cielo? Cuando los que profesan ser cristianos no sienten preocupación por iluminar a los que están en tinieblas, cuando dejan de impartir gracia y conocimiento, pierden discernimiento y su aprecio del valor de los dones celestiales; y como resultado dejan de sentir la necesidad de compartirlos.

Vemos grandes iglesias que se congregan en diferentes localidades. Sus miembros han obtenido un sólido conocimiento de la verdad, y muchos se contentan con oír la Palabra viviente sin tratar de compartir la luz. Se sienten escasamente responsables por el progreso de la obra y la salvación de la gente. Sienten mucho entusiasmo por las actividades mundanas, pero mantienen su religión separada de sus quehaceres cotidianos. Dicen: “La religión es religión, y los negocios son negocios”, porque creen que cada una tiene su propia esfera de acción. Por eso insisten en que “deben permanecer separadas”.

A causa de las oportunidades descuidadas y del abuso de los privilegios, los miembros de esas



iglesias no están creciendo “en la gracia y en conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. (2 Pedro 3:18) Por lo tanto, son débiles en fe, deficientes en conocimiento y niños en experiencia. No están arraigados ni crecen en la verdad. Si permanecen en esta condición, los numerosos engaños de los postreros días los seducirán inevitablemente, porque carecerán de visión espiritual para discernir entre la verdad y el error.

Dios ha dado a sus ministros el mensaje de verdad para que lo proclamen. Las iglesias deben recibirlo, y de toda manera posible comunicarlo, mientras asimilan los primeros rayos de la luz y luego los difunden. No haberlo hecho representa nuestro gran pecado. Llevamos años de atraso. Los ministros han estado buscando el tesoro escondido, abriendo el cofre y dejando resplandecer las joyas de la verdad; pero los miembros de la iglesia no han hecho la centésima parte de lo que Dios requiere de ellos. ¿Qué podemos esperar sino deterioro en la vida religiosa cuando la gente escucha sermón tras sermón sin practicar la

instrucción recibida? Si no se ejercita la capacidad que Dios ha dado, se debilita y degenera. Más que esto, cuando las iglesias permanecen inactivas, Satanás cuida de que se mantengan ocupadas en lo que a él le conviene. Ocupa el campo, alista a los miembros en actividades que absorben sus energías, destruyen la espiritualidad, y los hacen caer como pesos muertos sobre la iglesia.

Hay entre nosotros quienes, si tomasen tiempo para considerarlo, evaluarían su posición indolente como un descuido pecaminoso de los talentos que Dios les ha dado. Hermanos y hermanas, vuestro Redentor y todos los santos ángeles se entristecen por la dureza de vuestro corazón. Cristo dio su vida para salvar a la gente, y, sin embargo, vosotros que habéis conocido su amor hacéis muy poco esfuerzo para impartir las bendiciones de su gracia a aquellos por quienes él murió. Semejante indiferencia y negligencia del deber asombra a los ángeles. En el juicio tendréis que encontraros con las personas a quienes descuidasteis. En aquel gran día, os sentiréis convencidos y condenados. El Señor os induzca ahora a arrepentiros, y perdone él

a su pueblo por haber descuidado la obra que él le encomendó hacer en su viña.

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido”. (Apocalipsis 2:5) ¡Oh, cuán pocos conocen el tiempo de su visitación! ¡Cuán pocos, aun entre los que aseveran creer la verdad presente, comprenden las señales de los tiempos, o lo que hemos de experimentar antes del fin! Somos hoy objeto de la tolerancia de Dios; ¿pero cuánto tiempo continuarán los ángeles de Dios reteniendo los vientos para que no soplen?

No obstante la indecible misericordia de Dios hacia nosotros, ¡cuán pocos hay en nuestras iglesias que son verdaderamente humildes, consagrados y temerosos siervos de Dios! ¡Cuán pocos corazones están llenos de gratitud porque han sido honrados y llamados a hacer algo en la obra de Dios y a participar de los sufrimientos de Cristo!

Hoy muchísimos de los que componen nuestras congregaciones están muertos en delitos y pecados. Van y vienen como la puerta sobre sus goznes. Durante años han escuchado con complacencia las verdades más solemnes y conmovedoras del alma, pero no las han puesto en práctica. Por lo tanto, son cada vez menos sensibles a la hermosura de la verdad. Los testimonios conmovedores de reproche y amonestación ya no despiertan arrepentimiento en ellos. Las melodías más dulces que provienen de Dios a través de los labios humanos--la justificación por la fe y la justicia de Cristo--no les arrancan una respuesta de amor y gratitud. Aunque el Mercader celestial despliega delante de ellos las más finas joyas de la fe y el amor, aunque los invita a comprar de él “oro afinado en fuego” y “vestiduras blancas” a fin de que sean vestidos, y “colirio” a fin de que vean, endurecen sus corazones contra él, y no cambian su tibieza por el amor y el celo. Aunque profesan tener piedad, niegan el poder de ella. Si continúan en este estado, Dios los rechazará. Se están incapacitando para ser miembros de su familia.

El blanco principal tiene que ser ganar almas

No debemos creer que la obra del Evangelio depende mayormente del ministro. Dios ha dado a cada cual una obra que hacer en relación con su reino. Cada uno de los que profesan el nombre de Cristo debe trabajar ferviente y desinteresadamente, dispuesto a defender los principios de la justicia. Todos deben tomar una parte activa en fomentar la causa de Dios. Cualquiera que sea nuestra vocación, como cristianos tenemos una obra que hacer para dar a conocer a Cristo al mundo. Hemos de ser misioneros y tener por blanco principal ganar almas para Cristo.

Dios confió a su iglesia la obra de difundir la luz y proclamar el mensaje de su amor. Nuestra obra no consiste en condenar ni denunciar, sino en atraer juntamente con Cristo, rogando a los hombres que se reconcilien con Dios. Debemos estimular a las almas, atraerlas y ganarlas para el Salvador. Si éste no es nuestro interés, si rehusamos dar a Dios el servicio del corazón y la

vida, le robamos al negarle nuestro tiempo, dinero, esfuerzo e influencia. Al dejar de beneficiar a nuestros semejantes, robamos a Dios la gloria que obtendría por la conversión de la gente.

### **Comencemos por los que están más cerca**

Algunos que han profesado durante largo tiempo ser cristianos, y, sin embargo, no han sentido responsabilidad por las almas que perecen a la misma sombra de sus casas, piensan tal vez que tienen una obra que hacer en países extraños; ¿pero dónde está la evidencia de que son idóneos para esta obra? ¿En qué han manifestado preocupación por las almas? Estas personas necesitan primero ser enseñadas y disciplinadas en casa. Entonces la verdadera fe y el amor a Cristo crearían en ellas un ferviente deseo de salvar almas en su propio vecindario. Ejercitarían toda energía espiritual para trabajar con Cristo y aprenderían de él mansedumbre y humildad. Luego, si Dios quisiera que fueran a países extranjeros, estarían preparadas.

Empiecen en casa, en su propia familia, en su propio vecindario, entre sus propios amigos; los que desean trabajar para Dios. Allí encontrarán un campo misionero favorable. Esta obra misionera será una prueba de su habilidad o incapacidad para servir en un campo más amplio.

### **El ejemplo de Felipe y Natanael**

El caso de Felipe y Natanael es un ejemplo de la verdadera obra misionera. Felipe había visto a Jesús, y estaba convencido de que era el Mesías. Lleno de gozo, deseaba que sus amigos conociesen también las buenas nuevas. Deseaba que la verdad que le había traído tanto consuelo fuese compartida por Natanael. La gracia verdadera revelará siempre su presencia en el corazón. Felipe fue a buscar a Natanael, y cuando le llamó, éste contestó desde el lugar donde oraba bajo la higuera. Natanael no había tenido oportunidad de escuchar las palabras de Jesús, pero había sido atraído a él en espíritu. Anhelaba recibir luz, y estaba en ese momento orando sinceramente por ella. Felipe exclamó con gozo: “Hemos hallado a aquel de quien escribió

Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús el hijo de José, de Nazaret”. (Juan 1:45) A la invitación de Felipe, Natanael buscó y halló al Salvador, y a su vez se unió a la obra de ganar almas para Cristo.

Uno de los medios más eficaces por los cuales se puede comunicar la luz, es por el esfuerzo privado y personal. En el círculo de la familia, en los hogares de nuestros vecinos, al lado de los enfermos, muy quedamente podemos leer las Escrituras y decir una palabra en favor de Jesús y la verdad. Así podemos sembrar una semilla preciosa que brotará y dará fruto.

### **La familia como campo misionero**

Nuestra obra por Cristo debe comenzar con la familia, en el hogar. La educación de los jóvenes debe ser diferente de la que se les ha impartido en el pasado. El bienestar de ellos exige mayor esmero que el que se les ha dedicado antes. No hay campo misionero más importante que éste. Los padres deben enseñar a sus hijos por precepto y por



ejemplo a trabajar por los inconversos. Hay que educar a los niños de tal manera que simpaticen con los ancianos y los afligidos y traten de aliviar los sufrimientos de los pobres y angustiados. Debe enseñárseles a ser diligentes en la obra misionera; y desde los primeros años debe inculcárseles la abnegación y el sacrificio en favor del bienestar ajeno y del progreso de la causa de Cristo, a fin de que sean colaboradores con Dios.

Pero si han de saber alguna vez hacer obra misionera verdadera para los demás, deben aprender primero a trabajar por los de su casa y saber que tienen derecho natural a su servicio de amor. Cada niño debe ser enseñado a cumplir su parte en los trabajos propios del hogar. Nunca debiera avergonzarse de emplear las manos para aliviar las cargas en la casa, o los pies para hacer diligencias. Mientras esté así ocupado no se aventurará por sendas de negligencia y pecado. ¡Cuántas horas que los niños y los jóvenes despilfarran podrían dedicarlas a llevar sobre sus fuertes hombros parte de las responsabilidades de la familia, que alguien debe llevar a cabo!

Manifestarían así un amante interés en sus padres. Debe también arraigárselos en los principios de la reforma pro salud y el cuidado de su cuerpo.

¡Ojalá que los padres velasen con oración y preocupación por el bienestar eterno de sus hijos! Pregúntense: ¿Hemos sido negligentes? ¿Hemos descuidado esta obra solemne? ¿Hemos permitido que nuestros hijos llegasen a ser juguetes de las tentaciones de Satanás? ¿No tenemos que rendir una cuenta solemne ante Dios por haber permitido a nuestros hijos que empleasen sus talentos, su tiempo e influencia para obrar contra la verdad y contra Cristo? ¿No hemos descuidado nuestro deber como padres, y aumentado el número de los súbditos de Satanás?

Muchos han descuidado vergonzosamente el campo del hogar, y es tiempo de que se presenten recursos y remedios divinos para corregir este mal ¿Qué excusas pueden presentar los que profesan seguir a Cristo por no enseñar a sus hijos a trabajar por él?

Dios quiere que las familias de la tierra sean un símbolo de la familia celestial, Los hogares cristianos, establecidos y dirigidos de acuerdo con el plan de Dios, se cuentan entre sus agentes más eficaces para formar el carácter cristiano y para adelantar su obra.

Si los padres desean ver un diferente estado de cosas en sus familias, conságrense completamente a Dios ellos mismos y cooperen con él en la obra mediante la cual se pueda realizar una transformación en su familia.

Cuando nuestros propios hogares sean lo que deben ser, no dejaremos que nuestros hijos crezcan en la ociosidad y la indiferencia con respecto a lo que Dios les pide que hagan en favor de los necesitados que los rodean. Como herencia del Señor, estarán calificados para emprender la obra donde están. De tales hogares resplandecerá una luz que se revelará en favor de los ignorantes, conduciéndolos a la fuente de todo conocimiento. Ejercerán una poderosa influencia por Dios y su verdad.

## **Hay que instruir a la iglesia en la obra misionera**

“Guarda, ¿qué de la noche?” (Isaías 21:11)  
¿Están los centinelas a quienes se hace esta pregunta en situación de dar a la trompeta un sonido certero? ¿Están los pastores cuidando fielmente el rebaño del que deben dar cuenta? ¿Están los ministros de Dios velando por las almas, comprendiendo que los que están bajo su cuidado han sido comprados por la sangre de Cristo? Ha de hacerse una gran obra en el mundo, y ¿qué esfuerzos estamos haciendo para realizarla? Los hermanos han oído demasiados sermones; pero, ¿se les ha enseñado a trabajar para aquellos por quienes Cristo murió? ¿Se les ha propuesto y presentado algún ramo de trabajo de tal manera que cada uno haya visto la necesidad de tomar parte en la obra?

Es evidente que todos los sermones que se han predicado no han contribuido a desarrollar una gran clase de obreros abnegados. Debe considerarse que

este asunto tiene los más graves resultados. Está en juego nuestro porvenir para la eternidad. Las iglesias se están marchitando porque no han empleado sus talentos en difundir la luz. Deben darse instrucciones cuidadosas que serán como lecciones del Maestro, para que todos puedan usar prácticamente su luz. Los que tienen la vigilancia de las iglesias, deben elegir a miembros capaces, y encargarles responsabilidades, al mismo tiempo que les dan instrucciones acerca de cómo pueden servir y beneficiar mejor a otros.

Debe emplearse todo medio de dar a conocer la verdad a millares que discernirán las evidencias y apreciarán la semejanza de Cristo en su pueblo, cuando tienen la oportunidad de percibirla. Aprovechése las reuniones misioneras para enseñar a la gente a hacer trabajo misionero. Dios espera que su iglesia discipline y prepare a sus miembros para la obra de iluminar al mundo. Debe impartirse una educación que produzca como resultado la preparación de centenares de personas dispuestas a entregar sus talentos valiosos a “los banqueros”. Mediante el uso de estos talentos, se

desarrollarán hombres que estarán preparados para ocupar posiciones de confianza e influencia, y para sostener principios puros y sin contaminación. Así se lograrán grandes cosas para el Maestro.

### **Dedíquense los miembros a trabajar**

Muchos que poseen auténtica capacidad se están herrumbrando en la inacción, porque no saben cómo ponerse a trabajar en las diferentes actividades misioneras. Obténgase que alguien con capacidad que presente a estos inactivos el ramo de trabajo que podrían hacer. Establézcanse pequeñas misiones en muchos lugares, para enseñar a hombres y mujeres a usar, y así aumentar sus talentos. Comprendan todos lo que se espera de ellos, y muchos de los que están ahora desocupados trabajarán fielmente.

La parábola de los talentos debe ser explicada a todos. Se debe hacer comprender a los miembros de las iglesias que son la luz del mundo, y que de acuerdo a sus diversas capacidades el Señor espera que iluminen y beneficien a otros. Sean ricos o

pobres, grandes o humildes, Dios los llama a servirle activamente. Él depende de la iglesia para el adelantamiento de su causa, y espera que los que profesan seguirle cumplan su deber como seres inteligentes. Es muy necesario que toda mente adiestrada, todo intelecto disciplinado, toda partícula de capacidad se dedique a la obra de salvar almas.

No pasemos por alto las cosas pequeñas mientras buscamos una gran obra. Podéis hacer con éxito la obra pequeña, pero, al intentar una obra más grande podríais tal vez fracasar y caer en el desaliento. Trabajad dondequiera que veáis que hay trabajo que hacer. Haciendo con vuestras fuerzas lo que vuestras manos hallen para hacer así será cómo desarrollaréis talentos y aptitudes para una obra mayor. Al despreciar las oportunidades diarias y descuidar las cosas pequeñas, es cómo muchos se vuelven ineficaces y desganados.

Hay maneras en las cuales todos pueden prestar un servicio personal a Dios. Algunos pueden escribir una carta a un amigo lejano, o enviar una

revista a alguien que está averiguando la verdad. Otros pueden dar consejos a los que están en dificultades. Los que saben tratar a los enfermos pueden ayudar en esto. Otros que tienen la capacidad necesaria, pueden dar estudios bíblicos o dirigir clases bíblicas.

Deben idearse y ponerse en práctica entre las iglesias, los métodos de trabajo más sencillos. Si los miembros aceptan unánimemente tales planes y con perseverancia los llevan a cabo, segarán una rica recompensa; porque su experiencia se irá enriqueciendo, su capacidad aumentará, y por sus esfuerzos salvarán almas.

### **No se necesita ser sabio para trabajar**

Nadie debe sentir que porque no se ha educado no puede tomar parte en la obra del Señor. Dios tiene una obra para vosotros. Él ha dado a cada uno su obra. Podéis escudriñar las Escrituras por vuestra cuenta. “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”. (Salmos 119:130) Podéis orar por la obra. La oración del



corazón sincero, ofrecida con fe, será oída en el cielo. Y habéis de trabajar según vuestra capacidad.

Cada uno ejerce una influencia para bien o para mal. Si el alma está santificada para el servicio de Dios y consagrada a la obra de Cristo, su influencia tenderá a recoger con Cristo.

Todo el cielo está en actividad, y los ángeles de Dios están esperando para cooperar con todos los que quieran idear planes mediante los cuales las almas para quienes Cristo murió puedan oír las gratas nuevas de la salvación. Los ángeles que sirven a los que han de heredar la salvación, dicen a cada santo: “Hay trabajo para vosotros”. “Id, y... anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida”. (Hechos 5:20) Si todas las personas a quienes se dirige esta orden la obedecieran, el Señor prepararía el camino y les daría recursos con los cuales ir.

## **Despiértese a los ociosos**

Hay personas que están pereciendo sin Cristo, y

los que profesan ser discípulos de Cristo las dejan perecer. A nuestros hermanos se les han confiado talentos para la obra de salvar almas; pero algunos los han envuelto en un lienzo y los han enterrado en el suelo. ¿Qué semejanza tienen estos ociosos con el ángel que se muestra volando por en medio del cielo, proclamando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús? ¿Qué súplicas se deben hacer a los ociosos para despertarlos, a fin de que vayan a trabajar para el Maestro? ¿Qué podemos decir al miembro de la iglesia perezoso, para hacerle sentir la necesidad de desenterrar su talento y darlo a los banqueros? No habrá ociosos ni perezosos en el reino de los cielos. ¡Dios quiera presentar este asunto en toda su importancia a las iglesias dormidas! ¡Ojalá que Sión se levante y se vista sus ropas de gala! ¡Ojalá resplandezca!

Hay muchos ministros ordenados que nunca han atendido como pastores a la grey de Dios, que nunca han velado por las almas como quienes deben dar cuenta de ellas. En vez de desarrollarse, la iglesia queda en la condición de un cuerpo débil y deficiente. Los miembros de la iglesia,

acostumbrados a confiar en la predicación, hacen poco para Cristo. No llevan fruto, sino que más bien aumentan su egoísmo e infidelidad. Ponen su esperanza en el predicador y dependen de sus esfuerzos para mantener viva su débil fe. Por cuanto los miembros de la iglesia no han sido debidamente instruidos por aquellos a quienes Dios puso como veedores, muchos son siervos perezosos que ocultan sus talentos en la tierra; y, sin embargo, se quejan de cómo el Señor los trata. Esperan ser atendidos como niños enfermos.

Esta condición de debilidad no debe continuar. Debe hacerse una obra bien organizada en la iglesia, para que sus miembros sepan cómo impartir la luz a otros, y así fortalecer su propia fe y aumentar su conocimiento. Mientras impartan aquello que recibieron de Dios, serán confirmados en la fe. Una iglesia que trabaja es una iglesia viva. Somos incluidos en la edificación como piedras vivas, y cada piedra ha de emitir luz. Cada cristiano es comparado a una piedra preciosa que capta la gloria de Dios y la refleja.

La idea de que el ministro debe llevar toda la carga y hacer todo el trabajo, es un gran error. Podría suceder que, recargado de trabajo y quebrantado descienda al sepulcro; en vez de eso, si la carga hubiera sido compartida como el Señor quería, habría continuado viviendo. A fin de que la carga sea distribuida, deben educar a la iglesia los que pueden enseñar a otros a seguir a Cristo y trabajar como él trabajó.

### **Los jóvenes tienen que ser misioneros**

No se pase por alto a los jóvenes; déjeselos participar en el trabajo y la responsabilidad. Hágaseles sentir que tienen que contribuir a beneficiar a otros. Aun a los niños debe enseñárseles a hacer pequeñas diligencias de amor y misericordia para los que son menos afortunados que ellos.

Ideen los dirigentes de la iglesia planes que induzcan a la juventud a aprender a emplear los talentos a ella confiados. Hagan los miembros de más edad en la iglesia una obra ferviente y

compasiva por los niños y jóvenes. Apliquen los ministros toda su inteligencia para idear planes por los cuales los miembros más jóvenes de la iglesia puedan ser inducidos a cooperar con ellos en la obra misionera. Pero no se imaginen que pueden despertar su interés predicándoles un largo sermón en la reunión misionera. Deben idear planes para despertar vivo interés. Todos deben desempeñar una parte. Enséñese a los jóvenes a hacer lo que se les indique, traigan de semana en semana sus informes a la reunión misionera y cuenten lo que hayan experimentado y el éxito obtenido por la gracia de Cristo. Si tales informes fueran traídos por personas que trabajan con dedicación, las reuniones misioneras no serían áridas ni tediosas. Rebosarían de interés y no faltarían asistentes.

En toda iglesia, los miembros deben ser adiestrados de tal manera que dediquen tiempo a ganar almas para Cristo. Cómo puede decirse de la iglesia: Vosotros sois la luz del mundo”, a menos que sus miembros estén impartiendo realmente luz?

Despierten y comprendan su deber los que están encargados del rebaño de Cristo, y pongan a muchas almas a trabajar.

## **Que las iglesias despierten**

Pronto se realizarán cambios importantes y rápidos, y el pueblo de Dios debe estar dotado del Espíritu Santo para que, con sabiduría celestial, pueda hacer frente a las emergencias de esta época y hasta donde sea posible contrarrestar los movimientos desmoralizadores del mundo. Si la iglesia no se duerme, si los discípulos de Cristo velan y oran, podrán tener luz para comprender y apreciar los movimientos del enemigo.

¡El fin está cerca! Dios invita a la iglesia a poner en orden las cosas pendientes. Colaboradores de Dios, estáis facultados por el Señor para llevar a otros al reino. Habéis de ser los agentes vivos de Dios, conductos de luz para el mundo, y en derredor vuestro hay ángeles del cielo, enviados por Cristo para sosteneros y fortaleceros mientras trabajáis por la salvación de las almas.

Me dirijo a los miembros de las iglesias de toda Asociación: Destacaos como separados y distintos del mundo, como personas que están en el mundo, pero que no son de él, y reflejad los brillantes rayos del Sol de justicia, siendo puros, santos y sin contaminación, haciendo brillar con fe la luz en todos los caminos y veredas de la tierra.

Despiérten las iglesias antes que sea eternamente demasiado tarde. Asuma cada miembro su obra individual y vindique el nombre del Señor que lleva sobre sí. Que la fe sana, y la ferviente piedad reemplacen la pereza y la incredulidad. Cuando la fe eche mano de Cristo, la verdad deleitará el alma y los servicios religiosos no serán áridos ni carentes de interés. Vuestras reuniones de testimonios, ahora tibias y sin aliento, serán vivificadas por el Espíritu Santo; y diariamente tendréis una rica experiencia mientras practiquéis el cristianismo que profesáis. Se convertirán los pecadores, serán conmovidos por la Palabra de verdad y dirán como dijeron algunos que escucharon las enseñanzas de Cristo: “Hemos

visto y oído maravillas hoy”.

En vista de lo que podría haberse hecho si la iglesia hubiera cumplido con las responsabilidades que Dios le diera, ¿seguirán durmiendo sus miembros o se despertarán y reconocerán el honor a ellos concedido por la misericordiosa providencia de Dios? ¿Asumirán su cometido hereditario y, valiéndose de la luz presente, sentirán la necesidad de levantarse para hacer frente a la urgente emergencia que ahora se presenta? ¡Ojalá que todos se despertasen y manifestasen al mundo que su fe es una fe viva, que aguarda al mundo una crisis vital y que Jesús vendrá pronto! Dejemos ver a la gente que creemos estar en los deslindes del mundo eterno.

La edificación del reino de Dios queda o rezagada, o fomentada, de acuerdo con la infidelidad o la fidelidad de los agentes humanos. La obra queda estorbada cuando los agentes humanos no cooperan con los agentes divinos. Los hombres pueden orar: “Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la



tierra”; pero si en su vida no actúan de acuerdo con su oración, sus peticiones serán infructuosas.

Pero aunque seáis débiles y os equivoquéis, aunque seáis pecadores, el Señor de todos modos os invita a asociaros con él y recibir instrucción divina. Unidos con Cristo podréis hacer las obras de Dios. Cristo dijo: “Sin mí, nada podéis hacer”.

Por medio del profeta Isaías se transmitió esta promesa: “Irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia” (Isaías 58:8) La justicia de Cristo es la que nos precede y la gloria de Dios es nuestra retaguardia. Vosotras iglesias del Dios viviente, estudiad esa promesa y descubrid cómo vuestra falta de fe, espiritualidad y poder divino está retrasando la venida del reino de Dios. Si estáis dispuestos a realizar la obra de Cristo, los ángeles de Dios allanarán el camino ante vosotros y prepararán los corazones para que reciban el Evangelio. Si cada uno fuera un misionero activo, el mensaje para este tiempo se proclamaría con rapidez a toda nación, lengua y pueblo. Esta es la obra que se debe realizar antes que Cristo venga

con poder y gran gloria. Insto a la iglesia a orar con fervor para que comprenda sus responsabilidades. ¿Sois individualmente colaboradores con Dios? Si no lo sois, ¿cuál es la razón? ¿Cuándo tenéis la intención de realizar la obra que el cielo os encomendó?

Para todos los desalentados existe un solo remedio: fe, oración y trabajo.

Nuestras iglesias no debieran sentirse celosas y descuidadas porque no reciben ayuda ministerial. Más bien debieran preocuparse ellas mismas de llevar la carga y trabajar resueltamente por la salvación de la gente.

Todos los talentos que existen en nuestras iglesias debieran dedicarse a la obra de hacer el bien. Los lugares ásperos y agrestes de la naturaleza, Dios los ha hecho atractivos mediante el recurso de colocar cosas hermosas entre las más feas. Esta es la obra que se nos ha pedido que hagamos.

Necesitamos en nuestras iglesias personas jóvenes que trabajen guiados por los principios del esfuerzo cristiano, pero el comienzo debe efectuarse en el hogar. La fiel realización de los deberes hogareños ejerce una acción refleja sobre el carácter. En la casa paterna ellos deben dar evidencia de aptitud para trabajar en la iglesia.

El Señor no nos juzga según el refinamiento de nuestros diversos círculos de acción, sino por el grado de fidelidad con que nos desempeñamos en ellos.

Si tan solo realizáramos la tercera parte de lo que podríamos hacer con los talentos recibidos, las otras dos terceras partes que no hacemos obran contra Cristo.

La obra más importante que puede efectuarse en nuestro mundo es glorificar a Dios, viviendo de acuerdo con el carácter de Cristo.

## Capítulo 55

# El aumento de instituciones

Es necesario efectuar una vasta obra en todo el mundo, pero nadie debe suponer que debido a la proximidad del fin es innecesario realizar esfuerzos especiales para crear las diversas instituciones que la obra requerirá. No es posible saber el día ni la hora de la venida del Señor, porque esto no se nos ha revelado; que nadie efectúe especulaciones acerca de algo que no se ha puesto a su alcance. Que cada uno trabaje con lo que se le ha puesto en las manos, y realice los deberes requeridos por Dios.

Cuando el Señor nos pida que nuestros esfuerzos para construir nuevas capillas y establecer escuelas, sanatorios y casas editoras; entonces habrá llegado el momento de cruzarnos de brazos y dejar que el Señor concluya la obra; pero ahora es la oportunidad de demostrar nuestro fervor por Dios y nuestro amor por la humanidad. Debemos ser socios en la obra de Dios en el mundo

entero; debemos aportar nuestra ayuda en cualquier parte donde haya almas que salvar, para que muchos hijos e hijas de Dios puedan ser conducidos a él. El fin está cerca, razón por la cual debemos tratar de obtener resultados óptimos mediante todas las habilidades recibidas, y de cada departamento que aporte su ayuda a la obra.

Es necesario establecer escuelas para educar a los menores, para que los que se dedican a la obra ministerial puedan alcanzar logros importantes en el conocimiento de la Biblia y las ciencias. Hay que establecer instituciones para el tratamiento de los enfermos en países extranjeros, y hay que formar médicos misioneros que sean abnegados; que ensalcen la cruz, que estén preparados para trabajar en posiciones de confianza, y que sean capaces de educar a otros. Además de todo esto, Dios pide misioneros que trabajen en su propio país. Los que trabajan para Dios en campos misioneros, o en su país deben ser abnegados, deben llevar su cruz y restringir sus propios deseos, para abundar en buenos frutos.

Una fe que abarque menos que eso, niega el carácter cristiano. La fe del Evangelio es aquella cuyo poder y gracia son de origen divino. Demostremos que Cristo mora en nosotros dejando de gastar dinero en atavíos y en cosas innecesarias, mientras la causa de Cristo permanece debilitada por falta de recursos económicos, con deudas que permanecen impagas en nuestras casas de culto, y la tesorería está vacía. No cultivéis el gusto por artículos de vestir caros ni por muebles suntuosos. Permitid que la obra continúe como empezó, con simple abnegación y fe.

Utilizad vuestros recursos financieros para crear--y no vuestra influencia para reducir--instituciones benéficas. Que nadie escuche la sugerencia que podemos ejercer fe y que con eso desaparecerán todas nuestras enfermedades; por lo tanto es innecesario tener instituciones para la restablecer la salud. La fe y las obras no están separadas. Puesto que el Señor vendrá pronto, actuad decididamente y con determinación para aumentar las facilidades mencionadas, con el fin de efectuar una gran obra en corto tiempo.

Puesto que el Señor vendrá pronto, es tiempo de retirar el dinero entregado a los bancos, y tiempo de colocar en la tesorería del Señor todo el dinero que podamos ahorrar, con el fin de establecer instituciones de educación para obreros, quienes recibirán instrucción como los alumnos de las escuelas de los profetas. Si el Señor viene y os encuentra ocupados en esta obra, os dirá: “Bien, buen siervo y fiel ... entra en el gozo de tu Señor”.

Ha llegado el tiempo cuando ninguna facultad física, mental o moral debiera desperdiciarse o usarse indebidamente. El Señor desea que su pueblo en Estados Unidos no continúe confinando a unos pocos lugares del país las importantes instituciones relacionadas con el progreso moral y espiritual de su obra. Pide a quienes han recibido mucho, que lo compartan con los demás. Colocad vuestros recursos ahora donde contribuyan a llevar luz a las naciones en tinieblas y a las islas del mar.

La obra que se debe hacer. Podría realizarse una obra grandiosa si las familias se establecieran

en los lugares que están a oscuras, donde la gente vive envuelta en la penumbra espiritual; y si dejaran que la luz de Cristo brillara a través de ellas. Deben comenzar su obra en forma paulatina y discreta, sin usar los fondos de la Asociación hasta que el interés haya aumentado tanto que no puedan atenderlo sin ayuda ministerial.

Cuando se lleven a cabo seminarios y otras reuniones similares, no deben efectuarse en conexión con nuestras iglesias grandes ya establecidas. Dejad que den carácter a la obra y que difundan el conocimiento de la verdad en localidades donde es poco conocida. Tal vez esto no sea fácil; ¿pero fue fácil para Cristo salir de las cortes reales? ¿Fue conveniente para él desprenderse de su honor, su gloria, su elevada posición de liderazgo y humillarse para llegar a ser uno con nosotros? No visitó a seres que no habían caído, sino a quienes más lo necesitaban. Nosotros, a quienes él ha confiado su obra, debemos imitar su ejemplo.

Debemos presentar Palabra de vida a esas



personas a quienes podemos considerar tan sin esperanza como si estuvieran en sus tumbas. Aunque causen la impresión de no querer escuchar o de recibir la luz de la verdad, debemos hacer nuestra parte sin vacilar ni discutir.

La demora es peligrosa. Esa alma que pudisteis haber encontrado, esa alma a quien pudisteis haber abierto la Biblia, se pone fuera de vuestro alcance. Satanás tiene preparada una red para sus pies, y mañana esa persona puede estar llevando a cabo los planes del archienemigo de Dios. ¿Por qué demorar un día más? ¿Por qué no ir a trabajar ahora?

Cómo se sentirán los ángeles cuando ven la proximidad del fin y ven a tantos a quienes se les ha confiado el último mensaje de misericordia reunidos para buscar beneficios personales, y manifestando su descontento cuando no hay suficiente predicación, mientras sienten escasa preocupación y hacen muy poco por la salvación de la gente. Todos los que están verdaderamente unidos con Cristo mediante una fe viva,

participarán de la naturaleza divina. Él les infundirá continuamente vida espiritual, y nadie puede silenciarlos.

La vida se manifiesta constantemente en acción. Si el corazón está vivo, enviará una corriente de sangre vital a todas partes en el cuerpo. Quienes tienen el corazón lleno de vida espiritual no necesitan que se los urja a revelarlo. La vida divina manará de ellos en raudales de gracia. Dios es glorificado cuando estas personas oran, hablan y trabajan.

El obrero. No es el trabajo del obrero más brillante ni más talentoso el que produce resultados más excelentes y durables. ¿Quiénes son los obreros más eficientes? Son los que responderán a esta invitación: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. (Mateo 11:29)

Si las personas a quienes Dios ha dotado con talentos intelectuales rehúsan usar estos dones para su gloria, los abandonará a su propia imaginación

después de un tiempo de prueba; y usará en su lugar a personas que no causan la impresión de estar muy bien dotadas, que no tienen confianza desmedida en sí mismas, y fortalecerá a los débiles porque confían en que Dios hará por ellos aquellas cosas que son incapaces de realizar. Dios aceptará el servicio efectuado de todo corazón y él mismo remediará las deficiencias.

El Señor Jesús toma a las personas que sabe que se dejarán moldear y las emplea para dar gloria a su nombre, para que satisfagan su propia concepción espiritual. Emplea material que otros desecharían y trabaja con todos los que permiten que lo haga. Una puerta se abre en el cielo accionada por medios muy sencillos, y Dios usa la sencillez del agente humano para revelarse a los hombres.

¿Habéis experimentado un anticipo de los poderes del mundo venidero? ¿Habéis estado comiendo la carne y bebiendo la sangre del Hijo de Dios? Entonces, aunque las manos ministeriales no se hayan posado sobre vosotros para ordenaros,

Cristo ha colocado sus manos sobre vosotros y ha dicho: “Vosotros sois mis testigos.”

Algunas personas que Dios emplea como sus instrumentos, puede ser que sean consideradas ineficientes; pero si pueden orar, si pueden hablar la verdad llanamente porque la aman, pueden alcanzar a la gente mediante la acción del poder del Espíritu Santo. Cuando presentan la verdad con sencillez leyéndola de la Palabra, o recordando incidentes de su propia experiencia, el Espíritu Santo impresionará la mente y el carácter. La voluntad del hombre se subordina a la voluntad de Dios, y la verdad que hasta el momento no se comprendía, ahora penetra en el corazón con una convicción llena de vida y se convierte en una realidad espiritual.

## Capítulo 56

# **Ayuda para los campos misioneros**

Siento una gran preocupación acerca de los campos misioneros necesitados. En las misiones cercanas hay una obra que debe hacerse agresivamente; y existe una gran necesidad de recursos financieros para promover la obra en los campos misioneros. Nuestras misiones en el extranjero están languideciendo. No estamos sosteniendo a los misioneros en la forma como Dios requiere. Los obreros están incapacitados para entrar en nuevos campos porque carecen de los fondos necesarios.

Existen a nuestro alrededor almas que perecen en sus pecados. Miles y miles de personas mueren anualmente sin Dios y sin esperanza de vida eterna. Las plagas y los juicios de Dios están realizando su obra, y hay almas que perecerán porque nadie ha iluminado su camino con la luz de la verdad. Sin

embargo, ¡cuán poco se preocupan por la condición de sus semejantes! El mundo está pereciendo en medio de su aflicción. Pero esto escasamente conmueve aun a los que afirman creer la verdad más importante y extensa que los mortales hayan recibido. Dios requiere que su pueblo sea su mano ayudadora para alcanzar a los que perecen, pero muchos se conforman con no hacer nada. Falta ese amor que indujo a Cristo a dejar su hogar celestial y asumir la naturaleza humana, para que la humanidad pudiera tocar a la humanidad y conducir la humanidad hacia la divinidad. Existe un estupor y una parálisis que han sobrecogido al pueblo de Dios y le impiden comprender lo que se necesita para este tiempo.

El pueblo de Dios está siendo observado por el universo celestial; pero la escasez de sus donativos y ofrendas, y la debilidad de sus esfuerzos en el servicio divino los delatan como infieles. Si lo poco que ahora se logra, fuera lo mejor que ellos pueden hacer, no estarían bajo condenación; pero ellos podrían hacer mucho mejor con sus recursos. Ellos saben, y también el mundo lo sabe, que han

perdido en gran medida el espíritu de abnegación que induce a cada uno a llevar su cruz.

Dios necesita personas que proclamen la advertencia al mundo que está dormido, muerto en desobediencia y pecado. Pide ofrendas voluntarias a los que tienen el corazón puesto en la obra, que se preocupan por las almas y no quieren que se pierdan sino que obtengan la vida eterna. Satanás está obstinado en el juego de la vida por las almas humanas. Busca la manera de impedir que los recursos económicos se usen para hacer progresar las empresas misioneras. ¿Ignoraremos sus estratagemas? ¿Permitiremos que él confunda nuestros sentidos?

Insto a mis hermanos en todas partes a que despierten, que se consagren a Dios, y que busquen sabiduría de parte de él. Insto a los dirigentes de nuestras Asociaciones a que trabajen resueltamente en nuestras iglesias. Despierten a los miembros a la necesidad de contribuir financieramente para satisfacer las necesidades de nuestras misiones en el extranjero. A menos que vuestros corazones se

conmuevan en vista de la situación aflictiva de los campos extranjeros, se restringirá la predicación del último mensaje de misericordia para el mundo, y la obra que Dios desea que se haga quedará inconclusa.

Los últimos años del tiempo de prueba están transcurriendo con rapidez. El gran día del Señor se está acercando. Debiéramos realizar ahora todo esfuerzo posible para despertar a nuestro pueblo. Que las palabras del Señor expresadas por el profeta Malaquías penetren hondo en cada alma:

“Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué hemos de volvernos? ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los



ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos. Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos”. (Malaquías 3:6-12)

Ya es tiempo que obedezcamos la enseñanza de Palabra de Dios. Todos sus mandamientos los ha dado para nuestro bien, para convertir el alma a la rectitud moral. Cada persona que se convierte a la verdad debiera recibir instrucción acerca de los requerimientos de Dios en lo que atañe a los diezmos y las ofrendas. A medida que surgen nuevas iglesias, esta obra debe llevarse a cabo en forma decidida y con el espíritu de Cristo. Todo lo que la gente disfruta lo recibe de la generosa mano del Señor, y él se siente complacido de permitir que sus herederos disfruten de sus beneficios; pero todos los que están bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emmanuel deben reconocer su dependencia de Dios y su

responsabilidad hacia él, devolviendo a la tesorería la parte que le pertenece a él. Estos recursos deben invertirse en la obra misionera en cumplimiento de la comisión dada a sus discípulos por el Hijo de Dios: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”. “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. “Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19, 20; Marcos 16:15)

Las personas que están verdaderamente convertidas son llamadas a realizar una obra que requiere dinero y consagración. La obligación que nos compele a incluir nuestros nombres en los libros de la iglesia, y eso nos compromete a trabajar para Dios al nivel de nuestra máxima habilidad. Él exige un servicio total, y la completa devoción del corazón, el alma, la mente y las fuerzas. Cristo nos ha traído a la iglesia para comprometer y usar todas nuestras facultades en un

servicio consagrado para la salvación de la gente. Cualquier cosa que no esté a la altura de esto, significa oposición a la obra. Existen solamente dos lugares en el mundo donde podemos depositar nuestro tesoro: en la tesorería de Dios, o en la de Satanás; y todo lo que no se dedica al servicio de Cristo se considera que se ha colocado en el lado de Satanás y fortalecerá su causa.

El Señor ha dispuesto que los recursos confiados a nosotros debemos usarlos en la edificación de su reino. Ha entregado sus bienes a sus mayordomos para que negocien hábilmente con ellos y le traigan los ingresos en función de personas salvadas para la vida eterna. Esas personas, a su turno, se convertirán en mayordomos de la verdad, para cooperar con la gran firma en los intereses del reino de Dios.

Donde hay vida se produce aumento y crecimiento; en el reino de Dios existe un intercambio constante: tomar y dar; recibir y entregar al Señor lo que es suyo. Dios trabaja con cada creyente auténtico, y la luz y la bendición

recibidas se dan nuevamente en la obra realizada por el creyente. Así es como aumenta la capacidad de recibir. A medida que se comparten los dones celestiales, se hace lugar para que nuevas corrientes de gracia fluyan hacia el alma desde la fuente viva. Así se obtienen mayor luz, aumento del conocimiento y bendiciones. En esta obra, que incumbe a cada miembro de iglesia, yace la vida y el crecimiento de toda iglesia. La persona cuya vida consiste en recibir constantemente sin nunca dar, no tarda en perder la bendición. Si la verdad no fluye de su persona hacia otros, perderá la capacidad de recibir. Debemos compartir los beneficios recibidos del cielo si deseamos recibir renovadas bendiciones.

Esto es igualmente verdadero tanto en las cosas temporales como en las espirituales. El Señor no desciende a este mundo trayendo oro y plata para promover su obra. En cambio provee recursos a la gente para que mediante sus donativos y ofrendas contribuyan a que su obra continúe avanzando. El propósito que sobrepuja a todos los demás para el cual debieran usarse los recursos que Dios da, es el

sostenimiento de los obreros que trabajan en el gran campo donde está la cosecha de almas. Y si los hombres y las mujeres se convierten en canales de bendición para otras almas, el Señor mantendrá los canales provistos. Lo que empobrece a la gente no es la devolución de lo que pertenece a Dios, sino su retención es lo que la empobrece.

La obra de compartir lo que uno ha recibido convertirá a cada miembro de iglesia en un colaborador de Dios. No podemos hacer nada por cuenta propia, pero Cristo es el obrero principal. Toda persona tiene el privilegio de trabajar juntamente con él.

El Salvador dijo: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. (Juan 12:32) Cristo soportó la cruz por el gozo de ver almas redimidas. Se convirtió en el sacrificio viviente por el mundo caído. Ese acto de sacrificio de sí mismo incluyó el corazón de Cristo y el amor de Dios; y mediante este sacrificio se dio al mundo la poderosa influencia del Espíritu Santo. La obra de Dios debe llevarse a cabo mediante el sacrificio.

De cada hijo de Dios se requiere abnegación. Cristo dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”. (Lucas 9:23) Cristo da un nuevo carácter a todos los que creen; este carácter, mediante su sacrificio infinito, es la reproducción del suyo propio.

El autor de nuestra salvación será el consumidor de la obra. Una verdad atesorada en el corazón hará lugar para otra verdad aún. Y la verdad pone siempre en actividad las facultades de quien la reciba. Cuando los miembros de nuestras iglesias amen verdaderamente la Palabra de Dios, revelarán las mejores cualidades, las más poderosas; y cuanto más nobles sean, tanto más semejantes a niños serán en espíritu, pues creerán lo que la Palabra de Dios enseña contra todo egoísmo.

Un raudal de luz brota de la Palabra de Dios y debemos despertarnos para reconocer las oportunidades descuidadas. Cuando todos sean fieles en lo que respecta a devolver a Dios lo suyo

en diezmos y ofrendas, se abrirá el camino para que el mundo oiga el mensaje para este tiempo. Si el corazón de los hijos de Dios rebosara de amor por Cristo; si cada miembro de la iglesia estuviera totalmente dominado por un espíritu de abnegación; si todos manifestasen profundo fervor, no faltarían fondos para las misiones. Nuestros recursos se multiplicarían, y se nos ofrecerían mil oportunidades de ser útiles. Si el propósito de Dios de dar al mundo el mensaje de misericordia hubiese sido llevado a cabo por su pueblo, Cristo habría venido ya a la tierra, y los santos habrían recibido su bienvenida en la ciudad de Dios.

Si hubo alguna vez un tiempo en que debían hacerse sacrificios, es ahora. Los que tienen dinero deben comprender que ahora es el momento de emplearlo para Dios. No se absorban recursos en multiplicar las facilidades donde la obra ya está establecida. No se añada edificio a edificio, donde se han concentrado ya muchos establecimientos. Empléense los recursos para fundar centros en nuevos campos. Así podréis ganar almas que desempeñarán su parte en producir otros miembros.

Pensad en nuestras misiones en los campos extranjeros. Algunas de ellas están luchando para establecerse; se ven privadas hasta de las comodidades más escasas. En vez de aumentar las comodidades ya abundantes, edificad la obra en esos campos necesitados. Vez tras vez el Señor ha hablado al respecto. Su bendición no puede acompañar a su pueblo si desprecia sus instrucciones.

Practicad la economía en vuestros hogares. Muchos están albergando y adorando ídolos. Apartad vuestros ídolos. Renunciad a vuestros placeres egoístas. Os ruego que no absorbáis recursos en el embellecimiento de vuestras casas; porque es el dinero de Dios, y pedirá que se lo devolváis. Padres, por amor de Cristo, no empleéis el dinero del Señor para satisfacer las fantasías de vuestros hijos. No les enseñéis a seguir la moda ni a practicar ostentación para ganar influencia en el mundo. ¿Podría esto inclinarlos a salvar las almas por las cuales Cristo murió? No; sólo crearía envidias, celos y malas suposiciones. Vuestros



hijos se verían inducidos a competir con la ostentación y extravagancia del mundo y a gastar el dinero del Señor en lo que no es esencial para la salud o la felicidad.

No enseñéis a vuestros hijos a pensar que vuestro amor hacia ellos debe expresarse satisfaciendo su orgullo, prodigalidad y amor a la ostentación. No es ahora el momento de inventar maneras de consumir el dinero. Dedicad vuestras facultades inventivas a tratar de economizarlo. En vez de satisfacer la inclinación egoísta gastando dinero en cosas que destruyen las facultades del raciocinio, procurad cuidadosamente practicar la abnegación para tener algo que invertir en la tarea de enarbolar el estandarte de la verdad en los campos nuevos. El intelecto es un talento; usadlo para estudiar cómo emplear mejor vuestros recursos para la salvación de la gente.

Enseñad a vuestros hijos que Dios tiene sobre todo lo que poseen un derecho que nada puede abolir jamás; cualquier cosa que ellos tengan, él se las ha confiado en custodia, para probar su

obediencia. Inspiradles la ambición de ganar estrellas para su corona haciendo pasar muchas almas del pecado a la justicia.

El dinero es un tesoro necesario; no debe gastarse pródigamente para beneficio de quienes no lo necesitan. Algunos necesitan vuestros donativos voluntarios. Con demasiada frecuencia, los que tienen recursos dejan de considerar cuántos hay en el mundo que tienen hambre y padecen por falta de alimento. Tal vez digan: “No puedo alimentarlos a todos”. Pero si practicamos las lecciones de economía que nos dejó Cristo, podremos alimentar por lo menos a uno. Puede ser que podáis alimentar a muchos que tienen hambre del alimento temporal; y podéis alimentar sus almas con el pan de vida. “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada”. (Juan 6:12) Estas palabras las pronunció Aquel que tenía todos los recursos del universo a su disposición; aun cuando su poder de hacer milagros proporcionó alimento a millares, no desdeñó enseñar una lección de economía.

Practicad la economía en el empleo de vuestro

tiempo. Pertenece al Señor. Vuestra fuerza es del Señor. Si tenéis costumbres de despilfarro, suprimidlas de vuestra vida. Si conserváis tales hábitos, ellos ocasionarán vuestra bancarrota para la eternidad, mientras que los hábitos de economía, laboriosidad y sobriedad son, aun en este mundo, una porción mejor para vosotros y vuestros hijos, que una dote cuantiosa.

Somos viajeros, peregrinos y advenedizos en la tierra. No gastemos nuestros recursos para satisfacer deseos que Dios nos ordena reprimir. Demos, más bien, el debido ejemplo a los que se tratan con nosotros. Representemos adecuadamente nuestra fe restringiendo nuestros deseos. Levántense las iglesias como un solo hombre y trabajen fervientemente como quienes andan en la plena luz de la verdad para estos últimos tiempos. Impresione vuestra influencia a la gente para hacerle comprender el carácter sagrado de los requerimientos de Dios.

Si en la providencia de Dios habéis recibido riquezas, no os acomodéis a este mundo pensando

que no necesitáis dedicaros a un trabajo útil, que tenéis bastante, y que podéis comer, beber y alegraros. No permanezcáis ociosos mientras otros luchan para obtener recursos para su causa. Invertid vuestros recursos en la obra del Señor. Si hacéis menos que vuestro deber para ayudar a los que perecen, recordad que al ser indolentes os hacéis culpables.

Dios es quien da a los hombres el poder de conseguir riquezas, y él otorga esta capacidad, no como medio de complacer al yo, sino como un medio de devolver a Dios lo suyo. Con este objeto, no es pecado adquirir recursos. El dinero debe ganarse por el trabajo. Todo joven debe cultivar costumbres de laboriosidad. La Biblia no condena a nadie por ser rico, si adquirió sus riquezas honradamente. Es el amor egoísta al dinero mal empleado lo que constituye la raíz de todo mal. La riqueza resultará una bendición si la consideramos como del Señor, para recibirla con agradecimiento y devolverla con igual agradecimiento al Dador.

¿Pero qué valor tiene la riqueza incalculable, si

se acumula en costosas mansiones o en títulos bancarios? ¿Qué importancia tienen estas cosas en comparación con un alma por la cual murió el Hijo del Dios infinito?

A los que han amontonado riquezas para los últimos días, el Señor declara: “Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego”. (Santiago 5:2, 3)

El Señor nos ordena: “Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote; donde el ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran enseguida. Bienaventurados aquellos siervos, a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de

cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos. Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados; porque a la hora que no penséis, el Hijo del hombre vendrá”. (Lucas 12:33-40)

## Capítulo 57

# La casa publicadora de Noruega

[La siguiente apelación, escrita el 20 de noviembre de 1900, se refiere a las dificultades financieras de nuestra obra de publicaciones en Cristianía (actualmente Oslo), Noruega. La Junta de Misiones Extranjeras recibió en 1899 información según la cual la casa publicadora en Cristianía estaba comprometida en deudas y era incapaz de cumplir sus obligaciones, y que la institución estaba en peligro de caer en las manos de sus acreedores. Para remediar esta situación, se requeriría una ayuda financiera por la cantidad de 50.000 dólares. La junta no podía proveer esta suma, y aunque nuestros hermanos en Noruega continuaron en posesión de la casa publicadora por más de un año después de esto, poco se hizo para auxiliarla. Parecía que finalmente debía entregarse el edificio a los acreedores, o venderlo para reunir fondos a fin de pagar la deuda. De este modo la

institución construida mediante años de trabajo y sacrificio se perdería para la obra del Señor. Para impedir esta gran calamidad, el Señor habló a través de su sierva en las siguientes fervientes palabras de apelación, instrucción y aliento.]

Nuestra casa publicadora está en peligro, y en el nombre del Señor apelo a nuestro pueblo en favor de ella. A todos aquellos cuyos corazones aprecian la causa de la verdad presente se los convoca para ayudar en esta crisis.

Aquellos que aman y sirven a Dios debieran sentir el interés más profundo en todo lo que concierne a la gloria de su nombre. ¿Quién podría ver una institución donde la verdad ha sido magnificada, donde el Señor ha revelado tan a menudo su presencia, donde los mensajeros de Dios han dado instrucciones, donde la verdad ha sido proclamada en publicaciones que han hecho mucho bien? ¿Quién podría soportar ver que una institución tal pase a manos de personas mundanas, para ser usada con propósitos comunes y terrenales? Dios ciertamente sería deshonrado si se



permitiera que su institución cayera en la ruina por falta del dinero que él ha confiado a sus mayordomos. Si ocurriese esto, los hombres dirían que fue porque el Señor no pudo impedirlo.

Estas cosas significan mucho para nuestros hermanos y hermanas en Escandinavia. Ellos serán probados dolorosamente si sus instalaciones dejan de funcionar. Hagamos un esfuerzo para impedir que ellos caigan en la depresión y el desaliento. Permitamos que haya un esfuerzo consagrado, unido, para sacar a la casa publicadora de la dificultad en la cual ha caído.

Hay personas que tienen poca fe, que pueden tratar de desalentar a otros y así impedirles que participen en esta buena obra. Sólo se necesita una palabra desalentadora para provocar y fortalecer el egoísmo en el alma. No escuchéis a quienes procuren tentaros. Poned a un lado las preguntas que surgirán en cuanto a cómo surgió la dificultad. Mayormente puede haber sido el resultado de errores que se cometieron; pero no dediquemos tiempo ahora a la crítica y las quejas. Las críticas,

las quejas y la censura no ayudarán a nuestros hermanos en su incertidumbre y aflicción.

Dios ha llamado a agentes humanos para trabajar juntamente con él en la obra de la salvación. Él usa a hombres con debilidades y sujetos a errar. Por lo tanto no censuremos a los que han tenido la desgracia de cometer errores. Más bien procuremos que la gracia de Dios nos transforme de tal manera que lleguemos a ser compasivos y sensibles ante el dolor humano. Esto causará gozo en el cielo; porque el hecho de amar a nuestro hermano caído como Dios y Cristo nos aman, revela que somos partícipes de los atributos de Cristo.

Este no es tiempo para criticar. Lo que ahora se necesita es simpatía genuina y ayuda decidida. Debiéramos considerar individualmente las necesidades de nuestros hermanos. Que cada aliento que se dedica a este asunto se use para hablar palabras que animarán. Que cada facultad se emplee en actos que elevarán.

Una parte del ministerio de los ángeles celestiales es visitar nuestro mundo y supervisar la obra del Señor que está en las manos de sus mayordomos. En cada momento de necesidad ellos ministran a quienes, que como colaboradores con Dios, están esforzándose para llevar adelante su obra en la tierra. Se nos describe a estas inteligencias celestiales como seres deseosos de observar el plan de redención, que se regocijan toda vez que prospera cualquier parte de la obra de Dios.

Los ángeles se interesan en el bienestar espiritual de todos lo que procuran restaurar la imagen moral de Dios en el hombre; y la familia terrenal debe unirse a la familia celestial en la obra de vendar las heridas y laceraciones que ha causado el pecado. Los emisarios angélicos, aunque invisibles, cooperan con los agentes humanos visibles, y forman una alianza de socorro con los hombres. Los mismos ángeles que, cuando Satanás estaba buscando la supremacía, pelearon en las cortes celestiales y triunfaron del lado de Dios. Los mismos ángeles que prorrumpieron en

exclamaciones de gozo cuando nuestro mundo fue creado y sus habitantes sin pecado; los ángeles que presenciaron la caída del hombre y su expulsión del hogar edénico, estos mismos mensajeros celestiales se interesan supremamente en trabajar, en unión con la raza caída y redimida, por la salvación de los seres humanos que perecen en sus pecados.

Los agentes humanos son las manos de los instrumentos celestiales; porque los ángeles celestiales emplean manos humanas en el ministerio práctico. Los agentes humanos como manos ayudadoras deben poner en práctica el conocimiento de los seres celestiales y usar sus habilidades. Al unirnos con estos poderes que son omnipotentes, nos beneficiamos con su educación y experiencia superiores. De ese modo, al llegar a ser partícipes de la naturaleza divina y desterrar el egoísmo de nuestras vidas, se nos conceden talentos especiales para ayudarnos mutuamente. Este es el camino del cielo para administrar el poder salvador.

¿No hay algo estimulante e inspirador en este pensamiento: que el agente humano está como el instrumento visible para conferir las bendiciones de las entidades angélicas? Al ser así obreros juntamente con Dios, el trabajo lleva la estampa de lo divino. El conocimiento y la actividad de los obreros celestiales, unidos al conocimiento y el poder que se imparten a las agencias humanas, proporcionan alivio a los oprimidos y afligidos. Nuestros actos de ministerio desinteresado nos hacen partícipes en el éxito que se deriva del alivio ofrecido.

¡Con qué gozo contempla el cielo estas influencias combinadas! Todo el cielo observa esos agentes que son como la mano para llevar a cabo el propósito de Dios en la tierra, cumpliendo así la voluntad de Dios en el cielo. Tal cooperación realiza un trabajo que trae honor y gloria y majestad a Dios. ¡Oh, si todos amaran como Cristo amó, para que la gente que perece pueda ser salvada de la ruina, qué cambio se produciría en nuestro mundo!

“Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová... Ellos serán apacentados, y dormirán, y no habrá quien los atemorice. Canta, oh hija de Sión; da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén. Jehová ha apartado tus juicios, ha echado fuera tus enemigos; Jehová es Rey de Israel en medio de ti; nunca más verás el mal. En aquel tiempo se dirá a Jerusalén: No temas; Sión, no se debiliten tus manos. Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos”. (Sofonías 3:12-17) ¡Qué cuadro es este! ¿Podemos captar su significado?

“Reuniré a los afligidos por estar apartados de las fiestas establecidas; tuyos son, y sufrían por esa humillación. En ese tiempo yo exterminaré a todos tus opresores. Salvaré a la lisiada, y traeré a la descarriada; y las pondré por alabanza, por renombre en toda la tierra. En ese tiempo yo os traeré, en ese tiempo os reuniré yo. Y os pondré por renombre y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando restaure vuestros cautivos ante

vuestros propios ojos”. (Vers. 18-20, NRV 2000)  
Léase también el primer capítulo de Hageo.

Cuando las agencias humanas, como mayordomos de Dios, tomen en forma unida de los mismos bienes del Señor y los usen para quitar las cargas que recaen sobre sus instituciones, el Señor cooperará con ellos.

“Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda. Proseguí y hablé, diciendo a aquel ángel que hablaba conmigo: ¿Qué es esto, señor mío? Y el ángel que hablaba conmigo respondió y me dijo: ¿No sabes qué es esto? Y dije: No, señor mío. Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha

dicho Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella. Vino palabra de Jehová a mí, diciendo: Las manos de Zorobabel echarán el cimiento de esta casa, y sus manos la acabarán; y conocerás que Jehová de los ejércitos me envió a vosotros. Porque los que menospreciaron el día de las pequeñeces se alegrarán, y verán la plomada en la mano de Zorobabel. Estos siete son los ojos de Jehová, que recorren toda la tierra. Hablé más, y le dije: ¿Qué significan estos dos olivos a la derecha del candelabro y a su izquierda? Hablé aún de nuevo, y le dije: ¿Qué significan las dos ramas de olivo que por medio de dos tubos de oro vierten de sí aceite como oro? Y me respondió diciendo: ¿No sabes qué es esto? Y dije: Señor mío, no. Y él dijo: Estos son los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra”. (Zacarías 4:1-14)

Todo el cielo se interesa, no sólo en las tierras que están cerca y que necesitan nuestra ayuda, sino en las tierras que están lejos. Los seres celestiales



están observando y esperando que los agentes humanos se conmuevan profundamente con las necesidades de sus compañeros de trabajo que están en perplejidad y prueba, en tristeza y angustia.

Cuando una de las instituciones del Señor cae en un estado ruinoso, las instituciones más prósperas debieran trabajar al máximo de su capacidad para ayudar a la institución debilitada, para que el nombre de Dios no sea deshonrado. Toda vez que los gerentes de las instituciones de Dios cierran sus corazones a las necesidades de instituciones hermanas, y descuidan de hacer todo esfuerzo posible para socorrerlas, diciendo egoístamente: “Que sufran”; Dios advierte su crueldad y llegará el tiempo cuando tendrán que pasar por una experiencia de humillación similar. Pero, mis hermanos, ustedes no tienen la intención de hacer esto. Sé que no piensan hacerlo.

Cada recurso que tenemos en Europa para el progreso de la obra es necesario; cada institución debiera estar en una condición saludable,

florecente, ante un mundo profano. Que los ángeles de Dios que están ministrando a aquellos que llevan responsabilidades no vean obreros de Dios descorazonados. Debido a nuestra demora, las dificultades ya han aumentado, de modo que la obra de restauración requerirá ahora mayor trabajo y gastos. En el nombre del Señor pedimos a su pueblo que posee recursos que muestre que son mayordomos fieles. Reparad el mecanismo tan esencial para llevar adelante la obra de Dios, para que su pueblo no se desanime y su obra quede abandonada para languidecer.

“Y vino palabra de Jehová a Zacarías, diciendo: Así habló Jehová de los ejércitos, diciendo: Juzgad conforme a la verdad, y haced misericordia y piedad cada cual con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero ni al pobre; ni ninguno piense mal en su corazón contra su hermano”. (Zacarías 7:8-10) Esta es también Palabra del Señor para nosotros.

Yo no puedo pensar que la parte final de este capítulo será vuestra experiencia: “Pero no

quisieron escuchar, antes volvieron la espalda, y taparon sus oídos para no oír; y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su Espíritu, por medio de los profetas primeros; vino, por tanto, gran enojo de parte de Jehová de los ejércitos. Y aconteció que así como él clamó, y no escucharon, también ellos clamaron, y yo no escuché, dice Jehová de los ejércitos; sino que los esparcí con torbellino por todas las naciones que ellos no conocían, y la tierra fue desolada tras ellos, sin quedar quien fuese ni viniese; pues convirtieron en desierto la tierra deseable”. (Vers. 11-14)

Hermanos, en el trato que tengan con la familia del Señor, “sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación”. (Romanos 14:19) No hablen palabras de censura. No echen la culpa a éste o a aquél. Ahora se necesita la ayuda que todos puedan traer. Procuren sanar la brecha que se ha hecho. Háganlo alegremente. Háganlo noblemente. Acudan en ayuda del Señor, en ayuda del Señor contra el poderoso. Traten de restaurar inmediatamente la institución que se encuentra en

un peligro tan grande.

Que todos los que comprenden la cercanía de la venida del Señor demuestren su fe. Cuando vemos que una de las agencias de Dios languidece, que todos los que tienen corazón y alma en la obra manifiesten su interés.

Que todos los que ocupan posiciones responsables den un ejemplo correcto. Cada noble impulso cristiano debiera guiarlos para planear y trabajar con un fervor mucho mayor a fin de auxiliar a la institución del Señor que el que desplegarían para salvar su propia propiedad. Que todos traten de hacer algo. Examinen sus asuntos, y vean lo que pueden hacer para cooperar con Dios en esta obra.

Puesto que hay una simpatía definida entre el cielo y la tierra, y puesto que Dios comisiona a los ángeles para que ministren a todos los que necesiten ayuda, sabemos que si hacemos nuestra parte, estos representantes celestiales de poder omnipotente ayudarán en este tiempo de necesidad.

Si llegamos a ser uno, en mente y corazón, con las inteligencias celestiales; podemos ser empleados por ellos. Dios impresionará a hombres a quienes ha confiado aptitudes y recursos materiales para que asuman el peso de la responsabilidad, y ayuden a nuestros hermanos escandinavos.

La causa de Dios en Europa no debe convertirse en una piedra de tropiezo ni en una roca molesta para los incrédulos. Las instituciones no han de cerrarse ni entregarse a los mundanos. Que los siervos del Señor en Europa hagan todo esfuerzo posible para recuperar lo que se ha perdido, y el Señor trabajará con ellos. Y yo pido a nuestro pueblo en los Estados Unidos que coopere con sus hermanos en Europa. Si todos hacen su parte en el gran plan divino, el propósito de Dios se cumplirá. La dificultad pronto quedará en el pasado y no hostigará más a la causa de Dios.

Que ninguna mano sea negligente o impotente. Ustedes tienen la seguridad de que los ángeles cuyo hogar se encuentra en el pabellón del Eterno, y que ven la gloria de Dios, son sus ayudantes.

¿Cooperarán con ellos en afirmar cada institución que sirve a Dios bajo la supervisión del ministerio angélico?

¿Quién puede comprender el valor de las almas por cuya salvación su Príncipe, su Rey, el Hijo del Dios infinito, dio su vida inmaculada para sufrir una muerte vergonzosa? Si todos entendieran esto como debieran, ¡qué obra se cumpliría! Mediante la operación del Espíritu, ellos, por su influencia, sus palabras y recursos, guiarán a muchas almas para escapar de la cadena de las tinieblas y de las maquinaciones infernales de Satanás, para ser lavadas de sus pecados en la sangre del Cordero. ¡Oh, permitamos que la obra redentora llegue más y más a lo profundo! Los ángeles del cielo se regocijan al ver pecadores que se arrepienten y se convierten al Dios viviente.

Si refrenamos las expresiones de incredulidad, y mediante palabras de esperanza y acciones rápidas, fortalecemos nuestra propia fe y la fe de otros, nuestra visión será más clara. La atmósfera pura del cielo rodeará nuestras almas.

Sed fuertes y hablad palabras de esperanza. Abrid paso en medio de los obstáculos. Estáis en un matrimonio espiritual con Jesucristo. La Palabra es vuestra seguridad. Acercaos a vuestro Salvador con la plena confianza de una fe viviente, uniendo vuestras manos con las de él. Id donde él os guíe. Haced todo lo que lo dice. Él os enseñará tan voluntariamente como enseña a cualquier otra persona.

## Capítulo 58

# Nuestro sanatorio en Dinamarca

En Skodsborg, un suburbio de Copenhague, Dinamarca, nuestros hermanos han establecido un sanatorio. Avanzaron con optimismo en este asunto, bajo la convicción de que estaban haciendo precisamente la obra que Dios le había ordenado a su pueblo. Pero por lo general nuestros hermanos no se han interesado como debieran en el establecimiento de sanatorios en los países europeos; y nuestros queridos hermanos, que ya tienen en marcha el Sanatorio de Skodsborg, han avanzado más rápido de lo que permitían los medios disponibles, y ahora están en dificultades y apuros.

Estoy sumamente preocupada por las dificultades y peligros que rodean a nuestras instituciones en Escandinavia. Me siento impresionada a apelar a nuestro pueblo, no sólo en



favor de la casa publicadora de Cristianía, sino también por el sanatorio danés. Se me ha representado al enemigo como esperando ansiosamente una oportunidad para destruir estas instituciones, las cuales son agencias de Dios, usadas para la redención de la humanidad. ¿Se satisfará el deseo de Satanás? ¿Permitiremos que estas instituciones sean arrebatadas de nuestras manos y que se detenga su obra benéfica porque nuestros hermanos han cometido errores; y los dejaremos solos para que soporten las consecuencias de sus errores? ¿Es esta la manera en que Cristo nos ha tratado?

Cuando alguien, abrumado por una pesada carga, está al pie de un camino empinado de difícil acceso, rodeado por el desaliento y en necesidad de ayudantes fuertes y animosos, a menudo se pierde mucho tiempo en críticas, regaños y preocupaciones. Pero esto no mueve la carga. Aquellos sobre quienes recae más pesadamente la presión no necesitan o merecen la censura. Esta podría recaer más apropiadamente sobre los que debieran haber compartido la carga antes. Pero aun

entonces la censura podría ser inapropiada y ciertamente sería inútil. Nuestro primer pensamiento debiera ser: ¿Cómo podemos ayudar a levantar la carga? El tiempo es precioso. Hay demasiado en juego para correr el riesgo de demorarse.

Sería injusto acusar a los administradores del Sanatorio de Skodsborg de tener ambiciones mundanales y un deseo de glorificarse. Al ampliar la obra estaban buscando la gloria de Dios, y se ha hecho un trabajo de largo alcance para bien. Pero han errado al hacer inversiones más allá de sus medios y así se han puesto bajo el cautiverio de la deuda. Debido a esto, el futuro de la institución y el honor de la causa están en peligro. Ahora, en vez de aumentar las dificultades de la situación, ¿no encararemos valientemente el trabajo de cancelar la deuda?

Me siento impulsada por el Espíritu de Dios a dar una voz de alarma. ¡Oh, qué espectáculo sería para los ángeles ver las instituciones establecidas para demostrar y promulgar los principios de la

reforma y de la vida cristiana, que pasan de las manos de aquellos que pueden usarlas en la obra de Dios, a las manos del mundo! Hermanos, es tiempo que mostremos nuestro interés en favor de estas instituciones en Europa que ahora están sufriendo por falta de ayuda. Como Cristo nos trata a nosotros, así debemos tratar a nuestros hermanos que están en dificultad.

Los tesoros del Señor están a la mano y se nos han confiado precisamente para emergencias semejantes. Que nuestro pueblo que ama a Dios y su causa acuda para ayudar a sus instituciones en peligro. Nuestros hermanos americanos debieran unirse para prestar auxilio. Debiera animarse en forma especial a nuestros hermanos escandinavos que viven en Estados Unidos para que entren decididamente en acción. Y nuestros hermanos en Dinamarca, Noruega y Suecia debieran entender que ahora es el tiempo cuando deben presentarse a fin de ayudar al Señor. Que todos los que confían en Dios y creen en su Palabra estudien diligentemente para comprender sus privilegios, sus responsabilidades y su deber en este asunto. Si

fracasamos ahora en hacer nuestro trabajo como la mano ayudadora de Dios auxiliando a la casa publicadora y al sanatorio de Escandinavia, perderemos una gran bendición.

¿Quiénes se colocarán ahora del lado del Señor? ¿Quiénes serán su mano ayudadora, y levantarán la carga de todo corazón? ¿Quiénes animarán a los oprimidos para que confíen en el Señor? ¿Quiénes manifestarán esa fe que no fallará ni vacilará, sino que impulsará hacia la victoria? ¿Quiénes se esforzarán ahora para fortalecer lo que Satanás procura destruir, una obra que debiera avanzar vigorosamente? ¿Quiénes harán ahora por sus hermanos en Europa lo que ellos quisieran que se hiciera en su favor en circunstancias similares? ¿Quiénes cooperarán con los ángeles ministradores?

El Señor llama a su pueblo para que dé ofrendas con sacrificio. Renunciemos a algo que planeábamos comprar para la comodidad o el placer personal. Enseñemos a nuestros hijos a negarse a sí mismos y a convertirse en las manos

ayudadoras del Señor para dispensar sus bendiciones.

Les ruego a mis hermanos escandinavos que hagan lo que pueden. Uniremos nuestros esfuerzos con su obra de amor y de servicio. Hay suficientes recursos en las manos de los mayordomos del Señor para hacer esta obra si se unen en tierna simpatía para restaurar, sanar y comunicar salud y prosperidad a las agencias de Dios.

Las sumas que ustedes den pueden ser pequeñas cuando se las compara con las necesidades de la obra, pero no se desanimen. Tengan fe en Dios. Aférrense firmemente a la mano del Poder infinito, y lo que al principio parecía sin esperanza se verá diferente. La alimentación de los cinco mil es una lección práctica para nosotros. El que con cinco panes y dos pececitos alimentó a cinco mil hombres, además de las mujeres y los niños, puede hacer grandes cosas para su pueblo hoy.

Léase el relato de cómo el profeta Elías

alimentó a cien hombres: “Vino entonces un hombre de Baal-salisa, el cual trajo al varón de Dios panes de primicias, veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga. Y él dijo: Da a la gente para que coma. Y respondió su sirviente: ¿Cómo pondré esto delante de cien hombres? Pero él volvió a decir: Da a la gente para que coma, porque así ha dicho Jehová: Comerán, y sobraré. Entonces lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra de Jehová”. (2 Reyes 4:42-44)

¡Qué condescendencia de parte de Cristo al realizar este milagro para satisfacer el hambre! Alivió el hambre de un centenar de hijos de los profetas, y vez tras vez desde entonces, aunque no siempre en una manera tan notable y visible, ha obrado para suplir la necesidad humana. Si tuviéramos un discernimiento espiritual más claro, de modo que pudiéramos reconocer más prontamente el trato misericordioso y compasivo de Dios con su pueblo, obtendríamos una rica experiencia. Necesitamos estudiar, más de lo que lo hacemos, la manera maravillosa en que Dios obra.

Él impulsó, para favorecer a su pueblo, a hombres que no están unidos con nosotros en reconocer la verdad. El Señor tiene sus hombres para momentos oportunos, como el hombre que trajo la comida para los hijos de los profetas.

Cuando el Señor nos da un trabajo para hacer, no nos detengamos para indagar lo razonable de la orden, o el resultado probable de nuestros esfuerzos para obedecer. Lo que hay en nuestras manos puede parecer muy insuficiente en relación con nuestras necesidades; pero en las manos del Señor será más que suficiente. El sirviente “lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra de Jehová”. (2 Reyes 4:44)

Necesitamos mayor fe. Debiéramos tener un sentido más amplio de la relación de Dios con aquellos a quienes ha comprado con la sangre de su Hijo unigénito. Debiéramos ejercer fe en la marcha hacia delante de la obra del reino de Dios.

No desperdiciemos tiempo deplorando la escasez de nuestros recursos visibles, sino hagamos

el mejor uso de lo que tenemos. Aunque las apariencias externas puedan ser poco prometedoras, la energía y la confianza en Dios desarrollarán recursos. Enviemos nuestras ofrendas con acción de gracias y con oración para que el Señor bendiga las dádivas y las multiplique como hizo con el alimento dado a los cinco mil. Si usamos los mejores medios que tenemos, el poder de Dios nos capacitará para llegar a las multitudes que tienen hambre del pan de vida.

En esta obra de ayudar a nuestros hermanos en Dinamarca y Noruega, elevémonos fervorosa y noblemente, dejando el resultado a Dios. Tengamos fe para creer que él aumentará nuestras ofrendas hasta que sean suficientes para colocar a sus instituciones en un terreno ventajoso.

La fe es la mano espiritual que toca lo infinito.

Las sencillas oraciones dictadas por el Espíritu Santo ascenderán a través de los portales entreabiertos, por la puerta abierta de la que Cristo ha declarado: “He puesto delante de ti una puerta



abierta, la cual nadie puede cerrar”. (Apocalipsis 3:8) Estas oraciones, mezcladas con el incienso de la perfección de Cristo, ascenderán como fragancia al Padre, y llegarán las respuestas.

Los obreros de Cristo jamás deben pensar, menos hablar, de fracaso en su obra. El Señor Jesús es nuestra eficiencia en todas las cosas; su Espíritu debe ser nuestra inspiración; y cuando nos colocamos en sus manos para ser canales de luz, nuestros medios para hacer el bien jamás se agotarán. Podemos hacer uso de su plenitud y recibir de esa gracia que no tiene límite.

## Capítulo 59

# La ayuda a nuestras escuelas

### Un ejemplo de liberalidad

Cuando el Señor invitó a Israel a contribuir para la construcción del tabernáculo en el desierto, hubo una respuesta espontánea. El pueblo “vino... a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del tabernáculo de reunión”. Vinieron, tanto hombres como mujeres, todos los que tenían un corazón voluntario. Los hombres vinieron con sus ofrendas de oro y plata, telas escogidas y madera valiosa. Los dirigentes trajeron piedras preciosas, especias costosas y aceite para las lámparas. Y “todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado”. Trajeron “ofrenda voluntaria cada mañana” hasta que se le dio a Moisés el informe: “El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga”. (Éxodo 35:21-25; 36:3, 5) Este servicio voluntario, procedente de un

corazón generoso, agradó a Dios; y cuando se completó el tabernáculo, él expresó su aceptación de la ofrenda en forma visible: “Una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo”. (Éxodo 40:34)

Semejante a este ejemplo de servicio voluntario ha sido la obra hecha en favor de nuestras escuelas mediante la publicación y venta del libro Palabras de vida del gran Maestro. Nos alegramos porque un número tan grande de nuestros miembros se ha dedicado a esta obra y que sus esfuerzos han resultado tan exitosos. Nos regocijamos porque los oficiales de nuestra Asociación y de la sociedad de folletos han dado su influencia y energía a esta gran empresa y que ministros, obreros bíblicos, colportores y miembros de iglesia; se han ocupado tan gustosamente en este esfuerzo especial para socorrer rápidamente a nuestras escuelas. La manera generosa e incondicional en la que nuestras casas publicadoras y nuestros hermanos y hermanas en general se han encargado de esta empresa agrada sumamente al Señor. Está en armonía con su plan.

## **El plan del señor**

En la divina providencia, hay períodos particulares cuando debemos levantarnos en respuesta al llamado de Dios y hacer uso de nuestros recursos, nuestro tiempo, nuestro intelecto, todo nuestro ser, cuerpo, alma y espíritu, en el cumplimiento de sus requerimientos. El tiempo actual es uno de ellos. Los intereses de la causa de Dios están en juego. Las instituciones del Señor están en peligro. Debido a la terrible carga de deuda bajo la cual están luchando nuestras escuelas, la obra sufre obstáculos en todas partes. En nuestra gran necesidad, Dios ha abierto un camino en medio de la dificultad y nos ha invitado a cooperar con él en el logro de su propósito. Era su plan que se dedicara el libro Palabras de vida del gran Maestro para ayudar a nuestras escuelas, y él llama a su pueblo a que haga su parte en colocar este libro ante el mundo. En esto él está probando a su pueblo y a sus instituciones para ver si trabajarán juntos y con el mismo parecer, con abnegación y espíritu de sacrificio.

## **Todos deben cooperar**

Se ha hecho un buen comienzo en la venta de Palabras de vida del gran Maestro. Lo que ahora se necesita es un esfuerzo ferviente, unido, para completar el trabajo que se inició tan bien. En las Escrituras leemos: “En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor”. (Romanos 12:11) Cada rama de la causa de Dios es digna de diligencia; pero nada puede merecerla más que esta empresa en este momento. Debe hacerse un trabajo decidido en el cumplimiento del plan de Dios. Que cada campanada hable en favor del Maestro en la venta de Palabras de vida del gran Maestro. Que todos los que de alguna manera puedan, se unan a los trabajadores.

Considerando el éxito de los esfuerzos ya realizados, vemos que es mucho mejor obedecer los requerimientos de Dios hoy, que esperar por lo que podríamos pensar que es una época más favorable. Debemos llegar a ser hombres y mujeres

para los momentos oportunos de Dios, porque grandes responsabilidades y posibilidades están al alcance de todos los que se han enrolado para una vida de servicio bajo el estandarte de Cristo.

Dios nos llama a la acción, para que nuestras instituciones educativas puedan estar libres de deuda. Permitamos que el plan de Dios se realice de acuerdo con lo que él disponga.

El presente constituye una oportunidad que no podemos darnos el lujo de perder. Convocamos a nuestro pueblo para ayudar al máximo de su capacidad precisamente ahora. Los convocamos para hacer una obra que agradará a Dios al comprar el libro. Pedimos que se use todo medio disponible para ayudar a su circulación. Pedimos a los presidentes de nuestras Asociaciones que consideren cómo pueden promover esta empresa. Pedimos a nuestros ministros, cuando visitan las iglesias, que animen a hombres y mujeres a salir como colportores y a avanzar decididamente en la senda de la abnegación dando una parte de sus ganancias para ayudar a nuestras escuelas.

Se necesita un movimiento general, y esto debe comenzar con movimientos individuales. En cada iglesia, que cada miembro de cada familia, haga esfuerzos decididos para negarse al yo y para contribuir a que la obra avance. Que los niños tengan una parte. Que todos cooperen. Hagamos lo mejor en este momento para presentar a Dios nuestra ofrenda, para llevar a cabo su voluntad estipulada, y así hacer de ello una ocasión para testificar por él y su verdad en un mundo de tinieblas. La lámpara está en nuestras manos. Permitamos que su luz resplandezca con gran brillo.

Jóvenes que pensáis entrar en el ministerio, abrazad esta obra. El uso del libro colocado en vuestras manos por el Señor debe ser vuestro agente educador. Al aprovechar esta oportunidad, ciertamente progresaréis en un conocimiento de Dios y de los mejores métodos para alcanzar a la gente.

El Señor llama a jóvenes de ambos sexos a

entrar en su servicio. Los jóvenes son receptivos, vigorosos, ardientes, optimistas. Una vez que hayan saboreado la bendición del sacrificio personal, no estarán satisfechos a menos que estén aprendiendo constantemente del gran Maestro. El Señor abrirá caminos ante aquellos que respondan a su llamado. Traigan al trabajo un deseo ferviente de aprender a llevar responsabilidades. Con brazos fuertes y corazones valientes vayan al conflicto en el cual todos deben entrar, un conflicto que se volverá cada vez más severo a medida que nos acerquemos a la lucha final.

## **Preparación para el trabajo**

Aquellos que se ocupan en esta obra debieran primeramente darse sin reservas a Dios. Debieran colocarse donde puedan aprender de Cristo y seguir su ejemplo. Él los ha invitado: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo



11:28-30) Se comisiona a ángeles que salgan con quienes asumen esta obra con verdadera humildad.

Debemos orar sin cesar, y debemos vivir nuestras oraciones. La fe aumentará grandemente mediante el ejercicio. Que aquellos que están colportando con Palabras de vida del gran Maestro, aprendan las lecciones enseñadas en el libro que están promoviendo. Aprendan de Cristo. Tengan fe en su poder para ayudarles y salvarles. La fe es el elemento vital del alma. Su presencia da calor, salud, firmeza y un juicio sólido. Su vitalidad y vigor ejercen una influencia poderosa aunque inconsciente. La vida de Cristo en el alma es como una fuente de agua que brota para vida eterna. Conduce a un cultivo constante de las gracias celestiales y una sumisión amable en todas las cosas al Señor.

Hablo a los obreros, jóvenes y viejos, que están manejando nuestros libros, y especialmente a los que están colportando con el libro que está efectuando ahora su obra de misericordia. Ejemplificad en la vida las lecciones dadas por

Cristo en su Sermón del Monte. Esto hará una impresión más profunda y ejercerá sobre las mentes una influencia más duradera que los sermones dados desde el púlpito. Puede ser que no podáis hablar elocuentemente a quienes deseáis ayudar; pero si habláis modestamente, ocultando el yo en Cristo, vuestras palabras serán dictadas por el Espíritu Santo, y Cristo, con quien cooperáis, impresionará el corazón.

Ejercitad esa fe que obra por el amor y santifica el alma. Que ninguno haga ahora que el Señor se avergüence de él a causa de su incredulidad. La pereza y el desaliento no logran nada. Dios a veces permite que alguien se enrede en negocios seculares a fin de avivar las facultades inactivas; para que así cumplan una acción más intensa, de modo que él pueda honrar la fe concediendo ricas bendiciones. Éste es un medio para avanzar su obra. Mirando a Jesús, no sólo como nuestro Ejemplo, sino como el Autor y Consumador de nuestra fe, avancemos, confiando que él suplirá la fuerza para que cada uno pueda cumplir con su deber.

Se requerirá mucho esfuerzo concienzudo de quienes llevan la carga de esta obra; porque deben darse instrucciones correctas para que pueda mantenerse ante los obreros un sentido de la importancia de la obra; y para que todos puedan abrigar el espíritu de abnegación y sacrificio ejemplificado en la vida de nuestro Redentor. Cristo hizo sacrificios a cada paso, sacrificios que ninguno de sus seguidores jamás puede hacer. Se nos requiere abnegación en este trabajo; en medio de todas las cosas desagradables que ocurran, debemos considerar que estamos en yugo con Cristo, que participamos de su espíritu de bondad, tolerancia y renunciación. Este espíritu abrirá el camino ante nosotros y nos dará la victoria porque Cristo es nuestra recomendación a la gente.

### **La obra en todos los países**

En todos los países, nuestro pueblo debiera emprender el trabajo de auxiliar a las escuelas de la organización. El proyecto lo podrán iniciar nuestras iglesias en Australia. Nuestra escuela allí está en

necesidad de ayuda, y si nuestro pueblo emprende el trabajo en forma unida, puede hacer mucho para levantar el peso de la deuda; pueden animar los corazones de quienes trabajan para afirmar las agencias del Señor; y pueden ayudar a extender su influencia de bendiciones a tierras paganas lejanas y a las islas del mar.

Confiamos en que nuestra casa publicadora en Australia actuará con generosidad en la publicación de Palabras de vida del gran Maestro. El Señor ha bendecido grandemente a esta institución, por lo que debiera presentarle una ofrenda de gratitud y no hacer una donación restringida para liberar al colegio de deudas. Tenemos la seguridad de que emprenderá el trabajo y hará su parte noblemente. Y esta cooperación con Dios resultará para la casa publicadora australiana, una bendición tan grande como lo ha sido para nuestras instituciones en los Estados Unidos.

Mis hermanos en Australia, avancen en este trabajo. “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. (Hebreos

11:1) ¿No hemos comprobado esto en el pasado? A medida que hemos avanzado, confiando en la promesa de Dios, las cosas invisibles, excepto por el ojo de la fe, se han vuelto visibles. Al caminar y trabajar por fe, Dios ha cumplido para nosotros cada palabra que él ha hablado. La evidencia que tenemos de la fidelidad de sus promesas debiera frenar todo pensamiento de incredulidad. Es un pecado dudar, y no creemos que nuestros hermanos en Australia serán culpables de esto.

El Señor ha hecho mucho por todos ustedes a través de sus fronteras. Levanten sus ojos, y miren los campos, ya blancos para la cosecha. Alaben a Dios porque su palabra se ha cumplido por encima de todo nuestro entendimiento.

Convoco a nuestro pueblo para que emprenda ferviente y desinteresadamente la obra de liberar al colegio de la deuda. Que la casa publicadora haga su parte en la publicación del libro. Que nuestro pueblo en toda Australia emprenda la venta de Palabras de vida del gran Maestro. Dios los bendecirá en esta obra.

Los obreros en Inglaterra deberían hacer todo esfuerzo posible en la venta de este libro para que pueda establecerse un colegio en ese país. Mis hermanos en Inglaterra, Alemania y en todos los otros países europeos donde está brillando la luz de la verdad, emprended este trabajo. Que este libro se traduzca a diferentes idiomas y que circule en los diferentes países de Europa. Que se anime a nuestros colportores en todas partes de Europa a participar en su venta. La venta de este libro hará mucho más que ayudar a nuestras instituciones a liberarse de sus deudas de deudas. Abrirá el camino para que nuestros libros más grandes encuentren un mercado bien dispuesto. Así la verdad llegará a muchos que de otro modo no la recibirían.

Apelo especialmente a nuestros hermanos en Escandinavia. ¿No emprenderán el trabajo que Dios les ha dado? ¿No trabajarán al máximo de su capacidad para ayudar a las instituciones con dificultades financieras que hay en su campo? No miren con desesperación, diciendo: “No podemos hacer nada”. Dejen de hablar con desánimo.

Aférrense al brazo del Poder infinito. Recuerden que sus hermanos en otros países se están uniendo para darles ayuda. No fracasen ni estén desanimados. El Señor sostendrá a sus obreros en Escandinavia si hacen su parte con fe, con oración, con esperanza, haciendo todo lo que pueden para promover su causa y apresurar su venida.

Que nuestro pueblo en Inglaterra haga un esfuerzo sumamente ferviente para inspirar a sus hermanos en Escandinavia con fe y valor. Hermanos, debemos estar a la altura de la ayuda del Señor, de la ayuda del Señor contra los poderosos.

Recordemos que cuanto más nos acercamos al tiempo de la venida de Cristo, tanto más ferviente y firmemente debemos trabajar, porque toda la sinagoga de Satanás está en contra nuestra. No necesitamos una excitación febril, sino ese valor que nace de la fe genuina.

## **Resultados del trabajo**

Mediante el trabajo para auxiliar a nuestras escuelas se logrará una cuádruple bendición: una bendición para las escuelas, para el mundo, para la iglesia y para los obreros.

Mientras se reúnen fondos para ayudar a las escuelas, se está colocando el mejor material de lectura en las manos de un gran número de personas quienes nunca habrían visto Palabras de vida del gran Maestro, si no se hubiera hecho este esfuerzo. Hay personas que viven en lugares desolados que serán alcanzadas mediante este proyecto. Las lecciones extraídas de las parábolas de nuestro Salvador serán para muchísimos como las hojas del árbol de la vida.

Es el plan del Señor que Palabras de vida del gran Maestro, con su preciosa instrucción, hable de unidad a los creyentes. Los esfuerzos abnegados de los miembros de nuestras iglesias resultarán un medio para unirlos, para que puedan ser santificados, cuerpo, alma y espíritu, como vasos



de honor, preparados para recibir al Espíritu Santo. Aquellos que tratan de hacer la voluntad de Dios, invirtiendo cada talento para el mayor beneficio, llegarán a ser sabios al trabajar para su reino. Aprenderán lecciones del mayor valor, y sentirán la satisfacción más elevada de una mente racional. Se les dará paz, gracia y poder intelectual.

Mientras llevan este libro a quienes necesitan la instrucción que contiene, los obreros obtendrán una experiencia preciosa. Este trabajo es un medio de educación. Aquellos que hagan lo mejor que puedan como la mano ayudadora de Dios para hacer circular Palabras de vida del gran Maestro, obtendrán una experiencia que los capacitará para ser obreros de éxito para Dios. Muchos, a través del entrenamiento recibido en este trabajo, aprenderán a colportar con nuestros libros más grandes, que la gente necesita tanto.

Todos los que se ocupan en la obra rectamente, con alegría y esperanza, encontrarán que es una gran bendición. El Señor no fuerza a nadie a ocuparse en su obra; pero a todos los que se ponen

decididamente de su lado, les dará una mente recta. Bendecirá a todos los que trabajen con el espíritu con que él trabaja. A tales obreros les dará talentos y éxito. A medida que se entre en campo tras campo, surgirán nuevos métodos y nuevos planes de nuevas circunstancias. Vendrán nuevos pensamientos con los nuevos obreros que se dediquen a la obra. A medida que acudan al Señor en busca de ayuda, él se comunicará con ellos. Recibirán planes ideados por el Señor mismo. Las almas se convertirán y vendrá el dinero. Los obreros encontrarán lugares desiertos de la viña del Señor cerca de territorios que ya han sido trabajados. Cada campo muestra nuevos lugares para conquistar. Todo lo que se hace revela cuánto más hay todavía por hacer.

Al trabajar en conexión con el gran Maestro, se desarrollan las facultades mentales. La conciencia está bajo la dirección divina. Cristo toma todo el ser bajo su control.

Nadie puede estar verdaderamente unido a Cristo, practicando sus lecciones, sometiéndose a

su yugo de restricción, sin comprender aquello que no se puede expresar en palabras. Le vienen pensamientos nuevos y elevados. Se le da luz al intelecto, determinación a la voluntad, sensibilidad a la conciencia, pureza a la imaginación. El corazón se vuelve más tierno, los pensamientos más espirituales, el servicio más semejante al de Cristo. En la vida se ve aquello que ninguna palabra puede expresar: devoción leal, fiel, amante, del corazón, la mente, el alma y las fuerzas, a la obra del Maestro.

Después que con energía santificada y oración hemos hecho todo lo que podíamos en el trabajo para nuestras escuelas, veremos la gloria de Dios. Cuando se ha hecho el intento plenamente, habrá un bendito resultado.

Si se hacen con un espíritu generoso, voluntario, Dios hará que tengan éxito las actividades para ayudar a nuestras escuelas. Él nos capacitará para reducir el oprobio que ha caído sobre nuestras instituciones educativas. Si todos emprendemos el trabajo con espíritu de abnegación

por causa de Cristo y la verdad, no pasará mucho tiempo antes de que el gozoso canto de libertad pueda entonarse en todas nuestras fronteras.

### **No nos cansemos de hacer el bien**

Me alegro porque se ha realizado un esfuerzo tan armonioso para llevar a cabo el propósito de Dios y para obtener el máximo provecho de su providencia. Este esfuerzo para hacer circular Palabras de vida del gran Maestro, está demostrando lo que puede hacerse en el campo del colportaje. A ministros, estudiantes, padres, madres, jóvenes y señoritas que se han ocupado en esta obra, yo les diría: No dejéis que vuestro interés decaiga. Que esta buena obra vaya adelante firme, perseverante, grandiosamente, hasta que se cancele la última deuda de todas nuestras escuelas y se cree un fondo para el establecimiento de escuelas en campos importantes, donde hay una gran necesidad de obra educacional.

Como los ministros y los obreros bíblicos son llamados a otras labores, que los miembros de

nuestras iglesias les digan: “Avanzad con vuestro trabajo asignado y nosotros continuaremos trabajando para la circulación de Palabras de vida del gran Maestro y para que nuestras escuelas estén libres de deudas”. Que nadie sienta que esta obra debiera detenerse con el esfuerzo especial de los años 1900 y 1901. El campo nunca está agotado, y este libro debiera venderse para ayudar a nuestras escuelas en los años venideros.

Tengamos fe en Dios. En su nombre llevemos adelante su obra sin acobardarnos. La obra que él nos ha llamado a hacer él la convertirá en una bendición para nosotros. Y cuando su plan para auxiliar a nuestros colegios se haya vindicado, cuando el trabajo asignado se haya cumplido totalmente, él nos indicará qué hacer luego.

Mientras deba darse al mundo el mensaje de misericordia, habrá un llamado a esforzarnos a favor de otras instituciones y empresas similares a aquélla para el socorro de nuestras escuelas. Y mientras continúe el tiempo de gracia, habrá oportunidad para que el colportor trabaje. Cuando

las denominaciones religiosas se unan con el papado para oprimir al pueblo de Dios, mediante el colportaje evangélico se abrirán lugares donde haya libertad religiosa. Si en un lugar la persecución se vuelve severa, que los obreros hagan como Cristo instruyó: “Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra”. (Mateo 10:23) Si la persecución llega allí, vayan a otro lugar distinto. Dios guiará a su pueblo, convirtiéndolos en una bendición en muchos lugares. Si no fuera por la persecución, no serían esparcidos tan extensamente en el extranjero para proclamar la verdad. Y Cristo declara: “No acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del hombre”. (Mateo 10:23) Hasta que en el cielo se diga, “consumado es”, habrá siempre lugares donde trabajar y corazones para recibir el mensaje.

Por lo cual, “no nos cansemos... de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”. (Gálatas 6:9)

## Capítulo 60

# El derecho de la redención

Los diezmos y las ofrendas dedicados a Dios son un reconocimiento de su derecho sobre nosotros, lo cual proviene de la creación; también un reconocimiento de su derecho a través de la redención. Por cuanto todo nuestro poder deriva de Cristo, esas ofrendas han de fluir de nosotros a Dios. Deben recordarnos siempre lo que por la redención Dios tiene derecho a pedirnos, pues ese derecho abarca todo lo demás. La comprensión del sacrificio efectuado por nosotros se ha de conservar siempre fresca en nuestra mente y debe influir constantemente sobre nuestros pensamientos y planes. Cristo debe estar entre nosotros como quien fue realmente crucificado.

“¿No sabéis que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio”. (1 Corintios 6:19, 20) ¡Qué precio se pagó! Contemplemos la cruz y la víctima alzada en ella. Mirad aquellas manos horadadas por los crueles clavos. Mirad sus pies

clavados a la cruz. Cristo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo. Ese sufrimiento y esa agonía son el precio de nuestra redención. Fue dada esta orden: “Líbralos de perecer eternamente. Yo he hallado rescate”.

¿No sabéis que él nos amó y se dio por nosotros, para que a nuestra vez nos diésemos a él? ¿Por qué no habrían de expresar amor a Cristo todos los que le reciben por la fe, así como se expresó su amor a nosotros por quienes él murió?

Se nos representa a Cristo como buscando a la oveja que se había perdido. Su amor nos circunda y nos trae de vuelta al redil. Su amor nos da el privilegio de sentarnos con él en los lugares celestiales. Cuando la bendita luz del Sol de justicia resplandece en nuestros corazones y descansamos en paz y gozo en el Señor, alabemos al Señor; alabemos a Aquel que es nuestra salvación y nuestro Dios. Alabémosle, no sólo en palabras, sino por la consagración a él de todo lo que somos y tenemos.



“¿Cuánto debes a mi señor?” (Lucas 16:5) No lo podéis calcular. Puesto que todo lo que tenéis es suyo, ¿lo privaréis de lo que exige? Cuando él lo pide, ¿lo retendréis egoístamente como si fuese vuestro? ¿Lo guardaréis y lo aplicaréis a algún otro fin que no sea la salvación de las almas? Es así como se pierden miles de almas. ¿Cómo podemos manifestar mejor nuestro aprecio del sacrificio de Dios y su gran don al mundo, que enviando donativos y ofrendas, con la alabanza y el agradecimiento de nuestros labios por el gran amor con que nos amó y nos atrajo a sí mismo?

Mirando al cielo en súplica, presentaos vosotros mismos a Dios como siervos suyos, y todo lo que tenéis, diciendo: Señor, “de lo recibido de tu mano te damos”. (1 Crónicas 29:14) A la vista de la cruz del Calvario y del Hijo del Dios infinito crucificado por vosotros, comprendiendo ese amor sin par, ese maravilloso despliegue de la gracia, sea vuestra ferviente pregunta: “Señor, ¿qué quieres que haga?” Él os ha dicho: “Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura”. (Marcos 16:15)

Cuando veáis en el reino de Dios a las personas salvadas por vuestros donativos y servicios, ¿no os regocijaréis porque pudisteis hacer esta obra?

Acerca de los apóstoles de Cristo, está escrito: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían”. (Marcos 16:20) Sin embargo, el universo celestial aguarda los canales por los cuales los raudales de la misericordia han de fluir por el mundo. El mismo poder que tuvieron los apóstoles está ahora a la disposición de los que quieran servir a Dios.

El enemigo inventará todo ardid de que es capaz para impedir que la luz resplandezca en nuevos lugares. El diablo no quiere que la verdad alumbre “como una antorcha”. ¿Consentirán nuestros hermanos en que tengan éxito sus planes para estorbar la obra?

El tiempo está pasando rápidamente a la eternidad. ¿Retendrá alguno lo que pertenece

estrictamente a Dios? ¿Le negará alguno lo que, aunque puede ser dado sin mérito, no puede ser negado sin que ello acarree la ruina? El Señor ha dado a cada uno su obra, y los santos ángeles quieren que hagamos esta obra. Mientras veláis, oráis y trabajáis, ellos están listos para cooperar con vosotros. Cuando el intelecto siente la influencia del Espíritu Santo, todos los afectos obran armoniosamente de acuerdo con la voluntad divina. Entonces los hombres darán a Dios lo suyo diciendo: “Todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos.” Dios perdone a su pueblo por no haber obrado así.

Hermanos y hermanas, he tratado de presentaros las cosas tal como son; pero mi intento queda muy lejos de la realidad. ¿Rechazaréis mi súplica? No soy yo la que os suplico; es el Señor Jesús, quien dio su vida por el mundo. No he hecho sino obedecer la voluntad y el requerimiento de Dios. ¿Aprovecharéis la oportunidad de honrar la obra de Dios y respetar a los siervos a quienes envió a hacer su voluntad y a guiar las almas al cielo?

“Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, o por necesidad; porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra: como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia; para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la suministración de este servicio, no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta suministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; asimismo por

la oración de ellos por vosotros, a quienes a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros. ¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:6-15)